Gemma Herrero Virto



La historia de Clarice

El último cuervo

II


TOP SECRET
DIVISIÓN
OpenMind
CLASSIFIED



II. El último cuervo

Gemma Herrero Virto

Título: La historia de Clarice II: El último cuervo

Autor: Gemma Herrero Virto
Diseño de portada: Mónica Gallart (Book Cover Land)
Diseño de logotipo División OpenMind: Lidia S. Balado

Página web: www.gemmaherrerovirto.es
Facebook: https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2
Twitter: @Idaean
Instagram: gemma_herrero_virto

N. º de registro: XkIBF333-2022-07-12T13:11:19.969
Fecha de publicación: 25 de julio de 2022

Para Art

Siempre tendrás reservado un pedazo enorme de mi corazón en el que seguir viviendo.

No tengo nada que ofrecer salvo sangre, esfuerzo, sudor y lágrimas.

Winston Churchill

Advertencia previa

El hecho de que uno de los personajes que aparece en esta novela sea una persona real que sigue viva a día de hoy y que, además, es reina de un país extranjero, me obliga a advertir de que muchos de los acontecimientos relatados en este libro son ficticios y que, como se dice en muchas películas, cualquier parecido con personas vivas o muertas o con hechos reales es pura coincidencia.

O quizá estos acontecimientos sí hayan sucedido, pero en un universo paralelo al nuestro.

O quizá mi cohorte de abogados me ha advertido de que debo poner esta advertencia para protegerme de cualquier represalia por revelar una verdad que ha permanecido oculta durante todo este tiempo.

¿Quién sabe? Esa es la magia de las historias…

Índice

Palacio de Buckingham (Londres), Agosto de 1943


Clarice

Capítulo uno

Entre las brumas del sueño, escuché unos leves golpes en la puerta. Aún con los ojos entrecerrados, me senté en la cama. La luz del sol se filtraba por la ventana y me hacía daño, como si se colara hasta el centro de mi cerebro para taladrarlo. Me sentía como si tuviera una resaca espantosa, pero no recordaba haber bebido nada.

A pesar de que toda aquella luz parecía indicar que ya era muy tarde, volví a tumbarme de espaldas a la ventana y me tapé la cabeza con la manta. Necesitaba un poco más de tiempo. Me sentía muy cansada y estaba tan confusa que ni siquiera podía recordar por qué. Solo quería dormir, dejarme llevar…

Escuché otro par de golpes, más enérgicos que los anteriores. Pensé que podía ser mi padre para pedirme que le ayudara con los caballos… O quizá mi madre para decirme que llegábamos tarde a misa. ¿Era domingo? Ni siquiera podía recordar eso… Sí, seguramente era domingo…

—Pasa, mamá —dije volviendo a sentarme en la cama.

Mientras se abría la puerta, me estiré tratando de desperezarme y bostecé de forma exagerada. El bostezo se me cortó de golpe al ver la figura que ocupaba el umbral. Desde luego que no era mi madre. Era Alfred y estaba muy guapo con su uniforme de gala. Me froté los ojos y traté de recomponer mi pelo. Estaba segura de que tenía un aspecto horrible, pero enseguida me di cuenta de que no debía preocuparme. Alfred mantenía la mirada fija en el suelo, como si hubiera algo interesantísimo entre sus pies.

—No. No soy tu madre. —Me pareció percibir un tono de burla en su voz—. Espero que puedas disculpar mi osadía. Sé que no debería presentarme de esta manera en la alcoba de una dama, pero ni Wendy ni Irma han querido venir a llamarte y es bastante urgente que te levantes y te prepares.

—¿Y eso? —pregunté confusa.

—Dicen que tienes un genio de mil demonios cuando te despiertas —contestó él. De nuevo, percibí la burla en su voz.

—No, eso no… Pregunto que por qué es urgente que me levante —dije molesta.

—Bueno… Primero, porque es más de mediodía —respondió él—. Te hemos dejado dormir hasta tarde para que te recuperaras de las emociones de anoche, pero creo que ya es suficiente.

Levantó levemente la mirada para clavarla en mí. Me di cuenta de que se había sonrojado. Aquellos modales remilgados y pasados de moda deberían haberme sacado de quicio y, sin embargo, en él me resultaban adorables. La noche anterior, aquel hombre se había

enfrentado sin dudar al espectro de una antigua reina de Inglaterra y en aquel momento, se ponía nervioso por estar delante de una chica en camisón. Debió de darse cuenta de que me divertía su incomodidad, porque desvió la mirada y carraspeó nervioso antes de seguir hablando.

—Además, tenemos una cita para tomar el té a las cinco en el 10 de Downing Street —anunció.

—¿Y quién vive ahí?

—¿En serio? —preguntó asombrado—. En ocasiones olvido que eres americana… Es la residencia del primer ministro. Tenemos una reunión con Churchill para informarle de los últimos sucesos y de nuestros próximos pasos.

—¿Vamos a ir solo los dos?

—Bueno… Yo y un acompañante… Si eres capaz de levantarte y ponerte presentable de aquí a las cinco, me gustaría que fueras tú. —Sus mejillas volvieron a teñirse de rojo mientras se explicaba de forma atropellada—. Eres el miembro más antiguo de la División OpenMind, aparte de mí, y creo que eres la más indicada para explicar lo que pasó anoche…

—Tranquilo, te acompañaré. Ahora bajo a desayunar.

—Es la hora de comer.

—Me da igual. Necesito café… A litros. —Fruncí el ceño al ver que él no se movía de la puerta—. ¿Te importaría dejarme sola? Me gustaría levantarme y vestirme y creo que no sería un espectáculo adecuado para un caballero británico.

No podría decir qué pasó por su cabeza, pero, en aquella ocasión, no se sonrojó. Su mirada se paseó por mi cuello y el escote de mi camisón. Después, cerró los ojos e inspiró con fuerza.

—Por supuesto, Clarice. Te espero abajo.

Sin decir nada más, cerró la puerta y me dejó a solas. ¿Qué había sido aquello? ¿Había sido deseo lo que había brillado en sus ojos? Aquel hombre me desconcertaba cada día más. Intentaba comportarse siempre de forma fría y correcta, dejando claro que era mi superior. Sin embargo, de vez en cuando, se le escapaban pequeñas muestras de emoción… Lo que acababa de pasar era una pequeña dosis. La manera en la que estuvo llamándome de forma desesperada mientras me abrazaba para despertarme del desmayo la noche anterior había sido una muestra mucho mayor.

Sin saber por qué, me encontré recordando aquella primera noche en la que nos conocimos, los dos tumbados a orillas del Potomac bajo un cielo cuajado de estrellas, el paseo hasta mi casa, la forma en la que me cantó aquel verso de Sinatra bajo la ventana, aquel primer beso… Agité la cabeza para apartar aquellos estúpidos pensamientos y, con un par de patadas, empujé las mantas para levantarme de la

cama. No debía pensar en aquellas cosas. Aquella noche ni siquiera éramos Alfred y Clarice. Éramos Lisa, la mecanógrafa, y Duncan, un soldado inglés hijo de un humilde zapatero. Ellos dos sí podían besarse, sí podían permitirse enamorarse. Para Alfred, el teniente del MI6 hijo de un poderoso duque, y Clarice, la bruja a sus órdenes, resultaba imposible. Eran demasiado diferentes.

Decidí dejar de darle vueltas a aquel tema y centrarme en lo importante. En unas horas, tenía que reunirme con el primer ministro del Reino Unido, famoso por su mal genio, para contarle que un espíritu nos había avisado de que su rey iba a morir en seis días. No iba a ser fácil hacer que lo comprendiera.

Un taxi nos recogió en la puerta de la Torre de Londres y nos llevó hasta la residencia del primer ministro siguiendo la orilla del río Támesis. Londres era una ciudad más grande de lo que yo había esperado, así que, a pesar de ir en coche, aquel trayecto nos iba a llevar más de media hora. Alfred estaba muy ocupado repasando el informe sobre nuestra estancia en la Torre de Londres para no cometer ningún error cuando tuviera que explicárselo todo a Churchill. Leía entre dientes, asentía, pasaba las páginas adelante y atrás, negaba con la cabeza, volvía a releer… Parecía muy nervioso, así que decidí dejarle tranquilo y dedicar el viaje a contemplar la ciudad, ya que aún no había tenido tiempo de visitarla.

Lo que pude ver a través de los cristales del taxi no daba muchas ganas de conocerla en profundidad. Aquella tarde, el cielo estaba gris y encapotado y una ligera llovizna bañaba las calles. Las aguas del Támesis tenían un color insano e indefinido, entre verdoso y parduzco. Pensé que, seguramente, aquel era el río más turbio que había visto en toda mi vida.

Las calles de la ciudad también parecían tristes, sucias y apagadas. Por todos lados se veían casas abandonadas, con sus puertas y ventanas cerradas por tablones. Otras estaban semiderruidas por los bombardeos alemanes. Había ventanas sin cristales, que mostraban los muros del interior manchados por el humo de los incendios… La ciudad casi parecía condenada al olvido, a ir cayéndose poco a poco sin que nadie hiciera ningún esfuerzo por salvarla. Pero, cuando vi a sus habitantes, silenciosos, taciturnos, grises como el paisaje, comprendí que la verdad era aún más dura. La ciudad no estaba abandonada, sino habitada por miles de ciudadanos sin esperanza. ¿Para qué ibas a gastar recursos y energía en arreglar una casa que podía caer bajo las bombas a la noche siguiente? ¿Para qué ibas a repararla si quizá los ataques iban a recrudecerse hasta tal punto que te verías obligado a abandonarla? ¿Para qué ibas a preocuparte del estado de tu hogar si tú y tu familia podríais estar muertos al día

siguiente? Aquella gente sobrevivía día a día, casi sin esperanza, con el ánimo justo para no rendirse y seguir luchando.

En aquel momento, pensé en mi país… También estábamos sufriendo las penurias y la escasez causadas por la guerra, también estábamos perdiendo a familiares y amigos en el frente, pero no era lo mismo. Nuestros pueblos y ciudades estaban a salvo, no vivíamos con el miedo a que una bomba cayera del cielo cualquier noche y destruyera nuestras casas y matara a nuestros seres queridos. También vivíamos la guerra, pero lo hacíamos con un océano de por medio. Pensé que, si yo tuviera que vivir durante meses con la incertidumbre de no saber si llegaría viva al siguiente amanecer, me volvería loca.

—Es una pena que tengas que ver Londres en estas condiciones —dijo Alfred como si acabara de leerme el pensamiento—. Antes de la guerra era una ciudad llena de vida.

Me volví hacia él y vi que, aunque tenía la mirada fija en las calles que íbamos recorriendo, parecía que estuviera viendo mucho más allá. En su mente debía de estar reviviendo los recuerdos de niños jugando en las aceras, de ancianos sentados en los bancos de los parques, de enamorados recorriendo la orilla del río agarrados de la mano, de tiendas ofreciendo sus productos, de artesanos mostrando sus mercancías y obreros acudiendo a sus puestos de trabajo… Nada que ver con aquella ciudad fantasmal que parecía agonizar entre la niebla que empezaba a levantarse desde las aguas del Támesis.

Sin pararme a pensar en lo que hacía, estiré mi mano para cubrir la suya y apretarla con cariño:

—Londres volverá —dije con convicción—. Todos volveremos a ser los que éramos cuando esto acabe.

Él me contestó con una sonrisa forzada y, después de dedicarle una última mirada triste a las calles de la ciudad, volvió a enfrascarse en sus papeles. No levantó la vista hasta que el taxi se detuvo.

—Hemos llegado —anunció antes de bajarse del coche y dar la vuelta con rapidez para abrirme la puerta—. ¿Nerviosa?

—Un poco —confesé—. No sé si nos creerá…

—Yo espero que sí. —Alfred se dirigió a la entrada de la casa del primer ministro, custodiada por un par de soldados—. La idea de fundar la División OpenMind partió de él, así que no debe de ser muy escéptico respecto a los temas sobrenaturales.

Asentí y esperé a que Alfred le entregara nuestra documentación a uno de los guardias. Mientras la comprobaba, contemplé el edificio de tres plantas de ladrillos azulados con puertas y ventanas de color blanco. No parecía señorial ni intimidante. Con lo pomposos y estirados que siempre me habían parecido los ingleses, había esperado alguna refinada y excéntrica mansión y no aquel edificio sencillo y funcional.

El soldado nos devolvió nuestra documentación y nos indicó que le siguiéramos, dejando a su compañero al cuidado de la entrada. Rodeamos la casa por un sencillo jardín hasta una puerta en la parte trasera. Entramos en un estrecho pasillo de paredes de madera blanca adornadas con los retratos de los antiguos primeros ministros y sus equipos de gobierno hasta un *hall* pintado de un brillante color amarillo que quedaba ocupado casi en su totalidad por un enorme globo terráqueo. Al fondo de la estancia comenzaba una escalera de peldaños blancos adornada por más y más retratos de antiguos políticos y nobles, colocados en varias filas hasta casi llegar al techo. Me sentí mareada ante aquella muestra de historia pasada. Después de todo, yo procedía de un país con una historia de poco más de un siglo. Si hubiéramos tenido que adornar una escalera como aquella con los retratos de nuestros presidentes, no habríamos pasado de los primeros cuatro o cinco peldaños.

Cuando llegamos al primer piso, el guardia abrió una de las puertas blancas y nos indicó que entráramos. Me adentré en aquella enorme sala con la boca abierta, mientras el soldado cerraba a nuestras espaldas dejándonos a solas. La habitación era tan lujosa como había imaginado sin llegar a resultar ostentosa. Las paredes estaban pintadas en un suave color crema que hacía destacar todos los adornos de yeso que inundaban el techo y rodeaban los marcos de las puertas o la impresionante chimenea. Las cortinas de terciopelo de color salmón y los mullidos sofás daban un aspecto acogedor a la estancia. Me dio miedo sentarme y poder estropear algo, pero Alfred ya había ocupado uno de los sillones y me señalaba el que tenía justo al lado, así que le imité. Me quedé muy quieta, con las manos cruzadas en el regazo para no tocar nada, sintiéndome totalmente fuera de lugar.

Por suerte, nuestra espera no duró mucho. Otra de las puertas de la sala se abrió y Churchill entró en la sala a paso rápido. No llevaba corbata, tenía el chaleco suelto sobre la prominente barriga y las mangas de su camisa estaban recogidas hasta el codo. Parecía tan campechano y fuera de lugar que no le habría reconocido si no fuera por el enorme puro que colgaba de sus labios y cuyo humo rodeaba su cabeza como si fueran volutas de espesa niebla. Sin mediar palabra, se sentó en un sofá frente a nosotros, le dio otra profunda calada a su puro y miró a Alfred con el ceño fruncido.

—Bien, teniente, cuénteme… ¿Han descubierto ya por qué se están muriendo nuestros cuervos?

Alfred se había levantado y estaba tieso como un palo, haciendo un saludo militar. Churchill le indicó con un gesto de la mano que se sentara. Después de obedecer, Alfred carraspeó y me lanzó una mirada que interpreté como de disculpa y que no me gustó nada. Tampoco me gustaron sus siguientes palabras:

—Sí, señor —contestó con voz dubitativa—. Hemos querido reunirnos con usted porque tenemos nuevos datos que parecen indicar que tendremos que cambiar nuestra línea de investigación… Pero será mejor que se lo cuente nuestra experta en temas paranormales. Señorita Cooper, por favor, ¿sería tan amable de explicarle al primer ministro todo lo que hemos averiguado en los últimos días?


Alfred

Capítulo dos

Clarice le había lanzado una mirada capaz de derretir los polos, pero Alfred fingió no haberse dado cuenta y dedicó los siguientes minutos a escuchar como la chica contaba toda la historia: la procesión de fantasmas, los cuervos muertos sin ninguna razón física que pudiera explicarlo, la profanación de la tumba de Ana Bolena, la invocación de su espectro, la posesión de Wendy… Mientras la escuchaba, se sintió aún más seguro de que había hecho lo correcto al dejar que fuera ella quien lo explicase. No se veía a sí mismo contando todo aquello en presencia del primer ministro con la convicción con la que ella lo estaba haciendo. A pesar de haber vivido aquellos acontecimientos en primera persona, había momentos en los que todavía no podía creérselo. ¿Cómo iba a contarlo con seguridad si muchas veces se sorprendía pensando que todo aquello era una locura?

—Y entonces, para expulsar al espíritu de Ana, el teniente Mitchell golpeó el hueso de su dedo meñique con la culata de su revólver y lo redujo a polvo. —Terminó de explicar Clarice.

Alfred se sorprendió. ¿Por qué había tenido que contar aquello? ¿Era su manera de vengarse por haber hecho que ella tuviera que explicarse delante de Churchill? Miró al primer ministro con miedo, planteándose si consideraría aquello como una afrenta a la Corona y le mandaría arrestar por haber destruido una reliquia. No le pareció percibir enfado en los pequeños y brillantes ojos de su interlocutor. Durante unos larguísimos segundos, se limitó a darle profundas caladas a su habano mientras asentía, como si estuviera tratando de procesar toda la información que Clarice le había dado.

—Así que lo que me están diciendo es que la muerte de los cuervos se debe a que el rey está en peligro y que lo que indicaba el agente alemán en el mensaje que interceptaron en Bletchley Park es el día exacto en el que van a atentar contra el rey, el día en el que la Corona de Inglaterra caerá y, como consecuencia, morirá el último cuervo de la Torre de Londres.

—Exacto —intervino Alfred, satisfecho al ver que no parecía que Churchill considerase su historia una locura—. Por eso creemos que no tiene sentido seguir vigilando a los cuervos. Hay que reforzar la seguridad del rey y evitar ese atentado.

—¿Acaso está insinuando que somos negligentes en la seguridad del rey? —preguntó el primer ministro entrecerrando los ojos.

—Para nada, señor. No quería decir eso… —se excusó Alfred.

—El rey está todo lo seguro que puede estar. —Churchill se levantó y empezó a pasear por el amplio salón mientras seguía con la mirada las volutas azuladas de su puro, como si aquello le ayudara a pensar

—. A pesar de esa vigilancia extrema, el agente nazi que envió el mensaje está seguro de que podrá acabar con la vida del rey en seis días… y teniendo en cuenta que los cuervos de la Torre están muriendo, podemos suponer que va a conseguirlo.

—Sí. La profecía se está cumpliendo y eso parece indicar que el plan de matar al rey va a funcionar —intervino Clarice.

—Pues hay que evitarlo. —Churchill se plantó frente a ellos y les apuntó con el dedo—. Y ustedes y su equipo serán los encargados de hacerlo.

—¿Nosotros? —preguntaron Alfred y Clarice al unísono.

—Por supuesto. Como les he dicho, la vigilancia del rey es perfecta. No hay ninguna posibilidad de que se nos haya colado un asesino o de que alguien de su entorno pueda estar preparando un atentado… Si tenemos en cuenta que la Ahnenerbe está detrás de todo esto, podemos pensar que la forma en la que han planeado acabar con el monarca tiene que ver con lo sobrenatural. Es su división la que debe encargarse.

—A sus órdenes, señor —dijo Alfred, levantándose de nuevo para cuadrarse —. ¿Qué es lo que quiere que hagamos?

—Van a infiltrarse en el palacio de Buckingham. Quiero que descubran lo que están planeando los nazis y que lo detengan. —Churchill los miró como si los evaluara—. Habrá que conseguir identidades falsas para todo su equipo.

—Yo puedo integrarme en la guardia de palacio. —Alfred pensó durante unos segundos antes de sonreír y seguir hablando—. Wendy e Irma pueden trabajar en el servicio y Nigel en las cuadras.

—No. Wendy debería estar en la recepción del palacio. Que nadie entre o salga de Buckingham sin que ella vea su aura —propuso Clarice.

—Gran idea. ¿Y qué vas a hacer tú? —preguntó Alfred.

—¿Sabe usted cocinar? —sugirió Churchill.

—Bueno, tengo unas nociones básicas —admitió ella.

—Con eso servirá. Le conseguiremos un puesto de pinche de cocina y, al menos, podrá asegurarse de que nadie envenena la comida de los reyes. —Churchill se acercó a una mesa situada en una esquina y descolgó un teléfono—. Voy a dar aviso para que les preparen la documentación. Esta misma noche los quiero en palacio.

—Por supuesto, señor. —Alfred volvió a cuadrarse una vez más—. Puede estar seguro de que haremos todo lo posible para evitar la muerte del rey.

—No harán todo lo posible —le corrigió el primer ministro—. Lo conseguirán. Tienen que evitarlo sea como sea.

—Lo conseguiremos —aseguró Clarice—. El agente infiltrado no espera que alguien con capacidades especiales esté tras sus pasos.

Puede que nuestra simple presencia allí sirva para asustarlo y hacer que desista de sus planes.

—Si es así, nos daremos cuenta enseguida —dijo Churchill—. Si dejan de morir los cuervos, sabremos que estamos consiguiendo algo.

Cuando salieron del 10 de Downing Street, Clarice se quedó parada en la acera. Alfred se colocó a su lado y le tendió su brazo de forma galante, pero ella le ignoró y miró a ambos lados.

—¿Hacia dónde tenemos que ir?

—Podemos ir andando hasta Buckingham. Será un paseo de una hora y hace buen tiempo.

Alfred se metió las manos en los bolsillos y empezó a caminar hacia la orilla del río mientras se decía a sí mismo que no debía comportarse de forma galante con Clarice. Ella no solía apreciar esos gestos y, además, él era su superior y ella una subordinada. Tendría que grabarse aquello a fuego en la cabeza, porque le resultaba muy difícil controlarse.

Había sido educado para comportarse de forma atenta con las damas, para cuidarlas y complacerlas en todo momento. Y le era muy difícil evitarlo con una mujer que, además, le resultaba tan atractiva como Clarice. Sin embargo, era muy consciente de que a ella había que tratarla de forma diferente. Clarice no agradecía aquel tipo de comportamientos y dejaba claro en todo momento que no era una damisela en apuros que necesitara que la cuidasen.

—¿No deberíamos volver a la Torre para recoger nuestras cosas?

—No. He llamado por teléfono y le he pedido a Irma que recojan todo y se reúnan con nosotros en la puerta del palacio. Tenemos tiempo de sobra para dar un paseo.

Clarice no parecía entusiasmada con la idea, pero comenzó a caminar a su lado en silencio, con las manos a la espalda. Llegaron a la orilla del Támesis y continuaron paseando sin cruzar una palabra, disfrutando de la tranquilidad que se respiraba a aquellas horas. El sol empezaba a declinar y doraba la niebla que se levantaba del río, dándole a la ciudad un aspecto de lugar encantado. Había poco tráfico a aquellas horas y se podían escuchar los cantos de algunos pájaros desde las ramas de los árboles cercanos.

Alfred dejó de contemplar el paisaje para girar la cabeza hacia Clarice, esperando descubrir en su expresión que ella también estaba disfrutando del atardecer, pero no fue aquello lo que encontró en sus ojos. Parecía triste y preocupada, como si le disgustara todo lo que estaba viendo.

—Ya sé que te gusta criticar a Inglaterra en todos sus aspectos, pero no puedes negarme que esta puesta de sol es hermosa —comentó él para sacarla de su ensimismamiento.

—¿La puesta de sol? Sí… Perdona… Es hermosa, pero no estaba mirando eso.

—¿Y qué estabas mirando? —preguntó él intrigado.

—La ciudad… Tenéis que haber sufrido tanto…

Alfred miró a su alrededor y también sintió que el corazón se le encogía. Por todos lados, se veían rastros de la guerra. Edificios sin cristales, casas quemadas o semiderruidas, montones y montones de escombros… Para él era tan habitual ver la ciudad así, que su mente ignoraba aquellos signos de destrucción. Eran parte del paisaje, ya ni siquiera dolían. Todo Londres estaba destrozado, pero para sus habitantes había llegado a convertirse en algo normal.

—Sí. Sufrimos bombardeos constantes durante casi dos años, pero, por suerte, se han reducido mucho. Desde mediados del 41, ya solo nos bombardean de vez en cuando.

—Lo dices con tanta tranquilidad que resulta asombroso…

—Sí, nadie pensaría que el corazón humano pueda acostumbrarse a tantos horrores… Pero es así. Necesitábamos sobrevivir y seguir luchando sin que nuestra moral se resintiese, así que aprendimos a esconder el miedo y el dolor, a levantar la cabeza y seguir adelante… A pesar de la destrucción… A pesar de tanta muerte…

Sintió que la voz se le quebraba y carraspeó para disimularlo. Hacerse consciente de aquella destrucción parecía reabrir las heridas y hacer que volvieran a doler. Sintió el roce de la mano de Clarice en la suya y levantó la mirada para cruzar sus ojos con los de ella.

—Siento mucho todo lo que estáis pasando.

—No conseguirán doblegarnos. No hay bombas suficientes en toda Alemania ni en el mundo entero para conseguir que el pueblo inglés agaché la cabeza —respondió él con orgullo—. Además, como te he dicho, la frecuencia de los bombardeos ha decrecido muchísimo en los últimos meses. Supongo que la *Luftwaffe*[i] ha encontrado otros objetivos más interesantes…

Su discurso fue interrumpido por el ensordecedor sonido de varias sirenas. Los pájaros de los árboles cercanos cesaron en sus trinos y alzaron el vuelo, cubriendo el cielo de Londres como un mar de saetas negras. El resto de la ciudad se paralizó durante unos segundos, como si todos sus habitantes estuvieran conteniendo la respiración, como si la propia ciudad se hubiera quedado congelada, quizá como una presa que esperara que, si se mantenía lo bastante quieta, los depredadores pasarían de largo. Y, de repente, aquella calma antinatural cesó. Los gritos de alarma y los ruidos de carreras apresuradas se superpusieron incluso al estridente aullido de las sirenas.

Alfred tomó la mano de Clarice y tiró de ella. La chica no le siguió en el primer momento. Estaba paralizada, mirando a su alrededor confusa, como si no entendiera nada. Alfred tiró de ella con más

fuerza para sacarla de su estupor.

—Parece que con mis palabras les he invocado. La aviación alemana va a bombardear la ciudad —explicó—. Tenemos que buscar un refugio.


Clarice

Capítulo tres

Me agarré a la mano de Alfred con fuerza, como si fuera una niña que temiera perderse. Él empezó a correr y yo le seguí, esperando que supiera qué hacer en aquella situación. No suelo asustarme con facilidad, pero, en aquel momento, me sentía aterrada. Nunca había vivido un bombardeo y no sabía cómo reaccionar. El sonido de las alarmas me aturdía, los gritos y carreras de la gente con la que nos cruzábamos me asustaba aún más. Lo único que me apetecía era encogerme en el suelo, con los brazos cubriéndome la cabeza, y dejar de ver, de oír, de sentir, rezar con todas mis fuerzas para no estar allí… pero sabía que, si cedía a aquel instinto, era muy posible que acabara muerta. Mi única posibilidad de sobrevivir era seguir sujetando la mano de Alfred y confiar en él.

Dejamos atrás la orilla del Támesis y nos adentramos entre las calles de Londres. Me habría gustado preguntarle adónde íbamos, pero, entre la angustia y la carrera, casi no llegaba aire a mis pulmones. Lo necesitaba todo para seguir corriendo, así que me resultaba imposible hablar.

Desde las calles cercanas se nos iba uniendo más y más gente. Madres que corrían con sus hijos de la mano, otras que llevaban a sus bebés en brazos, mujeres que acompañaban a sus padres ancianos… Personas indefensas que corrían desesperadas en busca de la salvación. Un poco más adelante, se agolpaban para entrar a un edificio de fachada rojiza. Aunque Alfred intentó parar, nos vimos empujados por la multitud que llegaba por nuestra espalda hasta convertirnos en parte de aquella turba alocada que luchaba por encontrar refugio.

—¿Dónde estamos? ¿Qué es este sitio? —le pregunté a Alfred en cuanto recuperé el aliento.

—Es la estación de Aldwich —contestó él dirigiéndome una sonrisa tranquilizadora. A pesar de los continuos zarandeos, él no soltaba mi mano—. Es un refugio. Estaremos a salvo dentro.

La gente que llegaba seguía empujando, azuzada por el continuo ulular de las sirenas. Fuimos avanzando, como si estuviéramos siendo arrastrados por un torrente, y conseguimos cruzar aquella puerta. Por suerte, una vez pasado aquel obstáculo, el pasillo se ensanchaba, convertido en un túnel en el que la gente pudo esparcirse. Apoyé durante un segundo la espalda en la pared y después me incliné hacia delante, con las manos en las rodillas, para intentar recuperar el resuello y eliminar la sensación de mareo que me invadía. Noté las manos de Alfred en mis hombros. Empujó hacia arriba para hacer que me irguiera y clavó su mirada preocupada en mi rostro.

—¿Estás bien? —preguntó—. Tenemos que continuar. Aquí todavía no estamos a salvo.

Solo pude asentir. No me veía con fuerzas para pronunciar palabra. No sabía lo que me pasaba, pero me sentía tan perdida como una niña que se ha soltado de la mano de su madre entre la multitud, tan desorientada como si me hubiera despertado completamente a oscuras en una habitación que no reconociera como la mía, tan asustada como si en esa oscuridad percibiera el eco de una respiración que no debería estar ahí… Me paralizaba la inminente sensación de ir a morir, la impotencia de pensar que no había nada que yo pudiera hacer para evitar esa muerte tan injusta y a destiempo.

Alfred no me permitió regodearme en aquellas sensaciones. Tiró de mí con fuerza y me hizo correr por aquel pasillo hasta unas escaleras que se internaban en la tierra. Bajamos varios tramos de peldaños, una distancia que se me hizo eterna. Los ojos se me llenaron de lágrimas y la sensación de mareo se intensificó al fijar la vista en los estrechos peldaños de aquella escalera que parecía girar una y otra vez sobre sí misma, como si estuviéramos internándonos en las entrañas de la Tierra.

Nos detuvimos de forma tan brusca que choqué contra la espalda de Alfred. Él se giró hacia mí. Al mirarme, su expresión cambió. Debía de tener un aspecto horrible, porque él me tomó las manos con fuerza y apretó, como si tratara de demostrarme que estaba a mi lado y que no iba a dejarme sola.

—Clarice, tranquila. Ya hemos llegado —susurró con voz suave mientras tiraba de mí hacia una pared.

Sin soltarme las manos ni un solo segundo, me ayudó a sentarme con la espalda apoyada en el muro y se puso en cuclillas frente a mí. Yo anclé mi mirada en sus ojos y empecé a respirar de forma profunda, tratando de calmarme. Me sorprendí perdiéndome en aquellos ojos verdes. Me recordaron a un mar de hierba mecido por el viento, a las copas de los árboles, a las relajantes aguas de los riachuelos de mi amada tierra. Mirando a sus ojos me sentí de nuevo en casa y el miedo pareció ir desvaneciéndose.

—Estoy mejor —le dije cuando la angustia se redujo lo suficiente como para dejarme hablar.

—Te traeré algo para beber —dijo antes de ponerse de pie. Yo me negué a soltar sus manos, pero él me tranquilizó con la sonrisa confiada que se le dirigiría a un niño asustado—. No voy a tardar nada. Es mejor que vaya ahora antes de que empiece a haber cola.

Asentí y le dejé marchar, aunque no entendía lo que había querido decir. ¿Cola para qué? Solté el aire varias veces en largas bocanadas, mientras me limpiaba el sudor de las manos en la falda. Cuando me sentí más relajada, miré a mi alrededor. Estaba en el andén de una

antigua estación de metro, solo iluminada por unas raquíticas lámparas que proyectaban una luz amarillenta y enfermiza. La gente iba apoyándose en las descarnadas paredes de ladrillo rojizo tratando de conseguir un sitio libre para pasar la noche. Un par de soldados paseaban arriba y abajo del andén para mantener el orden.

Me dediqué a mirar los carteles que inundaban las paredes, todos ellos indicaciones de seguridad: "No se acerquen al borde del andén ni sobrepasen la línea blanca". "No formen grupos". "No dejen que los niños jueguen junto a las escaleras, los ascensores ni los trenes". Cuando acabé de leerlos, paseé la mirada por la gente que iba abarrotando los andenes y en todos ellos vi la misma mirada de miedo que debía brillar en mis ojos.

Cuando los andenes empezaron a saturarse, la gente comenzó a bajar a las vías. Como si fuera lo más natural del mundo, colocaron mantas sobre los raíles y se sentaron o tumbaron en el suelo.

—Te he traído un té.

Miré hacia arriba y vi a Alfred de pie a mi lado, con dos vasos de té en las manos. Me los tendió y se sentó en el andén junto a mí.

—¿Cómo has conseguido esto? —pregunté confusa.

—Han instalado una cantina provisional. Se puede conseguir té e incluso pasteles caseros. —Mi cara debía mostrar tal desconcierto que él soltó una risa antes de seguir explicándose—. Esta estación no funciona desde 1940. Los trenes dejaron de pasar para permitir que la gente pudiera utilizar tanto los andenes como las vías para refugiarse. Este sitio está perfectamente habilitado como refugio. Se han instalado retretes, algunos cuartos con literas para los enfermos y los niños más pequeños e incluso una cantina. Hemos tenido suerte de estar tan cerca.

—Yo no le llamaría suerte a estar tan cerca. De hecho, daría todo mi dinero para estar lejos, muy lejos. Al otro lado del Atlántico a ser posible.

—¿Vas a volver a culparme por haberte traído a Londres? —preguntó poniendo una adorable cara de niño triste.

Me reí mientras negaba con la cabeza y empecé a soplar mi té. La verdad era que aquella bebida no me parecía la más adecuada para una noche de agosto en una estación de metro atestada y mal ventilada, pero tampoco podía ponerme muy exigente dada nuestra situación.

Estaba a punto de llevarme el vaso a la boca cuando cayó la primera bomba. Un ruido ensordecedor atravesó la distancia desde la superficie y retumbó en el túnel. Las paredes vibraron y crujieron como si se quejaran y una lluvia de arenilla se desprendió del techo para caer sobre nosotros. Elevé la vista al techo y vi la infinidad de pequeñas grietas que lo adornaban. Sentí que el aire me faltaba. Todas

las toneladas de piedra que se interponían entre nosotros y las bombas y que, hasta ese momento, me habían parecido un escudo, se convirtieron en una nueva amenaza. Me invadió el terror al pensar que, en cualquier momento, el túnel se derrumbaría sepultándonos a todos.

—Shhh, no va a pasar nada. Tranquila —susurró Alfred en mi oído.

Su aliento en mi cuello me produjo un escalofrío. Me di cuenta de que, por el miedo, me había lanzado contra su cuerpo y que, en aquel momento, él me rodeaba con sus brazos. Pensé que aquello no era apropiado, que debería separarme de él, disculparme y dejar de comportarme como una cría asustada. Pero no pude. La siguiente explosión volvió a sobresaltarme e hizo que me apretara aun más contra él. Me abrazó con fuerza, dejando que ocultara la cara en su pecho. La frecuencia de las bombas aumentó. Una, otra, otra… En los pocos segundos que separaban las explosiones lo único que podía oírse eran gritos y llantos. Todas aquellas personas llevaban años soportando bombardeos continuos y no conseguían acostumbrarse. ¿Quién iba a poder acostumbrarse a aquel horror?

Separé la cara del pecho de Alfred, pero no dejé de abrazarle. Solo quería mirar a mi alrededor, comprobar que todo el mundo estaba bien y que las grietas del techo no se estaban haciendo más grandes… Por todos lados se veía gente abrazada: parejas de ancianos, hermanos mayores que consolaban a los más pequeños, madres que apretaban a sus hijos contra su pecho con tanta fuerza como si temieran que fuera a desvanecerse entre sus brazos…

Contemplé a un niño rubio de enormes ojos claros que estaba sentado con su madre a pocos pasos de mí. No debía tener más de dos años, pero parecía la persona más calmada del refugio. No lloraba, ni siquiera parecía asustado. Se limitaba a mirarnos a todos con sus enormes ojos azules. Me di cuenta de que aquel niño había nacido en un mundo en guerra, que para él el ruido de las bombas era tan habitual como lo había sido para mí el sonido de los truenos durante las tormentas de verano, que aquellas calles destrozadas y llenas de escombros eran el escenario de su infancia… Y me dio tanta pena que volví a ocultar el rostro contra el pecho de Alfred y empecé a sollozar.

Él no me dijo nada, no me pidió que me calmara. Se limitó a abrazarme con más fuerza mientras posaba los labios sobre mi pelo. Me pareció que incluso depositó algunos besos en mi cabeza, pero me dije a mí misma que debía de haberlo imaginado. Poco a poco, el sonido de las bombas se fue espaciando y fue reemplazado por el retumbar del corazón de Alfred contra mi oído. Y, sin darme cuenta, me fui tranquilizando y me quedé dormida.

Cuando desperté, me sentí muy confundida. No entendía por qué estaba tumbada sobre aquel suelo tan frío e incómodo. Ni siquiera

podía recordar bien dónde estaba. Cuando fui a moverme, me di cuenta de que no podía. Alguien me estaba abrazando por la espalda. Me quedé muy quieta y, poco a poco, los recuerdos fueron regresando. Debía de haberme quedado dormida entre los brazos de Alfred y él se había encargado de tumbarme en el suelo para que estuviera cómoda y de taparme con su chaqueta para que no tuviera frío. Moví un poco la cabeza, lo suficiente para contemplar el brazo que me rodeaba la cintura. Sí, era Alfred. Reconocí su reloj. Me quedé contemplando su antebrazo. Se había arremangado la camisa y, sobre su piel, más bronceada de lo que era habitual entre los británicos, destacaba un vello fino y moreno. No podría explicar por qué me quedé embelesada contemplando su muñeca, su mano fuerte y de uñas bien cuidadas, la forma en la que sus dedos descansaban sobre mi cintura… Me encontré a mí misma deseando que aquella mano se moviera y me acariciara, que no hubiera ropa que separara esa mano de mi piel… Sentí que un extraño calor surgía de mi vientre y se expandía por todo mi cuerpo y que mi respiración se agitaba. Sin plantearme lo que estaba haciendo, saqué un brazo de debajo de la chaqueta y coloqué mi mano sobre la suya.

Esperé unos segundos hasta estar segura de que Alfred no se había despertado con mis movimientos. Seguía abrazándome desde mi espalda, con su cuerpo muy pegado al mío, con su cabeza justo detrás de la mía. Podía sentir su respiración profunda y acompasada. Su aliento cálido se colaba entre mi cabello, parecía besar mi cuello y acariciar el lóbulo de mi oreja. El calor que me invadía se incrementó. Me sentía muy extraña, confusa, casi mareada, invadida por una sensación de irrealidad y descontrol desconocida. Pensé que lo mejor sería levantarme y apartarme de él. Seguramente dar un paseo por el andén me calmaría. Incluso era posible que los bombardeos ya hubieran cesado y que pudiera salir a la calle a tomar un poco de aire. Sí, aquello era lo que necesitaba, lo más conveniente…

Sin embargo, cuando quise moverme, mi cuerpo se negó a obedecerme. En realidad, no quería separarme de él. Lo que deseaba era que aquel momento se prolongara para siempre. Tenerle tan cerca y al mismo tiempo no ser capaz de obtener más de él se estaba convirtiendo en una tortura, pero era una tortura tan deliciosa que no me sentía capaz de ponerle fin. Sabía que era una mala idea, pero empecé a deslizar mi mano por la suya, acariciando aquellos dedos fuertes, subiendo por su antebrazo para rozar aquel pequeño trozo de piel que quedaba al descubierto. Mi mente se descontroló y me pidió más. Me moría de ganas de seguir acariciándole, de tocar toda su piel, de recorrerla entera con las yemas de mis dedos, con mis labios… Pero incluso en aquel estado de locura supe que no podía hacer nada. Era Alfred, mi superior, y estábamos en un andén de metro rodeados

de docenas de personas… No se me ocurría una situación menos favorable para desearle de aquella manera tan apasionada, tan loca, tan enfermiza… Intenté buscar en mi mente algún atisbo de razón que me detuviera, pero no encontré nada. Solo el deseo de recorrer su cuerpo y de que sus manos recorrieran el mío. Sin darme cuenta, eché la cadera hacia atrás para rozarme con él y me sorprendí al notar su erección presionando contra mis glúteos.

Sabía que aquello no significaba nada, que muchos hombres tenían erecciones mientras dormían y, sin embargo, tuve la absoluta seguridad de que estaba así por mí, que, de alguna manera, en sus sueños había notado mi deseo y lo correspondía. En lugar de apartarme, me apreté aún más contra él, mientras de mis labios surgía un gemido ahogado.

—¿Clarice?

Su voz a mi espalda me sorprendió tanto que estuve a punto de soltar un grito. Por suerte, pude contenerlo. Me mordí el labio inferior y, después de un par de segundos en los que recé todo lo que pude para que la tierra se abriera y me tragase, hice lo único que podía hacer: cerré los ojos y respiré de forma acompasada, fingiendo que estaba profundamente dormida.

Noté que se movía a mi espalda. Se incorporó sobre un brazo y se inclinó sobre mí. Me habría encantado abrir un poco un ojo y observar su cara para intentar descubrir en su expresión qué era lo que estaba pensando. ¿Se habría dado cuenta de que había estado acariciándole? ¿Habría notado mi excitación? Noté que un vacío absoluto se abría en mi estómago cuando me pregunté si habría estado despierto todo el tiempo. Aquello me hizo cambiar mis rezos. Necesitaba que cayera un rayo y me fulminara al instante.

Alfred dejó de mirarme, se separó un poco de mí y volvió a tumbarse. Yo seguí con mi farsa mientras trataba de adivinar qué hacía. Estuvo tumbado un par de minutos, después se giró hacia el otro lado, luego se sentó… Parecía nervioso. Pensé que era normal. Su compañera de división había intentado abusar de él mientras dormía. No era una situación muy cómoda…

Escuché cómo se levantaba y comenzaba a caminar por el andén. Cuando sus pasos empezaron a sonar lejanos, me atreví a abrir un ojo para descubrir qué hacía. Le vi hablando con uno de los soldados que habían estado custodiando el refugio. Estaban fumando un cigarrillo y parecía que mantenían una conversación muy animada.

Me di cuenta de que la gente empezaba a levantarse. Se incorporaban, llamaban a sus parejas, hermanos o hijos con un beso, unas palabras alegres o meciéndoles por el hombro y recogían sus cosas para salir a la calle. Yo también me incorporé y miré mi reloj. Eran las siete y media de la mañana. Los aviones alemanes estarían ya

muy lejos. Habíamos conseguido sobrevivir a la noche y que la muerte que llegaba del cielo nos pasara de largo.

Me levanté y me acerqué a Alfred para tenderle su chaqueta. Le sonreí, esperando que a la débil luz de las lámparas que iluminaban la estación, no pudiera percibir el rubor de mis mejillas. Él cogió la chaqueta y me devolvió la sonrisa.

—¿Has dormido bien? —me preguntó.

—Sí, mucho mejor de lo que esperaba. Debía de estar agotada porque he dormido del tirón y no me he movido en toda la noche.

Le observé detenidamente para saber si se creía aquella mentira. No dijo nada. Le dio una última calada a su cigarrillo, se puso la chaqueta y me señaló las escaleras de salida para que le acompañara. Le seguí sintiéndome intranquila. A pesar de que había intentado esconderla, no se me escapó la mirada suspicaz que me había dirigido. ¿Se había creído alguna de mis palabras o se había dado cuenta de la verdad?


Alfred

Capítulo cuatro

La ciudad volvía poco a poco a la vida. Los habitantes de Londres salían de sus escondrijos con los ojos entrecerrados después de haber pasado tantas horas entre penumbras, como topos que hubieran decidido abandonar la seguridad de su madriguera para dar un pequeño paseo a la débil claridad del alba. Y, al igual que los topos, temerosos de que un búho apareciese desde lo alto para devorarlos, ellos también escrutaban las alturas, como si no se creyeran que la amenaza hubiera pasado de largo.

Alfred salió del túnel y se apoyó en el muro para contemplar la ciudad. Era difícil distinguir si había habido muchos daños. Las pilas de escombros se habían convertido en parte del paisaje habitual. Sin embargo, varias columnas de humo procedentes del este indicaban que los bombarderos se habían cebado con aquella parte de la ciudad. Intentó calcular la distancia para saber si aquella era la zona en la que debían de estar sus compañeros, pero no fue capaz. No conocía Londres tan bien como para poder saberlo.

Encendió un cigarrillo y empezó a fumar con la vista clavada en el cielo azul. Maldijo aquella ausencia de nubes que había permitido a los aviones alemanes sobrevolar la zona con seguridad. El cielo casi siempre gris de Londres había dejado de ser una triste costumbre para convertirse en un anhelado escudo.

Clarice se había apoyado a su lado y contemplaba la ciudad en silencio. Sin decir nada, le quitó el cigarrillo de las manos y le dio un par de profundas caladas antes de devolvérselo. Cuando Alfred se lo llevó a los labios, sintió un nudo en el estómago. Aquel cigarrillo acababa de estar en la boca de Clarice. Era casi como un beso a distancia, una forma de acariciar esos labios que para él estaban prohibidos. Se avergonzó por aquellos pensamientos. ¿Desde cuándo se había vuelto tan cursi? No lo sabía, pero, cuando ella estaba a su lado, se sentía como un adolescente avergonzado delante de su primer amor.

Tenía que conseguir tranquilizarse, pero lo que había sucedido la noche anterior no se lo estaba poniendo fácil. Cuando Clarice se quedó dormida en sus brazos, agotada por tantas emociones, la tumbó en el suelo para que estuviera más cómoda y la tapó con su chaqueta. Notó que, incluso en sueños, estaba temblando, pero se dio cuenta de que no era por el miedo a las bombas. Las baldosas del suelo del andén estaban frías y el ambiente en el túnel era húmedo y desapacible. Se tumbó tras ella, con su cuerpo tan pegado como era posible para tratar de darle algo de calor.

Enseguida se dio cuenta de que aquello había sido una pésima idea.

Sus rizos negros le acariciaban el rostro y, sin pensarlo siquiera, se acercó aún más para percibir su perfume… El aroma a vainilla que desprendía su cuerpo y la visión de la piel de su cuello le resultaron tan turbadores… Sentía ganas de posar sus labios en aquella piel para comprobar si era tan suave como parecía, si su sabor era tan dulce como estaba imaginando. Y entonces ella se movió y sacó una mano de debajo de su chaqueta para empezar a acariciar su antebrazo. Se quedó muy quieto, con todos los sentidos en alerta, preguntándose si la habría despertado, si se habría dado cuenta de lo cerca que estaba, del deseo que le invadía… Pero ella continuó acariciando su brazo con suavidad, de forma mecánica, como si estuviera soñando.

Ese pensamiento hizo que una pequeña hoguera se encendiera en el centro del pecho de Alfred. Si Clarice estaba soñando, ¿con quién lo hacía? ¿Sería con él? Se sintió estúpido ante aquel pensamiento. Por supuesto que no era con él. No había nada entre ellos, no tenían una relación tan estrecha. De hecho, ni siquiera sabía si había un joven en la lejana Montana esperando a que ella regresara. Quizá era un héroe de guerra, un avezado piloto que en aquellos momentos luchaba contra los cazas japoneses en el Pacífico… O un valiente marinero a bordo de un submarino que buscaba barcos alemanes en el Atlántico. La imagen de un joven alto y fuerte, con la mandíbula cuadrada y un hoyito en la barbilla se abrió paso en su mente. Se imaginó a aquel chico, de noche en su litera, sacando de la cartera un retrato en blanco y negro de Clarice, estropeado por haberlo mirado tantas y tantas noches, y sonriendo al pensar que se reuniría con ella cuando acabara la guerra.

Había luchado por apartar aquellos pensamientos dolorosos. Era posible que aquel chico no existiera, que Clarice fuera libre… En aquel momento, eran sus brazos los que la rodeaban, era su piel la que ella acariciaba. ¿A qué venía torturarse con aquellos celos estúpidos e infundados?

Cerró los ojos y se concentró en sentir el momento, sin importar nada más. En el perfume dulce y avainillado de su cuerpo, en la forma en la que sus rizos oscuros le acariciaban el rostro, en el roce delicado de sus dedos acariciando su piel… Empezó a imaginar que ella se giraba y, que, cuando contemplaba sus ojos, veía en ellos el mismo deseo ardiente que le invadía, que todo el resto de los presentes en aquel túnel se desvanecían y que él se lanzaba sobre ella para besarla con urgencia, para acariciar su cuerpo y arrancarle la ropa con torpeza, para hacerla suya en aquel mismo lugar sin importar nada más… Y entonces notó que ella echaba sus caderas hacia atrás hasta apretar su entrepierna. Sintió que la respiración se le detenía por completo y tuvo que abrir los ojos para asegurarse de que seguían en un atestado túnel de metro y no lanzarse sobre ella para cumplir sus

fantasías. Se preguntó por qué habría hecho aquello Clarice. ¿Era parte de sus sueños o se había dado cuenta de lo que estaba provocando en él y estaba intentando demostrarle que ella también le deseaba?

Se apoyó en un codo, se inclinó sobre ella para verle la cara y la llamó por su nombre. No hubo respuesta. Su rostro estaba en calma, sus ojos cerrados, su respiración era profunda y regular… A pesar de la oscuridad, estaba tan cerca de ella como para darse cuenta de que un ligero rubor cubría sus mejillas. Quizá se debía a lo que estaba soñando… y tuvo que volver a recordarse que, muy probablemente, no soñaba con él. No supo cómo reaccionar… Se tumbó, se sentó en el andén, se volvió a tumbar… Su deseo por ella no se desvanecía y tenerla a su lado dormida, tan indefensa y deseable, era demasiada tentación. Se recordó a sí mismo que era un caballero y que jamás osaría ponerle una mano encima a una dama sin su consentimiento y se levantó para irse a fumar un cigarrillo al otro lado del andén, lo más lejos posible de ella.

—¿En qué piensas?

La voz de Clarice le devolvió a la realidad. Había estado tan ensimismado en sus recuerdos que casi había olvidado que se encontraba en una calle de Londres al amanecer con la causa de sus desvelos justo a su lado. Ella sonrió y volvió a quitarle el cigarrillo de las manos para darle unas caladas. Cuando lo terminó, lo tiró al suelo, lo apagó con la punta de uno de sus zapatos de tacón y se le quedó mirando con los brazos en jarras.

—Nada, tonterías —contestó mientras se frotaba la cara para despejarse—. Supongo que uno nunca termina de acostumbrarse a los bombardeos.

—Eso sería imposible. —Ella bajó la mirada al suelo, como si se avergonzase—. Creo que no había pasado tanto miedo en toda mi vida.

—Pues has tenido suerte, porque, desde hace un par de años, los bombardeos nazis son mucho menos frecuentes. —Alfred le tendió el brazo y, contra todo pronóstico, Clarice apoyó la mano en su codo y comenzó a caminar a su lado mientras él continuaba explicándose—. Durante los primeros años de la guerra, eran casi continuos. Hitler se propuso doblegar nuestra moral destruyendo la ciudad y matando a todos los civiles posibles, pero no contaba con la legendaria cabezonería de los ingleses. Somos la nación más orgullosa de la Tierra. Nadie ha podido nunca conquistarnos y los alemanes no iban a ser los primeros.

Se le escapó una sonrisa de autosuficiencia que hizo que ella resoplara y soltara una risa:

—¿Tengo que recordarte que nosotros, los americanos, os ganamos

una guerra? —preguntó con tono sarcástico.

—Os dejamos ganar —bromeó él—. Nos dimos cuenta de que era mejor no tener ningún tipo de relación con gente tan loca como para tirar el té al mar.[ii]

—Por supuesto —dijo ella, esbozando una sonrisa—. Ahora me entra la duda de si os habrán conquistado alguna vez y simplemente no queréis verlo.

—Piensa lo que quieras. La realidad es que Hitler ordenó bombardear sin descanso la capital y otras ciudades inglesas de importancia. Los bombardeos eran casi diarios y se cebaban con objetivos civiles. No respetaban nada. Bombardearon barrios residenciales, hospitales, escuelas, iglesias, orfanatos… Su idea era que nuestra moral se redujera y acabáramos rindiéndonos y pidiendo un armisticio, como había hecho el gobierno francés.

—¿Pero no funcionó? —aventuró ella.

—No funcionó. —Alfred hinchó el pecho con orgullo—. Se calcula que en esa campaña murieron más de cuarenta y tres mil personas y que un millón de viviendas quedaron destruidas, pero el pueblo inglés no se rindió. Fue una época terrible: cadáveres en las aceras, regueros de sangre por las calles, barrios enteros en llamas destruidos por las bombas incendiarias, decenas de sótanos y estaciones de metro reconvertidas en refugios…

—No puedo ni imaginar lo horrible que tuvo que ser…

—Sí, durante unos años los ingleses no pudimos llevar una vida normal. Nuestro único objetivo era sobrevivir y proteger a los nuestros… Pero resistimos. Gracias a la valentía y la pericia de nuestros pilotos de la RAF y a nuestro sistema de radares, los alemanes empezaron a tener cada vez más bajas y a comprender que no iban a ganar esa batalla. Decidieron bombardear solo de noche, ya que nuestros aviones les causaban demasiado daño. Después, empezaron a usar aviones que volaban más bajo para despistar a nuestros radares… Pero nada de eso sirvió. En mayo del 41, Hitler ordenó un último bombardeo masivo para destruir los edificios históricos más emblemáticos de la ciudad, como si fuera un niño con un berrinche que decide romper los juguetes de sus compañeros antes de marcharse a casa, y decidió centrarse en la invasión de la Unión Soviética.

—Pero si ya no planean invadiros, ¿a qué vino el bombardeo de anoche? —preguntó Clarice.

—Siguen bombardeándonos de vez en cuando. Debe ser para que no se nos olvide que están ahí y que seguimos estando en su punto de mira, que en cualquier momento, si consiguen vencer en el frente ruso o en el norte de África, el águila nazi volverá a girar su cabeza hacia Inglaterra y se lanzará sobre nosotros para destruirnos —respondió él

mientras se encogía de hombros—. Solo estamos libres de momento, pero al menos los bombardeos son mucho menores. Llegaron a tirarnos tres mil bombas en una sola noche. Lo de ayer fue una tontería en comparación.

Se giró hacia ella y vio que la chica se estremecía. Alfred imaginó el miedo que habría pasado la noche anterior y lo horrible que debía haber sido para ella enfrentarse a su primer bombardeo. Una pizca de resentimiento cruzó por su mente. Para los americanos era muy fácil decir que estaban en guerra contra Alemania con la seguridad que les daba tener todo un océano como escudo. Sus ciudades no estaban siendo bombardeadas, sus barrios no se consumían en llamas, sus calles no quedaban alfombradas de cadáveres…

Se mordió la lengua y prefirió no decir nada. Clarice era americana, pero no era la culpable de las decisiones de su país. Había muchos grupos de poder que se negaban a enviar tropas de tierra a la asolada Europa. Mientras Estados Unidos se limitaba a batallar en el Pacífico y en el Atlántico, sabiendo que su territorio estaba a salvo, Europa se desangraba. Pero ni Clarice ni sus compatriotas, cada vez más favorables a una mayor intervención en la guerra, tenían la culpa de aquello.

—¿Por qué suspiras? —preguntó Clarice.

Alfred se sorprendió. Había estado tan concentrado en sus pensamientos, que ni siquiera había sido consciente de que dejaba escapar un largo suspiro de frustración. Había ido caminando, con las manos en los bolsillos del pantalón y la mirada baja, fija en los adoquines de la acera, sin darse cuenta siquiera de por dónde caminaban. Por suerte, su cuerpo había decidido por él y les había guiado por el camino correcto. Al levantar la cabeza, vio que habían estado caminando al lado de un parque y que, al otro lado de la calle, ya se podía ver la plaza en la que se levantaba el Memorial de la Reina Victoria y la verja negra y dorada que rodeaba el palacio de Buckingham.

—Ya casi hemos llegado —dijo, señalando hacia allí.

—¿No deberíamos haber vuelto a la Torre de Londres para ver cómo están los demás?

—No sé si seguirán allí. Lo mejor será que entremos en el palacio, nos presentemos y pidamos permiso para usar el teléfono. —Alfred la tomó del brazo para que cruzaran juntos la calle.

—Creo que no va a hacer falta —repuso Clarice con una sonrisa adornando su rostro en cuanto pusieron el pie en la acera—. Mira quiénes están ahí.

Alfred miró en la dirección que ella señalaba y también sonrió. Sus tres compañeros estaban sentados en las escaleras de mármol blanco del Memorial, rodeados de maletas. Cuando les reconocieron, los tres

se levantaron de un salto y, dejando el equipaje sin vigilancia, corrieron hacia ellos. Antes de que pudiese decir nada, Alfred ya había recibido un par de fuertes palmadas en la espalda de Nigel y tenía a Wendy rodeándole con los brazos. Tan solo Irma mantenía la compostura mientras trataba de contener la risa al ver su expresión de incomodidad. Aguantó unos segundos y después carraspeó un par de veces para tratar de hacerle ver a Wendy que aquella no era una forma adecuada de comportarse con su oficial al mando. Ella le soltó, pero, en lugar de avergonzarse, se lanzó a abrazar a Clarice.

—Estábamos preocupadísimos por vosotros —dijo Irma en un intento de disculparse por el comportamiento de sus compañeros—. No sabíamos si habríais podido refugiaros del bombardeo ni si estaríais bien…

—Pasamos la noche en una estación de metro —explicó Clarice—. ¿Y vosotros?

—Hay una cripta debajo de la Torre Blanca. —Wendy había dejado de abrazar a Clarice, pero se negaba a soltar su mano, como si le diera miedo volver a separarse de ella—. Un sitio horrible, frío, oscuro, húmedo… Y el ruido de las bombas sonaba tan cerca… Pensé que íbamos a morir.

Alfred sonrió comprensivo. Wendy no era de Londres, sino de un pequeño pueblecito pesquero en la costa oeste de Inglaterra que seguramente nunca había sido objetivo de la aviación alemana. Era muy probable que, al igual que para Clarice, aquel hubiera sido su primer bombardeo.

—Hemos traído todas nuestras cosas, tal y como nos indicaste ayer. —Irma señaló las maletas desperdigadas sobre las escaleras del monumento y todos se pusieron en marcha hacia allí.

—Sí, hemos traído también vuestro equipaje —intervino Nigel—, pero no nos habéis explicado para qué queríais que nos reuniéramos aquí.

—Este va a ser nuestro nuevo hogar. —Alfred señaló la imponente fachada del palacio—. Ya no vamos a cuidar de los cuervos. Ahora que sabemos que el verdadero objetivo es el rey, debemos velar por su seguridad y descubrir si alguien va a atentar contra él.

—Una pena —dijo Nigel antes de cargarse su petate a la espalda—. Ahora que los cuervos han dejado de morirse…

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Clarice.

—Que esta noche no ha muerto ninguno —explicó Nigel—. Cuando hemos salido de la cripta al amanecer, nos hemos acercado a las jaulas y hemos visto que nuestros siete cuervos siguen vivitos y coleando.

—¿Crees que eso puede significar algo, Clarice?

Ella se mantuvo en silencio unos segundos antes de contestar. Finalmente, esbozó una tímida sonrisa.

—Me gustaría pensar que sí, que el hecho de que hayamos descubierto que la muerte de los cuervos era un presagio de la muerte del rey y que ahora estemos aquí dispuestos a impedirlo lo haya detenido todo. —Su sonrisa se hizo más amplia y sus ojos brillaron al mirarle—. Quizá signifique que estamos en el buen camino, que vamos a poder detener la caída de la Corona.

Alfred le devolvió la sonrisa, recogió su maleta e indicó a todo el equipo que se dirigieran hacia la verja de entrada del palacio. Se quedó rezagado un par de pasos, escuchando cómo se contaban unos a otros sus vivencias de la noche anterior y cómo celebraban que todos los cuervos de la Torre siguieran vivos como un buen presagio del éxito de su misión. Prefirió no acercarse y bajarles la moral. Él no creía que detener el plan de los nazis fuera a ser tan fácil.


Clarice

Capítulo cinco

Después de ponerme el uniforme que me habían entregado, salí de mi nueva habitación y seguí el pasillo intentando encontrar la zona de las cocinas. Aunque me habían dicho que, debido a las restricciones por la guerra, la mayoría de las estancias del palacio estaban clausuradas, aquel lugar seguía siendo enorme y laberíntico. Recorrí varios pasillos desiertos y poco iluminados, sintiéndome más inquieta a cada paso que daba.

Aquel palacio distaba mucho del lujo y la comodidad que yo había esperado para el alojamiento de unos reyes. La mayoría de las lámparas estaban apagadas, no había fuego en las chimeneas e incluso en algunas estancias faltaban los cristales de las ventanas, lo que convertía aquellos pasillos en fríos y húmedos corredores. Casi daba la impresión de que el lugar estuviera abandonado, de que yo fuera la única moradora de aquellas estancias inhóspitas y desiertas.

Oí el familiar estruendo de los cacharros entrechocando y, al girar una esquina, el hedor de la col hirviendo inundó mis fosas nasales. Odiaba aquel olor desde pequeña, pero al menos me indicaba que no me había perdido y que las cocinas estaban cerca. Caminé durante un par de minutos más hasta llegar a unas puertas dobles. Tras abrirlas, me encontré en las enormes cocinas del palacio.

En aquel momento, solo estaban ocupadas por tres mujeres. Una anciana enjuta que fregaba unas cazuelas tan enormes que parecía imposible que pudiera manejarlas, una joven que se afanaba en llevar sacos de legumbres y cereales a una pequeña estancia lateral que debía ser la despensa y una mujer de unos cuarenta años que, nada más traspasar yo la puerta, dejó de remover el contenido de una enorme olla para apoyar las manos en sus generosas caderas y mirarme con desconfianza.

—¿Y tú quién eres? —preguntó suspicaz.

—Esto… Soy Clarice, la nueva ayudante de cocina —señalé mi delantal, como si aquello lo explicara todo.

—Sí, me habían avisado de que vendría una chica nueva. —A pesar de sus palabras, siguió mirándome con aire receloso—. Tú no eres de por aquí…

No sé cómo lo hizo, pero aquella frase no sonó como un comentario casual o una observación inocente. Sonó como una acusación de alta traición en toda regla. Carraspeé incómoda y crucé los brazos frente al pecho para sentirme menos expuesta.

—No, esto… Soy americana… De Montana.

—¿Y qué hace una chica de Montana en Londres?

Durante un par de segundos, permanecí en silencio,

preguntándome si estaba obligada a darle explicaciones a aquella mujer. ¿No se suponía que Churchill había dado orden de que se nos permitiese acceder al palacio? ¿No debería haber preparado también una buena historia que nos sirviera de coartada y habernos informado de ella?

—Bueno… Yo, esto… Vine aquí por amor…

La mujer enarcó la ceja derecha y se me acercó un par de pasos sin separar las manos de sus caderas. Era un palmo más alta que yo y me sacaría unas cincuenta o sesenta libras, así que resultaba bastante imponente, pero levanté la barbilla y clavé mis ojos en los suyos para demostrarle que no me asustaba.

—¿Por amor? —preguntó con un tono que indicaba que no se creía nada.

—Sí, comencé una relación por correspondencia con un caballero inglés viudo… Un amigo de un familiar lejano… Nos escribimos un par de años y, finalmente, decidí venir a conocerle para que pudiéramos casarnos…

Hasta yo me di cuenta de que mi historia hacía aguas por todas partes, pero ya no podía recular. La cocinera asintió, animándome a continuar.

—¿Y qué pasó cuando llegaste? ¿Os casasteis?

—No, el muy sinvergüenza ya estaba casado… Me encontré en Londres perdida, sin nadie a quien acudir y sin dinero para pagar el billete de vuelta a mi país… Y entonces estalló la guerra.

—¿Y cómo has conseguido un puesto en palacio sin tener contactos? ¿Tan buena cocinera eres?

Por un momento, pensé en mentir y decirle que sí, que mis habilidades culinarias me habían hecho merecedora de un puesto en la cocina real, pero desistí de inmediato. A mi madre siempre le había encantado cocinar para toda la familia y no solía permitir que pusiéramos un pie dentro de sus dominios. Yo sabía cocinar lo justo para no morirme de hambre y, si tenía que ser sincera, la mitad de los días la comida estaba cruda y la otra mitad quemada. Quizá Dios me había bendecido con muchos dones, pero la habilidad en la cocina no era uno de ellos.

—La verdad es que no… Pero aprendo con mucha facilidad y tengo muchas ganas —dije fingiendo entusiasmo.

—Sí, claro, eso dicen todas, pero esto es la cocina del palacio de Buckingham. Hacemos comida para más de cincuenta personas todos los días. No es suficiente con tus ganas. Hay que trabajar de verdad.

Asentí, bajé la cabeza en señal de humildad y junté mis manos en el regazo, delante del blanco delantal. Aquella demostración de obediencia pareció aplacar al dragón.

—Está bien… Supongo que has llegado aquí recomendada por

alguien importante. —Me limité a asentir sin levantar la cabeza ni atreverme a enfrentar su mirada—. Te pondré a prueba unos días. Sígueme.

Me llevó hasta una oscura esquina de la cocina, lo bastante lejos de los fogones como para que hasta allí no llegara el calor del fuego. Se detuvo delante de una pila de patatas más alta que yo y la señaló.

—Ve pelando patatas —ordenó.

—¿Cuántas? —pregunté asustada ante la idea de que aquello fuera una especie de condena eterna en el infierno: pelar patatas para siempre en un rincón húmedo y oscuro.

—Pela hasta que yo te ordene parar —contestó confirmando mis peores temores—. Hoy vamos a hacer estofado de Lancashire para comer y tenemos que cubrir la escasez de cordero con muchas patatas y cebollas.

Me quedé mirándola con los ojos muy abiertos y los labios fruncidos. No tenía ni idea de qué estaba hablando aquella mujer. Cuando vi que volvía a enarcar la ceja derecha, fingí una sonrisa y asentí entusiasmada.

—No sabes lo que es un estofado de Lancashire. —Se alejó de mí bufando y meneando sobre su cabeza la cuchara de madera que aún llevaba en la mano—. Debes de tener amigos muy poderosos para haber conseguido entrar aquí sin tener ni idea… Ya me enteraré, ya… Que ha venido por amor, dice… Como si no hubiera buenos mozos en su tierra…

Siguió refunfuñando mientras se alejaba. No supe si echarme a reír o enfadarme con ella por ser tan cotilla. Parecía furiosa porque no le hubiera contado mi vida. Me planteé si sería solo curiosidad o si habría algo más… Aquella matrona inglesa no acababa de encajar con la idea que yo tenía de un espía nazi, pero un buen espía sería alguien que no lo pareciese. Y aquella mujer se encargaba de preparar día tras día la comida de la familia real inglesa... Ya que iba a tener que pasar muchas horas en aquella cocina, lo mejor sería que no la perdiese de vista.

Me senté en un pequeño taburete y cogí una patata de la pila para empezar con mi particular condena, mientras me planteaba que, cuando me dijeron que iba a formar parte de una de las divisiones de élite del servicio secreto británico, jamás me imaginé que acabaría haciendo aquello.

Ya era casi medianoche cuando me dirigí a mi cuarto arrastrando los pies. Me encontraba tan agotada que me detuve, levanté la cabeza y contemplé la puerta del final del pasillo. Me pareció que estaba a varios universos de distancia y que no sería capaz de llegar hasta mi habitación… Si aquella era mi habitación… Ni siquiera estaba segura

de no haberme desorientado.

Por suerte para mí, una puerta se abrió un poco más adelante. Irma salió de su cuarto, me vio y se acercó a mí sonriente. Se colocó a mi lado y me tomó la mano. Cuando me di cuenta de que trataba de guiarme por el mismo camino que yo acababa de recorrer, decidí no moverme y continuar clavada al suelo.

—Vamos, tenemos reunión en la habitación de Alfred —susurró—. No pueden vernos aquí.

Solté un largo suspiro y me puse en marcha, mientras le lanzaba una mirada de nostalgia a la puerta de mi cuarto. Adiós, tranquilidad. Adiós, descanso. Adiós, cama…

—¿Una reunión para qué? —protesté con voz compungida.

—Para poner en común lo que hayamos descubierto —contestó Irma sin parar de tirar de mí ni un solo momento.

—Yo no tengo nada que informar. Solo he descubierto que odio la cocina mucho más de lo que pensaba. Odio pelar patatas, odio picar cebollas, odio fregar cacharros y, sobre todo, odio este horrible olor a col que se me ha pegado a la ropa y al pelo y que no voy a poder quitarme de encima nunca.

Irma negó con la cabeza, como si quisiera restarle importancia a mis quejas, y soltó una risita. Me hubiera gustado matarla, pero incluso en mi estado de agotamiento profundo, recordé que aquello estaría mal.

—Ya hemos llegado —anunció.

Irma dio un par de golpes quedos en la puerta y, tras escuchar una invitación desde dentro, abrió y tiró una vez más de mí para hacerme pasar. Cuando entré, vi que ya estaban todos allí. Eché una mirada al dormitorio de Alfred. Era mucho mejor que el mío. Mientras que yo tenía que conformarme con una habitación oscura y estrecha decorada con una cama de muelles oxidados y un armario desvencijado, a Alfred le habían asignado una amplia estancia con una mullida cama de matrimonio, un enorme armario, estanterías para libros y una especie de pequeña salita con una mesa de centro, un cómodo sofá y un par de sillones para recibir a las visitas o leer al lado de la ventana. Miré con suspicacia una puerta colocada en el lateral.

—¿Eso es un baño privado? —pregunté.

—Claro —respondió Alfred—. Si lo necesitas, puedes usarlo.

Me limité a mirarle con odio mientras pensaba en el baño que yo tenía que usar, un cuchitril frío y oscuro que debía compartir con todos mis compañeros de pasillo.

—¿Por qué tienes una habitación tan buena?

—Esto… Yo… Soy teniente del ejército británico y me han concedido un puesto como guardaespaldas personal del rey. ¿Qué habitación quieres que me asignen?

—No sé… Pensaba que estábamos en el mismo equipo y que todos teníamos los mismos derechos, pero claro, yo solo soy una emigrante expatriada sin ningún tipo de habilidad reseñable que tiene que conformarse con pelar patatas y cebollas.

—¿Te pasa algo, Clarice? —preguntó preocupado.

Vi que iba a acercarse a mí con aire solícito y levanté la palma de mi mano para detenerle. Suspiré y traté de calmarme. Él no tenía la culpa de aquello.

—No, no pasa nada. Es solo que estoy muy cansada. Acabemos con esto lo antes posible, por favor.

Sin pensar bien en lo que hacía, me dejé caer en la enorme cama. Sí, era tan cómoda y mullida como parecía. Me dio la impresión de que el colchón me abrazaba, de que los cojines me rodeaban, de que mi cuerpo se hundía y se dejaba llevar a la inconsciencia. Tuve que hacer un esfuerzo para ponerme de medio lado y apoyarme sobre un codo para mirar a mis compañeros.

Alfred me observaba estupefacto. Supuse que las damas que él trataba no solían tumbarse en su cama sin aviso previo, pero me dio igual. Lo único que quería era acabar con aquello lo antes posible e irme a dormir.

—Bien, empecemos… —Alfred agitó un par de veces la cabeza como si pretendiera aclarar sus pensamientos—. Ya ha pasado otro día y solo nos quedan cinco para detener el cumplimiento de la profecía, así que tenemos que descubrir cuál es el plan de los nazis e impedirlo. ¿Habéis encontrado algo? —Todos nos mantuvimos en silencio—. ¿Wendy? Tú eres la encargada de observar a todo el mundo que entra y sale del palacio. ¿Has visto algo raro?

—La verdad es que no —contestó ella mientras se encogía de hombros.

—¿No has detectado nada con tu poder? —insistió Alfred.

—No, lo siento. He visto auras de muchos colores, gente con muchos sentimientos diferentes, pero nada sospechoso. Nadie parecía especialmente malvado, ni loco, ni con capacidades mágicas especiales… —Al ver la expresión de desilusión de Alfred, se apresuró a seguir hablando—. Pero seguiré observando. Si ese espía nazi pasa frente a mí, lo sabré.

—Muchas gracias, Wendy. ¿Y los demás? ¿No habéis visto nada sospechoso?

—Me he pasado el día en las cuadras y no he visto nada raro —intervino Nigel—. Tampoco es que ahora mismo se usen mucho los caballos, así que los otros dos mozos y yo casi no tenemos trabajo. Nos hemos pasado el día tumbados sobre un montón de paja dándole tragos a una botella de *whisky* barato y fumando cigarrillos. La única forma de que esa gente suponga un peligro para la Corona es que se

emborrachen tanto como para quedarse dormidos con un cigarrillo encendido y que le peguen fuego al palacio.

Le miré con odio. No era justo que él se hubiera pasado todo el día haciendo el vago mientras yo me veía condenada a trabajos forzados sin haber hecho nada malo para merecerlo.

—A mí me han asignado un trabajo de doncella —intervino Irma como si pretendiera consolarme—. Un trabajo muy cansado… Todo el día limpiando, haciendo camas… Pero el ambiente es muy bueno. Todas las chicas parecen muy simpáticas. Son mujeres normales, con sus maridos, sus hijos… No puedo imaginarme a ninguna de ellas atentando contra la Corona.

—¿Y tú, Clarice? —preguntó Alfred con voz apenada, como si esperara que yo no le defraudara y anunciara algún gran descubrimiento.

—Nada de nada —dije tras negar con la cabeza—. Me encantaría decirte que Molly, la cocinera jefe, es la espía nazi y que la encerrarais y tirarais la llave al Támesis, pero la verdad es que, por mucho que la odie, tampoco le veo madera de espía. No sé si este plan va a funcionar.

—Claro que va a funcionar —nos animó Wendy—. De hecho, ya está funcionando. Hoy tampoco ha muerto ningún cuervo. Quizá no sepamos qué es lo que estamos haciendo, pero, de alguna manera, algo hemos hecho o vamos a hacer que va a detener la profecía.

Como si fuera una respuesta a sus palabras, un par de golpes en la puerta de la habitación nos sobresaltaron. Alfred se puso un dedo sobre los labios para indicarnos que debíamos permanecer en silencio, apagó las luces de la habitación, dejando solo una pequeña lámpara de lectura y nos señaló la puerta del cuarto de baño para que nos escondiéramos dentro. Entré la última y me quedé espiando por la rendija de la puerta, que había dejado entreabierta. Vi que se sacaba los faldones de la camisa, se arremangaba y se soltaba un par de botones. Después, agarró un libro de la estantería y se acercó a la puerta de la habitación.

—¿Teniente Mitchell? —escuché preguntar a una voz joven y masculina.

—Sí, soy yo —contestó Alfred con tono somnoliento—. Debe ser muy tarde… Creo que me he quedado dormido leyendo.

—Casi la una, señor. Lamento molestarle tan tarde, pero ha llegado un mensaje prioritario de la Torre de Londres.

—Sí, yo mismo di la orden de que me avisaran a cualquier hora. Ha hecho bien, soldado. Puede retirarse.

Cerró la puerta y se quedó apoyado contra ella con un sobre en las manos. Todos salimos del baño y nos quedamos mirándole preocupados. Estábamos seguros de que eran malas noticias. Alfred

tomó aire y lo expulsó en un largo soplido mientras se disponía a abrir el sobre.

Bajé la mirada y la clavé en el suelo mientras contenía la respiración, al igual que todos los presentes. Era tal el silencio que pude escuchar con claridad el sonido del sobre al rasgarse, de un modo que me pareció cruelmente lento. Me entraron ganas de lanzarme sobre Alfred, arrebatarle el sobre y leer el mensaje por mí misma, pero me contuve. Sabía lo que iba a decir ese mensaje. Todos lo sabíamos. Anunciaba la muerte de otro cuervo y echaba por tierra nuestras esperanzas de haber detenido la profecía.

Estaba tan segura de que aquel iba a ser el mensaje que la reacción de Alfred al leerlo me sorprendió. Lanzó un gemido de sorpresa, se apoyó contra la puerta que tenía a su espalda y se pasó una mano por el pelo mientras seguía mirando el papel con los ojos muy abiertos, como si no pudiera creerse lo que estaba leyendo.

—¿Qué pasa, Alfred? ¿Ha muerto uno de los cuervos? —pregunté para facilitarle la labor de darnos la mala noticia.

—No. Tres.

Había contestado en voz tan baja que durante unos segundos pensé que le había escuchado mal. Después, pensé que no le estaba entendiendo.

—¿Cómo que tres? ¿Tres cuervos muertos? —Irma salió del estupor, se acercó a él y le arrebató el papel de las manos para leerlo por sí misma—. No puede ser. Munin, Erin y Harris.

—¿Eso quiere decir que solo quedan cuatro? —preguntó Wendy, también confusa.

Alfred asintió y, sin decir palabra, regresó al sillón que había estado ocupando y se derrumbó sobre él. Todos nos quedamos en silencio durante unos segundos, con las cabezas bajas, como si no quisiéramos cruzar nuestras miradas y ver en los ojos de los demás el mismo miedo que nos estaba carcomiendo a todos y cada uno de nosotros: que no sabíamos qué teníamos que hacer y que nos sentíamos perdidos y pequeños frente a una organización tan poderosa como la Ahnenerbe. Irma carraspeó y empezó a decir las palabras que todos estábamos pensando.

—No lo hemos detenido... No vamos a ser capaces de detenerlo. Quizá deberíamos hablar con el primer ministro y decirle la verdad.

—¿Qué verdad? —preguntó Alfred levantando la cabeza para mirarla.

—Que todo esto nos queda grande —estalló Irma, extendiendo los brazos a ambos lados—. ¿Qué somos? Un soldado, una bruja, una vidente, una hipnotizadora, un chico que dobla cucharillas…

—Soy ilusionista —la interrumpió Nigel, molesto.

—Da igual lo que seas —Irma se oprimió las sienes con las manos

—. ¿Qué podemos hacer nosotros contra los nazis?

Volvimos a quedar en silencio, sin movernos siquiera. Sabía que lo que acababa de decir Irma era la verdad, lo que todos estábamos pensando aunque ninguno nos hubiéramos atrevido a decirlo… Sin embargo, había algo dentro de mí que se rebelaba, que no quería rendirse, una pequeña chispa de esperanza que quería crecer y obligarme a seguir luchando. Por suerte, Alfred se levantó del sillón dispuesto a alimentar esa chispa. Se irguió, esbozó una sonrisa y empezó a hablar mientras paseaba su mirada brillante por todos nosotros.

—Yo no soy solo un soldado —dijo—. Soy vuestro líder. Y vosotros no sois solo una bruja, una vidente, una hipnotizadora y un ilusionista. Sois la División OpenMind. Puede que ahora nos sintamos pequeños, perdidos e insignificantes, pero somos la jodida división que va a derrotar a los nazis.

Me mordí los labios para contener las lágrimas que me quemaban en los ojos. Tenía tantas ganas de creerle, pero, al mismo tiempo, sentía tanto miedo de fracasar… En ese momento, los ojos de Alfred se cruzaron con los míos y su sonrisa se ensanchó, se llenó aún más de esperanza y confianza.

—Yo no tengo ningún poder, pero lo sé, lo siento aquí dentro. —Se dio un par de golpes en el pecho con el dedo índice—. Veo lo que sois, lo que llegaréis a ser y sé que vais a ser muy grandes. Por mucho miedo que nos dé, es posible que el desarrollo de esta guerra dependa de nosotros. De hecho, la vida del rey de Inglaterra ya depende de nosotros. Y vamos a salvarle. No tengo ninguna duda de que lo conseguiremos.

Irma volvió a negar con la cabeza, pero vi que en sus labios se dibujaba una tímida sonrisa. El discurso de Alfred parecía haber hecho mucho más efecto en Wendy y Nigel, que sonreían abiertamente.

—Y ahora os vais a ir todos a dormir porque mañana tenemos que detener a un espía. Vamos, fuera de mi habitación.

Alfred abrió la puerta de su cuarto y nos señaló el pasillo. Dejé que los demás se adelantaran para ser la última en marcharme. Me quedé mirándole: su camisa remangada, su pelo revuelto y ese porte confiado que me resultaba tan atractivo… Me acerqué a paso lento, para dejar que los demás se alejasen lo suficiente como para que no nos escucharan y me coloqué frente a él. Levanté la cabeza y clavé la mirada en aquellos ojos verdes en los que cada día me gustaba más perderme.

—Tienes razón: eres un líder. Un gran líder, el mejor líder que podríamos tener. —Me puse de puntillas y deposité un suave beso en su mejilla—. Lo conseguiremos.


Alfred

Capítulo seis

Alfred decidió dar otro paseo por el palacio. A pesar de que se suponía que estaba asignado a la guardia personal del rey, el mismo Churchill había dado orden de que se le diera libertad para moverse por donde quisiera, por lo que no solía pasar mucho tiempo al lado del monarca. Aún quedaban cuatro días para que el agente que los nazis habían infiltrado atentara contra el rey, así que podía marcharse sabiendo que, al menos de momento, no iba a sucederle nada malo. Si los días pasaban y seguían sin descubrir al culpable, aquello cambiaría y tendría que convertirse en la sombra del soberano. Tenía que aprovechar aquella libertad para recorrer todo el palacio, observar a sus habitantes y tratar de descubrir al infiltrado lo antes posible.

Pasó al lado del mostrador de recepción en el que se encontraba Wendy. En aquel momento, un hombre gordo con bombín y un frondoso mostacho estaba colocado frente a ella, deletreándole su apellido. La joven apuntó todos sus datos y, después, comprobó la documentación que él le había pasado. Cuando estuvo conforme, se la tendió al hombre. Alfred se dio cuenta de que, durante unos segundos, ella siguió manteniendo la documentación en su mano, mientras clavaba la mirada en la figura de su interlocutor. Alguien que no hubiera sabido lo que estaba pasando no se habría dado cuenta, pero la chica acababa de atisbar el aura de aquel individuo y, por suerte para él, no debió ver nada raro, porque le sonrió, soltó sus documentos y le deseó una buena mañana.

Alfred pasó junto a ella y la saludó con un gesto de la cabeza. Ella le devolvió el saludo y le guiñó un ojo para hacerle entender que todo iba bien. Antes de seguir su camino, Alfred echó un vistazo a la fila de gente que esperaba para entrar. Decenas de personas llegaban cada día para entrevistarse con el rey o la reina, pedir audiencia, negociar con el servicio para ofrecerles algún producto… Se preguntó si el agente que iba a tratar de matar al rey intentaría entrar por aquella puerta dentro de cuatro días o si, por el contrario, ya estaría dentro, infiltrado entre ellos. Si no lo encontraban para el día del atentado, tendrían que tomar medidas. Buckingham debería cerrar a cal y canto. Sin embargo, aquello no le preocupaba demasiado. No sabía por qué, pero algo en su interior le decía que la amenaza no llegaría de fuera, que el peligro ya estaba oculto entre los muros del palacio. No podía explicar cómo lo sabía, pero lo sentía en su interior como una certeza inapelable, más allá de toda discusión. Sonrió al pensar que, si estaba en lo cierto, quizá debería plantearse que él también tenía algún poder que todavía no le habían descubierto.

Continuó su camino. Recorrió varios pasillos y fue cruzándose con

decenas de criados, mayordomos, doncellas, mozos de servicio, soldados de la guardia… Al cruzar una puerta, se encontró con un patio interior en ruinas. Reconoció el lugar. Lo había visto en las noticias que proyectaban en el cine antes de las películas. Era el patio en el que habían caído varias bombas durante uno de los bombardeos nazis, muy cerca del lugar en el que, en aquel momento, habían estado los reyes, que habían resultado ilesos de milagro. Ni siquiera lo habían reparado. Todos los cristales de las ventanas que daban al patio estaban rotos, en el suelo se amontonaban los cascotes y un agujero en el muro de la capilla dejaba ver su interior en ruinas y el órgano destrozado. No pudo adivinar si aquel estado de abandono se debería a la falta de financiación, ya que los reyes habían decidido someterse a las mismas restricciones que estaba sufriendo su pueblo, o si servía de recordatorio de aquellas palabras que la reina había pronunciado tras el bombardeo:
"Me alegro de que nos hayan bombardeado. Me hace sentir que puedo mirar al East End a la cara"

Aquellas frases la habían hecho merecedora del respeto de todo su pueblo y del mismísimo Hitler, que la había nombrado "la mujer más peligrosa de toda Europa".

Se apoyó en una columna del patio y encendió un cigarrillo mientras seguía mirando aquellas ruinas. Hitler tenía razón al decir aquello de su reina. Tanto ella como su marido se habían convertido en poderosos símbolos de la resistencia del pueblo británico. A pesar de los bombardeos continuos sobre la ciudad y de que las bombas nazis habían llegado a golpear varias veces su residencia, se habían negado a abandonar Londres y ponerse a salvo. Habían decidido quedarse a sufrir con sus compatriotas, pasar hambre con ellos, compartir sus noches de frío y miedo mientras en el cielo se escuchaba el ruido de los motores de los aviones enemigos y el silbido de las bombas… No eran solo unos reyes. Simbolizaban la capacidad de resistencia de toda la nación. Y, si algo les sucedía, la moral de todos y cada uno de los ingleses sufriría un golpe quizá mortal.

Arrojó el cigarrillo con rabia y siguió su camino, cruzando su mirada con cada persona que se le cruzaba, desconfiando de todos, intentando descubrir cualquier comportamiento fuera de lugar que pudiera resultar sospechoso. Eran demasiados y algo en su interior le gritaba que no podía fiarse de ninguno de ellos, aunque su aspecto fuera inofensivo, aunque llevaran años y años de servicio a la Corona, aunque hubieran demostrado su lealtad en multitud de ocasiones. Entre ellos se ocultaba un asesino y tenía que detenerlo antes de que fuera demasiado tarde.

Tras escuchar un par de suaves golpes en la puerta de su habitación,

Alfred abrió y dejó entrar a Nigel y Wendy. Antes de que pudieran decir nada, les señaló el mensaje que acababa de llegarle y que había dejado sobre la mesa.

—¿Eso es…? —preguntó la chica sin atreverse a terminar la frase.

—Sí, un mensaje de la Torre. —Alfred cerró los ojos y se apretó el entrecejo en un vano intento de contener el dolor de cabeza que se le estaba despertando—. Ha muerto un cuervo más.

Nigel cruzó la habitación en un par de zancadas y cogió el papel, como si no quisiera aceptar que lo que él había dicho pudiera ser cierto y tuviera que comprobarlo por sí mismo. Wendy le siguió y, durante unos segundos, ambos leyeron en voz baja el mensaje que había llegado de la Torre de Londres.

—Oh, no… Merlina —se lamentó Wendy—. ¿Por qué ella?

—¿Qué más da cuál de ellos haya sido? —preguntó Alfred molesto —. Lo importante es que ya solo nos quedan tres.

—Sí, pero esta era mi favorita. Era la más anciana de toda la Torre, tenía casi quince años.

—Bueno, entonces igual ha muerto de vieja y esto no tiene nada que ver con la profecía —aventuró Nigel.

Alfred iba a contestarles de mala manera, pero otro par de golpes en la puerta se lo impidió. Abrió para encontrarse con Irma y Clarice al otro lado del umbral.

—¡Qué mala cara tenéis! —observó Irma después de entrar—. ¿Ha pasado algo malo?

—Sí —contestó Wendy con voz quejumbrosa—. Merlina ha muerto.

—¿Y quién era Merlina? —intervino Clarice.

—Uno de los cuervos de la torre, la más anciana de todos. Le cogí cariño en los días que pasamos allí.

—Siento tu pérdida, Gwen, pero creo que debemos centrarnos en lo importante. —Alfred cruzó la habitación y se derrumbó sobre uno de los sillones—. Solo nos quedan tres cuervos… Y tres días. Decidme que me traéis buenas noticias.

No hubo respuesta, solo un silencio pesado e incómodo que pareció inundar la habitación. Después de unos segundos, todos empezaron a moverse y fueron sentándose en el resto de asientos vacíos.

—Yo no tengo nada —confesó Clarice—. Molly, la cocinera, me sigue cayendo fatal, pero tanto ella como las otras dos mujeres de la cocina llevan toda la vida aquí. Sinceramente, no creo que ninguna de ellas trabaje para los nazis y, además, me da la impresión de que no voy a sacar nada de seguir trabajando ahí.

—¿No será que estás harta de pelar patatas? —preguntó Nigel, socarrón.

—Eso también —reconoció ella—, pero además siento que no estoy ayudando en nada y que el tiempo se nos acaba.

—Tranquila, hablaremos de eso después —dijo Alfred—. ¿Alguno ha conseguido algo?

—Yo tampoco he descubierto nada —respondió Nigel—. Como no había trabajo en las cuadras, me he ofrecido voluntario para ir a ayudar en los jardines. Los jardineros jóvenes hace tiempo que fueron reclutados para la guerra, así que ahora mismo hay media docena de vejestorios ocupándose de los jardines del palacio. No son capaces de subirse a una escalera y hasta tienen dificultades para sujetar las tijeras de podar. No me imagino a ninguno de ellos protagonizando un magnicidio.

—Yo he seguido tratando de hablar con todas las mujeres de servicio —intervino Irma—. Lo mismo. Son mujeres normales que llevan muchos años sirviendo a la familia real.

—Y yo tampoco he visto nada raro en las auras de los visitantes. —Wendy sonó avergonzada, como si pensara que era culpa suya no haber descubierto nada—. Lo siento.

—Tranquilos. Yo he estado todo el día dando vueltas por palacio y he pensado lo mismo: toda la gente que trabaja aquí es de máxima confianza. Muchos de ellos llevan toda su vida sirviendo a la familia Windsor y, en muchos casos, sus padres y sus abuelos también lo hicieron. De otro modo, no se les permitiría estar tan cerca de los reyes.

—Sí, es cierto, pero entre ellos tiene que haber un infiltrado —le contradijo Clarice.

—Yo creo que hay dos formas en las que los nazis pueden haber planeado asesinar al rey. —Alfred se puso en pie, cruzó las manos a la espalda y empezó a andar por la habitación, como si caminar le ayudara a poner en orden sus pensamientos—. La primera es que el asesino todavía no esté aquí. Puede que hayan planeado que entre como una de las decenas de visitas que se pasan cada día por el palacio justo el día del asesinato.

—En ese caso, Wendy le vería y podríamos detenerlo —le cortó Nigel.

—Eso espero, pero no estoy tan segura. —Wendy se mordió el labio inferior, nerviosa—. Ni siquiera sé qué es lo que estamos buscando ni si seré capaz de detectarlo.

—No pasa nada. De cualquier modo, esa es la hipótesis que menos me gusta. No puedo creer que los nazis hayan fiado todos sus planes a la posible entrada de su agente el último día, sin que conozca el terreno, sin tener asegurado su acceso al rey… Es dejarlo todo al azar. Solo con prohibir cualquier entrada ese día, evitaríamos el atentado.

—Hagámoslo así entonces —propuso Irma.

—Se podría prohibir, pero aún nos quedaría la otra forma en la que pueden haber planeado cometer el atentado: que el asesino ya esté

aquí, infiltrado entre nosotros. Es más arriesgado, porque tendría que pasar mucho tiempo desapercibido, pero así podría conocer mejor el terreno e incluso tener asegurado su acceso al monarca el día del crimen.

—Pero eso supondría que es alguien que ya está en el palacio y ya hemos dicho que todos parecen de la máxima confianza —le contradijo Clarice.

Algo en la frase de Clarice hizo que una chispa se encendiese en su cabeza. "Todos parecen de la máxima confianza". "Parecen". "Parecen". "Parecen"…

—¿Y si el asesino parece una persona de máxima confianza, pero no lo es? No quiero decir que no sea alguien de máxima confianza, sino que ni siquiera sea la persona que creemos que es.

—No entiendo qué quieres decir. —Clarice negó con la cabeza, confusa.

Alfred levantó el dedo índice para pedirles un momento y se puso a revolver entre las carpetas que tenía apiladas sobre la mesa hasta encontrar lo que buscaba. Sacó un papel y lo colocó en el centro a la vista de todos.

—Esta es la transcripción del mensaje que interceptamos a los nazis en Bletchley Park.

—Sí, ya lo veo —dijo Clarice antes de leerlo en voz alta—. "*Ahnenerbe*. A la atención de E. S. y H. H. El último cuervo de la Torre de Londres caerá en diez días. *Doppelgänger"*.

—Eso es. —Alfred puso su dedo justo debajo de la última palabra —. Creo que la clave puede estar aquí, en la firma. *Doppelgänger* es una palabra alemana que significa "doble andante". —Cuando vio que todos le miraban confundidos, decidió seguir explicándose—. En el folclore germánico es una especie de "gemelo malvado".

—¿Crees que alguna de las personas que trabaja aquí puede tener un gemelo malvado que ha sido reclutado por los nazis para reemplazar a su hermano y asesinar al rey? —preguntó Nigel—. ¿No es una teoría muy enrevesada?

—No, claro que no… Lo que quiero decir es que creo que *Doppelgänger* no es solo el nombre en clave del agente nazi. Creo que de alguna manera alude a su poder…

—¿Crees que puede ser alguien capaz de tomar el aspecto de otra persona y sustituirlo? —intervino Clarice.

—Sí, eso es… ¿Se podría conseguir algo así con magia negra, con algún ritual…?

—Podría ser… Yo no sé hacer ese tipo de hechizos, pero he leído sobre ellos en antiguas leyendas y tratados de magia. —Clarice había palidecido. Su tono de voz fue solo un susurro cuando pronunció sus siguientes palabras—. Alfred, si lo que piensas es cierto, todos son

sospechosos.

—Lo sé, por eso tenemos que tomar medidas urgentes. —Alfred resopló antes de seguir explicándose—. Hay que hablar de inmediato con Churchill y contarle lo que sospechamos.

—Él tampoco va a poder hacer nada —protestó Irma.

—Sí que podrá. Tiene que convencer al rey de que es imposible que podamos garantizar su seguridad con cientos de visitantes entrando cada día y con decenas de empleados rondándole. Se acabaron las visitas externas y todos sus contactos deberán reducirse al mínimo.

—Por mucho que lo reduzcas, es imposible que este palacio siga en funcionamiento con menos de cincuenta personas en el personal de servicio. Y hay que tener en cuenta también a los guardias… —puntualizó Irma.

—Lo sé. No podemos dejar un palacio en medio de Londres sin servicio y sin seguridad. Sería peligroso y, además, la gente empezaría a murmurar que pasa algo raro. Por eso nos marchamos de Londres. Churchill tendrá que convencer al rey de que nos mudamos de inmediato y de que nos llevemos solo al personal imprescindible —explicó Alfred—. Nos vamos a Windsor.

Castillo de Guildford (Condado de surrey),

Agosto de 1943


Clarice

Capítulo uno

Revisé por última vez el armario de la habitación y los cajones de la mesilla de noche. Lo bueno de que me hubieran asignado una habitación tan pequeña y con tan pocos muebles era que no había muchos sitios en los que pudiera olvidarme nada. Cuando me aseguré de haber recogido todas mis pertenecías, cerré la maleta que tenía sobre la cama y me despedí de aquel cuartucho con una sonrisa.

Estaba segura de que el castillo de Windsor me iba a gustar mucho más. Wendy me había contado que había podido verlo de lejos en el viaje que había hecho desde Clovelly, su aldea natal, hasta Londres. Me había dicho que era un castillo enorme, con una alta muralla, almenas, un foso y un precioso jardín en la parte delantera. Casi no podía aguantar la emoción de verlo. Mi país tenía paisajes impresionantes, pero los castillos medievales no eran algo que se pudiera visitar allí.

Estaba a punto de agarrar mi maleta y salir en busca de mis compañeros cuando un par de golpes en la puerta me detuvieron. No esperaba ninguna visita. Pensé que sería alguna de las chicas, que venía en mi busca para que fuéramos juntas hasta la salida del palacio.

—¿Quién es? —pregunté mientras me acercaba a la puerta.

—Soy Alfred. Abre. Es importante.

Me detuve en seco, volví al armario y abrí sus puertas para encontrar un pequeño espejo descascarillado. Después de atusarme un poco el pelo, pasé la punta de la lengua por mis labios para hacerlos brillar. Me reñí a mí misma por comportarme como una colegiala nerviosa que recibiera la visita del chico que le gustaba. Tendría que empezar a comportarme de una manera más profesional… pero no aquel día. Ensayé frente al espejo mi mejor sonrisa y abrí la puerta de la habitación.

Alfred estaba parado en medio del pasillo con un telegrama entre las manos. Me asusté. No podían ser malas noticias desde la Torre. Todas las muertes de los cuervos habían sucedido de noche.

—¿Otro cuervo muerto? —pregunté asustada.

—No, peor. —Sin esperar a ser invitado, Alfred se coló en mi habitación.

—¿Qué puede haber peor que la muerte de otro cuervo? —pregunté sintiendo que mi inquietud se acrecentaba—. ¿Tengo que recordarte que solo nos quedan tres?

—Bueno, esto no es peor para el futuro del reino, pero es peor para mí. —Me tendió el papel para que lo leyera.

Lo leí durante unos segundos sin entender antes de volver a mirarle

con expresión interrogadora:

—¿Una invitación a cenar? ¿Eso es lo que te parece tan grave?

—No es una simple invitación. Es una horrible emboscada tendida por mi madre. —Alfred apartó mi maleta y se dejó caer sobre la cama. Apoyó los codos en las rodillas y enterró la cara entre sus manos, como si estuviera al borde de la desesperación—. No sé cómo se ha enterado de que estoy en Londres y de que voy hacia Windsor. Siempre lo sabe todo. Deberíamos contratarla, a ella y a todo su grupo de amigas cotillas, para que formaran parte del MI6. No se nos escaparía absolutamente nada.

Tuve que morderme el labio inferior para contener la risa. Me senté a su lado y le di un suave puñetazo en el lateral del brazo para hacerle reaccionar.

—Vamos, no será para tanto.

—Sí que lo es. Aprovechando que el castillo de mi padre está a mitad de camino entre Londres y Windsor, ha decidido organizar una cena para esta noche y me ha enviado esa invitación envenenada.

—¿No te apetece ir a ver a tus padres?

—Si los conocieras, no preguntarías eso. —Alfred me lanzó una mirada apenada y suspiró.

—Pues contéstale que no puedes ir —le aconsejé tras encogerme de hombros—. Dile que estás muy ocupado.

—Es que no es verdad y estoy seguro de que ella se enterará. No sé cómo, pero se enterará.

—¿Cómo que no es verdad? Estamos tratando de salvar la vida del rey y de evitar la caída de la Corona inglesa.

—Sí, pero hoy no tengo nada que hacer en realidad. —Se le escapó una sonrisa al ver mi cara de confusión—. No he tenido tiempo de avisaros, pero no vamos a poder salir hasta mañana por la mañana.

—¿Y eso?

—Parece ser que no es tan fácil cambiar a la familia real de residencia. Hay que seleccionar el personal de máxima confianza, hacer el equipaje…

—Si solo vamos para unos días… —le interrumpí.

—Eso da igual. Tendrías que ver los baúles que está preparando la reina. En alguno de ellos podría viajar una persona cómodamente. —Volvió a suspirar, exasperado—. Menos mal que las princesas llevan meses viviendo en Windsor. Si llegamos a tener que esperarlas también a ellas, no saldríamos nunca.

—Aún así, tenemos cosas que hacer —repuse—. Podríamos encargarnos de seleccionar al personal y a la guardia que va a acompañarnos.

—El rey ha dicho que quiere encargarse personalmente y creo que tiene razón. —Alfred se encogió de hombros—. Después de todo, lleva

viviendo con esa gente toda la vida y nosotros acabamos de llegar y no los conocemos. Él tiene muchos más datos…

—Y debería ser él quien decidiese en manos de quién quiere poner su vida —le interrumpí—. Entonces tienes razón: vas a tener que ir a esa cena en casa de tus padres.

—¿Y si me acompañas? —Alfred siguió hablando de forma atropellada para evitar que me negara—. Por favor, tú tampoco tienes nada que hacer aquí. Podríamos coger un coche y esta misma tarde estaríamos en Surrey. Mañana por la mañana saldríamos de allí y llegaríamos a Windsor antes del mediodía. No nos vamos a perder nada.

—Pero has dicho que tus padres son horribles…

—Bueno, quizá estaba exagerando. —Puso cara de pena—. Por favor, Clarice. Con las visitas siempre son encantadores. A ti te tratarán bien y me servirás de apoyo.

—¿Pero en concepto de qué voy a ir contigo?

No sabría explicar por qué, pero, en un solo segundo, mi mente construyó toda una novela de amor, en la que él me pedía que fingiese que era su novia para que su madre dejara de atosigarle con la idea de que ya era hora de que buscara esposa. Yo accedía y nos pasábamos la noche teniendo que fingir que éramos pareja y, en algún momento de aquella representación, los dos nos dábamos cuenta de que estábamos perdidamente enamorados… Y después éramos felices y comíamos perdices… Por eso, sus siguientes palabras me sentaron como un jarro de agua fría:

—Podemos decir que eres mi secretaria.

—Sí, tu secretaria, claro… —Forcé una sonrisa—. No sé si me convence. Igual te pones demasiado mandón al hacer como que eres mi jefe…

—No sé cómo decirte esto, pero es que ya soy tu jefe. —Soltó una risa, estiró el brazo y tomó mi mano—. Por favor, no me digas que no.

—Es que tenía muchas ganas de ver Windsor… —protesté—. Para ti será normal, porque llevas aquí toda la vida, pero no te puedes imaginar lo que significa para mí dormir en un castillo del siglo XI.

—Mis padres también viven en un castillo. Y se dice que fue fundado por los sajones— respondió el, orgulloso. Al ver que no reaccionaba, continuó explicándose—. Siglo IV.

No tuvo que decir nada más. Me puse de pie, agarré con una mano la maleta y con la otra tiré de él para hacer que se levantara.

—No se hable más. Vamos a tu castillo.

—Bueno, no es mío —dijo mientras se dejaba llevar—. Es de mi padre, el duque de Guildford, y tras él lo heredará mi hermano mayor… Y ya no queda nada de la construcción original —dejó de hablar cuando me detuve en seco y le miré con el ceño fruncido—,

pero sigue siendo un castillo impresionante…

—Más te vale que no me sienta defraudada —le advertí—. Recuerda que llevo en la maleta mis libros de hechizos.

A pesar de que intenté sonar amenazante, se me escapó una sonrisa. La verdad era que me daba igual acompañarle en calidad de secretaria. Tampoco me importaba que su castillo no fuera tan antiguo como me había dicho. Íbamos a hacer un viaje los dos solos y a olvidarnos por unas horas de cuervos, presagios de muerte y espías nazis. Con eso me era suficiente.


Alfred

Capítulo dos

El coche devoró con rapidez la carretera que separaba Londres del castillo de Guildford. Con demasiada rapidez. Alfred se sintió tentado de detener el coche en cualquiera de las verdes praderas que se veían a ambos lados o de decirle a Clarice que deberían parar un rato a disfrutar de la sombra de los frondosos bosques que iban dejando atrás, pero sabía que no iba a servir de nada. El destino de su viaje no iba a cambiar por mucho que postergara la llegada.

Trató de convencerse a sí mismo de que no era para tanto. Era cierto que su padre, el duque de Guildford, orgulloso aristócrata y reconocido héroe de la Gran Guerra[iii], era un hombre arisco que nunca había dedicado un gesto o palabra amable a ninguno de sus cuatro hijos. No lo reconocería nunca en voz alta, pero aquel hombre era una de las pocas cosas en el mundo que le daba miedo. Si le diesen a elegir, preferiría enfrentarse desarmado a un escuadrón nazi antes que mantener una conversación con su padre.

Su madre no era mucho mejor. Parecía sonriente, adorable y encantadora, pero debajo de aquella fachada, se ocultaba un corazón frío y calculador que evaluaba a las personas en función del beneficio que podría obtener de ellas… Eso si tenía corazón, algo que Alfred se había planteado en múltiples ocasiones.

Soltó un largo suspiro y trató de relajar el nudo que se había formado en su estómago y que iba apretándose más y más a medida que la distancia a Guildford se reducía. No había razón para sentirse así. Ya no era un crío asustadizo, no quedaba nada del niño temeroso de no cumplir con las expectativas de su exigente padre ni del chiquillo lloroso que anhelaba a escondidas una caricia de su madre.

Era un hombre hecho y derecho, un soldado, un agente del MI6 británico, el líder de una división secreta que pretendía enfrentarse a un grupo de mortales ocultistas nazis… Alguien así no podía estar asustado por sus propios padres.

—¿Queda mucho?

La voz de Clarice rompió el silencio y le sobresaltó. La chica había estado tanto tiempo absorta contemplando el paisaje que casi había olvidado que estaba allí. Volvió a fijar la vista en la solitaria carretera y negó con la cabeza.

—Casi hemos llegado. —Al decirlo, el nudo de su estómago se apretó aún más—. ¿Ves esas colinas ahí delante? En cuanto lleguemos a ellas ya podremos divisar el castillo.

—No puedo creer que te hayas criado en un castillo y que no me hubieses dicho nada hasta ahora —comentó ella, eufórica.

—¿Y por qué debería habértelo dicho?

—¡Porque es un castillo! —exclamó—. Los europeos lo veis como algo normal, pero a mí me fascina. Hasta que llegué aquí, solo los había visto en las películas.

—Siento decirte que te van a defraudar. Windsor sí es un castillo enorme como los que puedes haber visto en el cine, pero la mayoría de ellos son lugares sombríos, fríos y húmedos en los que no querrías pasar una sola noche.

—¿Guildford es así? —preguntó ella frunciendo el ceño.

—Bueno… Hemos rehabilitado el ala este y la hemos adaptado a las condiciones de vida del siglo XX, pero el resto del castillo está deshabitado y casi en ruinas —explicó él—. Cuesta mucho trabajo y mucho dinero mantener en pie un sitio tan grande y tan antiguo y ahora mismo hay otras prioridades.

—Quizá cuando acabe la guerra —sugirió ella.

—Sí, puede ser. No sé qué planes tendrá mi padre o si mi hermano Phil querrá reformarlo cuando lo herede. Es su problema, no el mío.

Se dio cuenta de que su tono había sonado demasiado frío y cortante. Había conseguido contenerse, ya que por él Guildford podía derrumbarse hasta la última piedra y hundirse en el infierno, pero, aún así, se arrepintió de haber dejado entrever sus sentimientos. Observó a Clarice por el rabillo del ojo. Parecía confusa e incómoda. Cuando vio que él no iba a explicarse más, se giró hacia la ventanilla y volvió a contemplar el paisaje en silencio.

Pocos minutos después, pasaron entre las colinas que había señalado y, tal como había dicho, el pueblo de Guildford apareció ante sus ojos, con el enorme castillo dominándolo desde lo alto. Ella sacó la cabeza por la ventanilla para poder verlo mejor y soltó un grito de alegría que hizo que a él se le escapara una sonrisa.

Siempre había pensado que el castillo de Guildford no era más que una enorme mole de piedra grisácea que resultaba mucho más imponente que bella. Sin embargo, Clarice lo miraba ilusionada, con los ojos brillantes de una niña. Le encantó verla así, con aquella sonrisa adornando sus labios, las mejillas sonrosadas y el pelo suelto agitado por el viento. En aquel momento, deseó poder detener el tiempo de alguna manera, no llegar nunca a su destino, poder seguir viajando con ella, los dos solos… Podrían recorrer Europa buscando castillos, imponentes catedrales, antiguos monasterios y misteriosas ermitas. Él podría enseñarle todos aquellos tesoros de la vieja Europa que a ella tanto le gustaban y recibir como único pago esa sonrisa y esos ojos brillantes.

La realidad le golpeó con fuerza. En unos minutos se acabaría su viaje, a la mañana siguiente tendrían que apresurarse para llegar a Windsor y seguir trabajando para llevar a buen término su misión… y era imposible recorrer Europa y visitar sus maravillas. En aquel

momento, era un continente asolado por la guerra más cruel de la historia de la humanidad. Algún día tendría que acabar, pero ¿qué iban a encontrarse cuando eso sucediera? Era muy posible que la mayoría de los monumentos que le habría gustado enseñarle a Clarice estuvieran reducidos a inmensos montones de escombros.

Atravesaron el pueblo y ascendieron por un estrecho camino entre árboles que llevaba al patio delantero del castillo. Cuando llegaron frente a la escalinata de entrada, un hombre vestido con una librea roja y tocado con una peluca blanca salió a recibirles. Abrió primero la puerta de Clarice, pero ella estaba tan sorprendida que no se movió.

—Es nuestro mayordomo —susurró él—. Sal, no te hará nada.

Ella se llevó una mano a la boca para ocultar una sonrisa burlona y salió. Alfred esperó pacientemente a que el sirviente diera la vuelta al coche y le abriera la puerta.

—Permítanme darles la bienvenida —saludó antes de hacer una reverencia—. Nos sentimos muy honrados con su presencia, Lord Alfred.

—Muchas gracias, William. Yo también estoy encantado de haber vuelto —mintió sin que la voz le temblara—. ¿Puedo saber dónde están mis padres?

—Su padre ha ido a revisar unos campos. El trigo está casi a punto para la siega, señor —contestó el mayordomo antes de hacer una seña a dos criados cercanos para que recogieran el equipaje de los viajeros —. Regresará para la hora de la cena.

Asintió satisfecho. Se alegraba de no tener que ir a saludarle. Cuanto menos tiempo tuviera que pasar en presencia de ese hombre, mejor se sentiría.

—¿Y mi madre? —preguntó mientras rezaba en silencio para que hubiera acompañado al duque a revisar los campos de cultivo.

—En su cuarto de costura. Ha pedido que le condujera a su presencia en cuanto llegara, señor.

Alfred no pudo contener un suspiro hastiado. Le habría gustado tener algo de tiempo libre para pasear con Clarice antes de la cena y mostrarle los jardines del castillo, pero aquello tendría que esperar.

—No se preocupe por su invitada, señor —dijo el mayordomo como si le hubiera leído el pensamiento—. La acompañaremos a su habitación para que pueda asearse, descansar y prepararse para la cena.

Una mujer con uniforme de doncella se acercó a Clarice y, con un gesto, le indicó que la siguiera escaleras arriba hacia la zona de las habitaciones. Alfred la vio alejarse con envidia. A él también le habría encantado tener un rato para descansar antes de la cena, pero primero tenía que pagar un precio.

Se dio cuenta de que el mayordomo continuaba a su lado,

mirándole expectante. Asintió resignado y dejó que lo guiara al cuarto de costura, a pesar de que conocía a la perfección todas las habitaciones del castillo. Atravesaron el gran salón que se utilizaba para los bailes que a su madre le encantaba organizar, con sus paredes repletas de enormes espejos de marco dorado y su lámpara de araña que atrapaba la luz en sus miles de diminutos cristales. Cruzaron después un largo pasillo, adornado con los retratos de sus antepasados. Como siempre que caminaba por aquel lugar, le pareció que los ojos de todos sus parientes muertos se clavaban en él y le juzgaban… y que nunca quedaban satisfechos.

Llegaron a una doble puerta de color blanco. El mayordomo se situó frente a ella, dio un par de golpes y, cuando recibió permiso desde dentro, la abrió y anunció la llegada de Alfred como si estuvieran en una recepción real:

—Lord Alfred Mitchell.

El criado se retiró a un lado y le indicó a Alfred que podía pasar. Él dio un par de pasos dentro de la habitación y escuchó como la puerta se cerraba a su espalda. Se quedó durante un par de segundos contemplando la estancia sin decir nada. Era un pequeño cuarto decorado en color rosa, con grandes ventanales blancos por los que se colaba la luz que llegaba del jardín. Parecía un lugar tranquilo e idílico, pero Alfred no se dejó engañar. Sabía que acababa de entrar en la guarida del monstruo.

—Buenas tardes, madre —saludó.

Ella levantó la vista de su bordado y le miró sonriente. Alfred se sorprendió al ver cuánto había cambiado desde la última vez que la vio. Seguía conservando su belleza y elegancia, pero en su pelo brillaban ya mil hebras de plata y unas pequeñas arrugas se dibujaban alrededor de sus ojos y en su ceño. Se preguntó cuánto tiempo llevaba sin pasar por allí, pero fue su madre la que contestó a su muda pregunta.

—Buenas tardes, Alfred. Pensé que moriría sin verte de nuevo. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Dos años?

—Puede ser —respondió él dubitativo—. Ya sabes… La guerra… He estado fuera…

—Sé que has estado en Bletchley y en Londres. No hay ni dos horas desde cualquiera de esos lugares. ¿Tanto te cuesta sacar un rato para visitar a tus padres? Cualquiera diría que no quieres vernos…

Alfred soltó el aire en un largo suspiro, se metió las manos en los bolsillos y caminó hacia el ventanal para contemplar el jardín. Fue lo único que se le ocurrió para no continuar plantado en medio de la habitación, aguantando la regañina de su madre como un niño que se hubiera portado mal.

—¿Dónde está Jane? —preguntó para cambiar de tema.

—Tu hermana ha ido a asegurarse de que tu invitada está bien instalada. —La duquesa abandonó de nuevo su costura y le clavó una mirada interrogadora—. Por cierto, ¿quién es ella?

—Clarice Cooper, mi secretaria.

—¿Tu secretaria? ¿Y para qué necesitas tú una secretaria? —Al ver que Alfred no contestaba, continuó su ataque—. ¿Y desde cuándo se lleva uno a su secretaria a una visita a casa de sus padres?

—Madre, por favor… Sabes que no puedo decirte para qué necesito una secretaria porque no voy a contarte a qué me dedico. Es confidencial. —Su madre chasqueó los labios enfadada y volvió la mirada al bordado—. Y la he traído porque, aunque tú creas que no tengo nada más que hacer que venir a visitaros, estamos en medio de una misión de gran importancia. Así podremos seguir trabajando…

—Sí, ya sé yo qué clase de trabajos se hacen con chicas como ella…

Alfred sintió que la rabia le invadía. Estaba acostumbrado a que su madre siempre se comportara de esa manera tan arrogante y despectiva, pero no pensaba tolerar que despreciara de aquel modo a Clarice sin conocerla.

—Mi relación con la señorita Cooper es estrictamente profesional. Espero que se la trate con todo el respeto que merece…

La duquesa volvió a levantar los ojos de su labor y le lanzó una mirada tan fría como para cortar su frase a la mitad. No sabía cómo lo conseguía, pero tenía el poder de devolverle a la niñez con solo una mirada, de convertirle de nuevo en un crío que sentía que no merecía una caricia de su madre.

—Por supuesto que la trataremos con respeto. Es nuestra invitada. ¿Acudirá a la cena? —Esperó hasta que él asintió para seguir hablando —. Es una pena que Alexandra no haya podido venir. La avisé de tu visita pero, con tan poco tiempo, no ha podido preparar el viaje.

—¿Quién? —preguntó él confuso.

—La hija de los duques de Kent. Tu prometida, ¿recuerdas? —Dejó escapar una risa tan falsa y exagerada que Alfred sintió que se le helaba la sangre—. Espero que andar por ahí con guapas secretarias no te haya hecho olvidar tu deber con tu familia.

—No lo he olvidado, madre. Sabes que cumpliré con mis obligaciones. —Se inclinó levemente en una reverencia. Sentía que no aguantaba más en presencia de aquella mujer—. Si me disculpas, voy a retirarme. Quiero descansar un poco.

—Por supuesto, hijo. La cena es a las ocho.

Alfred asintió y salió de la habitación a paso rápido. Cuando tuvo una puerta interponiéndose entre él y su madre, sintió que su tensión se relajaba. Se apoyó en la pared y se llevó las manos a las sienes. Solo cinco minutos con ella habían bastado para despertar una incipiente

jaqueca. Decidió ir a su antiguo cuarto y tumbarse a oscuras durante un par de horas sin pensar en su madre, ni en su padre, ni en su prometida… Había sabido desde el primer momento que aquel viaje era una mala idea. ¿Por qué se había dejado convencer?


Clarice

Capítulo tres

Dejé mi maleta en una esquina de la habitación y me acerqué a los amplios ventanales para echar un vistazo. Frente a mí se extendía un cuidado jardín y, más allá, una amplia pradera que llegaba hasta una colina sobre la que reinaba un gigantesco roble. El cielo estaba despejado aquel día y lucía un azul radiante. Pensé en bajar y dar un paseo por el jardín y aprovechar el buen tiempo, tan escaso en Inglaterra, pero no me atreví. Después de todo, me habían guiado hacia esa habitación para que me aseara, descansara y me preparara para la cena y, aunque aún quedaban más de tres horas para las ocho, no se me había dicho si tenía permiso para salir de la habitación y vagar por el castillo a mis anchas. Me dije a mí misma que era una invitada, no una prisionera, y que seguramente podría moverme por donde quisiera, pero seguía teniendo dudas. Mis conocimientos sobre el protocolo inglés eran nulos y lo último que quería era dejar en evidencia al pobre Alfred delante de su familia.

No pude plantearme aquello durante mucho tiempo, porque de repente la puerta de la habitación se abrió y una joven entró en estampida, cerrando tras ella. Contemplé asombrada el torbellino de lazos, volantes y tirabuzones que componían la figura de mi extraña visitante sin saber qué decir. La muchacha se colocó frente a mí, se agarró los laterales de la falda y se inclinó en una graciosa reverencia.

—Buenas tardes, señorita —saludó—. Soy Lady Jane Mitchell, la hija pequeña de los duques de Guildford. Encantada de conocerla.

Me quedé mirándola sin poder contener una sonrisa, tratando de calcular su edad. Por sus rasgos y las formas que se adivinaban bajo todas aquellas capas de raso blanco, habría dicho que debía rondar los catorce, pero ninguna chica de esa edad debería vestirse así. Parecía una muñeca de porcelana con sus tirabuzones rubios, su piel pálida y delicada y sus mejillas y labios sonrosados. Cuando me crucé con sus ojos, me resultaron familiares. Tenían el mismo color y el mismo brillo de inteligencia que los de Alfred.

—Yo también estoy encantada de conocerte —dije acercándome para tenderle la mano. Se quedó quieta un par de segundos, mirando mi mano como si fuera un animal exótico, antes de agarrarla y agitarla con fuerza arriba y abajo—. Soy Clarice Cooper, una compañera de tu hermano Alfred.

—¿Eres su novia?

—Esto… No, no… Somos compañeros en el ejército. —Pareció contrariada con mi respuesta, así que decidí cambiar de tema y preguntar lo que realmente me interesaba—. ¿Sabes si tengo que quedarme en la habitación o si podría salir a dar un paseo por los

jardines?

—Puedes ir a cualquier parte, por supuesto, pero yo creo que no tienes tiempo para eso. —Me miró extrañada—. Tienes que prepararte para la cena.

—Me han dicho que es a las ocho —protesté.

—Por eso. Tienes que bañarte, rizarte el pelo, maquillarte… Ya vamos mal de tiempo.

—Pensaba ir así —dije señalando el ligero vestido de verano que llevaba puesto.

—No, no, no… ¿Quieres que a mamá le dé un ataque? —preguntó antes de echarse a reír—. Es una cena de gala y van a acudir muchos invitados ilustres. No puedes presentarte así.

Sentí que los nervios hacían presa en mi estómago. Alfred no me había dicho nada de aquello. Cuando me había comentado que le habían invitado a cenar en su casa, había imaginado una cena familiar íntima, algo no muy diferente a las cenas que se hacían en mi casa. Quizá con criados que sirvieran la comida y cubertería de plata, pero algo sencillo donde no me sintiera fuera de lugar. La perspectiva de tener que sentarme a cenar con un montón de miembros de la aristocracia británica hizo que la respiración se me acelerase. Di un par de pasos atrás y me senté en la cama, tratando de tranquilizarme.

Por un segundo, pensé que lo mejor sería decir que el viaje me había sentado mal, que me sentía mareada y tenía el estómago revuelto. Así podría quedarme escondida en aquella habitación sin riesgo de hacer el ridículo.

No tuve tiempo de decir nada. Jane había salido disparada hacia la puerta y la había abierto para permitir el paso a un pequeño ejército de doncellas, que entraron llevando toallas y cubos con agua caliente para llenar una preciosa bañera de porcelana colocada en una esquina de la habitación. Pensé en quejarme y decirles que nada de aquello era necesario y que era muy capaz de bañarme sola, pero antes de que pudiera abrir la boca, ya tenía encima a un par de mujeres que me estaban ayudando a desvestirme.

Mientras me conducían a la bañera, pude ver como Jane volvía a abrir la puerta para permitir el paso a más doncellas. Traían vestidos de diferentes colores y lujosas telas con los que yo solo habría podido soñar. Fueron depositándolos sobre la cama para que Jane los examinara.

—Creo que estarás preciosa con este vestido lavanda —dijo mostrándome un brillante vestido de raso—. Hace juego con tus ojos. Y te vamos a recoger el pelo pero dejando algunos rizos sueltos…

Negué con la cabeza y sonreí. Nunca en la vida me había preocupado por aquellas cosas, así que decidí confiar en el criterio de Jane, rezando para que no quisiera convertirme en otra muñeca de

porcelana. Me sumergí en las cálidas aguas de la bañera y decidí permitir que aquel día me mimaran.

Jane tenía razón. Las más de tres horas hasta la cena se me quedaron cortas. Yo nunca me maquillaba y mi idea de un peinado elaborado era agarrarse el pelo en una trenza, así que no podía ni imaginarme la cantidad de procedimientos extraños a los que iban a someterme aquella tarde. Pero mereció la pena. Cuando aquel comando de doncellas dio por terminada su labor y me coloqué frente a un espejo de cuerpo entero, casi no pude reconocerme. La brillante y suave tela del vestido se pegaba como una segunda piel, resaltando curvas que ni siquiera sabía que tenía, para abrirse a partir de las rodillas como la cola de una sirena. Me giré un poco frente al espejo para observar la trasera del vestido. Dejaba mi piel al descubierto hasta la mitad de la espalda, donde comenzaba una fila de botones plateados que hacían juego con el collar y los pendientes que me habían puesto. Giré sobre mí misma para que la cola del vestido ondulase y estuve a punto de tropezar e irme al suelo. Una doncella me agarró por el brazo y me ayudó a estabilizarme. Le dirigí una tímida sonrisa mientras me recordaba a mí misma que no estaba acostumbrada a andar con unos tacones tan altos como aquellos y que debía tener cuidado si no quería acabar tirada de bruces delante de todos los invitados de los duques.

La puerta se abrió y Jane apareció en el umbral. Se me quedó mirando como si estuviera viendo a un cachorrito y juntó las manos mientras suspiraba.

—Estás adorable. A mi hermano le vas a encantar.

—Ya te he dicho que tu hermano y yo solo somos amigos. —Ella chasqueó los labios menospreciando mi comentario—. ¿Te ha dado tiempo a prepararte?

—Sí, no te preocupes. —Giró sobre sí misma para que apreciara su vestido de gasa de color rosado—. Vamos, no debemos llegar tarde.

Se colgó de mi brazo y salimos juntas de la habitación. Tuve que concentrarme en mantener una postura digna y un paso que pareciese seguro. No fue fácil llevando unos tacones que se hundían a cada paso en la espesa moqueta.

Jane me guió hasta el salón en el que los duques estaban recibiendo a sus invitados. Parecía que la fiesta ya estaba en todo su apogeo. Había unas veinte personas bebiendo champán y charlando animadamente mientras la música sonaba desde un precioso gramófono dorado colocado en una esquina. Busqué a Alfred con la mirada, pero solo me crucé con los ojos de una bella mujer de mediana edad que me observaba con el ceño fruncido, como si desaprobara por completo mi presencia allí. Miré al hombre que estaba a su lado, un caballero de pelo y barba blanca y pose

aristocrática, cuyos rasgos me recordaron muchísimo a los de Alfred. Deduje que eran sus padres, los duques de Guildford, y que, por alguna razón que desconocía, su madre me odiaba sin siquiera conocerme.

—Debo de ser el caballero más afortunado del mundo, porque pienso cenar en medio de las dos damas más hermosas de la fiesta —dijo una voz a mi espalda, sobresaltándome.

Me giré para encontrarme con Alfred y no pude evitar mirarle sorprendida. Estaba muy elegante con su uniforme de gala y sus ojos brillaban al contemplarnos. Su hermana pequeña, prescindiendo de todo protocolo, se le colgó del cuello y le dio un par de sonoros besos.

—¡Alfred! ¡Qué feliz estoy de verte!

—Yo también, hermanita. —Él la separó, la agarró por ambas manos y la contempló—. ¡Qué mayor estás! Casi pareces una mujer.

—Soy una mujer —respondió ella, dolida—. Ya tengo casi quince años.

—Por supuesto, eso te convierte ya en una venerable dama. Casi una anciana, me atrevería a decir. —Paseó una mirada nostálgica por el salón—. Es una pena que Philip y Thomas no hayan podido venir. ¿Sabes algo de ellos?

—No mucho, por desgracia —respondió ella con voz apenada—. Thomas está luchando en algún lugar del norte de África y Philip ha sido ascendido a teniente de navío. Creemos que está patrullando la costa a bordo del Warwick.

—Una pena que no puedan estar aquí hoy. —Se volvió hacia mí—. Me habría gustado que mis hermanos se murieran de envidia al ver a mi hermosa acompañante.

—Eh, que habías dicho que las dos éramos tus acompañantes —se quejó Jane.

En aquel momento, el mayordomo de la librea roja y la peluca abrió unas puertas dobles colocadas al otro lado de la habitación y se retiró a un lado para dejar espacio libre.

—La cena está lista —anunció—. ¿Serían tan amables de pasar al comedor?

Los padres de Alfred fueron los encargados de abrir la comitiva. Alfred se colocó entre nosotras dos y nos tendió un brazo a cada una.

—Estaré encantado de cenar rodeado de tanta belleza. ¿Me acompañan, señoritas?

Jane se colgó de su brazo izquierdo sin pensarlo un segundo. Yo tardé un poco más, sin saber cómo reaccionar. ¿Aquella forma de tratarnos era solo una broma para su hermana o estaba aprovechando para coquetear conmigo? Pensé que no iba a poder saberlo nunca, pero nuestras miradas se cruzaron y se quedaron prendidas la una de la otra haciendo que el tiempo se detuviese. Carraspeé nerviosa, me

colgué de su brazo y los acompañé al comedor con la cabeza alta y la mirada al frente, tratando de imitar el elegante caminar del resto de invitadas.

Tomamos asiento y, como si fuera una coreografía largamente ensayada, un pequeño ejército de criados comenzó a moverse alrededor de la larga mesa para atendernos, mientras el mayordomo iba anunciando los platos en francés. Empecé a sentirme muy incómoda al ver la cantidad de copas y cubiertos que tenía frente a mí. ¿Se suponía que tenía que saber en qué momento usar cada uno? Si ni siquiera sabía qué era lo que me estaban poniendo delante…

Miré a Alfred y él asintió como si me comprendiera y musitó un "Imítame". Yo le devolví una tímida sonrisa y agaché la cabeza para que no se notara que estaba sonrojada. De repente, me sentía tan fuera de lugar... Lo único que me apetecía era estar en mi habitación, huir de allí antes de que aquella gente se diera cuenta de que yo era una impostora que no pertenecía a su clase.

Recé para que aquella cena acabara pronto, pero Dios debía estar demasiado ocupado para acceder a mis ruegos. Durante más de una hora, los criados fueron sirviendo un plato tras otro: ensalada, sopa fría, sopa caliente, guarniciones de acelgas gratinadas, zanahorias y patatas dulces, lenguado, faisán relleno… Estaba nerviosa por la posibilidad de hacer algo fuera de lugar, así que me sentía incapaz de probar bocado. Me limité a dar vueltas a la comida en mi plato, fijándome primero en Alfred para saber con qué cubierto hacerlo, esperando que nadie lo notase.

—¿Qué opina de nuestra cena, señorita Cooper? —me preguntó de repente la madre de Alfred. Parecía que mis intentos de disimular no habían sido tan exitosos como yo esperaba—. ¿No le gustan los platos que hemos preparado? He notado que apenas ha probado bocado.

—No se preocupe, señora. Estoy segura de que está todo delicioso, pero tengo el estómago algo revuelto del viaje. De hecho, estaba asombrada de la cantidad y calidad de la comida que nos está ofreciendo.

—¿Asombrada por qué? ¿Es que acaso mis invitados no merecen lo mejor?

Fue solo un instante, pero me pareció que sus ojos brillaban con malicia y que las comisuras de sus labios se curvaban en una sonrisa cruel. A mi mente vino la imagen de un ave rapaz que acaba de descubrir una presa desde las alturas y, sin saber por qué, me estremecí.

—Por supuesto que lo merecen. No pretendía decir eso —contesté intentado que mi voz no desvelara que hablar delante de todos aquellos nobles me estaba resultando terriblemente embarazoso—. Sin embargo, acabamos de pasar unos días en el palacio de Buckingham y

he podido observar que las comidas allí son mucho más frugales. De hecho, sus majestades los reyes comparten el mismo menú que la gente del servicio…

—Sí, sí… He oído todo eso. —La duquesa dejó sus cubiertos sobre el plato y empezó a abanicarse mientras mantenía su altiva mirada fija en mí—. He escuchado muchos rumores sobre el lamentable estado de su residencia y sobre esas tonterías de racionar las comidas y compartir las penurias del populacho…

Sus palabras despertaron un coro de risas burlonas, como si acabara de contar el chiste más divertido del mundo. Yo también dejé mis cubiertos en el plato, quizá con un poco más de ímpetu del que recomendaría el protocolo, y me encaré a ella.

—No veo qué tiene de gracioso demostrarle al pueblo de Inglaterra que no están solos. Creo que su conducta es digna de elogio.

Miré a mi derecha para comprobar si aquel enfrentamiento con su madre estaba molestando a Alfred, pero él había apoyado el codo en la mesa y ocultaba su rostro con una mano. Lo interpreté como que aquello no le estaba haciendo gracia, así que me dispuse a disculparme con la duquesa, pero ella se encargó de quitarme las ganas.

—No necesitan hacer eso para elevar la moral del pueblo. Los reyes, y toda la nobleza, somos símbolos de poder y distinción. Somos la razón por la que el pueblo debe luchar. Simbolizamos lo que deben defender, aun a riesgo de perder sus propias vidas por algo más grande. —Mientras hablaba, la duquesa me contemplaba como si yo fuera un miserable insecto—. Un símbolo se basa en las formas, en las apariencias. Un rey no puede vestir como un plebeyo, ni vivir o comer como ellos. Debe demostrar en todo momento que está por encima de aquellos a los que gobierna.

—Debemos agradecer a Dios que su rey no sea de su mismo parecer —contraataqué—. Por lo que he podido ver, el pueblo le adora y se sienten acompañados por él. Saber que el rey está sufriendo las mismas penurias que ellos sufren día a día les da fuerzas para resistir y seguir luchando. Dudo mucho que se sintieran igual de comprendidos si supieran que el rey cena lenguado y faisán relleno. De hecho, me parece casi inmoral comer estas cosas mientras la gente se muere de hambre.

Los murmullos se extendieron por el comedor. Volví a observar a Alfred por el rabillo del ojo. Estaba mirando a su madre y me pareció que negaba con la cabeza de forma sutil, seguramente para pedirle que acabara aquella discusión y lo dejara estar, pero ella lo ignoró. Solo tenía ojos para mí y su expresión de ave rapaz parecía haberse acentuado.

—Disculpe, señorita Cooper. Por su acento y sus palabras me

parece entender que usted no es ciudadana británica. ¿Me equivoco?

—No. Soy de Estados Unidos. De Montana.

—Debo suponer entonces que su familia no tiene antecedentes nobles. ¿A qué se dedica su padre?

—Mi padre cría los mejores caballos del estado —contesté orgullosa

—Comprendo. Eso me hace disculpar sus ofensivas palabras. —Me dirigió una sonrisa tan amplia como falsa—. Procede usted de un país incivilizado que no sabe valorar el papel de la aristocracia ni tratarla como se merece.

—Procedo de un país de hombres libres e iguales —contesté molesta.

—Ese es precisamente su problema. —La duquesa soltó una carcajada que me heló la sangre—. Ha sido usted educada en la falacia de que los hombres son iguales, que no deben ser discriminados en razón de su cuna y procedencia. Esa idea del gran sueño americano según la cual cualquiera puede llegar a lo más alto dependiendo tan solo de su valía es ridícula y peligrosa.

—¿Peligrosa? —pregunté.

—Sí. Al eliminar la distinción entre clases, cualquiera puede pensar que tiene el derecho a codearse con las clases superiores. —La duquesa se detuvo durante un segundo, como una cobra antes de lanzar su mordisco mortal—. Por ejemplo, la hija de un miserable granjero paleto del medio oeste puede creerse con derecho a sentarse entre la nobleza y discutir con ellos de igual a igual, como si hubiera conseguido su lugar en esa mesa por derecho propio y no por caridad.

—Madre. Le ordeno que se detenga. —gritó Alfred, levantándose de su asiento y plantando ambas manos sobre la mesa con un golpe seco—. Clarice, espero que puedas disculpar a mi madre.

Me levanté con toda la dignidad posible mientras escuchaba los murmullos y risas ahogadas del resto de invitados. Se regodeaban como una manada de hienas, orgullosas al ver que su líder había puesto en su lugar a su enemigo. Lo que no sabían era que yo no era una indefensa presa. Si ella era la reina de las hienas, yo podía ser una leona. Tomé aire para contener las lágrimas de rabia que me quemaban en los ojos. No iba a permitir que me vieran llorar.

—Ruego que me disculpe, pero voy a retirarme. Como ya le había dicho, tenía el estómago un poco revuelto y esta conversación lo ha agravado. Pensaba que tendría que ir a Berlín para escuchar este tipo de argumentos sobre la existencia de una raza superior, pero veo que también se puede disfrutar del fascismo sin salir de Inglaterra. Con su permiso…

Sin dar tiempo a que dijera nada más, salí del comedor a paso rápido. Por suerte, mi asiento en la mesa estaba muy cerca de la

salida, así que no tardé más de unos segundos en llegar a las puertas. El mayordomo me abrió para permitirme el paso y cerró tras de mí. Cuando nuestras miradas se cruzaron, él me sonrió y me guiñó un ojo. Me sentí orgullosa de lo que había hecho, a pesar de que Alfred no iba a perdonarme aquello en la vida.

Agarré los bajos de mi vestido y corrí escaleras arriba para refugiarme en mi habitación. Cuando entré, me apoyé por un momento en la puerta, disfrutando de la sensación de estar a salvo. Sin embargo, sabía que aquella sensación no iba a durar mucho tiempo. Estaba segura de que, en cualquier momento, una de las doncellas de la duquesa llamaría a mi puerta para decirme que debía abandonar Guildford lo antes posible.

Decidí que no iba a esperar a que eso sucediera. No pensaba darle a aquella arpía el gusto de echarme de su casa. Iba a marcharme sin que me lo ordenara nadie. Cogí mi maleta, la abrí sobre la cama y empecé a recoger a toda prisa las pocas cosas que había sacado.

De repente, sonó el temido golpe en la puerta. Me sorprendí de lo poco que había tardado. La doncella que viniera a echarme prácticamente tenía que haber subido corriendo las escaleras. Lancé un largo suspiro, adopté una pose orgullosa y abrí la puerta. Era Alfred quien estaba al otro lado del umbral y, al contrario de lo que yo había esperado, no parecía enfadado conmigo sino avergonzado.

—Te ruego que disculpes a mi madre —suplicó.

—¿Te ha pedido ella que me digas eso?

—Por supuesto que no. Creo que con lo poco que has visto de ella, ya te has hecho a la idea de que no es de las que se disculpan.

—¿Entonces para qué vienes? —Le dejé en la puerta y continué preparando mi equipaje.

—Para que dejes de hacer la maleta y esperes a mañana. —Cuando vio que me giraba hacia él para protestar, levantó una mano para pedirme tiempo—. Sé que tú también eres muy orgullosa y que no tendrás ninguna gana de pasar la noche bajo un techo en el que se te ha insultado, pero llevo horas bebiendo champán y ahora mismo no me encuentro en condiciones de conducir. Necesito que esperes a mañana. Prometo que nos iremos a primera hora y que no tendrás que volver a cruzarte con ella.

Arrojé una camisa dentro de la maleta de malos modos y me giré hacia él con los brazos en jarras mientras negaba con la cabeza.

—Alfred, por favor, no me pidas eso…

—Lo siento muchísimo, Clarice. —Él dio un par de pasos dentro de la habitación, a pesar de no haber sido invitado, y se colocó justo frente a mí. Tuve que elevar la cabeza para mirarle y quedé atrapada por el hechizo de sus ojos verdes—. No tendría que haberte traído aquí. Sé cómo son mis padres y pensé que, estando tú aquí, se

controlarían un poco. No esperaba que fuerais a chocar tan pronto. Discúlpame, por favor.

Parecía tan sinceramente arrepentido que no tuve más remedio que asentir. Después de todo, él no era el culpable de tener una madre como aquella. Bastante desgracia tenía con eso…

—Está bien, pero tendrás que compensármelo.

—¿Cómo? —preguntó curioso.

—No sé. Ya se te ocurrirá alguna manera —bromeé para quitarle hierro a la situación. Tenerle tan cerca me estaba poniendo demasiado nerviosa—. Pero tendrá que ser algo muy especial para estar a la altura de lo que me has hecho pasar.

—Esto… Clarice, ¿cómo te lo diría? Acabas de llamar nazi a mi madre delante de todos sus invitados. No deberías ponerte muy exigente…

—Está bien. Estás perdonado, pero mañana tenemos que salir de aquí cuanto antes. —Esperé hasta que él asintió antes de seguir hablando imitando el tono arrogante y pomposo de su madre—. Y ahora, si eres tan amable de abandonar mis aposentos, podré retirarme a dormir.

—Perdón, no me había dado cuenta de que había entrado…

Se quedó en silencio, como si acabara de hacerse consciente de que estábamos solos en mi habitación y de que solo unas pulgadas separaban nuestros cuerpos, aun menos nuestros labios. Ni siquiera tendríamos que dar un paso, bastaría con que él se inclinara un poco hacia mí para que pudiera besarme. Durante un breve segundo, estuve tentada de pedirle que no se fuera… y durante ese breve segundo me pareció ver en sus ojos que él no quería irse.

—Nos vemos mañana, Clarice —dijo de repente, echándose hacia atrás—. Que duermas bien.

Sin darme tiempo a responder, salió de forma apresurada. Cerré la maleta, la arrojé al suelo y me tumbé en la cama sintiéndome confundida y frustrada. Y, de repente, las palabras de su madre se me clavaron en el alma como puñales y las lágrimas que había contenido se desbordaron descontroladas como un torrente. Yo solo era la hija de un criador de caballos procedente de un país salvaje e incivilizado. ¿Qué derecho tenía a soñar con alguien como Alfred?


Alfred

Capítulo cuatro

La primera luz del alba le sorprendió con los ojos aún abiertos. La ansiedad no le había permitido pegar ojo en toda la noche. Por un lado, le preocupaba la reacción de su madre. La noche anterior no había tenido que enfrentarse a ella porque había estado muy ocupada atendiendo a sus invitados, pero estaba seguro de que no iba a dejar las cosas así. El enfrentamiento con Clarice le habría dolido y trataría de vengarse como una fiera herida. Y, si no podía vengarse de Clarice directamente, sería él quien tuviera que pagar.

Y por otro lado, le preocupaba Clarice. Aunque había parecido tranquila y calmada cuando había ido a hablar con ella, estaba seguro de que las palabras de su madre le habían dolido. Sabía que estaba bromeando cuando le dijo que tendría que compensarla, pero sentía que debería hacerlo. Era él quien la había metido en aquella situación tan desagradable… Debería hacer algo para disculparse por aquel mal trago. Pero no se le ocurría qué…

Se levantó de la cama y se acercó a la ventana para contemplar el amanecer. Frente a él, dorada bajo los primeros rayos del sol, se extendía la amplia campiña que iba ascendiendo hasta una cercana colina dominada por un roble centenario. Recordó aquellas tardes de su juventud en las que, acompañado por sus hermanos, paseaban a caballo hasta aquel lugar para merendar a la sombra del gigantesco árbol. Y entonces se le ocurrió qué hacer para que Clarice le perdonara…

Abrió su armario y descubrió que sus trajes de montar seguían allí, así que se vistió a toda velocidad y salió de la habitación. La casa estaba casi en silencio. Tan solo se escuchaban los ruidos de platos y cazuelas provenientes de la cocina, en el piso de abajo, donde ya estaban empezando a preparar el desayuno. De puntillas, para que sus botas de montar no hicieran el más mínimo ruido, recorrió el pasillo hasta la habitación de Clarice.

Justo antes de llamar, se planteó lo poco adecuado de su conducta. Ya había entrado en la habitación de la joven la noche anterior y, en aquel momento, aprovechando que todo el mundo dormía, se escabullía de nuevo como un ladrón hasta su puerta. En lugar de abochornarle, aquel pensamiento le provocó mariposas en el estómago y dibujó una sonrisa en su cara. Apoyó la oreja contra la puerta y dio un par de suaves golpes.

No escuchó nada. Clarice debía de dormir profundamente. La idea de olvidarlo y dejarla dormir no se le pasó ni un segundo por la cabeza. Estaba seguro de que ella adoraría la idea de salir a montar a caballo con él, así que volvió a dar un par de golpes, algo más fuertes

en aquella ocasión.

Escuchó el ruido de los muelles de la cama y unos pasos quedos acercándose. Clarice abrió apenas unas pulgadas y, cuando vio que era él, soltó la puerta y se atusó el pelo, azorada.

—¿Qué haces aquí, Alfred? ¿Ha pasado algo malo? ¿El rey…?

—No, no, tranquila. Todo está bien. —Se señaló a sí mismo para que ella viera su ropa de montar—. ¿Te apetece dar un paseo a caballo?

Sus ojos se abrieron ilusionados y sus labios formaron una O perfecta que, un segundo después, se convirtió en la sonrisa amplia y luminosa de una niña.

—¡Claro que sí! ¿Sabes el tiempo que hace que no monto a caballo? —preguntó emocionada. De repente, su rostro se ensombreció—. Habíamos dicho que nos íbamos a marchar cuanto antes para no cruzarnos con tu madre. ¿Nos da tiempo?

—Sí, aún no ha amanecido y mi madre no suele levantarse antes de mediodía —la tranquilizó—. Vamos, prepárate mientras yo voy ensillando los caballos. Te espero en los establos.

Salió de la casa y se encaminó hacia las cuadras, donde se encontró con uno de los mozos, ya levantado por si alguno de los moradores del castillo podía necesitarle. Alfred lo pensó durante unos segundos antes de decirle qué precisaba. Estaba seguro de que Clarice se enfadaría con él si pedía que ensillaran para ella alguna yegua dócil o un caballo castrado, así que acabó ordenándole al mozo que ensillara los dos sementales más briosos del establo.

Pocos minutos después, la vio llegar casi a la carrera y se quedó tan estupefacto que, durante unos segundos, no pudo dejar de mirarla. Nunca había visto a una mujer con un aspecto así. Se había recogido su larga melena morena en una coleta alta y estaba vestida con una amplia camisa blanca y unos pantalones ajustados.

—Ya estoy aquí —anunció ella poniéndose frente a él—. ¿Ya has ensillado los caballos? ¡Qué rápido! Oye, ¿por qué me miras así?

—Disculpa, nunca había visto a una mujer vestida de ese modo —respondió él, azorado.

—Ya, supongo que las damas inglesas no se ponen vaqueros, pero las chicas de Montana llevamos años haciéndolo. Es mucho más cómodo. —Soltó un grito de alegría al ver salir al mozo de cuadra llevando de las bridas a los dos caballos ya ensillados—. ¿Puedo elegir el negro?

—Sí, por supuesto —contestó él, tratando de recomponerse—. ¿Quieres dar un paseo hasta el roble de esa colina?

—No, un paseo no. —Ella ni siquiera se dio cuenta de que el mozo de cuadra estaba situado a su lado para ayudarla a montar. Con un ágil movimiento, se colocó a horcajadas a la grupa de su caballo—.

Vamos a hacer una carrera. ¿Te atreves?

—Por supuesto —contestó él subiendo a lomos de su montura—, pero debo advertirte que vas a perder. Llevo dando clases de equitación con los mejores maestros del país desde los diez años.

—Yo no he dado ni una sola clase de equitación en toda mi vida —contestó ella con una sonrisa de suficiencia en la cara—, pero mis padres dicen que aprendí a montar a caballo antes que a andar. ¡Vamos!

Sin esperar a que él confirmara que estaba preparado, ella espoleó a su caballo y salió disparada. En pocos segundos, ya se encontraba galopando por la campiña. Alfred tardó en reaccionar, en parte porque no había esperado que ella fuera a dar ya la señal de salida, pero, sobre todo, porque se había quedado embobado viendo como aquel pantalón se ajustaba a las caderas de Clarice. Nunca había visto a una dama montando a horcajadas y mucho menos llevando una prenda que marcara sus formas de esa manera, pero aquella era una costumbre americana que los ingleses deberían adoptar.

Cuando reaccionó, espoleó a su caballo y lo puso al galope para tratar de alcanzarla. Además de llevarle varios cuerpos de ventaja, tenía que admitir que ella montaba muy bien. Además, era mucho más ligera que él, por lo que su montura podía ir más rápido. No iba a ser fácil superarla. Volvió a espolear a su caballo para que fuera aún más rápido y vio con satisfacción como, poco a poco, iba recortando la distancia que ella le había sacado.

Cuando ya se encontraba más cerca, casi a la grupa del otro caballo, vio como Clarice se giraba para mirarle. Esperaba encontrar una expresión de enfado por ir a ser superada en la carrera, pero en lugar de ello, lo que vio fue una sonrisa de burla adornando sus labios. Ella retomó su postura y espoleó a su caballo, que empezó a correr aún más rápido.

No podía creerlo. Mientras que él había puesto a su montura a galope tendido desde el primer momento, ella lo había contenido, creándole la ilusión de que podría alcanzarla. Escuchó como Clarice lanzaba al viento un grito de victoria mientras su caballo iba ganándole cada vez más terreno.

No podía permitir que le venciese. Llevaba toda la vida montando a caballo e incluso se había proclamado ganador en algunas carreras locales. Era impensable que le ganara aquella mujer, por mucho que se hubiera criado entre caballos.

El roble que marcaba el final de la carrera estaba ya muy cerca. Tenía que darlo todo si quería ganar. Notó que su caballo estaba cansado y que trataba de relajar el paso, pero no se lo permitió. Se inclinó aún más hacia delante y espoleó a su montura casi con violencia, pidiéndole que hiciera un esfuerzo extra… pero a su caballo

no debió parecerle buena idea.

Escuchó un largo relincho mientras su montura se encabritaba. Frenó en seco y se puso en pie sobre las patas traseras mientras con las delanteras parecía golpear a un adversario invisible. Alfred apretó las rodillas alrededor de la grupa y trató de sujetar las riendas con fuerza para calmarlo, pero no consiguió sostenerse. Notó una sensación de vacío al caer y una nube negra nubló su vista.

—Alfred, despierta… ¡Por favor, despierta!

Un golpe en la mejilla acompañó a aquellas palabras y le devolvió al mundo real. Parpadeó varias veces y su visión fue haciéndose cada vez más nítida. Vio un cielo aún teñido por los tonos amarillentos del alba y una bandada de pájaros sobrevolándole. De repente, una sombra se interpuso, tapándole la luz. Durante unos segundos, no pudo identificar el angelical rostro que había aparecido ante él. ¿Se habría muerto y estaba en el cielo? No lo veía muy probable. Un ángel no debería tener la expresión de preocupación que se veía en aquel rostro. Poco a poco, la claridad fue llegando también a su mente.

—¿Clarice? ¿Qué ha pasado?

—Te has caído del caballo —respondió ella—. ¡Vaya susto me has dado!

—No me he caído del caballo —la contradijo él al empezar a recordar—. El caballo me ha derribado. No es lo mismo.

—Dilo como quieras. —Clarice frunció el ceño y le señaló con su dedo índice, acusadora—. No deberías haber ido tan rápido.

—Tú ibas más rápido que yo. Te recuerdo que ibas primero —se defendió.

—Sí, pero yo sé cómo hacerlo.

Se sintió insultado por aquellas palabras. ¿Qué quería expresar aquella mujer? ¿Que él no era capaz de cabalgar tan rápido como ella? ¿Que era peor jinete? Intentó sentarse para poder discutir en una posición más digna, pero, al tratar de incorporarse, el mundo empezó a girar a toda velocidad. Tuvo que volver a tumbarse y cubrirse los ojos con una mano para conseguir que se detuviera.

—¿Estás mareado? —preguntó Clarice, preocupada—. Quizá debería ir al castillo a pedir ayuda.

—No, tan solo dame unos segundos —pidió él—. No quiero que mi madre tenga más cosas que echarte en cara.

—¡Pero si yo no he tenido la culpa! —protestó ella.

—Ella no lo vería así y yo tampoco. Has sido tú la que ha propuesto una carrera y la que me ha hecho forzar demasiado a mi caballo. —Se descubrió los ojos y la miró—. Deberías haberte caído tú.

—¿En serio? ¿Qué clase de deseo es ese?

—Si te hubieras caído tú, yo te habría cogido en brazos como un

caballero y te habría llevado bajo la sombra del roble para esperar a que te recuperaras. Y, cuando te hubieses despertado, me habrías besado para agradecérmelo.

Se arrepintió de haber pronunciado aquellas palabras en cuanto lo hizo. Debía de ser el golpe en la cabeza el que le había hecho hablar así. Sin embargo, decidió no disculparse ni retirarlas. Teniéndola tan cerca, con sus labios a apenas unas pulgadas de distancia y mirando aquellos enormes ojos del color azul grisáceo del mar antes de una tormenta, supo que deseaba besarla más que ninguna otra cosa en el mundo, que aquellas palabras que no se habría atrevido a decir si no fuera porque aún estaba algo mareado, eran justo lo que llevaba queriendo decirle desde hacía meses, desde aquel primer beso bajo su ventana al que deberían haberle seguido muchos más.

Ella no pareció escandalizada. Sus labios se curvaron en una sonrisa, una de sus manos se alargó para acariciar su pelo y, sin decir nada, se inclinó hacia él y le besó. Él levantó un brazo hasta su nuca para atraerla aún más, para asegurarse de que no escapara, para intentar prolongar ese beso durante todo el tiempo que le quedara al universo. Ella acercó su cuerpo hasta que no quedó espacio entre ellos y de entre sus labios entreabiertos, surgió un suave gemido que hizo que cualquier pensamiento consciente de Alfred se desvaneciera.

Ya no le importaba nada, no podía pensar en nada. La sensación de mareo se acrecentó, pero supo que no se debía a la caída, sino a sentir su cuerpo tan cerca, a estar saboreando su aliento, a la deliciosa tortura que suponía acariciar la piel de sus brazos. Se sintió más osado y tiró de ella para hacer que se tumbara sobre él. Ella se dejó llevar y, poniendo una pierna a cada lado de sus caderas, se colocó sobre él.

Sentir el peso de Clarice y acariciar su espalda, dejando que sus manos se deslizaran sobre la tela de la camisa, pudiendo sentir el calor que irradiaba de su cuerpo y que parecía abrasar las yemas de sus dedos le hizo volverse aún más loco. Tiró con suavidad de los bajos de su camisa para levantarla un poco, lo necesario para colar su mano y poder sentir por fin la suavidad de su piel.

Clarice volvió a gemir al sentir su tacto y se apretó aún más contra él. La agarró con fuerza y la hizo girar para colocarse encima. Se detuvo por un segundo y la miró, sorprendiéndose de lo bella que estaba con el pelo revuelto y los ojos brillantes, hambrientos… Supo que ella le deseaba tanto como él, que no tenía que preguntarle nada, que podrían entregarse el uno al otro en aquel momento. Volvió a lanzarse sobre sus labios para respirar su aliento, saborear su lengua, mordisquear sus labios… Pensó que nunca en la vida podría saciarse de sus besos…

Y entonces escuchó unos pasos a la carrera que le hicieron detenerse. Saltó hacia un lado, se quedó sentado en el suelo y trató de

recomponer su pelo y sus ropas mientras se preguntaba por qué el mozo de cuadras que les había ayudado a ensillar los caballos estaba acercándose a ellos a la carrera.

—Lord Alfred, ¿está usted bien? —preguntó cuando llegó a su lado —. Vi que se había caído del caballo y no sabía si estaba usted herido.

—Estoy bien. Muchas gracias —dijo mientras maldecía para sus adentros al mozo y a toda su descendencia—. Tan solo me encuentro un poco mareado. Ahora me levanto.

Miró a Clarice por el rabillo del ojo y vio que ella tenía las mejillas rojas y que trataba de ocultar una risa nerviosa. Decidió hacer algo para darle tiempo para recomponerse.

—Ve a por los caballos —ordenó—. No pueden haber ido muy lejos.

—Están ahí mismo, señor.

El criado señaló un punto a su espalda. Alfred se giró y vio a los dos caballos pastando tranquilamente a la sombra del roble que había marcado el final de la carrera.

—Tráelos aquí, por favor. Los necesitamos para regresar a casa.

En cuanto el hombre se separó unos pasos, los dos se pusieron en pie. Alfred se colocó a su lado y se inclinó hacia ella para susurrar:

—Deberías arreglarte el pelo y la ropa. Se supone que el que se ha caído del caballo he sido yo. Tú no tienes excusa.

Clarice le miró avergonzada, haciendo que a él se le escapara una risa. Ella se separó un par de pasos mientras se metía los faldones de la camisa dentro de aquellos pantalones ajustados que, a pesar de que le quedaban tan bien, se moría de ganas de arrancarle.

El mozo llegó un minuto después y les tendió las bridas de sus caballos. Alfred le dio las gracias y montó para regresar, seguido por Clarice. Trotaron de vuelta al castillo de Guildford. Entre ellos se había instalado un silencio incómodo. Se notaba una atmósfera extraña, algo eléctrico, vibrante, una tensión insostenible que tendrían que resolver en cuanto estuvieran solos. De vez en cuando, sus miradas se cruzaban y se mantenían hasta que uno de los dos rompía el contacto con una sonrisa nerviosa asomando a sus labios.

Alfred empezó a plantearse que quizá, cuando llegaran al castillo, podría tomar a Clarice de la mano y tirar de ella escaleras arriba hasta su habitación. Sabía que aquello no sería apropiado, que los ojos y oídos siempre atentos del servicio le irían con el cuento a su madre en cuestión de minutos, pero en aquel momento su deseo era tan desenfrenado, sus ganas de ella le acercaban tanto a la locura que ni siquiera era capaz de pensar con claridad.

¿Qué pensaría Clarice si le propusiera algo así? Aquello no era digno de un caballero. Casi no se reconocía, pero en aquel momento le daban igual las convenciones sociales, el protocolo, lo que debería o

no debería hacer… Solo sabía que necesitaba volver a besarla, sentir su cuerpo cerca, arrancarle la ropa y acariciar cada poro de su piel… Aquello le estaba volviendo loco… y esperaba que Clarice también estuviera lo bastante loca como para aceptar su proposición.

Pero ni siquiera pudo hacérsela. Vio que ella refrenaba su montura y la imitó. Siguió su mirada, que permanecía fija en los jardines del castillo y comprendió por qué Clarice tenía aquella expresión de desagrado. La duquesa estaba allí, desayunando bajo una sombrilla, a pesar de que aún era demasiado temprano para ella.

—Ve hacia la parte este de la muralla. Hay otra entrada —le indicó —. Sube a tu habitación, recoge tus cosas y espérame allí. Iré a buscarte con el coche en quince minutos.

Ella asintió y volvió a poner a su caballo al trote. Alfred esperó hasta que desapareció al girar la esquina y después, con su montura al paso, se acercó al lugar en el que su madre le esperaba. Se apeó del caballo y le tendió las riendas a un sirviente que estaba cerca. Después, sin esperar siquiera a ser invitado, se sentó al lado de su madre.

Ella fingió ignorarle durante unos segundos. Paseó su mirada por los jardines mientras saboreaba un trago de té. Cuando consideró que ya le había humillado lo suficiente, empezó a hablar sin siquiera mirarle.

—Supongo que no hace falta que te indique lo inapropiado de tu comportamiento, Alfred.

—No sé a qué se refiere, madre, pero tiene razón en que será inútil que me lo explique. —Alfred se sorprendió al notar que estaba enfrentándose a ella sin que la voz le temblara—. No estoy haciendo nada de lo que deba avergonzarme.

—Eso es lo que tú crees, porque ahora mismo estás cegado por esa mujer. —La duquesa posó la taza sobre la mesa y se giró hacia él—. Mi obligación como madre es sacarte de ese error.

—Creo que ya soy lo bastante maduro para tomar mis propias decisiones, madre.

—Yo no lo creo, porque no te estás dando cuenta de hasta qué punto esas decisiones pueden poner en peligro el futuro de esta familia. —Ella tomó aire y soltó un largo suspiro, como si le costara empezar a hablar—. Ya te recordé ayer que estás prometido con Lady Alexandra Addington, la hija de los duques de Kent.

—¡Por Dios, madre! No siga con eso. He visto a esa mujer un par de veces en mi vida y nunca he sentido nada por ella ni le he manifestado mi deseo de convertirla en mi esposa —estalló Alfred.

—Eso no hace falta. Ya lo hicimos tu padre y yo por ti hace años —le cortó su madre—. Es una de las familias más antiguas e importantes de toda Inglaterra y no vamos a permitir que les insultes.

—No entiendo por qué deberían sentirse insultados. Pueden buscar otro pretendiente para su hija…

—No pueden. Se supone que ibais a casaros el año que empezó esta maldita guerra y tuvimos que posponerlo. Ahora ella ya es demasiado mayor para comenzar a buscar otro pretendiente. Además, tu familia necesita que te cases con esa mujer.

—¿Que lo necesitáis? ¿Para qué?

—Son muy ricos, hijo. El duque de Kent es dueño de varias fábricas de armamento y se dice que su fortuna es inmensa.

—¿Y qué más nos da eso a nosotros? Nuestra familia también tiene dinero…

—No, Alfred… Nuestra familia tenía dinero. Hemos perdido varios barcos con cargamentos importantes desde que empezó la guerra. —La duquesa cogió su abanico de encima de la mesa y lo abrió, como si necesitara más aire para poder seguir hablando—. Estamos al borde de la bancarrota.

—Eso no puede ser…

—Es así, hijo mío. —Ella estiró el brazo hasta tocar con cariño la mano de Alfred—. La dote de Lady Alexandra nos permitirá sobrevivir hasta que los negocios de tu padre se recuperen y también servirá para pagar una dote digna para tu hermana. Si no aceptas, si rompes el compromiso, no solo estarás incumpliendo tu palabra, sino la de toda la familia. No encontraríamos pretendiente para Jane y ninguna dama estaría dispuesta a arriesgarse a comprometerse con Thomas. Por no hablar de que, si caemos en la pobreza, ni siquiera seguirían aceptándonos en su círculo.

—La situación no puede ser tan mala —protestó Alfred.

—Es peor de lo que piensas. Llevamos meses sufragando los gastos del castillo con la venta de mis joyas y de varias obras de arte… Pero eso no durará siempre.

La voz de la duquesa se quebró. Giró la cabeza para que él no pudiera ver su rostro y se enjuagó con disimulo una lágrima traidora que había escapado de sus ojos. Alfred sintió que el corazón se le encogía. No se llevaba bien con su madre, pero no quería verla sufrir. Y mucho menos quería hacer algo que perjudicará el futuro de cualquiera de sus hermanos.

—¿Y Philip? —preguntó buscando una última salida—. ¿No puede hacer algo? Es él quien va a heredar el título.

—Por eso precisamente Philip va a casarse con una hija de los duques de York, una familia muy importante y muy cercana a la realeza.

—¿Y eso no solucionará nuestros problemas económicos?

—No. Los duques de York no están pasando un buen momento, pero estar emparentados con ellos mejorará nuestra posición social.

—Así que tengo que ser yo el que os salve…

—Pensé que te sentirías orgulloso de una responsabilidad así. —Ella apretó su mano con firmeza—. Comprendo lo que sientes por esa mujer americana y no te estoy pidiendo ni por un segundo que renuncies a ella.

Alfred miró a su madre sintiéndose confuso. ¿No era precisamente de renunciar a Clarice de lo que había versado toda aquella conversación?

—Solo tienes que ser discreto —explicó ella—. Tu padre también ha tenido muchas amantes. Yo lo he sabido desde el principio y no le he dado ninguna importancia. Mientras yo sea la legítima duquesa de Guildford, puede tener todas las fulanas que quiera.

Alfred apartó su mano como si el contacto con su madre le diera urticaria. Se mordió la lengua, se levantó sin decir nada y se marchó a su habitación sin despedirse. Sabía que, si se quedaba a discutir lo que su madre acababa de proponerle, acabaría diciendo cosas de las que se arrepentiría.

Entró en su cuarto y, en cuanto cerró la puerta a su espalda, lanzó un puñetazo contra la pared más cercana a la vez que dejaba escapar un gruñido animal con el que expulsó toda su frustración y su rabia. Él no era así y nunca podría serlo. Siempre había odiado lo superficial y manipuladora que era su madre, lo egocéntrico y frío que era su padre. Él nunca manejaría a los demás para cumplir sus deseos sin importar el daño que pudiera hacerles. Y mucho menos podría hacerle una proposición así a Clarice.

Sin embargo, sabía que su madre tenía razón en algunas cosas de las que le había dicho. Sabía que ellos nunca aceptarían a Clarice, que nunca la considerarían uno de los suyos. Y sabía que, si su familia le necesitaba, no podía dejarles a su suerte.

Pero había algo en lo que su madre se equivocaba. El nunca podría pedirle a Clarice que se conformara con un amor a medias. Si no podía entregarse por entero a ella, no le pediría nada. Desde aquel momento y durante el resto del tiempo que tuvieran que pasar juntos en esa guerra, se comportaría de forma intachable y profesional. Sabía que a ella le dolería, que no lo entendería en el primer momento, pero también sabía que aquello era lo correcto.

Cogió la maleta que estaba colocada al lado de la puerta y salió de la habitación. Caminó a paso rápido hacia el coche, se montó y arrancó rumbo a la entrada este.

Clarice ya le estaba esperando allí. Había cambiado los pantalones ajustados por un vaporoso vestido de flores amarillas. También se había quitado la coleta y había cepillado su pelo, que le caía en espesas ondas hasta la cintura. Cuando se giró hacia el sonido del motor, con los ojos brillantes de expectación y una dulce sonrisa en

los labios, pensó que nunca en la vida había visto a una mujer tan bella. Apretó con fuerza el volante, se tragó sus sentimientos y frenó a su lado.

Cuando Clarice ocupó el asiento del copiloto, la saludó:

—Buenos días, señorita Cooper.

—¿Ahora vuelvo a ser la señorita Cooper? ¿A qué viene eso, Alfred?

—Le ruego que a partir de ahora se dirija a mí con el debido respeto. Le recuerdo que soy su superior y que debe llamarme "señor" o "teniente Mitchell". ¿Lo ha comprendido?

No se atrevió a girarse hacia ella. No se veía capaz de contemplar en sus ojos lo defraudada que debía de estar haciéndole sentir. Se mantuvo firme, con las manos aferrando el volante y la mirada al frente, durante el largo tiempo que ella tardó en contestar.

—Lo entiendo perfectamente, señor. Le pido que, por favor, me deje en la estación de tren más cercana en la que pueda conseguir un billete para Windsor.

—Eso no es necesario, Clar… señorita Cooper.

—Sí lo es. Si no va a llevarme a la estación de tren, le ruego que detenga el coche ahora mismo. Llegaré allí por mi cuenta.

Alfred se limitó a asentir y empezó a conducir hacia la estación. Llegaron en apenas unos minutos, sumidos en un silencio espeso y triste. Clarice casi no le dio tiempo a detener el coche. Se bajó de forma apresurada, recogió su maleta y, tras dar un portazo, se dirigió a la estación con paso firme. Él se quedó allí quieto, viéndola marchar, temiendo que, si ella se giraba una sola vez y cruzaba con él sus ojos tristes, se volvería loco y lo dejaría todo… pero ella no se giró ni una sola vez. Desapareció por la puerta de la estación y le dejó solo con la firme convicción de que acababa de estropear su única opción real de llegar a ser feliz.

Castillo de windsor (Condado de Berkshire),

Agosto de 1943


Clarice

Capítulo uno

Ya era mediodía cuando me detuve frente al castillo de Windsor. Había tardado horas en poder coger un tren, atestado de familias con niños ruidosos e incluso un par de mujeres que llevaban jaulas con gallinas. Después de un viaje que me permitió imaginar con claridad cómo debía de ser el infierno, llegué a mi destino y, tras esperar durante algo más de media hora en una parada vacía, tuve que rendirme a la evidencia de que aquel día no iba a encontrar ningún taxi. Aquel debió de ser, además, el único día caluroso de todo el verano de 1943 en aquella zona de Inglaterra. Un sol implacable me acompañó a cada paso por aquella carretera polvorienta. El aire no era solo cálido, sino también húmedo, ese tipo de aire que te hace sentir que estás atravesando un caldero de sopa.

Cuando por fin Windsor se presentó ante mis ojos, ni siquiera disfruté de las vistas. El lugar era tan impresionante como había imaginado, pero en aquel momento me daba igual. Lo único que quería era una ducha fría y una cama en la que poder pasar las siguientes veinticuatro horas… y no volver a ver a Alfred en mi vida. Sabía que mis dos últimos deseos no se iban a poder cumplir, pero me puse en movimiento esperando al menos poder conseguir esa ducha. Tenía la ropa empapada y la piel pegajosa. En aquel momento, me daba asco a mí misma.

Según avanzaba camino a la puerta, me di cuenta de que no llevaba ningún documento que fuera a franquearme la entrada. Se suponía que iba a llegar a Windsor acompañada de Alfred y que él podría responder por mí. Me acerqué a la imponente muralla, donde dos soldados hacían guardia al lado de la verja de entrada, tan tiesos como si fueran estatuas, y carraspeé para llamar su atención. No se movieron en absoluto. Continuaron firmes enfundados en su uniforme de casaca roja y luciendo con una dignidad admirable un enorme sombrero cilíndrico de piel negra que debía pesar una barbaridad. Me coloqué frente a uno de ellos y volví a carraspear aun más fuerte.

—Disculpe. Mi nombre es Clarice Cooper y trabajo en el castillo. —Al ver que los guardias seguían sin reaccionar, hablé un poco más alto—. Tengo que entrar. Me están esperando.

Tampoco conseguí ninguna respuesta en aquella ocasión. Pensé en intentar colarme, a pesar de que las bayonetas de sus armas me sugerían que no era buena idea. Además, la puerta estaba cerrada y me iba a resultar imposible pasar. Estaba a punto de desistir, coger mi maleta y empezar a recorrer todo el perímetro del castillo para ver si podía encontrar otra entrada en la que los guardias, al menos, me mirasen a la cara, cuando vi pasar a Alfred al otro lado de la verja.

No tenía ninguna gana de llamarle y pedirle ayuda, pero era ridículo quedarme allí tratando de conseguir alguna respuesta de aquellos dos guardias. Habría sido mucho más probable que me contestara un árbol. Me tragué mi orgullo y le llamé, aunque intenté imprimir a mi voz toda la frialdad y desdén posibles.

—Teniente Mitchell, ¿podría indicar a estos soldados que trabajo dentro del castillo para que me permitan el paso?

Él se frenó en seco y se giró hacia mí. Durante un segundo, me dio la impresión de que la emoción embargaba su mirada, de que una sonrisa intentaba abrirse paso en sus labios al verme… Pero solo fue un segundo y, además, debía darme igual. No podía exponer mis sentimientos a alguien tan voluble. Desde que le conocía, me había hecho daño una y otra vez. Aquello tenía que terminar.

—Señorita Cooper, la estábamos esperando —dijo mientras se acercaba a la verja. Hizo una ligera reverencia a modo de saludo y señaló hacia la izquierda—. Hemos prohibido el acceso por aquí. La entrada está más arriba, en la puerta de George IV. —Señaló cuesta arriba—. La esperaré allí.

Asentí, agarré mi maleta y empecé a caminar muy erguida y con la vista al frente. Me sentí extraña. Sabía que él estaba caminando a apenas unos pasos, al otro lado de la muralla. Me pareció que podía sentirle, caminando a mi lado, aunque no pudiera verle. Aquella situación me resultó muy representativa de mi relación con él: tan cerca y a la vez tan lejos, tan inalcanzable…

Cuando llegué al lugar que me había indicado, esperé al lado de la puerta mientras Alfred hablaba con uno de los guardias. Cuando me comunicó con un gesto que podía pasar, le dediqué una sonrisa forzada y me coloqué a su par mientras rodeábamos una amplia extensión de césped. Me señaló el enorme edificio al que nos dirigíamos.

—Hemos decidido olvidarnos del resto del castillo de Windsor y utilizar solo el recinto superior —me explicó—. Como ya sabe, queremos reducir los contactos al mínimo, así que, hasta que esto termine, el rey y su familia estarán recluidos en los apartamentos reales junto con un reducidísimo grupo de personas de confianza entre los que nos infiltraremos.

Se quedó en silencio, como si esperara mi opinión. Me limité a mantener la vista al frente y seguir caminando.

—Si todo el resto del servicio y la guardia son de máxima confianza y se conocen desde hace tiempo, vamos a llamar demasiado la atención —sugerí—. El culpable va a sospechar de nosotros desde el primer momento.

—Tiene razón. Yo también lo he pensado. Pero no nos queda más remedio que hacerlo así. —Por el rabillo del ojo, vi que se encogía de

hombros—. De todos modos, casi prefiero que el agente infiltrado se sienta observado. Si decide no actuar o escapar, habremos conseguido nuestro objetivo, que no es otro que evitar la muerte del rey.

—Sí, señor. Puede que tenga razón.

Alfred se detuvo en seco, supuse que sorprendido por mi manera de tratarle. Yo no reduje mi paso. Seguí caminando decidida hasta la puerta de entrada, donde esperaban otros dos guardias. Alfred se apresuró a alcanzarme. Los guardias le reconocieron y nos franquearon el paso.

—No la veo muy convencida del plan.

No pude contestarle. Acabábamos de entrar en las dependencias del castillo y estaba tan asombrada del lujo que me rodeaba que me veía incapaz de pronunciar palabra. Nunca en mi vida había imaginado un lugar así. En la pared que daba al exterior se abrían enormes ventanales en forma de arco que llegaban hasta el suelo y a través de los cuales se colaba una suave luz dorada que iluminaba el lugar como si fuera el escenario de un cuento de hadas. Ni siquiera sabía dónde mirar: las mullidas alfombras de color burdeos, las columnas adornadas con pan de oro, los frescos que decoraban el techo, las mil lágrimas de cristal que adornaban las lámparas y que captaban la luz para convertirla en infinitos y diminutos arcoíris… Cada pulgada de aquella estancia estaba calculada para transmitir una impresión de riqueza, de ostentación, de poder… Y solo estábamos en el recibidor.

Alfred se colocó frente a mí con el ceño fruncido. Me di cuenta de que le había dejado esperando una respuesta. Tuve que agitar la cabeza para dejar de mirar la estancia embelesada y regresar a la conversación que habíamos estado manteniendo.

—No es que no esté convencida del plan. Es que hay cosas que no entiendo —confesé mientras me ponía de nuevo en marcha.

—¿Cosas como qué?

—¿Cómo sabemos que el espía nazi está aquí? No lo veo lógico. —Alfred se mantuvo en silencio, esperando a que siguiera explicándome—. Según el mensaje que interceptamos, aún faltan tres días para la muerte del último cuervo, que, según suponemos, marcará el día del atentado contra el rey. —Esperé hasta que Alfred asintió—. Es eso lo que no me cuadra: ¿Por qué va a esperar tres días si ya está aquí dentro y tiene acceso a él? ¿Por qué arriesgarse a que le descubramos y le detengamos?

—Eso es algo que tendremos que investigar —admitió Alfred antes de encogerse de hombros.

—Para mí no tiene sentido. Yo creo que no está aquí, que no tendrá la posibilidad de matar al rey hasta dentro de tres días…

—Si ese fuese su plan, estaría destinado al fracaso. —Alfred volvió

a ponerse en marcha hacia una de las puertas de la habitación. Nos adentramos en un recargado pasillo lleno de armaduras y retratos de difuntos nobles—. El rey no va a salir de Windsor hasta que consideremos que la amenaza ha pasado y nadie ajeno va a atravesar estos muros. Si el asesino no está aquí dentro, ya le habremos vencido. Su única posibilidad es estar ya entre nosotros.

—Pero eso no tendría sentido. Podría matar al rey hoy mismo. ¿Por qué esperar?

—No lo sé, pero creo que es así. Lo siento aquí dentro. —Se llevó una mano al pecho y dio un par de golpecitos sobre su corazón—. Ya sé que no debería basarme en corazonadas y presentimientos, pero supongo que, si alguien puede comprenderme, eres tú.

Me dirigió una sonrisa que me hizo darme cuenta de que había vuelto a tutearme. Seguí caminando a su lado fingiendo que ni siquiera lo había notado mientras recapacitaba sobre sus últimas palabras. Yo tampoco tenía ninguna razón para pensar que el asesino ya se encontraba entre nosotros y, sin embargo, también lo sentía así. Había algo en la atmósfera que me hacía temer que Alfred estaba en lo cierto, algo que parecía tamizar la luz y dar fuerza a las sombras, que hacía el aire más pesado e irrespirable, una especie de presencia, de energía ominosa que erizaba el vello de mis brazos y hacía que el corazón me aletease despavorido en el pecho, como un pajarillo que tratara de escapar del peligro… Terminé por asentir.

—Sí, yo también lo siento así —admití—. El asesino está aquí y tenemos tres días para descubrirlo. ¿Cómo vamos a hacerlo?

Habíamos llegado a un descansillo dominado por una impresionante escalera de madera de nogal. Los peldaños estaban cubiertos por una espesa alfombra persa y las paredes se encontraban decoradas con cuadros y tapices. Me pregunté si aquella gente se habría planteado en algún momento que era posible dejar una pulgada de espacio sin decoración. En un primer momento, tanto lujo me había impresionado, pero no llevaba ni cinco minutos dentro de aquel castillo y ya empezaba a sentirme agobiada. Era imposible mantener una conversación en aquel lugar mientras tu vista era asaltada continuamente por cientos de estímulos.

—Tenemos una reunión ahora con el resto del equipo. —Señaló hacia el tramo de escaleras que descendía—. El MI6 se ha encargado de que nos asignaran un despacho…

—En el sótano. —Completé la frase por él—. Otra vez en el sótano. ¿De dónde ha sacado el MI6 la idea de que somos alérgicos a las ventanas y a la luz del sol?

—No sé… Supongo que como nos dedicamos a temas misteriosos y sobrenaturales, habrán pensado que nos gustan los ambientes sombríos y oscuros.

—Entonces debemos dar gracias de que no nos hayan buscado una cripta en algún cementerio. —Me puse en marcha escaleras abajo—. ¿Los demás ya han llegado?

Alfred me adelantó con paso rápido, asintió y me señaló una puerta situada al final del estrecho pasillo. Cuando abrí, me encontré una especie de enorme y oscuro almacén, iluminado por una miserable bombilla. El sitio era muy amplio, pero estaba saturado con cientos de cuadros, tapices, armaduras, jarrones, alfombras, muebles… Parecía que habían metido allí todo lo que no les había cabido al decorar el castillo… y por lo que pude apreciar en un primer vistazo, había material para decorar tres castillos más.

En el único hueco que quedaba libre, habían colocado un escritorio y un par de sofás viejos a los que se les salía el relleno a través de su tapicería desteñida. En uno de ellos, apretados los unos a los otros como si intentaran sentirse más protegidos, estaban sentados mis compañeros. En cuanto atravesé la puerta, Wendy se levantó de un salto y se lanzó a abrazarme, como si llevara años sin verme. Correspondí a su demostración de afecto, aunque se me escapó una risa.

—¡Qué recibimiento! Así da gusto volver —dije mientras abrazaba a la chica.

—Nos asustamos cuando vimos que Alfred llegaba solo —explicó tras soltarme y quedárseme mirando como si mi presencia allí fuera un milagro—. No ha querido explicarnos por qué ha vuelto sin ti.

—Es que no tengo por qué daros ninguna explicación —intervino Alfred con tono cansado mientras tomaba asiento al otro lado del escritorio—. Soy vuestro superior. Y que sea la última vez que te diriges a mí como Alfred. Soy el teniente Mitchell.

Tras pronunciar aquellas palabras, fue mirándonos fijamente hasta que todos asentimos. Después, abrió uno de los expedientes y fingió estudiarlo. Agarré la mano de Wendy y tiré de ella para que se sentara a mi lado en el sofá que quedaba libre.

—Una vez dejado claro este punto… —continuó Alfred—, voy a asignaros vuestros puestos en Windsor. Nigel…

El chico se puso en pie con las manos cruzadas al frente, como si se encontrara en el colegio y el maestro estuviera pasando lista. Alfred le miró y enarcó una ceja, pero decidió seguir adelante.

—Como nadie va a poder entrar ni salir de Windsor, no hay que cuidar los establos, así que me acompañarás como parte de la guardia real. —Esperó hasta que Nigel asintió y volvió a sentarse—. Irma, tú continuarás como doncella, tal y como hacías en Buckingham. ¿Te parece bien?

—Sí. No hay problema. Estaré atenta por si descubro cualquier cosa rara —contestó ella.

—Y tú, Clarice, también seguirás con tu trabajo en la cocina…

—No, no, no… —dije poniéndome de pie para reforzar mi protesta —. ¿Ha venido Molly, la cocinera?

—Sí. De todas las personas que trabajan en la cocina de Buckingham, fue la elegida como de mayor confianza…

—Me da igual. No pienso volver a trabajar con esa tirana. Asígname otro puesto.

Alfred resopló y negó con la cabeza. Supuse que se negaría a cambiarme de sitio y que, además, aprovecharía para volver a recordarme que era mi superior y que mi deber era no protestar y seguir las órdenes, pero, antes de que pudiera decir una palabra, Wendy se levantó del sofá, se colocó a mi lado y me tomó la mano.

—A mí me gustaría trabajar en las cocinas. Se me da muy bien. —Alfred tomó aire para replicar, pero ella continuó hablando para no darle tiempo—. Además, como aquí no vamos a tener ninguna visita, ya no voy a tener que estar en recepción. Por favor, me encantaría trabajar ahí.

—Está bien, aunque esa mujer es una de nuestras principales sospechosas —dijo Alfred.

—¿Por qué? —pregunté intrigada—. Es una bruja y una tirana, pero no la veo como espía nazi.

—Tengo más razones para desconfiar de ella que tus informes negativos —explicó él—. Me han dicho que ha estado preguntando por nosotros al personal de servicio, intentando enterarse de quiénes éramos, por qué habíamos entrado todos a la vez, si nos había recomendado alguien… Quizá solo sea una vieja cotilla, pero no me gusta. Además, tiene la posibilidad de envenenar la comida y matarnos a todos. Quiero que esté vigilada.

—Más razón entonces para que sea yo la encargada de estar con ella —intervino Wendy—. Si oculta algo o planea hacer algo malo, lo veré en su aura.

Alfred se tomó unos segundos para reflexionar y terminó asintiendo. Wendy le dedicó una amplia sonrisa de agradecimiento y volvió a su sitio. Yo me quedé allí de pie, esperando que se me asignara algún destino.

—¿Y bien? ¿Qué voy a hacer yo entonces? —pregunté al ver que Alfred no decía nada.

—¿Qué te parecería ser institutriz? —me preguntó después de ojear su informe durante unos segundos.

—¿Institutriz? ¿De quién?

—Hay dos princesas en este castillo —respondió antes de volver a ojear su informe—. Parece que tienen una institutriz que les enseña historia, lenguaje, literatura y música. En el pasado han tenido profesores de francés. ¿Sabes francés?

—Ni una palabra —admití.

—¿Y qué asignatura podrías enseñarles?

—Ninguna. —Me encogí de hombros.

—Alguna cualidad o conocimiento tienes que tener…

—Claro que tengo… Muchísimas —contesté molesta—. Pero ninguna que pueda serle útil a dos princesas. ¿Quieres que les enseñe a montar a caballo, a cazar terneros con un lazo, a disparar un revólver…? ¿O prefieres que les explique cómo utilizar la ouija y hacer hechizos?

—Eso es —dijo emocionado mientras daba una palmada sobre la mesa—. Los hechizos.

—¿En serio quieres que enseñe a esas chicas a hacer magia? —pregunté temiendo que se hubiera vuelto loco.

—No, por supuesto que no. —Se le escapó una risa—. Pero muchos de tus hechizos son en latín. Puedes enseñarles eso.

—Mi nivel de latín es bastante limitado —admití avergonzada.

—Da igual. Solo tienes que fingir durante tres días y quiero que el entorno de las princesas también esté vigilado. —Me dirigió una sonrisa—. ¿Podrás hacerlo?

—Supongo que sí. Puedo tenerlas tres días estudiando las declinaciones.

—Pues todo el mundo a sus puestos. —Dio una palmada para hacer que nos pusiéramos en marcha—. Tenemos tres días para descubrir a nuestro espía y detenerlo. ¡Buena caza!

Salimos todos del almacén y nos dirigimos a las escaleras con Alfred a la cabeza. Nigel e Irma le siguieron a buen paso, pero Wendy se quedó rezagada hasta colocarse a mi lado. Cuando estuvo segura de que no podían oírnos, se detuvo y me agarró de la mano para que hiciera lo mismo.

—¿Pasa algo, Wendy? —pregunté tras detenerme.

—Eso es lo que me gustaría saber —respondió la chica—. ¿Qué os ha pasado?

—¿A quiénes?

—A Alfred y a ti. Vuestras auras han cambiado.

—No entiendo a qué te refieres. —Intenté ponerme en marcha de nuevo. No quería continuar aquella conversación.

—Tienes el aura roja con manchas marrones, sobre todo cuando le miras —me dijo como si aquello fuera una acusación.

—No sé qué significa eso.

—Que estás enfadada y resentida con él. —Me tomó las dos manos y me las apretó con cariño—. ¿Qué te ha hecho?

—Nada importante, Wendy. —Intenté soltarme, pero ella no me lo permitió. Aquello me hizo sentir aún más incómoda—. No está bien espiar los sentimientos de tus compañeros.

—No puedo evitarlo. Normalmente ignoro vuestras auras, pero hoy brillaban. —Me dirigió una sonrisa triste a modo de disculpa—. La tuya en rojo y la suya en azul grisáceo.

Negué con la cabeza, volví a intentar soltarme de sus manos y, en aquella ocasión, lo conseguí. Subí un par de peldaños antes de detenerme y girarme de nuevo hacia ella.

—¿Qué significa un aura de color azul grisáceo? —pregunté sin poder contenerme.

—El azul es el color de un aura enamorada… Pero ese gris… —Se quedó callada de repente y su mirada se volvió triste—. Ese es el tono de un amor imposible, de alguien que sabe que nunca será correspondido.

Sentí un sobresalto en mi interior, algo que me agitaba las entrañas. ¿Alfred estaba enamorado? ¿Y creía que yo no sentía nada por él? ¿Era aquella la causa de su comportamiento cambiante e inexplicable?

Pensé en echar a correr escaleras arriba, llegar hasta él y arreglar aquello, pero una duda se instaló en mi pecho y fue creciendo más y más a cada segundo. ¿Quién me decía que estaba enamorado de mí? Yo nunca había intentado alejarle de mi lado, nunca le había dado razones para pensar que no le correspondería. Al contrario. En nuestro accidentado paseo a caballo, le había demostrado todo lo que despertaba en mí y habría estado dispuesta a demostrarle mucho más… Y, de repente, él se había retirado. Se había vuelto frío e inaccesible de nuevo… ¿Y si era el recuerdo de otra mujer, de una de la que realmente estaba enamorado, lo que le detenía y le hacía separarse de mí?

No tenía tiempo de pensar en eso. Y tampoco ganas ni energía. Alfred me confundía y me hacía daño. Lo mejor sería dejar las cosas como estaban y centrarme en la importante misión que teníamos entre manos. Sería la mejor manera de mantener mi corazón indemne.

Miré a Wendy y negué con la cabeza mientras le dirigía una sonrisa triste.

—Intenta no hacerlo, por favor. Es muy incómodo saber que puedes conocer nuestros sentimientos.

Esperé hasta que ella asintió y, sin decir una palabra más, continué subiendo los escalones a paso rápido. Mis otros compañeros ya habían desaparecido y yo no tenía ninguna gana de volver a enfrentarme a la mirada compasiva de Wendy, así que seguí adelante por el primer pasillo con el que me crucé. Se suponía que estábamos encerrados en un ala pequeña del castillo. No sería muy difícil encontrar las dependencias de las princesas.


Alfred

Capítulo dos

Terminó su ronda por los pasillos del ala de apartamentos y decidió regresar a su puesto. Ya había pasado la medianoche y el castillo de Windsor era una residencia de verano, por lo que nunca había tanta actividad como en Buckingham. Aun así, siempre solía haber guardias frente a las puertas y personal de servicio cuidando de que todo estuviera en orden incluso en plena noche. Sin embargo, en aquel momento los pasillos estaban tan vacíos que resultaban inquietantes. Se habían seguido las indicaciones de reducir el personal al mínimo y eso se notaba.

Escuchó como, al final del pasillo por el que caminaba, se accionaba el picaporte de una puerta y se puso en tensión. Vio salir a una de las pocas doncellas seleccionadas para seguir sirviendo a la familia real: una mujer de casi sesenta años y cara de matrona adorable que le sonrió con timidez antes de pasar por su lado. Le devolvió una sonrisa nerviosa y continuó caminando hacia los departamentos del rey mientras se repetía a sí mismo que tenía que contener su ansiedad. Se encontraba en un estado de alerta tal que cualquier ruido de pasos, cualquier conversación en susurros, cualquier mirada le hacía sospechar. Veía enemigos por todas partes y notaba que todos sus músculos estaban en tensión, como si su cuerpo estuviera preparado para defenderse de un ataque en todo momento. Si continuaba así, le acabaría dando un ataque al corazón. Mientras seguía recorriendo el pasillo, empezó a respirar de forma profunda y a repetirse a sí mismo que aún quedaban tres días para que el espía atacase y que, hasta entonces, no iba a suceder nada malo.

Cuando giró la última esquina, vio a Nigel junto a la puerta del dormitorio del rey. Se acercó despacio. La mullida alfombra amortiguaba el sonido de sus pasos. Gracias a eso y a la extrema concentración del joven, consiguió colocarse a apenas un paso sin que se diera cuenta de su presencia. Se quedó contemplando en silencio como hacía bailar una cucharilla a pocas pulgadas de su mano. La observaba fijamente, con el ceño fruncido, como si quisiera derretirla con la mirada y la cucharilla se ponía de pie, brincaba en el aire, volvía a ponerse paralela al suelo para girar como la aguja enloquecida de una brújula… Le pareció distinguir el dibujo labrado que adornaba su mango y se acercó a ella un poco más. Lo que sospechaba: la torre del castillo de Windsor rematada con el estandarte real y rodeada de dos ramas de roble. Carraspeó suavemente, haciendo que Nigel diese un respingo y que la cucharilla dejase de flotar y rebotase sobre su mano. El chico, a pesar del susto, reaccionó de inmediato, consiguió recuperar la cucharilla sin que

llegase a tocar el suelo y guardársela en un bolsillo de la chaqueta antes de erguirse y saludar a Alfred con una sonrisa.

—Teniente, qué susto me ha dado. No debería acercarse de forma tan sigilosa.

—Buenos reflejos —le felicitó—. ¿De dónde has sacado esa cucharilla?

—¿Qué cucharilla?

Nigel le dedicó una sonrisa tan inocente y una mirada tan limpia como la de un niño. Alfred se sorprendió preguntándose a sí mismo durante un segundo si habría visto mal. No, imposible. La había visto con todo detalle. Negó con la cabeza mientras pensaba que nunca en la vida se había cruzado con alguien que mintiera con tanta soltura.

—Nigel, por favor… Estabas haciendo flotar una cucharilla de plata con el emblema de la familia Windsor. ¿La has robado del comedor?

—No se puede decir que la haya robado. La he cogido prestada para practicar en los ratos muertos. —Se acercó un poco más y susurró con tono conspirador—. Esto de hacer guardia es aburridísimo.

—Eso no es excusa para robar la cubertería del castillo —le cortó Alfred con tono seco.

—Como le decía, no es robar. La he cogido para afinar mis habilidades y poder ser aún más útil a la Corona. Creo que se me debería felicitar por mi empeño.

— Y yo creo que deberías coger prestada una de las cucharillas normales que usa el servicio —le contradijo Alfred—.Y también creo que va siendo hora de que dejes de perder el tiempo con cucharillas y pruebes a mover algo más grande. Sigo sin verle la utilidad a esa capacidad tuya.

Durante un segundo, el brillo de los ojos de Nigel se apagó. Apretó la mandíbula, tragó aire y asintió.

—Sí, señor. Lo que usted ordene. —Aunque trató de ocultarlo, se notaba en su tono que el comentario le había dolido—. ¿Qué sugiere usted que haga flotar para servir mejor a la Corona y hacer que se sienta orgulloso de mí? ¿Torpedos? ¿Balas de cañón? ¿No cree usted que hacer volar objetos grandes sería muy llamativo y que habría que dar muchas explicaciones?

Alfred no supo qué contestar. Era consciente de que no debería haber menospreciado las capacidades de Nigel. Clarice le había insinuado en alguna ocasión que el chico tenía miedo de no resultar útil y que se sentía muy inseguro de su lugar dentro de la División OpenMind. Con aquellas palabras, acababa de confirmar aun más sus temores.

—Tienes razón —se excusó—. No debemos llamar la atención. Y eso me recuerda otra cosa que quería decirte: lo mismo que yo te he sorprendido haciendo flotar esa cucharilla, cualquier otro habitante

del castillo podría haberlo hecho. Ten más cuidado a partir de ahora.

Nigel asintió, se colocó de espaldas a la puerta del dormitorio del rey y se quedó quieto como una estatua con la mirada al frente. Alfred se sintió un poco culpable por haberle molestado, pero no se le ocurrió la manera de rectificar. Se colocó al otro lado de la puerta y se irguió para continuar con la guardia.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —preguntó Nigel medio minuto después—. Esto es horrible.

Alfred tuvo que mirar a otro lado y apretar los labios para contener la risa. Estaba claro que la paciencia no era una de las virtudes del chico. Por suerte, parecía que el rencor tampoco era uno de sus defectos. El malestar que le había causado su conversación anterior solo había durado unos segundos.

—No queda mucho —contestó tras mirar su reloj de pulsera—. En menos de media hora vendrán a relevarnos.

—Menos mal. Me caigo de sueño. —Nigel no pudo reprimir un largo bostezo—. Ha sido un día larguísimo.

Alfred se planteó que realmente lo había sido. Recordó como se había levantado ilusionado por poder darle una sorpresa a Clarice, como habían cabalgado juntos, aquel momento en que la había tenido entre sus brazos, la sensación de querer abandonarlo todo, de olvidar aquella guerra, sus obligaciones, incluso quién era… Todo para poder mantenerla entre sus brazos… Pero aquello había sido un sueño, una locura, un delirio del que debía olvidarse… Le parecía que todo aquello había pasado hacía años, que el chico que se había levantado emocionado en Guildford, el hombre que había abrazado a Clarice y se había vuelto loco de deseo por ella no era el Alfred que conocía, sino alguien muy lejano, muy ajeno a él. Se sentía como un viejo que recuerda sus locuras de juventud y casi no puede creer que fuera él quien las cometiera, mientras, al mismo tiempo, piensa que lo daría todo por volver a cometerlas.

—Creo que deberíamos felicitarnos —dijo de repente Nigel.

Volvió la cabeza hacia el joven y le sonrió, agradecido por haberle sacado de aquella espiral de pensamientos dolorosos.

—¿Felicitarnos por qué?

—Bueno… Ayer no murió ningún cuervo y hoy ya es más de medianoche y no ha llegado ningún aviso de la Torre de Londres diciendo que haya muerto alguno, ¿no? —Nigel entrecerró los ojos y le miró preocupado—. Ha dado orden de que se nos avise si alguno muere, ¿verdad?

—Por supuesto. Si pasa algo, nos lo dirán de inmediato. —Alfred asintió—. Parece que hoy tampoco vamos a tener ninguna baja.

—Por eso digo que deberíamos felicitarnos. —La sonrisa de Nigel se hizo más amplia—. Quizá esto quiera decir que lo hemos detenido,

que el espía que debía matar al rey no ha sido uno de los seleccionados para venir a Windsor y que ya no va a poder cumplir con su plan.

Alfred tomó una profunda bocanada de aire y la dejó salir con lentitud. Le encantaría ser tan optimista como Nigel, pero no se lo podía permitir. Volvió a mirar a su compañero y negó con la cabeza mientras le dirigía una media sonrisa.

—Yo no voy a estar tranquilo hasta que pase el día marcado… Y no sé si, aun así, esta sensación de angustia se me pasará en algún momento.

—Pues yo creo que deberías ser más optimista. —Nigel se encogió de hombros—. Los cuervos empezaron a morirse sin que supiéramos cómo ni por qué y quizá dejen de morirse de la misma manera. A lo mejor, aunque nunca descubramos todos los detalles del plan ni atrapemos al agente que debía asesinar al rey, ya hayamos frustrado sus planes sin saber cómo. Deberíamos aceptar las buenas noticias aunque no las comprendamos. Se supone que somos expertos en fenómenos inexplicables.

Nigel le guiñó un ojo y él no pudo reprimir una sonrisa mientras negaba con la cabeza. Le encantaría creerlo, daría cualquier cosa por tener esa fe. Pero no podía permitírselo. En su interior sabía que no descansaría tranquilo hasta capturar al culpable.


Clarice

Capítulo tres

—Repetid conmigo —ordené—. *Rosa, rosa, rosam, rosae, rosae, rosa…*

Margaret, obediente, empezó a repetir, pero Elisabeth[iv], su hermana mayor, se mantuvo en silencio, con los labios fruncidos. Me detuve y me acerqué a su mesa.

—¿Sucede algo, alteza?

—Sí, que no entiendo por qué tenemos que estudiar esto. El latín no nos va a servir para nada.

—Ya sabéis que vuestra madre quiere que recibáis la mejor educación posible y el aprendizaje del latín puede seros de mucha ayuda para aprender otros idiomas derivados de él, como el italiano, el francés o el español —expliqué tratando de parecer comprensiva y paciente.

—¿Y no sería mejor dedicar nuestro tiempo a estudiar directamente esos idiomas en lugar de perderlo con una lengua muerta? —insistió la joven.

—Sí, además no nos hace falta estudiar italiano ni español porque son aliados de nuestros enemigos —intervino Margaret—. No vamos a querer hablar nada con ellos.

—Bueno, pues os servirá para aprender francés —insistí.

—*Nous avons déjà étudié français avec d'autres gouvernantes*[v] —contestó Elisabeth con un brillo maligno en la mirada.

—¿Perdona? No te he entendido —tuve que confesar.

Elisabeth se levantó de la silla y se giró hacia su institutriz, que se mantenía sentada en silencio en una esquina fingiendo estar absorta en su labor de punto, aunque en realidad no se perdía ni un detalle de la clase, como si temiera que fuera a hacerles algo malo a las dos jóvenes princesas.

—Crawfie[vi] —la llamó la princesa con tono lastimero—. Todo esto no sirve para nada. ¿Por qué nos habéis traído a esta mujer?

—Vuestro padre ha decidido que debéis aprender latín para completar vuestra formación —contestó la institutriz.

—Pues no quiero hacerlo. —El tono de Elisabeth se hizo aún más quejoso, como si estuviera al borde de una rabieta—. Es aburrido y no me gusta.

Resoplé desesperada. No me podía creer que aquella chica, que debía rondar los dieciséis o diecisiete años, estuviera a punto de montar un berrinche como si tuviera dos. Pensé que me encantaría darle un par de azotes para que se le pasara la tontería, pero eso podía hacer que me expulsaran de inmediato del castillo… O provocar un incidente internacional… O que aquella princesa malcriada exigiera

que me cortaran la cabeza en la Torre de Londres. Tenía que tranquilizarme y aguantar. Me consolé pensando que solo tenía que conservar aquel puesto durante un par de días más.

—Alteza, por favor, vuelva a sentarse —dije con un tono que esperaba que fuera autoritario pero, al mismo tiempo, respetuoso—. Tenemos que continuar con la lección.

—No quiero. —La princesa se sentó y cruzó los brazos frente al pecho—. Esto es muy aburrido y no sirve para nada.

—Comprendo que ahora no le veáis la utilidad a repetir una y otra vez las declinaciones, pero son necesarias. Más adelante comprenderéis su utilidad.

—No quiero —insistió la joven.

La miré fijamente mientras trataba de respirar de forma acompasada para relajarme. Las ganas de darle un bofetón a aquella niña malcriada iban en aumento. Pensé que quizá podría utilizar algún hechizo, algo que le provocase un dolor de tripas o de cabeza y que la mantuviera indispuesta durante un par de días, lo suficiente para que mi misión en Windsor terminase sin tener que aguantar sus malos modos. Otra posibilidad era pedirle a Irma que usase sus poderes con ella y que le ordenase que fuera más obediente, pero las capacidades de mi amiga aún no estaban lo bastante desarrolladas como para poder instalar en la mente de la princesa una orden que se mantuviera en el tiempo.

Por suerte, Marion pareció apiadarse de mí. Dejó su labor sobre una mesa, se levantó y acudió a mi lado.

—Altezas, ya es casi la hora del té. Vuestra madre os espera en la terraza de su dormitorio a las cinco en punto.

Miré mi reloj con disimulo mientras las dos jóvenes se levantaban de sus asientos para abandonar la estancia. Al pasar por mi lado, Elisabeth me dirigió una sonrisa engreída que me provocó aún más ganas de demostrarle que, por muy princesa y heredera al trono de Inglaterra que fuese, quizá no era la persona más poderosa de la habitación.

Cuando las dos chicas salieron y cerraron la puerta a su espalda, me giré hacia Marion y le dirigí una sonrisa de agradecimiento.

—No sé cómo voy a poder pagarte que me hayas librado de ellas —bromeé—. Creo que había perdido el control de la clase…

—No es que lo creas. Es que lo habías perdido por completo. ¿Qué experiencia tienes como profesora?

Su tono era tan duro y frío que me sorprendió. Durante un par de segundos no supe qué contestar mientras ella me escrutaba como si estuviera tratando de leer mi mente.

—Esto… Yo… Pues tengo bastante experiencia…

—Eso es mentira y lo sabes —me cortó—. No sé cómo has

conseguido este puesto, pero no me gustas y no quiero que estés cerca de las princesas.

—Creo que eso no es competencia suya —conseguí contestar.

—Sí lo es, porque todo en ti me hace sospechar. Acaban de recortar de forma drástica el personal que puede acercarse a la familia real, dejando solo a la gente que lleva años y años de servicio a la Corona, y, sin embargo, apareces tú sin que podamos saber de dónde vienes ni quién te recomienda.

—Como le he dicho, eso no es de su incumbencia. Mi presencia aquí responde a razones que no tengo por qué comentar con usted ni con nadie.

La mujer entrecerró los ojos, pero, aun así, seguí distinguiendo la rabia que brillaba en ellos. Miró hacia atrás, a la puerta por la que habían salido las princesas, haciéndome creer que también iba a marcharse y dejarme tranquila. En lugar de eso, una vez que se aseguró de que no había nadie en la habitación, se acercó un paso más a mí y, aprovechando que me sacaba algo de altura, se inclinó para parecer más amenazante. Tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no recular. Era una mujer muy poco agraciada, con una nariz enorme, ojos pequeños y hundidos y muchos más dientes de los que deberían caber en una boca humana. Me había resultado desagradable desde el primer momento en que la vi y esa impresión aumentaba a cada segundo.

—Voy a descubrir quién eres… Tú y esa otra gente que acaba de llegar al palacio. Voy a estar vigilándote en todo momento.

Sin decir nada más, se giró y salió de la habitación con un rápido taconeo. Me quedé unos segundos paralizada, sin saber bien a qué había venido todo aquello. No era normal tanta desconfianza. Aquella mujer debería imaginar que, si se me permitía estar cerca de las princesas, era porque alguien muy por encima de ella había decidido que yo era de confianza. No era normal esa sobreprotección. ¿Serían celos? ¿O quizá esa animadversión ocultaba algo más? ¿Algo como que no le gustaba que alguien a quien no conocía pudiera estar observando sus pasos?

—Yo también voy a estar vigilándote en todo momento, Marion —le susurré a la puerta ya cerrada—. Acabas de convertirte en mi sospechosa número uno.

Cuando llegué al almacén del sótano que nos servía de despacho, tan solo encontré a Irma y Wendy, sentadas muy juntas en el mismo sofá mientras vigilaban las sombras. Al escuchar como la puerta se abría, ambas dieron un respingo y se agarraron de la mano como niñas asustadas. No pude evitar la risa mientras volvía a cerrar la puerta a mi espalda.

—No te rías —dijo Irma—. Este sitio le pondría los pelos de punta a cualquiera.

—A cualquiera menos a nosotros —repuse—. Si hubiera algún espectro en este lugar, lo habría detectado. Y Wendy también, ¿no es así?

—Bueno, sí… —contestó la chica, dubitativa—. No puedo verlos, pero sí vislumbrar su aura. El aura de los fantasmas suele ser débil… Y viene y va, como si le costara mantenerse en nuestro plano… Además de rodear a alguien a quien no es posible ver, claro está.

—¿Has detectado alguna vez el aura de algún otro ser sobrenatural? —pregunté interesada mientras me sentaba en el otro sofá.

—Yo no, pero mi madre tiene el mismo poder que yo y dice que muchas veces, paseando por los bosques cercanos al pueblo, ha visto pequeños chispazos de luz iridiscente. Ella cree que es el aura de las hadas. —Se quedó en silencio un segundo, como si no estuviera segura de seguir hablando, pero cuando vio el brillo de interés de mis ojos, se inclinó hacia delante y continuó entre susurros—. Y me contó que una vez vio a una mujer muy hermosa con el aura muy pálida, como si los colores se hubieran desgastado por el paso de los siglos. Mi madre cree que era un vampiro…

—Fantasmas, hadas, vampiros… ¿No podríamos hablar de algo más normal? —preguntó Irma mientras se sacudía por un escalofrío—. No sé si me da más miedo este sitio o vosotras.

—Somos una división parapsicológica, Irma. ¿De qué quieres que hablemos? ¿De punto de cruz? —bromeé.

No dio tiempo a que mi compañera contestara. La puerta volvió a abrirse y Nigel y Alfred entraron en el almacén. El chico sonrió y tomó asiento a mi lado, mientras Alfred ocupaba su lugar tras la desvencijada mesa de despacho.

—Buenas noches a todos —saludó—. ¿Qué tal el día? ¿Habéis descubierto algo?

Todos nos quedamos en silencio, mirándonos unos a los otros. Parecía que ninguno se atrevía a ser el primero en hablar. Carraspeé un par de veces, me giré hacia Alfred y decidí ser yo la que rompiera el hielo.

—Por mi parte no he encontrado pistas definitivas contra nadie, pero supongo que tampoco esperábamos que el infiltrado nazi que buscamos se pusiera en evidencia. —Alfred asintió para animarme a continuar—. He pasado el día con las princesas y su institutriz, Marion Crawford.

—¿Has descubierto algo extraño respecto a ella? —preguntó Alfred —. La fidelidad de esa mujer está fuera de toda duda. Lleva con las princesas desde que eran unas niñas e incluso se dice que ha ido

postergando su matrimonio durante más de diez años porque no quiere abandonarlas. Esa mujer nunca vendería a la Casa Real.[vii]

—Pues a mí no me gusta —insistí—. La veo demasiado recelosa. No quiere que esté cerca de las princesas, no se fía de mí…

—Un exceso de celo profesional no la convierte en una espía nazi… Realmente, sería al contrario. Creo que quiere demasiado a las princesas e intenta protegerlas.

—Está bien, pero seguiré observándola.

—¿Y qué tal ha ido tu clase de latín? —preguntó interesado.

Tomé aire antes de contestar, aunque sabía que mi respuesta no le iba a gustar.

—La mayor es odiosa. Si el espía nazi fuera a matarla a ella en lugar de a su padre, me plantearía ayudarle. —Ante la cara de estupor de Alfred, que parecía al borde de un colapso mental, no pude evitar reírme—. Es broma… Lo de matarla, no lo de que sea odiosa.

—Clarice, estás hablando de la legítima heredera del Reino Unido…

—Y ojalá os dure muchos años, pero es insoportable.

—Su hermana pequeña no es mucho mejor —intervino Irma—. Le gusta desordenar su cuarto para dar más trabajo a las doncellas… Y me han dicho que muerde.

—Basta. —Alfred se puso de pie y plantó ambas manos sobre el tablero de la mesa para llamarnos al orden—. No estamos aquí para juzgar el comportamiento de sus altezas reales. ¿Alguien tiene algún sospechoso firme del que pueda aportar alguna evidencia?

Nos mantuvimos en silencio hasta que Wendy decidió intervenir. Se puso en pie y frotó sus manos sobre la falda, como si pretendiera alisarla, antes de hablar.

—Bueno, yo he estado observando a Molly, la cocinera. Clarice dijo que no le gustaba nada y que sospechaba de ella porque hacía demasiadas preguntas… —Me lanzó una sonrisa de disculpa antes de seguir hablando—. Lo siento, pero no he visto nada raro en ella. Parece una mujer muy curiosa y se mete en todo, pero no creo que sea una mala persona y mucho menos una infiltrada nazi. Además, su aura es normal…

—No hace falta que te disculpes… Yo tampoco estaba segura. La verdad es que no estamos seguros de nada.

—Y solo quedan dos días— me cortó Nigel.

El silencio volvió a adueñarse del sótano, un silencio solo quebrado por nuestras respiraciones, el gotear de una tubería y las carreras de las ratas tras las paredes. Los dos fuertes golpes que sonaron en la puerta fueron tan repentinos y se escucharon con tanta fuerza que nos hicieron botar en nuestros asientos. Alfred frunció el ceño, se levantó y acudió a abrir.

Al otro lado del umbral, se encontraba uno de los guardias de palacio. Cuando se encontró frente a Alfred, se irguió y le dedicó un saludo militar.

—¿Qué desea, Jones? He dado órdenes de que no se nos molestara.

—Lo sé, señor, pero ha llegado una visita del exterior…

—También he dado órdenes sobre eso. Nadie, y he dicho nadie, puede cruzar las murallas de Windsor. Ni siquiera el mismísimo primer ministro.

—Es que soy el mismísimo primer ministro —dijo Churchill, poniendo una mano en el brazo del soldado para apartarlo y colocarse frente a la puerta—. Disculpe al joven. No le he dejado más opción que permitirme pasar. Ya conocen mi carácter.

Después de indicarle al soldado con un gesto que podía retirarse, Churchill entró en el almacén y, tras cerrar la puerta tras de sí, ocupó la silla tras el escritorio que segundos antes ocupaba Alfred. Este, aún confuso, se acercó al sofá en el que estábamos sentados Nigel y yo y, al ver que tampoco había sitio, decidió quedarse de pie en posición de firmes.

—Lamento aparecer así, pero creo que tengo cosas que hablar con vosotros tan importantes y confidenciales como para no poder confiárselas a nadie más. —Churchill fue mirando nuestros rostros sumidos en la penumbra antes de continuar—. Lo primero es que ha caído otro de los cuervos. Ya solo nos quedan dos.


Alfred

Capítulo cuatro

El silencio volvió a adueñarse de la estancia. Alfred se quedó quieto, con la mirada perdida en las sombras que cubrían las paredes del fondo del sótano. Se había dicho a sí mismo un montón de veces que no debería albergar esperanzas, que el hecho de que durante dos noches no hubiese muerto ningún cuervo no quería decir que lo habían solucionado, que no iba a ser tan fácil… Pero la esperanza es como una chispa en un bosque seco. Prende con facilidad y, cuanto más seco está el terreno, más se extiende y más difícil resulta de extinguir.

Por muy duro que resultara, tocaba volver al mundo real: el rey seguía en peligro, solo les quedaban dos días y seguían sin tener la más mínima idea de cómo solucionar aquello. Y a él, como jefe del equipo, le correspondía la responsabilidad de asumirlo ante el primer ministro.

—¡Pobre! —se lamentó Wendy—. ¿Quién ha sido?

—¿Quién ha sido qué? —preguntó Alfred confuso—. ¿El culpable?

—No, el cuervo que ha muerto —aclaró ella.

—Poppy, creo que se llamaba —contestó Churchill—, pero eso da igual, ¿no?

—A efectos de la investigación, sí, pero la chica les había cogido cariño a los pájaros —explicó él, avergonzado—. Ya solo nos quedan dos… y dos días.

—Exacto. Necesito resultados ya —dijo Churchill elevando el tono de voz—. ¿Tienen algo para mí?

Alfred tuvo que negar con la cabeza mientras hacía un esfuerzo supremo para mantenerle la mirada al primer ministro. El hombre arrugó el entrecejo hasta que sus pequeños ojos casi desaparecieron entre los pliegues de su cara. Resopló mientras sacaba un enorme puro del bolsillo interior de su abrigo, lo encendió y dio un par de caladas que rodearon su rostro con una nube azulada. Durante ese tiempo, nadie se atrevió a decir una sola palabra.

Churchill dio otra profunda calada y clavó sus ojos en los de Alfred. Este sintió que el estómago se le encogía. Era probable que, en aquel momento, el primer ministro decidiera que no estaban siendo de ninguna utilidad y que debía disolver la unidad. La historia de la División OpenMind podía terminar en aquel mismo momento. Tenía que decir algo.

—Protegeremos al rey y detendremos esto. Aún tenemos dos días para investigar y la lista de nuestros sospechosos se reduce… Y todos nosotros estamos dispuestos a dar nuestra vida por el rey si fuera necesario.

Por el rabillo del ojo vio como todos sus compañeros asentían convencidos. Se irguió orgulloso, esperando el veredicto.

—No he venido solo por esto —explicó Churchill—. Podría haber enviado un mensajero que les informara de la muerte de ese maldito pájaro. Si he decidido venir hasta aquí para hablar con ustedes es porque dispongo de una información confidencial que lo cambia todo.

—¿Y cuál es esa información, señor? —preguntó Alfred.

—Lo primero es que esta misma mañana hemos interceptado un nuevo mensaje en arameo de ese tal *Doppelgänger*. —Churchill se puso en pie, metió una mano en su bolsillo y sacó un pequeño papel que colocó sobre la mesa para poder leerlo—. "*Ahnenerbe*. A la atención de E. S. y H. H. Sigo en el nido. El último cuervo caerá en dos días. *Doppelgänger*".

—Esto confirma que su plan sigue adelante y que el asesino sigue entre nosotros con mucha más firmeza que la muerte de Poppy —admitió Alfred—. Ese espía está aquí y lo descubriremos. Le doy mi palabra.

Churchill asintió, aunque Alfred pensó que no lo había hecho con la suficiente firmeza. Le pareció distinguir un brillo de duda, quizá incluso de temor, en sus ojos y sintió que su convicción se debilitaba. El primer ministro, el hombre encargado de insuflar coraje a los británicos durante aquellos oscuros años, no podía perder la fe.

—Hay algo más. Algo aún más preocupante. —Churchill inspiró y llenó su enorme pecho, como si buscara fuerzas para seguir hablando—. Se han descifrado cientos de mensajes en los últimos días en Bletchley Park. Son órdenes para que la flota alemana se acerque lo más posible a nuestra isla, para que muchas compañías de tropas de tierra se sitúen en la costa dispuestas a embarcar, para que escuadrones de aviones se dispongan a bombardear Inglaterra en los próximos días. Parece que están preparándose para la invasión.

—No puede ser —le cortó Alfred—. ¿Y por qué ahora?

—Todas las órdenes señalan que deben estar preparados para dentro de dos días. Parece que han decidido que esa noche invadirán Inglaterra. —Churchill volvió a perfumar el aire con el humo de su habano antes de continuar—. La razón por la que les cuento esto es porque el nombre de la operación es Operación Último Cuervo.

—Por eso el asesino estaba esperando… —dijo Clarice, levantándose de su asiento de un salto.

—¿Qué quiere decir, señorita? —preguntó Churchill.

—Bueno… Siempre hemos sospechado que el infiltrado nazi ya estaba entre nosotros, cerca del rey, pero no entendíamos por qué no actuaba —explicó ella—. Si podía atentar contra el rey en cualquier momento, no comprendíamos por qué lo demoraba y se exponía a que le descubriéramos… pero ahora todo tiene sentido.

—Sí, eso es. La muerte del rey marcará el comienzo de un ataque a gran escala del ejército alemán contra el Reino Unido —continuó Alfred—. La noticia de la muerte del rey a manos de un espía nazi sería un mazazo en la moral de todos los británicos. Nos atacarían en nuestro momento de mayor debilidad, en nuestra hora más oscura…

—Hay que evitar ese atentado a toda costa. —Churchill agachó la cabeza durante un par de segundos, como si tratara de esquivar sus miradas—. Voy a serles muy sincero: si ese espía consigue su propósito, será la perdición de todos nosotros. Y no creo que ustedes estén preparados para detenerlo.

Los peores temores de Alfred se confirmaban. La División OpenMind iba a pasar a ser historia y no se le ocurría qué hacer o decir para evitarlo. Vio que Clarice daba un par de pasos hacia el primer ministro.

—Disculpe, señor, pero creo que se estaría equivocando si nos aparta de esta investigación.

—¿Sí? —preguntó él, entrecerrando aun más sus pequeños ojos—. ¿En qué me estaría equivocando?

—¿Tiene usted, o alguno de sus asesores, la más mínima idea de quién va a atacar al rey o cómo?

—Admito que no. ¿Acaso la tiene usted?

—No, pero al menos sé que el ataque puede no ser un ataque físico. Ustedes pueden proteger al rey de cualquier asesino. Pueden encerrarlo en la más recóndita de las cuevas o detrás de enormes murallas… Pueden rodearlo de mil soldados… ¿Pero está seguro de que con eso evitará su muerte?

—No entiendo a dónde quiere llegar —admitió Churchill confuso.

—No sabemos qué tipo de ataque han planeado los nazis, pero sabemos que hay una asociación ocultista detrás de ese plan, así que no tiene que ser necesariamente un ataque físico ni el asesino tiene que actuar como lo hacen los asesinos que usted haya conocido hasta el momento. —Clarice agitó la cabeza y se llevó las manos a las sienes, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo por ordenar sus pensamientos—. Imagine que el rey es atacado por un espectro, por un ser al que no podrán detener con medios físicos, al que ni siquiera podrán ver… O por alguna maldición misteriosa que le haga enfermar o que le robe el aire sin que haya un atacante del que defenderle… O que el espía sea capaz de controlar mentalmente a cualquiera que esté cerca del rey. Cuantos más soldados le rodeen, más potenciales atacantes le estará ofreciendo al asesino.

El primer ministro se quedó mirando a Clarice durante un par de segundos antes de desplomarse de nuevo en su asiento, donde quedó sentado con la cabeza inclinada hacia delante y los brazos laxos a ambos lados del cuerpo. En aquel momento, dejó de ser el hombre

poderoso capaz de levantar la moral de todo un pueblo con sus discursos, el héroe que llevaba a todo el país en volandas, a pesar de la sangre, el sudor y las lágrimas, hacia la victoria contra la tiranía nazi. Frente a ellos, solo quedaba un anciano desvalido que no era capaz de afrontar aquella situación. Como si le costara un esfuerzo desmedido, levantó poco a poco la cabeza hasta enfrentarse a la mirada de Clarice.

—¿Y entonces qué podemos hacer?

—No nos aparte del caso. Somos los únicos que pueden hacer algo. —Clarice se acercó a la mesa hasta apoyar las manos sobre el tablero e inclinarse sobre el hombre—. La protección que quiere ofrecerle al rey, puede dársela aquí. Estamos en un castillo fortificado y puede rodear sus murallas con todos los soldados que quiera, con miles de ellos… Pero aquí dentro no debe quedar nadie más. Solo la familia real y nosotros cinco.

—¿Pretende que expulsemos a todo el servicio? —preguntó Churchill asombrado.

—Y a toda la guardia —asintió ella—. Podemos encargarnos de todo durante estos dos días, pero debe confiar en nosotros.

—¿Y qué van a hacer?

—Nos quedaremos con unas pocas habitaciones en este piso y bloquearemos el resto de accesos. Si el espacio es reducido, puedo levantar barreras psíquicas contra la mayoría de seres sobrenaturales y maldiciones que conozco. —Se giró hacia los demás y los miró esperando su asentimiento, hasta clavar la mirada en los ojos de Alfred—. ¿Estáis de acuerdo?

Él la miró, pero no fue capaz de decir nada. Sentía un nudo en la garganta que le impedía hablar. Cada una de las palabras de Clarice le había emocionado. Le había hecho darse cuenta de que él no había sido capaz de defender a su equipo porque en su interior no creía en él, porque el miedo a fracasar le había paralizado. Pero aquella chica, que siempre estaba quejándose y poniendo pegas, acababa de demostrarle que sí creía en la División OpenMind, que creía en ellos… que creía en él. Y sintió que algo en su pecho crecía y comenzaba a brillar: fuerza, fe, esperanza… Y una idea poderosa: Podían conseguirlo o no, pero en aquel momento, eran los únicos que, al menos, estaban preparados para intentarlo. Y no podían esquivar esa responsabilidad.

—Por supuesto —contestó dando un paso al frente—. La seguridad del edificio quedará a su cargo, señor, pero de la seguridad del rey y de toda la familia real nos encargaremos nosotros. No sabemos qué es lo que va a atacar a su majestad ni cómo, pero puede estar seguro de que todos y cada uno de nosotros estamos dispuestos a sacrificar hasta nuestra última gota de sangre para impedirlo.


Clarice

Capítulo cinco

Acabé de sacar la ropa del armario y me quedé plantada en medio de la habitación, con los brazos en jarras, sin saber dónde más buscar. En apenas unos minutos, había convertido aquel cuarto en un campo de batalla… y todo para nada. A pesar de que la puerta estaba abierta, escuché un par de golpes. Irma estaba en el umbral y contemplaba la habitación con los ojos muy abiertos y una sonrisa traviesa en la cara.

—Vaya, parece que no has dejado un solo rincón sin revisar.

Fue paseando la mirada por la cama deshecha, los cojines del sofá esparcidos por el suelo, la ropa del armario amontonada sobre una de las sillas… Yo me encogí de hombros y negué con la cabeza.

—Para lo que ha servido… ¿De quién era esta habitación? —pregunté—. Es para saber a quién voy a tener que pedirle perdón.

Irma miró el cuaderno que llevaba en las manos y buscó la información. Su sonrisa se hizo más amplia e incluso soltó una breve carcajada.

—De Molly, la cocinera. Parece que has conseguido vengarte por todo lo que te hizo trabajar en Buckingham.

—Esto no es nada. Ya se lo haré pagar —bromeé—. Me habría encantado encontrar un aparato de radio o una máquina Enigma entre sus pertenencias y probar que ella era la culpable, pero aquí no hay nada. ¿Qué tal les va a los demás?

—De momento, nadie ha encontrado nada. Esa idea de Alfred de hacer salir a todo el mundo sin darles tiempo a recoger sus cosas para que no pudieran eliminar pruebas era muy buena, pero parece que no va a funcionar.

—Tiene que hacerlo —insistí mientras recogía un par de cojines del suelo y los tiraba sobre la cama con desgana—. Sabemos que el espía envío un mensaje cifrado a la Ahnenerbe desde el interior de Windsor. La radio y la Enigma tienen que estar aquí.

—Ya, pero quizá no esté en ninguna de las habitaciones ocupadas por el personal. —Irma dejó la carpeta sobre una mesilla y estiró un poco la ropa de cama—. Se lo pregunté el otro día a las otras doncellas. Windsor tiene casi ochocientas habitaciones. Y se rumorea que hay pasadizos secretos que unen unas con otras y que se internan en las profundidades del castillo. Lo que buscamos puede estar escondido en cualquier parte.

—Bueno, aun así, acabaremos de revisar todas las habitaciones de la guardia y del personal. —dije tras encogerme de hombros—. ¿Queda alguna habitación por mirar?

—Sí, nos quedan bastantes. —Irma recogió su carpeta y me enseñó un plano de la planta en la que estábamos—. Dame un segundo para

que marque esta habitación como revisada… Ya está. Mira, puedes ir a estas habitaciones del fondo del pasillo.

—¿A quién pertenecían? —pregunté por curiosidad.

—A varios soldados de la guardia. —Escuché una risa de Irma antes de salir de la habitación—. Sé más cuidadosa. Esa gente volverá y tiene armas.

La acompañé en su risa mientras me dirigía por el pasillo hacia las habitaciones que me había indicado. Entré en la primera de ellas y, a pesar de las recomendaciones de mi compañera, no tuve mucho más cuidado en mi búsqueda de la que había mostrado al registrar la habitación de la cocinera.

Tardé cerca de una hora en revisar las habitaciones de los cuatro soldados. Descubrí que uno de ellos no era muy higiénico y guardaba las mudas de ropa sucia en una bolsa al fondo del armario y que otro coleccionaba postales de mujeres desnudas, pero ni rastro de una radio ni de la Enigma. Recé para que alguno de mis compañeros hubiera tenido más suerte y me rendí. Cerré la puerta de la última de las habitaciones que debía registrar y salí de nuevo al pasillo.

Me encontré con Nigel y Alfred. Estaban de pie, de espaldas a mí, contemplando con atención una enorme puerta de madera blanca adornada con filigranas doradas. Desde el otro lado de la puerta llegaba el ruido de golpes y las voces ahogadas de varios hombres.

—¿Qué está pasando? —pregunté mientras me acercaba a ellos.

Nigel se giró hacia mí y me dirigió una sonrisa nerviosa.

—Nos están encerrando. Están clavando vigas desde el otro lado para que nadie pueda entrar ni salir de esta zona del castillo.

—Sí, y están haciendo lo mismo al otro lado de este pasillo —intervino Alfred—. Vamos a quedarnos con unas diez habitaciones y a aislarnos del resto de Windsor.

—¿Y eso por qué? —pregunté confusa—. Ya hemos sacado a todo el mundo. No entiendo por qué tenemos que aislarnos.

—No sabemos los pasadizos que puede haber en el castillo ni a dónde llevan. Reduciendo el espacio, reducimos también la posibilidad de que haya una entrada secreta en alguna de las habitaciones —explicó Alfred—. Además, tenemos una guardia de cientos de hombres ahí fuera…

—¿Y eso no es bueno? —le interrumpí.

—Sí, pero cualquiera de ellos podría ser el infiltrado. Si la noche del atentado consigue escabullirse e intenta llegar hasta el rey, no quiero que lo tenga fácil. —Alfred se giró hacia mí y sonrío—. De hecho, para poder desatrancar estas puertas haría tanto ruido que tanto el resto de la guardia como nosotros estaríamos sobre aviso antes de que pudiera quitar el primer tablón.

Nos quedamos en silencio, escuchando el sonido de los martillazos

continuos que llegaban desde el otro lado de la puerta. Oí unos pasos a mi espalda y me volví. Irma y Wendy se acercaban a nosotros. Se colocaron a nuestro lado sin decir una palabra mientras todos contemplábamos con un respeto casi reverencial aquella puerta cerrada.

Noté una extraña opresión en el estómago. Me sentí como si estuviera siendo enterrada viva y pudiera escuchar como ponían los clavos en la tapa de mi ataúd. Algo me decía que aquello no era una buena idea y mi experiencia como bruja me indicaba que debería hacer caso a mi intuición, pero las razones que Alfred me había dado eran buenas. Seguir aquel plan era lo mejor que podíamos hacer en aquel momento. O, al menos, eso quería creer…

Cuando todo quedó en silencio, nos mantuvimos quietos durante unos segundos más, como si no supiéramos qué hacer a continuación. Fue Alfred el encargado de romper aquella quietud. Tomó aire, dio un paso al frente y se giró, con la puerta cerrada a su espalda, para encararse con nosotros.

—Estamos solos: la familia real y nosotros cinco —anunció mientras iba mirándonos a los ojos—. Lo que suceda a partir de ahora, la vida del monarca, el futuro del reino de Inglaterra, la salvación de nuestro pueblo, depende de lo que pase entre estas paredes en las próximas cuarenta y ocho horas. En estos dos días tenemos que demostrar al resto del mundo y sobre todo a nosotros mismos quiénes somos y qué somos capaces de hacer: somos la División OpenMind y vamos a salvar la vida de nuestro rey.

Todos respondimos con una sonrisa. Incluso Nigel soltó un vehemente "Viva la División OpenMind", aunque ninguno se mostró lo bastante entusiasmado como para acompañarle. Alfred palmeó su espalda con cariño y nos dejó marchar a cumplir con nuestras obligaciones. Antes de desaparecer por el pasillo, me giré una última vez para mirarle. Seguía de pie al lado de la enorme puerta cerrada y musitaba algo entre dientes. Me pareció leer en sus labios la frase "Que Dios nos ayude".

Tomé aire para darme fuerza y, después de dibujar en mi cara una alegre sonrisa, di un par de golpes en la puerta y entré decidida. Sin detenerme un segundo, guiada por los rayos de tímido sol que se colaban en el cuarto, caminé decidida hacia las ventanas y retiré las espesas cortinas. Escuché varias quejas a mi espalda y me giré.

—Márchate, quiero dormir más —me ordenó Elisabeth con la cabeza cubierta por la colcha.

Supuse que no era necesario obedecer aquel tipo de órdenes reales, así que tiré de la colcha para destaparla. Solo conseguí que me mirara con odio con los ojos entrecerrados y se cubriera la cara con la

almohada. Decidí darle unos segundos para despejarse e ir a por su hermana pequeña, pensando que sería más fácil. Me equivoqué. Margaret agarraba la colcha como si le fuera la vida en ello. Forcejeé tirando cada vez con más fuerza hasta que conseguí arrebatársela de las manos. La niña se sentó en la cama, me miró con rabia durante un par de segundos y, después, empezó a gimotear.

—Me has hecho daño —dijo entre hipidos.

—¿Cómo te he hecho daño? —pregunté nerviosa—. Si ni siquiera te he tocado…

—Sí, me has hecho daño en los dedos al tirar de la colcha.

—¿Os queréis callar? —preguntó Elisabeth, sentándose en la cama tras tirar su almohada al suelo—. ¡Quiero dormir!

—Ya no es hora de dormir. —Luché para que mi tono siguiera sonando tranquilo y paciente—. Tenéis que levantaros, asearos y vestiros e ir a desayunar. En una hora empezamos las clases.

—¿Dónde están nuestras doncellas? —Elisabeth paseó la mirada por la habitación—. No pretenderás que hagamos todo eso nosotras solas.

—Quiero que venga Crawfie —sollozó Margaret aún más alto—. Ella siempre nos ayuda. Y, además, no quiero dar clase contigo. ¡Que vuelva ella!

Sus llantos se intensificaron. Se tumbó en la cama y empezó a patalear, a dar puñetazos al colchón y a agitar la cabeza de lado a lado. Me giré hacia su hermana mayor para preguntarle con la mirada si aquel comportamiento era normal, pero solo me encontré con una sonrisa burlona.

Empecé a plantearme que lo mejor sería que corriese a mi habitación a buscar algún ritual de exorcismo, pero, por suerte, la puerta volvió a abrirse y la reina apareció en el umbral, seguida por Irma. Nada más verla, el berrinche de Margaret se detuvo como por ensalmo. Las dos chicas se levantaron de la cama y corrieron a abrazar a su madre.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó la mujer con voz dulce pero firme.

—Clarice no nos gusta —contestó Margaret agarrada a la cintura de su madre—. Queremos que vuelva Crawfie.

—Eso no puede ser —respondió la reina mientras acariciaba con ternura el pelo de su hija pequeña.

—¿Por qué? —preguntó Elisabeth airada—. Toda esta situación es insoportable. No entiendo por qué nos habéis obligado a dormir juntas ni por qué hemos tenido que prescindir de casi todo el servicio. Estas no son condiciones dignas para una princesa.

—Es por seguridad.

—¿Y no sería más seguro que siguiera atendiéndonos nuestra

institutriz de toda la vida y nuestras doncellas de confianza en lugar de estas dos extrañas? —Nos miró a Irma y a mí con desprecio.

—Cariño, hay cosas que todavía no puedes entender. —El tono de la reina se volvió más cortante—. Tendrás que conformarte con saber que esto es un sacrificio que se nos pide por el bienestar de tu padre y del reino y que debes obedecer.

Después de decir esas palabras, se volvió hacia mí y sonrió.

—Le ruego que disculpe a mis hijas. Esta situación nos está poniendo nerviosos a todos. —Esperó hasta que asentí y le dediqué una torpe reverencia como muestra de agradecimiento—. Vaya a preparar las clases. Irma y yo nos encargaremos de las princesas y la avisaremos cuando hayan terminado de desayunar.

Me retiré de su presencia sin darle tiempo a que cambiase de opinión. Aquellas crías me sacaban de los nervios. A pesar de que ya tenían doce y dieciséis años y que se suponía que habían recibido la mejor educación posible, se comportaban como niñas malcriadas. Me habían puesto tan nerviosa que sentía que una especie de corriente eléctrica recorría mi cuerpo hasta amenazar con hacerme estallar. Incluso me parecía que me faltaba el oxígeno, que el aire allí dentro era pesado e irrespirable. Al final del pasillo, divisé una puerta abierta que comunicaba con una terraza y me lancé hacia ella sin pensarlo un segundo.

Una vez al aire libre, atravesé la terraza casi a la carrera hasta llegar a la balaustrada. Me aferré con fuerza a ella y, sin pensarlo un segundo, eché la cabeza hacia atrás y solté un largo grito para eliminar todo mi mal humor acumulado. Después, cerré los ojos y traté de acompasar mi respiración y hacerla más profunda. Estaba consiguiendo calmarme cuando escuché un carraspeo a apenas un par de pasos de mí.

Sentí que el corazón se saltaba un latido y me di cuenta de que mi cara enrojecía. Abrí los ojos con miedo y me giré hacia aquel sonido… y entonces recé para que la tierra se abriera y me tragase. Era Alfred el que me miraba confuso, como si temiera que me hubiera vuelto loca.

—Clarice… Esto… ¿Te pasa algo? ¿Está todo bien? —consiguió preguntar.

Me di cuenta de que acababa de prescindir del trato formal que él mismo había prometido utilizar cuando hablase conmigo. Pensé en recordarle que debía llamarme “Señorita Cooper”, pero decidí dejarlo pasar. No tenía fuerzas ni ganas para plantearme el por qué de sus decisiones cambiantes ni para pelearme con nadie más.

—Sí… Bueno… Las princesas…

—¿Les ha pasado algo? —Me di cuenta de que iba a salir a la carrera de la terraza para ir a ver qué había sucedido y tuve que

agarrarle por el brazo para detenerlo.

—Tranquilo, están bien —expliqué—. Estaba pensando en matarlas, pero su madre llegó justo a tiempo para salvarlas.

—¿Qué estás diciendo? —Me miró como si me estuvieran saliendo tentáculos—. Estás hablando de sus altezas reales…

—Sí, sí, sí… Me dan igual los títulos que tengan. Son dos crías inaguantables —expliqué—. La pequeña parece poseída por el demonio y la mayor es maligna.

—Clarice, por favor. Controla tu lengua. La princesa Elisabeth es la heredera al trono…

—Pues tendréis que cambiar el himno —dije poniendo los brazos en jarras—. En lugar de "Dios salve a la reina" deberíais cantar "Dios nos salve de la reina".

Alfred giró la cabeza hacia otro lado. Me di cuenta de que estaba intentando controlar la risa. Aquello hizo que me relajara. Estaba segura de que, por mucho que se mostrara indignado por mis palabras, él también habría oído rumores acerca del difícil carácter de las dos princesas.

Volví a apoyar las manos en la balaustrada para contemplar el paisaje. Frente a nuestros ojos teníamos el patio superior, una amplia extensión de césped que parecía invitarnos a bajar y sentarnos sobre él. Por desgracia, no podíamos hacerlo. Estábamos encerrados en aquella ala del castillo sin escapatoria posible. Levanté la vista al cielo y solté un largo suspiro. Desde mi llegada a aquel maldito país nunca había visto un cielo tan azul como el de aquel día. Parecía que Inglaterra me odiaba tanto como yo a ella.

Vi que Alfred se había colocado a mi lado y me pregunté si él también se sentiría atrapado allí dentro, si, al igual que yo, estaría muriéndose de ganas de salir a pasear bajo el sol por los hermosos jardines del castillo. Sin embargo, cuando le miré, me di cuenta de que no parecía estar disfrutando del paisaje. Tenía los puños cerrados y la mandíbula en tensión y su vista estaba clavada en una de las torres de la muralla exterior.

—¿Sucede algo? —pregunté intrigada—. Pareces nervioso…

—Y lo estoy —contestó él con una sonrisa forzada mientras señalaba la torre que había estado observando—. Antes de que nos encerraran, di órdenes de que nos avisaran desde esa torre si le sucedía algo a alguno de los cuervos que quedan. Bengala roja si muere Mabel. Bengala azul si muere Gripp.

—¿Y para qué quieres saber cuál de los dos muere? Eso nos da igual, ¿no?

—A mí sí, pero a Wendy no. —En esa ocasión su sonrisa fue más sincera—. Parece que al final les cogió cariño a esos pajarracos y sé que, si muere alguno de ellos, me va a preguntar cuál ha sido.

—Así que te has aprendido sus nombres y has dado orden de que usen bengalas de colores diferentes solo para contentar a Wendy. Al final vas a tener corazón —bromeé.

—Me aprendí los nombres mientras estábamos en la Torre. —Se encogió de hombros para quitarle importancia—. Estuve tratando de encontrar alguna lógica en el orden de sus muertes, por si eso nos podía ayudar en algo. Estudié todas sus características: sexo, edad, tamaño, procedencia… De hecho, te diré algo curioso. Los dos cuervos que quedan no proceden del criadero de Somerset. Son una pareja original de la Torre.

—¿Crees que eso puede querer decir algo?

—No lo sé. Es como si la leyenda hubiera tratado de protegerse a sí misma de las modificaciones que tratamos de hacer desde el exterior. —Ante mi cara de confusión, continuó explicándose—. Se supone que el rey va a morir en una fecha determinada, mañana para ser exactos, y con él caerá el último cuervo de la torre. A la leyenda, maldición o lo que sea le dan igual los cuervos que podamos traer y de dónde los traigamos. El último cuervo de la Torre caerá cuando el rey muera, tal y como estaba pronosticado.

—Por eso los cuervos que trajimos de fuera caían de dos en dos o de tres en tres y han muerto antes que los cuervos originales de la Torre —asentí.

Alfred dejó de contemplar la muralla y se giró hacia mí. Se mantuvo en silencio un par de segundos mientras reflexionaba antes de volver a hablar para hacerme la pregunta que le estaba rondando la cabeza.

—¿Crees que los alemanes saben algo de esto? ¿Qué tenían contemplado que podíamos tratar de impedir el cumplimiento de la profecía trayendo más cuervos pero que no iba a funcionar?

—No. De hecho, creo que los alemanes ni siquiera saben que los cuervos están muriendo —respondí.

—No entiendo. ¿Cómo no van a saberlo? —preguntó confuso—. Son ellos los que han bautizado esta operación como Último Cuervo.

—Sí, lo sé… Creo que ellos conocían la leyenda que dice que, cuando caiga el último cuervo, Inglaterra caerá, pero que no saben que se está cumpliendo en realidad. Me da la impresión de que, aprovechando esa leyenda, decidieron referirse al rey George como el último cuervo, marcando así en sus mensajes la fecha de su asesinato y de la invasión del país, pero que ellos no se esperaban en ningún momento que los cuervos de la Torre de Londres iban a cumplir la profecía y a avisarnos así de que el rey estaba en peligro. Piénsalo: si no llega a ser por las extrañas muertes de esos pájaros, nosotros ni siquiera estaríamos aquí.

—Así que esos pajarracos han cumplido su misión de proteger la

Corona al avisarnos de que el rey estaba en peligro —bromeó Alfred —. Habrá que ponerles una medalla… Si sobreviven, claro.

—Lo harán. Para eso estamos nosotros aquí: para salvar al último cuervo.

Le dirigí una sonrisa de ánimo antes de abandonar la terraza y dejarle solo. Me giré antes de entrar en el castillo y vi que había vuelto a colocarse de espaldas a mí, escrutando la muralla con impaciencia, con miedo a que, en cualquier momento, el cielo se llenase con el humo de una bengala. A pesar de que me tocaba volver a enfrentarme a las princesas, pensé que no me gustaría cambiarle el sitio. Al menos yo estaría entretenida y no sufriría el martirio de ver pasar los segundos con el miedo continuo a recibir la noticia que confirmaría que el rey seguía en peligro.


Alfred

Capítulo seis

El sol comenzaba a declinar y se aproximaba ya a las colinas que rodeaban Windsor. Alfred comprobó que nadie le veía, se llevó las manos a las lumbares y se estiró hacia atrás. Llevaba todo el día de pie haciendo guardia en aquella terraza y no había un solo músculo que no le doliera. Lo único bueno que había sacado de aquella larga espera era que no había sucedido nada. Ninguna bengala había surgido de la torre que tenía enfrente para anunciar la muerte de uno de los cuervos.

Pensó con amargura que aquello no le consolaba. Primero, porque las muertes de los cuervos solían suceder de noche, así que el hecho de que no hubiera muerto ninguno durante el día no significaba nada. Y, segundo, porque, después de haber aislado al rey y a su familia por completo, lo lógico era suponer que habían acabado con el problema. Aunque no hubieran conseguido descubrir quién era el espía nazi infiltrado ni hubieran encontrado el equipo con el que transmitía sus mensajes, sabían que habían conseguido expulsarle de Windsor y que habían frustrado sus planes. En aquel momento, el rey era inaccesible para su asesino, fuera quien fuese. Habían ganado… Entonces, ¿por qué seguía sintiéndose tan inquieto? ¿Por qué continuaba escuchando esa voz en su interior que, más que decirle, le gritaba de forma desaforada que el peligro no había pasado?

Tomó una larga bocanada de aire para conseguir relajarse mientras se masajeaba las sienes. No podía continuar en ese estado de tensión. Llevaba días sintiendo una ansiedad que amenazaba con hacerle explotar, noches enteras sin poder conciliar apenas el sueño… Si seguía así, iba a haber un muerto en el castillo de Windsor en las próximas horas, pero no sería el rey, sino él.

Volvió a mirar hacia la muralla y se dijo a sí mismo que no pasaría nada porque se marchase durante unos minutos a dar un paseo, estirar las piernas e incluso ir a la cocina a prepararse un té o algo de comer. Sería demasiada casualidad que llegara el aviso de la muerte de alguno de los cuervos en el preciso momento en el que él se ausentase.

A pesar de no estar convencido del todo con aquellos argumentos, abandonó la terraza y se adentró en los pasillos del ala de Windsor en la que estaban encerrados. Lo primero que hizo fue acercarse al despacho del rey y llamar a la puerta antes de abrirla unas pulgadas. El monarca estaba leyendo el periódico y ni siquiera levantó la cabeza en un primer momento, pero Nigel, que estaba de pie tras él, le dirigió una sonrisa y atravesó la estancia para acercarse.

—¿Qué tal está todo por aquí? ¿Necesitas algo?

—Todo bien. No te preocupes —contestó Nigel—. Parece que el rey

es el único de la familia real que ha comprendido que es imprescindible que pasen los próximos días encerrados y sin contacto con el exterior. Lleva todo el día leyendo.

—Teniente Mitchel, qué agradable coincidencia —intervino el monarca sin levantarse de su sitio—. Justo estaba pensando en pedir que le llamaran.

—¿En qué puedo ayudarle, señor? —preguntó Alfred después de cuadrarse.

—Me gustaría recibir el periódico de hoy —contestó el rey—. Como comprenderá, no puedo pasarme varios días aquí encerrado sin saber qué está sucediendo en mi reino.

—Lo siento, señor, pero eso es imposible —se lamentó Alfred.

—Sé que piensan que alguien quiere asesinarme, pero un periódico no me hará daño. ¿O es que creen que los nazis pueden envenenar las hojas o la tinta? —bromeó el rey antes de soltar una carcajada.

—No sabemos cómo pretenden hacerlo y vamos a minimizar los riesgos al máximo, señor —contestó Alfred con voz firme—. Lo siento, pero no puedo acceder a su petición.

—No se preocupe. Lo comprendo. —Dejó el periódico sobre una mesa auxiliar y se levantó para acercarse a Alfred. Cuando estuvo a su lado, se inclinó sobre su oído para hablar en susurros—. Churchill ya me ha dicho que todo esto es alto secreto y que no debo preocuparme porque lo tienen todo bajo control, pero, dado que soy el rey y que somos mi familia y yo los que estamos encerrados… ¿no me podría dar una pequeña pista de qué demonios está pasando aquí?

Alfred tuvo que hacer un notable esfuerzo para hacer descender su nuez y tragar saliva. ¿Qué podía decirle para salir de aquella incómoda situación? Comprendía la curiosidad del rey. Era normal que quisiera saber porque se le había aislado junto con toda su familia, pero, si Churchill había decidido que era mejor que permaneciera en la ignorancia, por algo sería. Era difícil de explicar que una antigua leyenda sobre la muerte de los cuervos de la Torre de Londres les había hecho sospechar que la Corona de Inglaterra podía estar en peligro y que el mismísimo fantasma de Ana Bolena se lo había corroborado. Aunque el rey hubiera estado abierto a la existencia de fenómenos paranormales, la historia era difícil de creer.

—Lo siento, señor, pero no puedo explicarle nada —se disculpó azorado—. Órdenes del primer ministro.

—Lo comprendo, pero soy el rey. Que yo sepa, soy la máxima autoridad en este país.

Alfred volvió a tragar saliva con tanto esfuerzo como si estuviera tratando de comer erizos. Negó con la cabeza, se mordió el labio inferior y miró al monarca con ojos suplicantes.

—Señor, por favor, le ruego que no me ponga en ese compromiso.

Solo tiene que confiar en nosotros un par de días más. Todo esto terminará pronto.

El rey se quedó en silencio unos segundos, manteniéndole la mirada. Debió de gustarle lo que vio en sus ojos, ya que, a pesar de continuar con el ceño fruncido en señal de desagrado, asintió y se giró para regresar a su asiento cercano a la ventana. Volvió a coger su periódico, lo abrió por una página al azar y reanudó la lectura.

Alfred cruzó su mirada con la de Nigel. Ambos respiraron aliviados. Después de asegurarse de que el monarca no les estaba mirando, se llevó el dedo índice a los labios para recordarle a su compañero que no debía decir una palabra por mucho que el rey le preguntara. Nigel confirmó que le había entendido con un asentimiento, así que, después de musitar un "Con su permiso", Alfred salió de la sala casi a la carrera.

Una vez fuera, agradeció a Dios que el rey fuera un hombre cabal y razonable. Si hubiera tenido que lidiar con alguna de las princesas, que según Clarice eran demonios reencarnados, no habría tenido tan fácil escapar de aquella situación.

Como si la hubiera invocado con el pensamiento, una de las puertas del pasillo se abrió y ella apareció. Sus ojos echaban chispas y sus manos estaban tan crispadas como si estuvieran buscando un cuello que retorcer. Se dio cuenta de que la blusa blanca de la chica lucía un enorme chorretón de color negro.

—Clarice, ¿estás bien? ¿Qué ha pasado?

—La princesa Elisabeth. Eso es lo que ha pasado —contestó furiosa —. Dice que se le ha caído el tintero justo cuando yo pasaba a su lado, pero, que yo sepa, los tinteros no caen hacia arriba… Esa cría del demonio me las va a pagar…

—Clarice, te recuerdo de nuevo que estás hablando de su alteza real. No puedes hacer que te pague nada.

—No tiene por qué darse cuenta… Ni siquiera será algo grave ni permanente: un dolor de cabeza que le haga quedarse en su habitación, el estómago revuelto…

—No. Estamos aquí para proteger a la familia real, no para enfermarla.

Ella resopló furiosa y, sin decir nada más, salió disparada pasillo adelante hasta encontrar la puerta de la terraza en la que se habían encontrado aquella misma mañana. Alfred decidió seguirla para evitar que pudiera hacer alguna locura y vio que volvía a caminar hacia la balaustrada, apoyaba los puños sobre ella y dejaba salir un rugido de rabia.

—Tengo una extraña sensación de *déjà vu* —bromeó—. ¿Vas a convertir esto en una costumbre?

—No le veo la gracia —dijo ella, encarándose a él y señalándole

con el índice—. No pienso volver a cuidar de esas crías del demonio.

—Está bien. Le pediré a Irma que se encargue. En caso de que sigan portándose mal, ella puede usar sus poderes para hacer que la obedezcan sin necesidad de hacer daño a nadie. ¿Te parece bien? —Esperó hasta que ella asintió de mala gana—. ¿Y qué se supone que vas a hacer tú? No quieres trabajar en las cocinas, no quieres ser institutriz…

Una densa columna de humo rosado surgió de la torre de la muralla que tenían enfrente, haciendo que su conversación se detuviera. Los dos se quedaron mirándola en silencio, apoyados en la balaustrada con el cuerpo inclinado hacia delante, sin poder creer lo que aquel humo estaba anunciando: Mabel, uno de los dos últimos cuervos de la Torre de Londres, había muerto… y el rey continuaba en peligro.

—Ya sé lo que voy a hacer —respondió Clarice con voz firme—. No voy a trabajar en las cocinas ni voy a ser institutriz. Voy a hacer aquello para lo que se me ha criado: Voy a ser bruja.


Clarice

Capítulo siete

Después de pasar un par de horas repasando mis antiguos libros de hechizos, rebusqué en mi maleta hasta encontrar todos los ingredientes que necesitaba: una brújula, velas, tizas, un paquete de sal, varias bolsas con hierbas… Busqué también un amplio bolso en el que meterlo todo y salí de mi cuarto para empezar con mi trabajo.

Una vez en el pasillo, saqué la brújula para localizar el este. Todo ritual de protección de un espacio debía comenzar en ese punto cardinal. Observé la brújula durante unos segundos hasta que me ubiqué. En aquella porción del castillo que habíamos aislado, el norte y el sur se correspondían con las dos puertas selladas, una a cada lado del pasillo, que nos separaban del resto del edificio. El oeste se correspondía con la pared exterior y el este a la fachada que daba al patio interior.

Caminé hacia allí con los ojos fijos en la brújula hasta que llegué a una pared. Me coloqué frente a un enorme ventanal desde el que se podía ver el patio y me detuve durante unos segundos a contemplar el cielo. Aquella noche estaba despejado y se atisbaban algunas estrellas, eclipsadas por el fulgor plateado de una luna casi llena. Me quedé allí parada, hipnotizada por su belleza, dejándome cautivar por su hechizo y rogándole que me diera la serenidad suficiente para llevar a cabo mi ritual. Cuando me sentí lo bastante tranquila y concentrada para comenzar, me arrodillé en el suelo, abrí el bolso y empecé a sacar los ingredientes que necesitaba para mi hechizo.

Mi idea era proteger la parte del castillo en la que nos encontrábamos contra cualquier ataque mágico proveniente del exterior. La muerte de Mabel, el penúltimo cuervo de la Torre de Londres, significaba que la vida del rey continuaba en peligro. Después de haber expulsado a todo el personal y haber sellado las entradas, estaba convencida de que la única posibilidad de que fueran a atentar contra el rey era un ataque psíquico, alguna especie de maldición, hechizo o ritual que pudiera causar su muerte a distancia.

En todos mis años de estudio de las artes arcanas, jamás había oído hablar de ningún hechizo tan potente. Había leyendas sobre antiguos rituales de mal de ojo, sobre prácticas vudú capaces de dañar sin necesitar el contacto con la víctima, de antiguas y oscuras prácticas de brujería africana que podían dañarte o incluso matarte con ayuda de sus misteriosos dioses ancestrales… Pero nunca había oído de ningún caso real en el que alguna persona hubiera sucumbido a esos hechizos ni de ningún mago o bruja que afirmara haber llevado a cabo alguno de esos rituales y pudiera probarlo. Si me hubieran preguntado antes de aquel día, habría dicho que solo eran cuentos de viejas para asustar

a los niños o falsa propaganda de charlatanes que querían hacer creer que tenían más poder del que en realidad poseían.

Y, sin embargo, en aquel momento estaba convencida de que el rey sería atacado de esa manera. No había ninguna otra forma en la que alguien pudiera atentar contra su vida. Nosotros mismos nos habíamos encargado de eliminar todas las otras posibilidades. Además, estábamos luchando contra una asociación de eruditos y magos que llevaban años acumulando saberes prohibidos y practicando con la magia negra. A saber de qué eran capaces…

Aquellos pensamientos habían vuelto a alterarme, así que fijé otra vez la vista en la luna y respiré de forma profunda y lenta hasta que noté que la calma se adueñaba de nuevo de mí. Coloqué en el suelo una vela blanca y rodeé su base con sal. Tras encenderla, acerqué a la llama una rama de romero y, cuando prendió, la agité suavemente en el aire para que su esencia se esparciera mientras invocaba la protección del arcángel San Miguel:

—Oh, soberano príncipe Arcángel, líder incorrupto de la legión celestial, cuidador y defensor de las almas que pasan al más allá, el vencedor, el más temido por los entes del infierno, pedimos tu clemencia para que te dignes a liberar este lugar de toda maldad. Líbranos del lazo del cazador y del azote de la desgracia. Cúbrenos con tus plumas y refúgianos bajo tus alas. Aleja de este lugar y de quienes lo habitamos todo mal, ya sea visible o invisible. Amen.

Sentí que la calma me invadía y supe que el hechizo estaba funcionando. Tan solo debía dejar que la vela se consumiera para que el ritual se completase. Me levanté, dispuesta a realizar el mismo ritual en los otros puntos cardinales, pero una sensación de opresión en el abdomen, como si una garra me comprimiese el estómago, hizo que me detuviera y me quedara unos segundos mirando la tenue llama de la vela. No podía engañarme a mí misma. Aquel ritual podía servir para alejar a inofensivos espíritus traviesos, de esos que disfrutaban cambiando las cosas de sitio o de provocar ruidos a medianoche para perturbar el sueño de los habitantes de una casa. También podía alejar las energías negativas y los males de ojo, pero sabía muy bien que no estábamos luchando contra algo así. Se suponía que estaba tratando de detener el ataque psíquico de un grupo de poderosos nigromantes y no era tan incauta como para creer que podría pararles con una vela y una rama de romero.

Suspiré, recogí mi bolso y, siguiendo la brújula, me dirigí al sur. Tendría que conformarme con aquel ritual de momento. Lo completaría y después regresaría a mi habitación para buscar algún escudo más poderoso. Tenía que haber algo…

Repetí el ritual en la zona sur, en una de las puertas selladas que nos separaban del resto del castillo. Nadie me molestó en mi trabajo.

Parecía que el resto de los habitantes del castillo dormía plácidamente. Les envidié. Estaba segura de que yo no podría conciliar el sueño en toda la noche. Quedaba muy poco tiempo para que se cumpliera el plazo que los nazis habían marcado. Se suponía que el rey caería a la noche siguiente y con él toda Inglaterra… y ni siquiera habíamos conseguido averiguar cómo planeaban hacerlo. ¿Cómo íbamos a detenerlo si no sabíamos qué iba a suceder?

Traté de concentrarme en lo que estaba haciendo, a pesar de que, a cada minuto que pasaba, estaba segura de que no iba a servir de nada. Cerré los ojos, respiré para eliminar de mi mente todos los pensamientos negativos y, cuando me sentí preparada, encendí la vela y la rama de romero y pronuncié el salmo de protección.

El oeste se correspondía con el balcón en el que aquella tarde me había encontrado con Alfred. Me acerqué hasta allí preguntándome si debería colocar la vela en el mismo balcón o dentro, al lado de las puertas. No quería arriesgarme a que la lluvia, tan frecuente e imprevisible en aquel país, apagara la vela y nos dejara sin protección. Cuando me acerqué a la puerta de cristal que daba acceso a la terraza, comprobé que el cielo seguía despejado por completo y que la enorme luna llena seguía dominando la noche desde las alturas, iluminándola con su brillo plateado. A su luz, distinguí una figura apoyada en la balaustrada. Incluso en aquella penumbra y a varios pies de distancia supe que era Alfred.

Abrí la puerta y me dirigí hacia él. Estaba apoyado en la barandilla del balcón, con la vista perdida en el firmamento. Parecía tan concentrado que ni siquiera se giró mientras yo me acercaba, así que decidí detenerme a un par de pasos de él y carraspear para llamar su atención. Se sobresaltó y se giró hacia mí.

—Clarice, ¿qué haces aquí? —preguntó asombrado—. Ya es muy tarde.

—Eso mismo podría preguntarte yo —respondí burlona mientras me acercaba a la balaustrada para intentar adivinar qué era lo que le había tenido tan abstraído.

—No puedo dormir… —confesó él—. Solo nos queda un día y siento que estamos tan perdidos... He salido aquí a fumar un cigarrillo y a tranquilizarme.

—¿Y ha funcionado?

—Para nada —respondió con una sonrisa.

—A lo mejor es cuestión de fumarse otro cigarrillo. —Me senté en la barandilla, de espaldas al jardín, y le sonreí—. ¿Me invitas a uno?

Él asintió, sacó el paquete del bolsillo de su chaqueta y extrajo dos cigarrillos, uno para cada uno. Me lo puse en los labios y esperé a que me prestara su mechero, pero, en lugar de hacerlo, Alfred se acercó a mí para darme fuego. Me incliné hacia adelante y apoyé mi mano en

la suya para que la llama no temblara. Cuando levanté la cabeza, nuestras miradas se cruzaron. Me quedé sin aliento al tenerle tan cerca, al ver el brillo de la llama del mechero reflejado en sus ojos, al tener su rostro y sus labios tan próximos, al sentir el temblor en su piel bajo la ligera caricia de mi mano… El tiempo pareció detenerse durante un segundo y me encontré rogando para que ese hechizo no se disolviera… pero no funcionó. Él carraspeó incómodo y se apartó un par de pasos. Guardó el mechero en su bolsillo y le dio una larga calada a su cigarrillo antes de hablar:

—¿Y tú qué haces aquí? —Intentó, sin éxito, que su pregunta sonara tranquila y despreocupada.

—Tampoco podía dormir —contesté mientras me encogía de hombros—. Estaba haciendo un ritual de protección para mantener alejada de este lugar cualquier influencia negativa.

—¿Crees que funcionará? —preguntó interesado.

—La verdad es que no… Pienso que si los nazis han planeado asesinar al rey mediante algún ritual o hechizo a distancia y lo han coordinado con una invasión a gran escala, no vamos a poder detenerlo con un simple ritual de protección del hogar. —Dejé salir mi frustración en un largo suspiro—. Ahora mismo no podía hacer nada más. Cuando vuelva a mi habitación, seguiré investigando en mis libros para encontrar algo más potente.

—¿Crees que eso es lo que sucederá? ¿Que el rey caerá desplomado ante nuestros ojos víctima de algún hechizo o ente invisible? Me resulta difícil imaginar eso…

—Es la única opción que queda —respondí—. Si el infiltrado nazi estaba entre el servicio de confianza de los reyes, ya lo hemos expulsado.

Mis últimas palabras se vieron interrumpidas por el sonido del motor de un coche que se acercaba a toda velocidad por el camino que llevaba al castillo. Me bajé de la balaustrada y me coloqué al lado de Alfred para contemplar como un automóvil de color negro que parecía oficial, se acercaba a la muralla derrapando en las curvas. Un grupo de soldados salió de una garita cercana y corrió hacia la puerta, con las armas preparadas, para apoyar a sus compañeros de guardia.

En la quietud de la noche, escuchamos como el coche detenía su motor al recibir el alto de uno de los soldados. La muralla nos impedía ver qué estaba sucediendo al otro lado. Durante un segundo, me vi tentada a dirigirme hacia allí para averiguar qué estaba sucediendo, pero recordé que las puertas estaban atrancadas con gruesas vigas de madera y que no podíamos salir.

De repente, vimos como uno de los guardias traspasaba la muralla y corría hacia nuestro edificio. Al mismo tiempo, escuchamos como el coche volvía a ponerse en marcha y se alejaba, de vuelta por donde

había venido. Nos quedamos quietos, inclinados sobre la barandilla, viendo como el soldado recorría todo el jardín a la carrera hasta entrar en nuestra ala del castillo.

—¿Crees que quiere entrar aquí? —pregunté confusa.

—No, imposible. Nadie va a traspasar esas puertas hasta que yo dé la orden.

—¿Entonces para qué viene?

—Quizá nos traiga un mensaje. —Alfred me agarró la mano y echó a correr hacia el pasillo—. Creo que viene a la puerta norte. Vamos.

Le seguí a la carrera hasta llegar a la puerta cerrada, a través de la cual nos llegaba el eco de los pasos apresurados del soldado subiendo las escaleras. Cuando llegó al otro lado, se detuvo. Había corrido tanto que le escuchábamos resollar como una locomotora.

—¿Quién está ahí? —preguntó Alfred apoyado en la puerta.

—Soy el cabo Bristol, señor —contestó el hombre.

—Sabe que no vamos a abrir. ¿Para qué ha venido?

—Nos han traído un mensaje urgente para usted, teniente Mitchell —contestó el hombre aún con dificultad—. Procede del primer ministro.

—¿Puede pasármelo por debajo de la puerta?

—Por supuesto, señor.

—Hágalo y retírese.

Escuchamos como el hombre se aproximaba aun más a la puerta y vimos aparecer un pequeño sobre blanco. Nos quedamos paralizados mirándolo, como si fuera un insecto venenoso y no quisiéramos tocarlo. No sabría explicar qué era lo que detenía a Alfred, pero sí lo que yo sentí: eran malas noticias. Pusiera lo que pusiera en aquel papel, no iba a gustarnos.

Cuando los pasos del soldado descendiendo la escalera se perdieron, Alfred salió de su parálisis, se agachó a recoger el mensaje y tras rasgar el sobre, me miró y negó con la cabeza. Me pareció que en sus ojos brillaba el desconcierto y la desesperación.

—¿Qué pasa, Alfred? —pregunté angustiada.

—Es un nuevo mensaje interceptado por Bletchley Park. Dicen que se ha enviado hace unas horas desde aquí, desde Windsor…

—Eso no puede ser… ¿Y qué dice?

—Ahnenerbe. A la atención de E. S. y H. H. Sigo dentro. El último cuervo morirá mañana a medianoche. Cuando lo haga, daré el aviso para que el reino caiga con él. Doppelgänger.


Alfred

Capítulo ocho

Se quedó mirando el mensaje por un tiempo que pareció alargarse hasta el infinito. Lo leyó en voz baja una vez y otra y otra, casi como si esperase que todo fuera una extraña broma o un mal sueño. Deseaba despertarse o que las letras se desvanecieran, pero nada de eso sucedió. Al contrario, cada vez que lo leía calaba más y más en su mente y el mensaje parecía hacerse más sólido en su mano. Incluso le pareció que pesaba más y más.

Cuando pudo reaccionar, miró a Clarice, la agarró por el antebrazo sin ninguna consideración y, sin darle explicaciones, tiró de ella hacia su dormitorio. Necesitaba algún sitio seguro en el que pensar, necesitaba tiempo para poner sus ideas en orden y la necesitaba a ella para poder compartir sus dudas y sus miedos y sentir que no estaba solo en una empresa que le quedaba demasiado grande.

Por suerte, ella no protestó. Se dejó arrastrar casi a la carrera hasta su dormitorio, entró y se quedó en medio de la habitación mientras Alfred cerraba la puerta con pestillo para asegurarse de que nadie iba a interrumpirles. Cuando terminó, se giró hacia ella y le señaló la cama.

—Puedes sentarte ahí si quieres —propuso.

Ella negó con la cabeza, cruzó la habitación y se sentó en un pequeño taburete colocado al lado de un escritorio. Después cruzó las piernas y los brazos y le lanzó una mirada interrogadora.

—¿Para qué me has traído aquí?

—Disculpa. Sé que es muy poco apropiado traer a una dama a mi cuarto…

—Al cuerno con eso —le interrumpió ella—. ¿No deberías llamar a todo el equipo y discutir esto? Tenemos muy pocas horas para detener al asesino y necesitaremos toda la ayuda posible…

Alfred la observó durante unos segundos sin saber cómo explicarse. Volvió a mirar el mensaje, que aún mantenía en su mano derecha y, tras cruzar la habitación, se lo entregó. Ella empezó a releerlo en voz alta:

—*Ahnenerbe. A la atención de E. S. y H. H. Sigo dentro…*

—Ahí lo tienes —la interrumpió él—. “Sigo dentro”.

—No entiendo…

—El espía nazi sigue aquí, entre nosotros. No hemos conseguido expulsarlo.

—Pero eso no puede ser —le contradijo Clarice—. Aquí dentro solo estamos la familia real y nosotros…

Su tono se fue apagando al pronunciar aquellas palabras. Incluso perdió el color de sus mejillas. Se quedó durante un momento mirando

a Alfred con los ojos muy abiertos mientras el pedazo de papel temblaba en sus manos de forma incontrolable.

—Eso es… Estamos en un lugar cerrado, rodeados de cientos de guardias. Antes de sellar estas habitaciones, revisamos todos los planos del castillo en busca de cualquier pasadizo o entrada secreta. Este lugar está sellado y nadie va a poder entrar ni salir hasta que yo dé la orden. —Alfred se tomó un par de segundos para tomar una bocanada de aire—. Y, sin embargo, el espía dice que está dentro y que el plan sigue adelante.

—Pero eso solo puede significar que el asesino es uno de nosotros, que es un miembro de la División OpenMind.

—Exacto… Y es nuestra obligación descubrir quién es y detenerlo antes de mañana a medianoche.

—Pero eso no puede ser. —Clarice negó con la cabeza de forma vehemente—. ¿Quién? ¿Por qué? Hemos pasado horas y horas juntos. No puede ser ninguno de ellos.

—Yo tampoco quiero creerlo, Clarice, pero es así.

Ella levantó la mirada y cruzó sus ojos con los de Alfred. Distinguió el brillo de las lágrimas contenidas. La comprendía perfectamente. Si a él le dolía aquella traición como una navaja clavada en el centro del pecho, para ella, que los había seleccionado y adiestrado, que llevaba las últimas semanas compartiendo con ellos casi todas las horas del día, que había comenzado a considerarlos grandes amigos, tenía que ser tan doloroso…

—Sé que no quieres creerlo, pero no tenemos tiempo para asimilar la noticia con tranquilidad y discutir sobre ello. —Se acuclilló en el suelo frente a ella, le quitó el mensaje para dejarlo sobre el escritorio y apretó sus manos con cariño y firmeza para hacer que reaccionara —. Tenemos que asumir que entre nosotros hay un traidor y dejar los sentimientos a un lado para desenmascararlo.

—¿Y cómo sabes que no soy yo? —preguntó ella de repente.

—Confío en ti a ojos ciegos —respondió él antes de esbozar una sonrisa burlona—. Además, tú ni siquiera querías estar en este castillo, ni en este país, ni en este continente. No has hecho nada para acercarte al rey y poder asesinarlo. Al revés, llevas desde que llegaste a Inglaterra deseando marcharte.

—Quizá sea una táctica para disimular.

—Sabes que no. Yo confío en ti y tú confías en mí. Ninguno de los dos es el espía. —Volvió a mirarla con cariño y apretó sus manos con un poco más de fuerza—. Pondría la mano en el fuego por ti tanto como por mí mismo. Y sé que tú también lo harías, pero… ¿podemos decir lo mismo del resto del grupo?

Se quedaron en silencio durante unos segundos, reflexionando con las manos entrelazadas. Clarice no pudo soportarlo más, se soltó, se

puso en pie y se dirigió hacia la ventana.

—Me ahogo aquí dentro —explicó mientras la abría.

Alfred notó en su tono que estaba luchando por contener la rabia y el dolor. Decidió dejarla tranquila unos segundos para que pudiera recomponerse. Se irguió y comenzó a pasear por la habitación como un león enjaulado mientras se preguntaba una y otra vez quién de los tres podía ser el traidor.

—Está bien. Discutamos sobre ello. —Clarice se había girado hacia el interior de la habitación y, a pesar de tener la mandíbula en tensión y de estar apretando sus manos crispadas, parecía haber recuperado el suficiente aplomo como para hablar—. ¿De quién sospechas?

—No sabría decirte —confesó él—. Hasta esta noche confiaba en los tres.

—Ya, pero tenemos que abrir los ojos y descubrir quién es, ¿no? —preguntó ella—. Alguien te tiene que gustar menos que los demás.

—Quizá Nigel. —Vio que Clarice fruncía el ceño y extendió las manos frente a él para pedirle tiempo para explicarse—. ¿Qué sabemos de él? No sabemos nada de sus orígenes, de su familia, de su pasado…

—Porque no lo tiene —explicó Clarice—. Le abandonaron en un orfanato siendo bebé. Un sitio horrible, lúgubre y frío en el que casi no les daban de comer y les maltrataban. Escapó de allí siendo todavía un niño y, desde entonces, se ha ganado la vida yendo de un espectáculo ambulante a otro.

—Y robando carteras —añadió Alfred—. Me lo confesó un día.

—Sí, es cierto… Es un delincuente y no ha tenido una vida fácil como has tenido tú ni ha recibido una educación esmerada…

—Nadie lo diría. Se comporta como un auténtico caballero —rebatió Alfred.

—Me contó que perteneció durante un par de años a una banda de timadores que le enseñaron lo necesario para infiltrarse entre la gente adinerada… Pero nada de eso le convierte en un espía ni en un asesino.

—Piénsalo un poco: ¿Qué le debe Nigel a Inglaterra? ¿Qué les debe a sus reyes? Ha crecido rodeado de miseria, sin que nadie le ayudara ni cuidara de él. —Expulsó el aire y miró a Clarice con pena—. Lleva toda la vida luchando para sobrevivir en las calles sin más meta que el dinero. ¿Y si los nazis le hubieran ofrecido una gran fortuna o un título, cualquier cosa que le solucionara la vida y le sacara de la miseria?

—No, eso no puede ser. —Clarice volvió a negar con la cabeza—. Le he visto hablando de los nazis y los desprecia.

—Es un timador. Podría hacerte creer cualquier cosa —la cortó Alfred con tono paternalista.

—Está bien —admitió Clarice—. No podemos descartarle como sospechoso…

—Sé que le tienes cariño, pero tienes que admitir que tiene muchas papeletas.

—Les tengo cariño a los tres —dijo ella, dolida—. Sigamos con las chicas. ¿Qué piensas de Irma?

—Bueno, quizá es con la que menos he tratado. Es algo mayor que nosotros y parece más seria y profesional…

—Si tuviéramos en cuenta lo estirada que es una persona para que fuera sospechosa de ser un espía nazi, tú tendrías todas las papeletas —le cortó ella, sarcástica.

—Clarice, por favor, sabes a lo que me refiero: Wendy es dulce y encantadora y Nigel es simpático y abierto…

—Lo que ha servido para que le consideres un timador y tu principal sospechoso.

—No estás ayudando nada. Te estás dando cuenta, ¿verdad? —Alfred puso los brazos en jarras y esperó a que Clarice asintiera—. Sigamos: Irma dice que es judía y que salió de Polonia huyendo de los nazis, pero no hay nada que confirme su historia.

—¿No la crees?

—No digo que no la crea. Digo que no tenemos manera de comprobar que eso sea cierto. Puede ser una judía polaca o una nazi infiltrada. —Alfred tomó aire antes de seguir explicándose—. Y ese poder que tiene…

—¿Qué le pasa a su poder?

—Es inquietante eso de que pueda manipular a los demás con su mente. ¿Quién nos asegura que no haya estado manipulándonos a nosotros desde el principio?

—Tienes aún más razones para sospechar de Irma que de Nigel —dijo Clarice mientras negaba con la cabeza—, pero ninguno de los dos me convence.

—Ya sé que esto no te hace gracia, que son tus amigos y les has cobrado aprecio, pero tiene que ser uno de ellos. ¿O es que prefieres pensar que puede ser Wendy?

—No es que prefiera pensarlo, es que Wendy es la principal razón para no sospechar ni de Nigel ni de Irma.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó él confuso.

—Que Wendy puede ver el aura de la gente, puede interpretar los sentimientos de las personas con solo mirarlas. Ni siquiera es algo que haga conscientemente. Si hay algo raro, lo ve.

—Sigo sin entenderte. —Alfred tomó aire con fuerza y se mordió el labio inferior mientras negaba con la cabeza. Empezaba a entender, pero no quería que esa idea arraigase en su cabeza.

—Sí, sí que lo entiendes —dijo ella como si pudiera leer sus

pensamientos—. Si Nigel o Irma fueran los espías, si hubiera algo turbio en sus intenciones, si alguno de ellos fuera un asesino y nos estuviera mintiendo, ella lo habría visto en sus auras y nos lo habría dicho.

—Pero eso quiere decir… —No se atrevió a terminar la frase.

—Que ella es la única de la que no podemos saber el color de su aura —continuó Clarice—, lo que la convierte en nuestra principal sospechosa.


Clarice

Capítulo nueve

Me levanté de la cama cuando el primer rayo de sol se coló en la habitación. Me acerqué a la ventana y miré hacia fuera. El cielo estaba gris, cubierto de espesas nubes negras que derramaban una lluvia lenta y cansada. Apoyé la frente en el cristal, esperando que estuviera fresco y me ayudara a despejarme, pero ni siquiera lo noté frío. Hacía un calor húmedo y bochornoso que había sido una de las razones por las que no había sido capaz de conciliar el sueño en toda la noche.

La otra razón era saber que casi se había cumplido el plazo. Ya había llegado el día marcado para la muerte del último cuervo. Según el último mensaje interceptado a los nazis, a medianoche el rey moriría y su muerte sería la señal para que Alemania atacara e Inglaterra cayera en sus manos… Y nosotros seguíamos sin saber qué hacer.

Alfred estaba convencido de que uno de nuestros compañeros era el culpable. Si aplicábamos la lógica, tenía que ser uno de ellos, pero no podía creerlo. Yo misma les había seleccionado, llevaba semanas conviviendo con ellos a todas horas, hablando, compartiendo experiencias, entrenando… Era imposible que uno de ellos fuera un traidor y que mi instinto de bruja no me hubiera indicado nada.

Así que, por muy convencido que estuviera Alfred, yo seguía negando la evidencia. Por eso me había pasado la noche en vela repasando mis antiguos libros de hechizos y rituales. Si me negaba a creer que la amenaza viniera de dentro, tenía que mantenerme fiel a mi creencia de que el ataque procedería de fuera. Estaba segura de que el ataque contra el rey llegaría de la mano de algún espectro controlado por los nigromantes de la Ahnenerbe o en forma de alguna maldición o un poderoso ritual de magia negra… O al menos, eso necesitaba creer.

Regresé a la cama y me senté entre mis libros de magia, que yacían desperdigados sobre las sábanas. Fui mirando las páginas por las que estaban abiertos. Había encontrado un par de rituales que servirían para fortalecer las defensas que había levantado la noche anterior y hacer que estuviéramos algo más protegidos. Aquello habría servido contra la mayoría de maldiciones y males de ojo que pudiera lanzar cualquier hechicero, incluso uno poderoso, pero no podía engañarme… No estaba luchando contra un solo mago, sino contra toda una organización de nigromantes que llevaban años perfeccionando sus poderes. Ni siquiera era capaz de imaginar lo poderosos que podían llegar a ser, pero solo pensar en ello me hacía temblar. Iba a necesitar algo más fuerte.

Cogí el grimorio que había situado en el centro de la cama. Aquello

quizá podía servir, pero era un hechizo que conllevaba el gasto de una gran cantidad de energía… y de sangre, de mi propia sangre. Solo iba a poder proteger una habitación y no durante demasiado tiempo. Iba a tener que hablar con Alfred para planear cómo hacerlo.

Un par de golpes en la puerta me sobresaltaron, a pesar de que habían sonado débiles, como si la persona que estaba al otro lado no quisiera ser escuchada. Me levanté de un salto, volví a dejar el libro en su lugar y me acerqué de puntillas a la puerta, tratando de que las tablas del suelo no crujieran bajo mis pasos. Apoyé la oreja contra la puerta, pero durante unos larguísimos segundos no conseguí escuchar nada, hasta que otro par de golpes dispararon mi corazón e hicieron que se me subiera a la garganta.

—Clarice, ¿estás despierta? —escuché preguntar a Alfred.

Me llevé la mano al pecho para calmar los latidos de mi alocado corazón y abrí un par de pulgadas. Él empujó la puerta sin dar ninguna explicación y se coló dentro de mi cuarto. Miró durante unos segundos a mi cama cubierta de libros y enarcó una ceja.

—¿No has podido dormir? —preguntó como si no fuera obvio. Ni siquiera esperó a mi respuesta antes de seguir hablando—. Yo tampoco. He estado dándole vueltas a cómo desenmascarar a Wendy…

—La has declarado culpable sin tener ninguna prueba —le interrumpí.

—Ya lo hablamos anoche. Tiene que ser uno de los tres y ella es nuestra principal sospechosa.

—Tu principal sospechosa…

—Está bien —dijo después de soltar un resoplido de fastidio—. Y si no es ella, ¿quién es? ¿Nigel? ¿Irma? ¿Tú? ¿Yo? Ninguno de los sospechosos nos gustan, pero el asesino está entre nosotros.

—O quizá no. —Extendí mi palma frente a él para pedirle tiempo para explicarme—. Sigo pensando que el ataque llegará del exterior. Estamos luchando contra magos poderosos, capaces de cualquier cosa. Es muy posible que no necesiten estar al lado de su víctima para poder asesinarla.

—Lamento informarte de que tu teoría hace aguas por todas partes.

Ahí estaba otra vez ese tono de superioridad que tanto odiaba. Cuando se estiraba y me miraba de arriba abajo como si yo fuera una pobrecilla ignorante me daban ganas de abofetearle. Puse los brazos en jarras y me acerqué a él para encararle:

—¿En serio? Ilumíname.

—Primero: Si los magos de la Ahnenerbe tuvieran el poder de matar a distancia, ya lo habrían utilizado. Habrían matado al rey hace mucho tiempo… Y a Churchill, que es el principal responsable de elevar la moral del pueblo británico… Y a la reina Elisabeth, de la que

el propio Hitler ha dicho que es la mujer más peligrosa de Europa… Y a tantos y tantos más.

—Una cosa es conocer un ritual y otra poder utilizarlo tantas veces como quieras. —Me di cuenta de que en aquel momento era mi voz la que estaba teñida de un tono de superioridad y prepotencia. Me encantaba corregirle—. Cuanto más poderoso es un hechizo, más difícil es realizarlo. Puede requerir una ingente cantidad de energía mágica o necesitar del uso de algún objeto de poder o de algún sacrificio… Que el rey, el primer ministro, la reina o las princesas no hayan muerto de momento no quiere decir que no puedan ir haciéndolo en los próximos meses.

—Está bien… Digamos que acepto tu argumento. —Su tono indicaba que no se daba por vencido—. Aun así, tu teoría sigue haciendo aguas.

—¿Y eso?

—Sabemos que alguien, ese tal *Doppelgänger*, envió un mensaje cifrado a la Ahnenerbe ayer mismo diciendo que seguía dentro. —Alfred se me quedó mirando mientras yo abría y cerraba la boca una y otra vez buscando algún argumento sin encontrarlo—. Sé que no te gusta la idea, Clarice. A mí tampoco. De hecho, odio pensarlo, pero tenemos que admitir que el espía nazi es uno de los nuestros.

—¿Y cómo sabemos que los nazis no han mandado ese mensaje para confundirnos? —contraataqué a pesar de que sentía que me estaba agarrando a un clavo ardiendo—. Quizá saben que hemos descifrado la Enigma y que leemos sus mensajes.

—No lo saben, no tienen ni idea. —El tono de Alfred se había suavizado, como si estuviera tratando de calmarme. Puso sus manos en mis hombros para hacer que le mirara—. Clarice, tienes que aceptarlo.

Me sacudí y me giré hacia la ventana como si su contacto me desagradara.

—No, no lo acepto. No puedes estar seguro al cien por cien, así que voy a seguir con mi plan original: voy a dedicarme a levantar barreras contra cualquier ataque psíquico que pueda proceder del exterior.

—Está bien. Tampoco creo que eso nos vaya a perjudicar —admitió él—. ¿Necesitas que te ayude en algo?

—Realmente, solo necesito tu permiso. Tengo que entrar en todas las habitaciones para levantar las protecciones.

—Tienes mi permiso y mi compañía. —Me giré hacia él al percibir una nota de triunfo en su voz—. Mientras tú haces tus hechizos, yo revisaré las habitaciones en busca de la radio o la Enigma que tiene que tener nuestro espía. Si me das cinco minutos, voy a asignarle a nuestros compañeros labores lo más lejos posible de sus dormitorios y podremos empezar.


Alfred

Capítulo diez

Cerró la puerta del armario y se quedó en medio de la habitación con los brazos en jarras, mirando a un lado y a otro sin saber qué más hacer. Había estado tan convencido de que iba a encontrar algo que incriminase a Wendy en su habitación… La radio y la Enigma tenían que estar allí, ¿pero dónde? Habían hecho aquel viaje con el equipaje justo y tanto la mesilla como el armario de Wendy estaban casi vacíos. No había mucho sitio donde esconder nada… Tenían que estar ahí, pero no estaban.

Vigiló a Clarice por el rabillo del ojo. La chica estaba arrodillada frente a la ventana, donde, después de dibujar durante varios minutos un montón de símbolos en algún idioma que él no pudo reconocer, había colocado unas cuantas velas de colores y las había rodeado con sal de mesa. En aquel momento, se dedicaba a quemar ramas de diferentes plantas con la llama de las velas y a esparcir su olor por la habitación. Le pareció distinguir aroma a romero, a lavanda, a laurel… Cada uno de ellos por separado le resultaban agradables, pero el aire de la habitación empezaba a cargarse y se le estaba empezando a levantar dolor de cabeza. Aprovechó un momento en el que Clarice dejó de recitar entre dientes sus extraños cánticos para acercarse a ella.

—Disculpa… ¿Podríamos abrir un poco la ventana?

Ella le miró con la misma cara de espanto que le habría puesto si él hubiera sugerido desollar a un cachorrito.

—Imposible. Está prohibido abrir las ventanas hasta mañana por la mañana.

—¿En serio? Empieza a hacer mucho calor y el olor de esas hierbas marea un poco…

—Estoy sellando esta ala del castillo a cal y canto contra cualquier energía negativa. No puedes romper las protecciones porque te apetezca ventilar.

—Está bien, perdona. No lo sabía —se disculpó—. Pero Wendy lo va a oler y se va a dar cuenta de que hemos estado en su habitación.

—¿Y qué? Les explicaré a todos que he estado levantando escudos en todas las habitaciones contra cualquier energía oscura. No creo que vayan a poner ninguna pega.

—Sospechamos que Wendy puede ser la culpable. No creo que le haga gracia saber que hemos estado en su habitación y que hemos podido registrarla.

—No sospechamos de Wendy. Lo haces tú solo. —Clarice terminó de agitar la última rama encendida en el aire, se levantó del suelo y se sacudió las rodillas antes de seguir hablando—. Y ya has podido

comprobar por ti mismo que no hay nada que la incrimine. ¿Me acompañas a la habitación de Nigel?

—Dame un par de minutos —pidió él.

Clarice se cruzó de brazos y se quedó mirando como él iba pisando todas las tablas del suelo del cuarto para ver si alguna crujía de manera diferente. Después, fue dando golpes en las paredes tratando de encontrar algún lugar que sonara a hueco y que pudiera albergar un pasadizo o un doble fondo. Cuando terminó, se giró hacia su compañera que le observaba con una sonrisa sarcástica en el rostro.

—¿Te has convencido por fin? —preguntó burlona.

—Esto no quiere decir nada. De hecho, habría sido muy tonto por su parte esconder en su propia habitación pruebas que pudieran incriminarla. —Clarice bufó y elevó la mirada al techo de la habitación—. Puede haberlo escondido en cualquier parte.

—Estamos encerrados entre dos puertas. No hay mucho sitio donde esconder nada —protestó ella.

—Si no tengo razón, ya lo comprobaré por mí mismo.

—Sí, pero el tiempo se acaba y lo estás perdiendo en desconfiar de tus propios aliados —le acusó ella.

—¿Y en qué quieres que lo ocupe? —preguntó él—. Tampoco tenemos mucho más que hacer.

—Sí tienes más cosas que hacer —dijo ella—. Necesito que me consigas una autorización del rey para entrar en los aposentos privados de la familia real y poder realizar allí mis rituales de protección.

—Lo haré. No te preocupes. ¿Algo más?

—Pues sí. También necesito que el rey y tú elijáis una habitación no muy grande en la que todos podamos pasar la noche. —Él la miró confuso—. He encontrado un ritual de protección muy potente, pero requiere mucha energía e incluso voy a tener que utilizar mi propia sangre. Solo puedo proteger con él una estancia.

—No te preocupes. Hablaré con el rey y le diré que lo más seguro es que pasemos todos juntos esta noche. —Alfred reflexionó durante unos segundos—. ¿Te parece bien el comedor del final del pasillo?

—Es una habitación bastante grande —protestó ella.

—Lo sé, pero no podemos meternos todos en una habitación pequeña sin que protesten. Es la familia real y hay que seguir un protocolo con ellos: no tocarles, mantener una distancia…

—Está bien, creo que servirá. ¿Has acabado ya aquí?

—Sí, creo que sí —contestó él después de lanzar una última mirada apenada al lugar—. Vamos, te acompaño para revisar los dormitorios de Irma y Nigel y después iré a hablar con el rey.

—Te apuesto lo que quieras a que tampoco vas a encontrar nada en sus habitaciones.

No sabría explicar qué se le pasó por la cabeza, pero estuvo a punto de pedirle que se apostaran un beso. Por suerte, consiguió morderse la lengua y fingir una sonrisa educada mientras abría galantemente la puerta de la habitación para que ella pudiera salir.

—Está bien. Si yo tengo razón y alguno de nuestros compañeros es el culpable, tendrás que revelarme cómo conseguiste ganarme en aquel pulso. —Se le ocurrió por fin.

—De acuerdo. Y si gano yo y ninguno de ellos está implicado, seré la jefa de la División OpenMind durante un mes. —Un brillo travieso se abrió paso en los ojos de la joven mientras extendía la mano ante ella—. ¿Aceptas?

—Una semana.

—Me vale.

No pudo contener una risa mientras chocaba su mano con la de la chica. No quería ni imaginarse la cantidad de cosas que tendría que aguantar si Clarice fuera su jefa, pero aquello no era algo de lo que debiera preocuparse. Estaba totalmente convencido de que Wendy era la espía que estaban buscando. Entonces, ¿por qué había sentido que el estómago se le encogía al aceptar la apuesta?

Cerró el último cajón de la cómoda y se giró hacia Clarice. No sabía si tendría que esperar a que ella terminase su último ritual o si podría irse ya y dejarla allí. La tensión de los últimos días y la noche en vela que acababa de pasar estaban empezando a pasarle factura. Se sentía agotado, al límite de sus fuerzas y su paciencia… y tener que aguantar aquel aire denso cargado del pegajoso aroma de las hierbas que Clarice seguía quemando no estaba ayudando en absoluto. Se sentía cada vez más débil y adormilado.

Por suerte, ya estaban acabando. Habían estado en la habitación de Irma y en aquel momento se encontraban en la de Nigel. En ninguna de ellas había encontrado pistas que les incriminasen, pero era lo que esperaba. A cada minuto que pasaba se sentía más seguro de que Wendy era la culpable, así que había supuesto desde el principio que no encontrarían nada en los dormitorios de sus otros dos compañeros.

Clarice dejó de entonar sus cánticos y se levantó del suelo para acercarse a él. En aquel momento, la puerta de la habitación se abrió y Nigel apareció en el umbral. Se quedó unos segundos parado, paseando su mirada de uno a otro, antes de entrar, cerrar la puerta y encararse a ellos con las manos cruzadas a su espalda.

—¿Puedo saber qué es lo que estáis haciendo los dos en mi habitación sin mi consentimiento? —preguntó enfadado.

—Estoy haciendo unos rituales de protección para sellar todas las estancias contra cualquier energía negativa —contestó Clarice con un tono muy convincente.

—¿Seguro? Podríais haberme pedido permiso para entrar en mi cuarto y os lo habría dado sin problema en lugar de enviarme a la biblioteca a comprobar que no se abría ninguna puerta secreta al tirar de alguno de los… tres mil o cuatro mil tomos que hay en ella. Me habéis tenido haciendo el imbécil toda la mañana, ¿verdad?

La mirada de Nigel fue tan intensa que Alfred no tuvo más remedio que esquivarla, aunque con ello estuviera asumiendo sus acusaciones. Carraspeó y dio un paso hacia el joven para ponerle una mano en el hombro y tranquilizarle.

—Todo tiene una explicación, pero no podemos dártela.

—¿Y eso? Estamos en el mismo equipo, ¿no? Deberíamos ser sinceros los unos con los otros.

—Sí, pero hay momentos en los que el líder del grupo tiene que tomar decisiones sin contar con los demás. Es mi responsabilidad y debéis confiar en mi buen criterio.

—¿Cómo me pides que confíe en ti si tú no confías en mí? ¿Habéis estado registrando mi habitación? ¿Qué esperáis encontrar? ¿Es que acaso creéis que tengo algo que ver con nuestros enemigos? ¿Y estáis vigilando también a Wendy y a Irma?

—Nigel, relájate. —Alfred apretó el hombro del chico, pero este se sacudió para liberarse del contacto—. Son demasiadas preguntas y no puedo contestártelas ahora.

—¿Tú también estás metida en esto, Clarice?

Su compañera dudó durante unos segundos, como si no estuviera segura de a quién de los dos debía más fidelidad. Finalmente, suspiró y, tras dirigirle a Alfred una leve sonrisa a modo de disculpa, se colocó al lado de Nigel y tomó su mano.

—No. Yo no estoy de acuerdo con esto. No creo que ninguno de vosotros pueda estar relacionado con el ataque al rey de esta noche.

—¿Entonces por qué le ayudas? ¿Qué haces en mi habitación? —preguntó Nigel.

—Lo que te he dicho al principio: yo creo que el ataque llegará del exterior, en forma de alguna maldición o hechizo que no conocemos —explicó ella—. Por eso estoy tratando de proteger todas las estancias de esta ala del castillo.

—Y, sin embargo, tú crees que el culpable es uno de nosotros —dijo Nigel lanzándole a Alfred una mirada dolida.

—Es una posibilidad que tengo que contemplar. No puedo arriesgar la vida del rey por confiar en vosotros ciegamente.

Nigel asintió, pero tenía los labios apretados y la mandíbula en tensión. Nos dirigió una mirada dolida antes de volver a hablar.

—Os recuerdo que fuisteis vosotros los que nos reclutasteis y, además, con engaños. Yo me presenté a la entrevista en aquel hotel pensando que iba a participar en algún espectáculo. No tenía ninguna

intención de alistarme en el ejército, ni de cumplir órdenes y mucho menos de ser insultado y acusado de traición. —Alfred fue a protestar, pero Nigel levantó una mano para pedirle tiempo—. Llevo desde crío viviendo en las calles. He convivido con carteristas, con timadores, con gente que se ganaba la vida mintiendo o estafando… Muchas veces me ha faltado un techo sobre la cabeza, una lumbre en la que calentarme o un plato de comida, pero hay algo que hasta ahora no me había faltado nunca: la confianza ciega de mis compañeros. Siempre he sabido que, aun estando entre delincuentes y estafadores, confiábamos los unos en los otros y sabíamos que no nos íbamos a engañar nunca. Es muy triste no encontrar el mismo código de honor entre supuestos caballeros.

Nigel negó con la cabeza, antes de girarse hacia la puerta para marcharse de la habitación. Alfred dio un paso hacia él.

—Espera. No te vayas.

El joven se giró y le dirigió una mirada dolida. Durante un segundo, Alfred se planteó la posibilidad de pedirle disculpas, de reconocer que se había equivocado al desconfiar de ellos y decir que lo lamentaba, pero se contuvo. No era cierto. Seguía estando convencido de que, por mucho que les doliera aceptarlo, entre ellos se ocultaba un traidor. Cuando lo hubiera atrapado, ya le pediría disculpas al resto del grupo.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Nigel—. ¿Aún no me has insultado lo suficiente?

—Quiero pedirte que no le cuentes nada de esto a tus compañeras… Bueno, más que una petición, es una orden. —Alfred se cuadró para resultar más imponente—. Si tú no eres el traidor, debe de ser una de ellas.

—No voy a contárselo… pero no porque desconfíe de ellas ni porque tú me lo ordenes. —Los ojos de Nigel brillaron de furia—. No voy a contárselo porque no quiero que se sientan tan traicionadas y dolidas como me siento yo ahora mismo.

Sin decir nada más, Nigel salió de la habitación dando un portazo que hizo retumbar los cristales. Alfred se giró hacia Clarice para comentarle que no comprendía por qué el chico se lo había tomado tan mal, pero ella esquivó su mirada y comenzó a meter en su bolso los ingredientes del hechizo que le habían sobrado.

—Ahora tengo que ir a tu habitación y a la mía para continuar con los rituales de protección. —Elevó la cabeza y le lanzó una mirada retadora—. ¿Confías en mí o también quieres revisar mi cuarto?

—No será necesario. Gracias.

—Entonces me iré sola si no te importa. —Clarice cerró su bolso y se dirigió a la puerta—. Creo que deberías ir a hablar con el rey para avisarle de que dentro de un rato pasaré a hacer lo mismo por sus

aposentos y los de su familia. Y coméntales también que a partir de las nueve tienen que estar en el comedor y que pasarán allí la noche.

Alfred se limitó a asentir. No tenía sentido seguir discutiendo con ella para intentar que viera las cosas como él lo hacía. En aquel momento, estaba solo y nadie de su grupo le apoyaba, pero era algo que como líder debía asumir. Era duro creer que alguno de sus compañeros podía ser un traidor, pero, si el resto del grupo no podía asumirlo, era su responsabilidad como jefe de la División OpenMind investigar y descubrirlo.

Entonces, si todos aquellos argumentos eran tan lógicos y sólidos, ¿por qué se sentía tan solo y tan culpable?


Clarice

Capítulo once

Preparé el bote de pintura blanca y el pincel y me coloqué en mitad del comedor preguntándome por dónde empezar. No podía dejar los símbolos de protección a simple vista. Estaba segura de que los reyes no se sentirían a gusto si tenían que pasar la noche rodeados de símbolos arcanos, así que lo mejor sería hacerlos cuanto antes, esperar a que se secaran y volver a taparlos antes de que ellos llegaran a cenar.

Pensé que, por suerte para mí, la decoración de aquel comedor era tan abundante como en la mayoría de las estancias de Windsor, así que no me iba a resultar nada complicado encontrar sitios en los que ocultar los hechizos con los que pensaba proteger aquel lugar. Podía esconder uno tras uno de los cuadros que adornaban la pared norte, un enorme retrato de algún antepasado del rey, que posaba a lomos de su caballo con gesto serio y armadura completa. En la pared sur, podía ocultarlo tras un antiguo tapiz que representaba una sangrienta escena de caza en la que una jauría de perros acababa de atrapar a un indefenso ciervo. Los otros dos puntos cardinales iban a ser más complicados, ya que la pared este se encontraba cubierta por enormes ventanales y en la oeste se hallaban las amplias puertas que comunicaban con el pasillo, pero pensé que podría dibujar los símbolos en el suelo y volver a taparlos con la alfombra. Me habría gustado retirar la mesa para quitar la alfombra y dibujar en el suelo un círculo de protección que abarcase casi por completo la estancia, pero aquella mesa de roble macizo debía de pesar cientos de libras.

Tras seleccionar la ubicación de los símbolos de protección, dejé mi libro de hechizos sobre la mesa y coloqué al lado el bote de pintura. Respiré profundamente para calmar mi miedo y, tratando de no pensarlo demasiado, saqué mi *athame*[viii] de un bolsillo de la falda. Contemplé su hoja a la dorada luz del atardecer que se colaba por las ventanas. Parecía bastante afilada, tal y como debía ser. Sin darme tiempo a arrepentirme, pasé el filo por la palma de mi mano izquierda y me hice un corte que la recorría por completo.

Tuve que morderme el labio inferior para retener el grito de dolor que me subió a la garganta. Aquello escocía muchísimo. Noté que las lágrimas brotaban de mis ojos al mismo tiempo que la sangre empezaba a manar de la herida. Me los enjugué con el dorso de la mano derecha para que no enturbiaran mi visión y coloqué la mano herida, con la palma hacia abajo, sobre el cubo de pintura blanca. Caía a chorros, un reguero de sangre tan oscura que, en un primer momento, parecía negra en contraste con la pintura.

Sentí que me mareaba y me apoyé en la mesa para mantenerme

firme mientras seguía permitiendo que la sangre fluyera. Todavía necesitaba mucha más. El ritual requería que los símbolos se pintaran con una mezcla de color rojo óxido y, si no vertía la suficiente sangre, tan solo conseguiría un tono rosado.

La puerta del comedor se abrió en aquel momento. Aunque me sobresalté, temiendo que pudiera haber sido descubierta por alguien de la familia real a quien me resultaría muy difícil explicar qué estaba haciendo, conseguí mantener mi mano sobre el recipiente. Me tranquilicé al ver que era Alfred y que no tenía de qué preocuparme.

Por desgracia, él no debió pensar lo mismo al verme a mí. Se quedó paralizado durante un par de segundos, perdió por completo el color de la cara y, sin decir palabra, se quitó la chaqueta y se acercó a mí para agarrar mi mano herida.

—¿Qué haces? —pregunté mientras le empujaba con la mano libre para quitármelo de encima.

—¿Qué haces tú? —gritó preocupado—. Te estás desangrando.

—No seas exagerado. Tan solo necesito algo de mi sangre para proteger esta habitación. Ya te lo conté…

—Sí, pero cuando me dijiste que ibas a necesitar tu propia sangre, pensé que te referías a pincharte un dedo y verter un par de gotas, no a esta carnicería.

—Por eso te dije que quería proteger un sitio pequeño —expliqué—. Cuanto más grande es la estancia, más sangre necesita el hechizo. Pero no te preocupes. Está todo bajo control.

Él negó con la cabeza. Parecía que mis explicaciones no le tranquilizaban en absoluto. A pesar de la palidez de su rostro, se acercó de nuevo a mí, se inclinó hacia mi mano y contempló el corte.

—Si lo tienes todo bajo control, ¿puedes explicarme cómo piensas detener esa hemorragia? —preguntó con aquel tono de prepotencia que tanto me sacaba de quicio—. Parece un corte muy profundo y no veo que tengas gasas ni alcohol…

Miré alrededor como si esperara que aquellas cosas aparecieran por arte de magia. Alfred tenía razón: había estado tan preocupada por los otros componentes del ritual que había olvidado que en algún momento necesitaría dejar de sangrar. Sentí que me sonrojaba y fijé mi vista en el chorro de sangre que seguía manando sin control sobre la pintura blanca.

—Se me ha olvidado —confesé en un susurro avergonzado—. ¿Podrías ayudarme?

—Por supuesto. No te muevas de aquí.

Salió del comedor en un par de zancadas. Me quedé allí quieta, viendo como la sangre seguía fluyendo. Sabía que un exceso de sangre no estropearía el conjuro, así que no aparté la mano. Según lo que había leído en mi viejo libro de hechizos, cuanta más sangre llevara la

mezcla, más poderoso sería… pero empezaba a sentirme mareada. Si Alfred tardaba mucho más en regresar con las vendas, íbamos a tener la mezcla perfecta para el ritual pero ninguna bruja que pudiera llevarlo a cabo.

Me di cuenta de que la vista se me empezaba a nublar y tuve que levantar la cabeza y sacudirla de lado a lado para evitar el mareo. No había perdido tantísima sangre como para desmayarme. Tan solo me estaba sugestionando. ¿Por qué tardaba tanto Alfred? No podía ser tan difícil encontrar unas malditas vendas.

La puerta volvió a abrirse y él entró con un maletín en las manos. Corrió hacia mí, lo dejó sobre la mesa y lo abrió a toda prisa. A pesar de que la ayuda ya había llegado, cerré los ojos al darme cuenta de que la habitación parecía girar a mi alrededor.

—Clarice, escúchame. —Sentí como me agarraba con fuerza por la muñeca—. Abre los ojos y mírame. ¡Vamos!

Le obedecí. Abrí los ojos y los fijé en los suyos… y me quedé atrapada en aquellos iris de color verdoso, en aquellas pupilas de niño, mucho más grandes y brillantes de lo normal. Noté el escozor del alcohol en mi mano y tuve que morderme el labio inferior para no gritar, pero no esquivé la mirada. Fue él quien rompió el hechizo al agachar la cabeza para mirar mi mano.

—Este corte es muy profundo —anunció mientras colocaba un paño sobre la herida—. ¿Hacía falta llegar hasta el hueso?

—No llega hasta el hueso, exagerado —protesté.

—No, pero podías haber hecho un corte más superficial. Te has rajado la mano de lado a lado. ¿No habría bastado con un corte más pequeño?

—Ya te dije que, cuanto más grande fuera la habitación a proteger, necesitaría más sangre. —Él levantó la cabeza y yo le dirigí una sonrisa burlona—. Tú elegiste este comedor enorme…

—No vas a conseguir que me sienta culpable. —Mientras seguía presionando el paño contra la herida, se giró hacia su maletín y sacó un rollo de vendas—. Ya sabes lo que pienso de los rituales de protección que llevas haciendo todo el día…

—Sí, que no van a servir para nada porque la culpable es Wendy, pero sigo negándome a pensar en eso. Además, ¿qué otra cosa querías que hiciera? ¿A qué querías que dedicara todo el día?

—¿A algún ritual para debilitar a Wendy y hacer que se sintiera enferma? —respondió el mientras empezaba a rodear mi mano con la venda—. ¿Podrías hacer algo así?

—¿Y si te estás equivocando? —Él negó con la cabeza y chasqueó la lengua mientras seguía vendando la herida con la cabeza baja. Utilicé la mano libre para agarrarle la barbilla y hacer que me mirara —. En serio, no podemos jugárnoslo todo a una carta y obviar

cualquier otra posibilidad, por muy seguro que estés de que la culpable es ella.

—Está bien, pero desangrarte y estar incapacitada para lo que pueda suceder esta noche tampoco me parece una buena estrategia. —Terminó el vendaje y me sonrió—. Ten cuidado con estas cosas.

—Tranquilo, tendré cuidado. Comprendo que no quieras perder al miembro más poderoso de la División OpenMind.

—No quiero perderte a ti y punto. —Se separó un par de pasos de mí y metió las manos en los bolsillos. A pesar de que mantenía la cabeza baja, pude notar que se había sonrojado—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—La verdad es que sí. Necesito mover ese cuadro y ese tapiz y recoger la alfombra… Con esta mano herida me va a resultar muy difícil. —Él sonrió, feliz de ser útil y, tras quitarse la chaqueta y dejarla colgada en el respaldo de una silla, se arremangó la camisa—. Empieza quitando el retrato, por favor.

Mientras él retiraba el cuadro, yo me acerqué para dejar encima de un taquillón cercano el cubo de pintura y el libro de hechizos. Removí la mezcla de pintura y sangre y contemplé complacida que el color era correcto. La sensación de debilidad y mareo, la vista medio nublada y lo muchísimo que me dolía la mano habían merecido la pena. El hechizo iba a funcionar.

Alfred se apartó a un lado mientras yo me acercaba a la pared con el pincel empapado en aquella pintura rojiza. Empecé a copiar los símbolos del hechizo, una serie de caracteres en acadio que, según se decía, formaban el más poderoso ritual de protección de lugares jamás descubierto. Se contaba que los antiguos reyes mesopotámicos usaban esos símbolos en los umbrales de sus palacios y en los escudos de su guardia privada y que, gracias a ellos, su imperio duró milenios. Pensé con ironía que yo solo necesitaba proteger a un solo rey durante una sola noche. Deberíamos ir sobrados…

—¿Necesitas que te ayude en algo? —preguntó Alfred a mi espalda.

—Sí. Busca algún trapo y ve limpiando la pintura que se me caiga al suelo. No creo que la familia real quiera cenar en un sitio con el suelo lleno de sangre de plebeya. —Ante su mueca de asco, no pude evitar una risa—. Se me olvidaba que tú también tienes sangre noble. Si esta tarea es demasiado denigrante para ti, siempre puedes llamar a alguno de los otros.

—No. Lo haré yo —contestó huraño mientras regresaba a su maletín de primeros auxilios para sacar un par de trozos de tela blanca—. A pesar de mi procedencia de alta alcurnia, siempre me he considerado una persona modesta y humilde.

En aquella ocasión, se me escapó una carcajada que hizo que él frunciera aún más el ceño. Me tapé la boca y traté de contenerme.

—Sí, claro. Eso es justo lo que me viene a la cabeza cada vez que te veo: “qué chico más humilde”.

—Clarice, ¿tengo que recordarte que soy tu oficial al mando y que me debes un respeto?

Me lo preguntó ya arrodillado en el suelo, mientras frotaba para quitar una de las manchas de pintura. Levantó la cabeza hacia mí, con una ceja enarcada y expresión de enfado. Tuve que dejar de mirarle y concentrarme en copiar los símbolos para no soltar otra carcajada.

—No me hables, por favor —le pedí—. Me desconcentras. Ya he terminado aquí. Quita el tapiz de esa pared y, dentro de unos minutos, cuando esto esté un poco seco, vuelve a colgar el retrato. —Él asintió y siguió mis instrucciones—. ¿Sabes? Podría acostumbrarme a esto…

—¿A qué? —preguntó él confuso.

—A que me obedezcas —contesté burlona.

—No te obedezco. Colaboro contigo porque creo que en este tema sabes mucho más que yo. Espero que, cuando llegue el caso, seas capaz de hacer lo mismo.

La sonrisa se me congeló en el rostro. Me acerqué a él, que acababa de descolgar el tapiz que le había indicado y estaba enrollándolo para dejarlo contra una pared.

—Me gustaría poder apoyarte —me sinceré—. De verdad que me gustaría no dejarte solo en esto, pero no puedo creer que Wendy, o cualquiera de los otros, nos estén traicionando. Es demasiado doloroso incluso pensarlo…

Noté que la voz se me quebraba. Me sentía demasiado sensible, demasiado vulnerable… Debía de ser por la ansiedad de los últimos días, por la noche sin dormir, por la pérdida de sangre… En aquel momento me sentía muy débil y cansada. Habría dado cualquier cosa por poder irme a dormir y levantarme al día siguiente, cuando todo hubiera acabado… para bien o para mal.

—No te estoy pidiendo que me apoyes. Sé que ninguno de vosotros va a hacerlo, que estoy solo en esto. —Me agarró por los brazos y esperó hasta que yo levanté la cabeza y le miré a los ojos—. Por un lado, me duele, pero por otro, estoy muy orgulloso de vosotros.

—¿Orgulloso? —pregunté confusa.

—Sí. Muy orgulloso de lo unidos que estáis, de la confianza que tenéis los unos en los otros, del modo en que os defendéis… La División OpenMind era un sueño y la habéis convertido en una realidad. —Una nube de pesadumbre se adueñó de sus ojos—. Es una pena que entre nosotros se haya colado un traidor y que, después de esta noche, ya no vayamos a ser cinco.

—Puede que estés equivocado —insistí.

—Lo sé… Y es lo que quiero pensar: que tú tienes razón, que el mensaje era una trampa de los nazis para que desconfiáramos los unos

de los otros y que el ataque llegará de fuera. Por eso estoy aquí, creyendo en ti, ayudándote y apoyándote en lo que necesites. —Aumentó un poco más la presión que ejercía sobre mis brazos—. Solo te pido que tú hagas lo mismo: que si soy yo el que tengo razón y uno de ellos es un traidor, me apoyes y me ayudes a detenerle, por muy doloroso que te resulte. ¿Lo harás?

Sentí un nudo en la garganta, formado por un mar de lágrimas contenidas, que me impedía pronunciar palabra, pero me di cuenta de que le debía una respuesta, que, por mucho que me doliera, lo que me estaba pidiendo era razonable. Asentí y, con gran esfuerzo, me tragué aquellas lágrimas.

—Te lo prometo.

Él asintió, me dedicó una sonrisa y, tras soltarme, recogió el cubo y el libro de hechizos que yo había dejado sobre el taquillón y me los acercó.

—Pues acabemos con esto cuanto antes. La noche se acerca.


Alfred

Capítulo doce

George VI estaba sentado al lado de la ventana cuando Alfred entró en sus aposentos privados. Levantó la mirada del periódico y le indicó una silla cercana para que se sentara a su lado. Alfred negó con la cabeza y se colocó a un par de pasos en postura marcial.

—Puede descansar, teniente —dijo el rey, volviendo a señalarle la silla—. Solo estamos usted y yo. No es necesaria tanta formalidad.

Alfred asintió y, a pesar de sentirse terriblemente incómodo por aquella falta de protocolo, ocupó el sitio que su majestad le había indicado.

—Muchas gracias, alteza.

—Voy a aprovechar que está usted aquí para preguntarle una cosa… La joven que ha pasado antes encendiendo velas y entonando cánticos, ¿es amiga suya?

—Es parte de mi división, majestad. Ya sé que su conducta puede resultar chocante, pero es una eminencia en su campo…

—Tranquilo, confío en ella. Por eso llevo toda la tarde siguiendo sus instrucciones al pie de la letra, pero ya no puedo más. —El rey señaló el cenicero repleto de colillas que tenía en una mesita cercana —. Como supongo que sabrá, yo fumo mucho y esa chica me ha prohibido abrir las ventanas bajo ningún concepto. El aire de esta habitación está ya muy cargado y hace mucho calor. ¿No podría abrirlas aunque solo fuera cinco minutos?

Alfred negó con la cabeza. Clarice había insistido en la necesidad de mantener cerradas todas las habitaciones que había bendecido y, por mucho que fuera el rey quien se lo estuviera pidiendo, no quería contradecirla.

—Lo lamento, señor. Ya sé que nuestro comportamiento puede parecerle extraño y nuestras instrucciones absurdas, pero puedo asegurarle que todo tiene un sentido y que estamos haciendo todo lo posible por garantizar su seguridad y la de su familia.

—Y yo estoy haciendo todo lo posible por facilitar su trabajo y no entrometerme, pero sus decisiones me parecen cada vez más peregrinas. —El rey se levantó de su silla y empezó a pasear por la habitación mientras encendía otro cigarrillo—. He permitido que se nos aparte de todo nuestro personal de confianza, que nos haya dejado sin guardias, que nos haya encerrado en esta minúscula ala del castillo… Pero este calor… Y este aire tan viciado… Me ahogo aquí dentro.

—Podría tratar de fumar un poco menos, majestad…

El rey se detuvo en seco y se giró hacia él para fulminarle con la mirada. Alfred se dio cuenta de que había continuado sentado y se

levantó de inmediato para cuadrarse.

—No voy a fumar menos. —Se encaró con él y le señaló con un dedo—. ¿Cuánto más vamos a tener que soportar esta tortura?

—Todo terminará esta noche, alteza. Según nuestros informes, el atentado contra su persona sucederá hoy a medianoche. Si conseguimos evitarlo, a partir de ese momento todo volverá a la normalidad.

—¿Y cómo piensan hacerlo? ¿Saben ya cómo será el ataque?

—No se preocupe, majestad. Está todo bajo control.

Alfred sintió como una gota de sudor resbalaba por su espalda. Si el rey insistía en conocer todos los detalles de la operación, no sabía qué podría decirle. ¿Cómo confesarle que sospechaba que el traidor podía estar entre ellos, que era una de sus colaboradoras y que, aun así, no la había detenido? Se planteó que quizá lo mejor sería expulsar a todos sus compañeros del castillo y quedarse él solo, la única persona de la que en realidad se fiaba, al cuidado de la familia real. Quizá aquello fuera lo más sensato…

No podía hacerlo. Algo en su interior, su sexto sentido, su intuición, cómo quisiera llamarlo, le decía que les necesitaba, que él solo no podría enfrentarse a la amenaza que se cernía sobre el rey. Y, aunque siempre se había considerado una persona lógica y racional, sentía que tenía que hacer caso a esa voz interior. Era posible que se estuviera contagiando de las excentricidades del resto del equipo.

Se dio cuenta de que el rey continuaba parado frente a él con el ceño fruncido. Parecía que no se había quedado conforme y que esperaba una explicación.

—¿Y bien? —dijo el rey antes de dar otra larga calada a su cigarrillo y echarle el humo a la cara—. ¿No tiene nada más que decirme? ¿Espera que me quede tranquilo porque usted me asegure que está todo bajo control?

—Señor, puedo asegurarle que hemos contemplado todas las posibilidades y que estamos en disposición de mantenerle a salvo, a usted y al resto de la familia real. —Alfred se abrió la chaqueta y sacó un revólver—. ¿Sabe disparar?

—Por supuesto. Soy un experto cazador desde pequeño —contestó el rey, ofendido por la duda.

—Con el debido respeto, majestad, no es lo mismo disparar una escopeta que un revólver. —Mientras hablaba, Alfred abrió el tambor del arma y comprobó que estuviera cargado—. Esto es un Enfield número 2 MK 1.

—Lo sé. Es el revólver reglamentario del ejército británico. —El rey extendió el brazo para que Alfred le pasase el arma.

—Sabrá también que es difícil de manejar debido a que tiene mucho retroceso y a que su gatillo es muy rígido. —El rey asintió.

—Sí, he oído esas críticas y que se está haciendo todo lo posible por solucionarlo. ¿Por qué me cuenta todo esto?

—Porque necesito saber si, en caso necesario, sabrá manejarlo y defender su vida.

—Como ya le he dicho, soy un tirador experto. He practicado con este revólver y, aunque estoy de acuerdo con las críticas, sé manejarlo. —El rey se quedó en silencio durante unos segundos mientras sopesaba el arma en su mano—. ¿Cree que esto será necesario?

—Sinceramente, señor, sabemos que esta noche alguien intentará atentar contra su vida y que el destino de toda Inglaterra depende de que lo evitemos. —Alfred carraspeó antes de seguir hablando—. No sabemos cómo van a hacerlo ni si nuestro enemigo será capaz de manipular la mente y la voluntad de alguno de los presentes. Por eso, he decidido que esta noche solo habrá dos personas armadas, las dos únicas que creo que nunca atentarían contra su vida: usted y yo.

—¿Tan seguro está de que usted no será manipulable?

—Sí, majestad. Sé que daría mi vida por la suya sin dudarlo un segundo.

El rey asintió, se guardó el revólver en la cintura del pantalón y volvió a atarse la chaqueta para ocultarlo. Después, le palmeó el brazo a Alfred al pasar por su lado para apagar el cigarrillo en el cenicero y encenderse otro.

—Confío en usted y en los suyos, teniente. Tenga en cuenta que, al hacerlo, estoy poniendo en sus manos el destino de toda Inglaterra. No me defrauden.

Alfred asintió y, después de cuadrarse y realizar un saludo militar, salió de la habitación. Escuchó unos pasos aproximándose por el pasillo. Clarice se acercaba a él con el cubo de pintura en una mano y su libro de hechizos bajo el otro brazo. Le preocupó su aspecto. Estaba muy pálida y parecía al límite de sus fuerzas. Observó, además, que la venda que cubría su mano izquierda estaba manchada de sangre.

Se acercó y, sin preguntarle nada, le quitó el cubo de pintura de la mano. Ella se detuvo en seco y le miró con el ceño fruncido.

—¿Has acabado con tus rituales? —le preguntó él.

—Sí, ya están todas las habitaciones protegidas —contestó con voz cansada—. Ya no puedo hacer más.

—Sí, sí que puedes. Quiero que vayas a la cocina, que comas algo y que te cures bien esa herida. Y que descanses hasta la hora de la cena.

—No voy a poder descansar —protestó—. Estoy demasiado nerviosa como para dormir…

—Pues no duermas, pero ve a curarte la herida y a sentarte un rato.

—¿Pero no hay nada más que pueda hacer?

Alfred sonrió y negó con la cabeza. La comprendía perfectamente.

Según avanzaba la tarde y el sol iba completando su camino en el cielo, la ansiedad que sentía en su interior iba creciendo y creciendo y amenazaba con desbordarse. Sin embargo, a pesar de entenderla, se vio obligado a insistir. Ella tenía tan mal aspecto que le dio la impresión de que podría desmayarse en cualquier momento.

—Clarice, por favor… Voy a necesitarte en plena forma esta noche. —Al ver que ella iba a replicar, levantó su mano, con el índice extendido, para obligarla a escucharle—. Si quieres verlo como parte de nuestra misión, ve a la cocina y vigila a Wendy, que está preparando la cena de esta noche. Si, como sospecho, es la traidora, puede intentar envenenarnos a todos. Es tu misión evitarlo.

—Ya sabes que yo no creo que Wendy sea la culpable… Ni siquiera tú te crees que vaya a intentar envenenar la cena.

—Es una orden. —Alfred extendió la mano para que ella le pasara el libro de hechizos—. Ya me encargo yo de todo esto. Baja a la cocina, vigila y descansa. Nos vemos esta noche en el comedor.

Clarice asintió y le pasó su libro, dándose por vencida. Él se quedó parado en medio del pasillo, viendo como se alejaba con pasos temblorosos. No parecía la mujer fuerte y rebosante de energía que estaba acostumbrado a ver… Esperaba que pudiera recuperarse. Cuando le había dicho que la quería en plena forma aquella noche, había sido sincero. Algo le decía que iban a necesitar toda la ayuda que pudieran conseguir.


Clarice

Capítulo trece

Cuando entré a la cocina, me encontré a Wendy en una esquina, pelando patatas. Lo hacía de manera mecánica, con gesto ausente. Se veía que estaba muy acostumbrada a realizar tareas en la cocina. A mí aquella tarea rutinaria me habría supuesto una concentración máxima.

La contemplé durante unos segundos, con su pelo rubio cayendo hacia delante, dorado por los últimos rayos de sol de la tarde que entraban por el ventanuco y volví a pensar que era imposible que una criatura de apariencia tan inocente y adorable fuese a traicionarnos. Alfred tenía que estar equivocado…

Ella acabó con la patata que estaba pelando y la dejó sobre la mesa. Al levantar la mirada, me vio y una sonrisa auténtica se abrió paso en su rostro. Se levantó de un salto, se limpió las manos en el delantal y se acercó a mí. Mientras recorría los escasos pasos que nos separaban, su sonrisa se desvaneció:

—¿Qué pasa, Clarice? Tu aura ha cambiado…

—¿En qué sentido? —pregunté curiosa.

—La veo pálida. No es vibrante y llena de energía como suele ser. ¿Te ocurre algo?

Su preocupación sonaba tan genuina que no pude hacer otra cosa que devolverle una sonrisa. ¿Qué iba a decirle? ¿Que estaba preocupada por la posibilidad de que uno de los miembros de la División OpenMind fuera un traidor y que, además, para su líder ella era la principal sospechosa? Si le decía algo así y era inocente, le rompería el corazón… y sería aún mucho peor si se lo contaba y al final era culpable. Decidí mentir y levanté mi mano izquierda para que viera el vendaje.

—Puede ser que esté débil. Me he cortado con un jarrón roto y he perdido mucha sangre.

—¡Dios mío! —Me tomó con delicadeza por las muñecas y me guió hasta una silla—. Déjame que vea la herida.

Cuando deshizo el vendaje, incluso yo me asusté. El corte era aún más profundo de lo que me había temido y seguía sangrando. Wendy negó con la cabeza.

—¿Quién te ha curado esto? —preguntó con un tono de enfado en la voz.

—Alfred —contesté—. Ha sido muy amable.

—Hay veces que con la amabilidad no basta y esta es una de ellas. —Se incorporó y se dirigió al fregadero. Llenó una cacerola con agua y la puso al fuego—. Esa herida necesita puntos.

—Pero no tenemos médico —protesté.

—Lo haré yo misma. He puesto agua a hervir para desinfectar una

aguja y coserla. —Sentí que me mareaba. Debí de perder color, porque Wendy se acercó a mí a toda prisa y me sujetó por los hombros—. Lo he hecho muchas veces. Fui voluntaria en la Cruz Roja en mi pueblo cuando empezó la guerra.

—Vaya, nunca nos habías comentado nada de eso —dije suspicaz —. ¿Tienes más talentos ocultos?

—No ha habido ocasión de contártelo hasta hoy. —Acercó un taburete a mi lado y empezó a limpiarme la herida con un paño—. ¿Pasa algo? Tu aura se ha vuelto de un tono verde claro.

—¿Qué significa ese color?

—Que estás recelosa por algo, que desconfías… ¿He dicho algo raro?

—No, para nada, pero ya te he dicho que es de mala educación fisgonear los sentimientos ajenos.

—No puedo evitarlo. —respondió dolida—. Los veo sin querer. Pedirme que no lo haga sería como pedirte a ti que no veas el color del pelo o de los ojos de la gente. Estoy intentando activar y desactivar mi poder a voluntad, porque comprendo que pueda ser incómodo para vosotros, pero de momento no he conseguido nada.

Bajó la mirada y se concentró en seguir limpiando mi herida. No me hizo falta saber leer auras para darme cuenta de que se sentía incómoda y avergonzada. Puse mi mano libre sobre su hombro para llamar su atención.

—No te preocupes, Wendy. Siento lo que te he dicho, pero lo he hecho por tu bien. Hay mucha gente que puede sentirse molesta si se entera de que sus sentimientos están al descubierto.

—Si todo el mundo tuviera sentimientos bonitos de los que no se avergonzara, no tendría de que molestarse. —Me clavó sus enormes y cristalinos ojos azules, tan claros y brillantes que parecía que pudieras ver su alma a través de aquellos espejos—. Solo la gente mala necesita esconder lo que siente.

Solo pude contestarle con una sonrisa. ¿De verdad era tan inocente? ¿Sus sentimientos eran tan puros como me estaba haciendo ver o estaba ante la mejor actriz que hubiese conocido nunca? Me reñí a mí misma y le ordené a mi cerebro que detuviera aquel hilo de pensamientos. No pensaba dejarme llevar por la paranoia de Alfred.

Dejé que terminara de limpiarme la herida. Después, se levantó y volvió con una botella de brandy y dos vasos.

—¿No tienes alcohol para desinfectar la herida y la aguja? —pregunté—. Quizá podamos pedírselo a Alfred. Tiene un botiquín de primeros auxilios.

—No, tranquila. Tengo alcohol. —Dejó escapar una risita y llenó los dos vasos—. Esto es para nosotras: para que tú soportes el dolor mientras te coso y para que yo supere el asco que me va a dar coserte.

Me uní a su risa, tomé mi vaso y lo levanté para chocarlo con el suyo.

—Brindo por eso.

Me bebí el contenido de un trago y sentí como una corriente de fuego atravesaba mi esófago para quedarse encendido en mi vientre, donde permaneció imitando el calor de una pequeña hoguera. Wendy volvió a sentarse y tomó mi mano con firmeza.

—Cierra los ojos —me ordenó—. Bastará con dos o tres puntos. No tardaré.

En lugar de cerrar los ojos, desvié la mirada hacia lo alto y me quedé mirando una espesa telaraña que ocupaba una de las esquinas de la cocina. Estaba tan fuera de lugar en un sitio tan lujoso como una residencia real… Sin embargo, no era la primera que veía. Supuse que la escasez de personal de aquellos últimos años estaba afectando al cuidado del castillo.

Sentí la primera punzada y ya no pude pensar en nada más. Tan solo en apretar con fuerza el puño que tenía libre mientras me mordía el labio inferior. Por suerte, Wendy no me había mentido. Solo tuvo que dar tres puntadas y lo hizo con gran destreza. En cuestión de segundos, había terminado y ya estaba vendando mi mano.

—Mañana por la mañana vuelve a venir por aquí para que mire cómo va cicatrizando.

Le dediqué una sonrisa y contemplé el vendaje. Parecía mucho más profesional que el que me había hecho Alfred. ¿Por qué Wendy nunca nos había comentado que tenía nociones de enfermería? ¿Qué más nos estaba ocultando? Otra vez la maldita paranoia… Wendy me ayudaba y yo desconfiaba injustamente de ella.

—Muchísimas gracias —le dije mientras me ponía en pie—. No sé cómo voy a poder pagarte esto.

—Para empezar, quedándote sentada en esa silla. —Puso una tetera al fuego—. Has perdido mucha sangre y no voy a permitir que salgas de esta cocina sin comer algo.

La miré con suspicacia. Tampoco había conocido hasta aquel día aquella faceta tan firme y autoritaria del carácter de la dulce Wendy. ¿Y si Alfred tenía razón?

—Está bien —admití volviendo a sentarme—. Pero luego tendrás que dejarme que te lo pague ayudándote a hacer la cena. ¿Has pensado que vas a cocinar para la familia real?

—Sí. —Se volvió hacia mí, puso los brazos en jarras y sonrió ufana —. *Fish and chips*.[ix]

—No sé si los reyes comen esas cosas —comenté dubitativa.

—Por supuesto que lo comerán. —contestó sonriendo—. Me sale de maravilla. Les va a encantar.

Parecía tan ilusionada que no me vi capaz de contradecirla.

Después de tomarme la taza de té y el enorme trozo de pastel de zanahoria que me había servido, traté de ayudarla a preparar la cena, aunque mi mano vendada no me permitió hacer mucho.

Ya eran más de las nueve cuando la puerta se abrió e Irma entró en la cocina. Wendy se situó frente a la mesa en la que habíamos colocado la cena y extendió los brazos a ambos lados para presentarla, orgullosa de cómo había quedado.

—*Fish and chips*, patatas rellenas y salchichas con puré de patatas —anunció emocionada—. ¿Qué te parece?

—Me parece que te gustan mucho las patatas —contestó Irma.

—Sí, bueno… En mi pueblo básicamente nos alimentamos de eso —confesó Wendy—. ¿Tú crees que les gustará a los reyes?

—Tendrán que conformarse si no hay más —dijo Irma, pragmática, mientras se encogía de hombros—. ¿No hay mucha comida?

—Es que también he hecho para nosotros. Cuando acaben los reyes, podemos venir aquí y cenar. Espero que no se enfríe mucho.

—No, no vamos a poder volver —la contradije—. Una vez que entremos en el comedor, ya no vamos a salir de allí en toda la noche.

—¿Y eso por qué? —preguntó Irma.

—Creemos que el atentado contra el rey será esta noche —contesté —. Vamos a "atrincherarnos" en el comedor para proteger a la familia real hasta que amanezca.

—Pero eso no tiene sentido. —Wendy parecía perdida y confusa—. Hemos expulsado a todo el resto del personal. El rey está a salvo con nosotros.

—Sí, bueno, eso es lo que nos gustaría creer… —Me tomé unos segundos antes de seguir hablando, sin saber cuánto podía contarles —. Sabéis que estamos luchando contra una organización de poderosos magos. No sabemos de qué son capaces, si podrán atacar a distancia o lanzar algún tipo de maldición… Desconocemos cómo van a hacerlo, pero planean atacar esta noche.

—¿Y cómo vamos a proteger al rey si no sabemos de qué tenemos que defenderlo? —preguntó Irma.

—He protegido toda esta ala del castillo con rituales y he usado el más poderoso que conozco en el comedor. Espero que sea suficiente.

Mi tono no había sonado seguro en absoluto. Irma debió de notarlo, porque se acercó a mí, me pasó un brazo por la espalda y me apretó contra ella para darme ánimos.

—Pues si no vamos a poder cenar luego, hagámoslo ahora —dijo sentándose a la mesa—. Sería una pena que todo esto se desperdiciara. Tiene una pinta estupenda.

—Pero tenemos que llevarles la cena a los reyes —protestó Wendy.

—Esos estirados no van a disfrutarla ni la mitad que nosotros. —Al ver la cara de estupor de Wendy soltó una carcajada—. Recuerda que

yo no soy inglesa y no les debo el mismo respeto que tú les muestras.

—Y yo tampoco —dije, sentándome a su lado—. Vamos a cenar. No sabemos a qué vamos a tener que enfrentarnos, así que es mejor que cojamos fuerzas.

Wendy tomó asiento con nosotras y, aunque en un principio miró la comida con expresión culpable, pronto se lanzó a probarla. Estaba todo buenísimo, pero, aun así, casi no pude probar bocado. Sentía la garganta cerrada, el estómago me dolía como si me lo estuvieran apretando y notaba una especie de energía eléctrica que me recorría el cuerpo por completo y que amenazaba con hacerlo estallar. Sabía que era ansiedad… y algo más. Mi instinto de bruja me estaba avisando. Podía sentarme a comer con mis amigas, podíamos hablar y bromear y fingir que nada malo estaba sucediendo, pero no era así. En cuanto nos levantáramos de la mesa y saliéramos de aquella cocina, íbamos a tener que enfrentarnos con nuestro destino.

No tardamos más de cinco minutos en cenar. Nos levantamos y empezamos a colocar la comida en un carrito para llevarla al comedor. Wendy preparó dos tarteras y las escondió en la parte inferior del carrito.

—Alfred y Nigel también tienen que cenar —me explicó al ver que la observaba confusa.

—No creo que el servicio pueda comer en presencia de la familia real —objetó Irma.

—Pues que se escondan en alguna esquina o que esperen a que se duerman, pero no pueden estar toda la noche sin comer nada. —Wendy acabó de colocar las bandejas sobre el carrito y se detuvo unos segundos para comprobar que estuviera todo—. Podemos salir.

Yo asentí y me aparté para que ellas dos pasaran primero. La ansiedad seguía aumentando y empezaba a oprimirme el pecho. Me costaba respirar y mi corazón latía con tanta fuerza que dolía. A pesar del miedo, las seguí por el pasillo con paso decidido. A cada segundo que pasaba, estaba más segura de que iba a suceder algo malo y tenía que estar preparada para cualquier cosa.

Se detuvieron frente a la puerta del comedor y se giraron hacia mí. Algo debieron notar en mi rostro, porque ambas me miraron preocupadas.

—Clarice, ¿estás bien? —preguntó Irma.

—Sí, tranquilas. —Me llegaba tan poco aire a los pulmones que me costó un auténtico triunfo pronunciar aquellas palabras—. Abre.

Irma abrió la puerta y se hizo a un lado para que Wendy pudiera entrar con el carrito. Fuimos a seguirla, pero ella se detuvo en seco y lanzó un grito ahogado antes de girarse para salir huyendo del comedor. Corrí hacia ella y la agarré de los brazos para apartarla de la puerta mientras le indicaba a Irma que cerrase. Mi compañera volvió a

sacar el carrito con la comida y cerró a nuestra espalda. Dejó el carro apoyado contra la pared y se acercó a nosotras.

A pesar de que la estaba agarrando, Wendy era incapaz de mantenerse en pie. La ayudé a sentarse en el suelo y, sin soltarla, la agité con firmeza para que se recuperara. Había perdido por completo el color de su rostro y las lágrimas bañaban sus mejillas. La miré a los ojos y me asusté. Reflejaban un espanto que no se podía fingir.

—Wendy, me estás asustando. ¿Qué pasa? —le pregunté.

—Esa… Esa cosa…

—¿Qué cosa? ¿Qué has visto?

—La que está sentada enfrente del rey —contestó entre hipidos.

—La reina —intervino Irma—. ¿Qué pasa con ella?

—No… Eso no es la reina. Esa cosa ni siquiera es humana. ¿Es que no os dais cuenta?


Alfred

Capítulo catorce

Ya llevaban un rato esperando, con toda la familia real sentada a la mesa, cuando la puerta del comedor se abrió para dejar paso a una sonriente Wendy, que empujaba un carrito en el que llevaba la cena. Nada más entrar, los ojos de la chica se abrieron con espanto. El color de su rostro desapareció por completo y una expresión de terror se dibujó en su cara. Antes de que nadie pudiera decir nada, la chica reculó y salió corriendo. Un segundo más tarde, Irma apareció en el umbral, recogió el carrito de comida y volvió a cerrar la puerta.

Alfred se quedó unos segundos paralizado, sin entender qué había sucedido. Todo había sido tan rápido que no le había dado tiempo a ver qué era lo que había asustado a Wendy de aquella manera. Paseó la mirada por el comedor, buscando algo fuera de lo común, pero tan solo estaban el rey y la reina, sentados cada uno a un lado de la larga mesa, mientras las dos princesas ocupaban los laterales. No había nada más, aparte de Nigel y de él, que custodiaban a la familia real desde el fondo del comedor. Se giró hacia su compañero, por si él podía darle alguna explicación de lo que había sucedido, pero el chico se limitó a negar con la cabeza mientras le devolvía una mirada confusa.

—¿Se puede saber qué está pasando? —preguntó el rey enfadado—. Nuestra cena ya llega una hora tarde y ahora encima esto…

—Lo lamento, majestad —se disculpó Alfred—. Ya sabe que, por razones de seguridad, hemos tenido que limitar el personal al mínimo y eso está causando algunos retrasos. Voy a averiguar qué está sucediendo.

Cruzó el comedor a paso rápido y salió al pasillo. Cuando llegó allí, se encontró una imagen aún más inexplicable. Wendy estaba sentada en el suelo, llorando desconsolada mientras Irma y Clarice trataban de tranquilizarla. Cuando la chica escuchó la puerta del comedor al cerrarse, soltó un grito y se giró hacia allí con expresión aterrada, como si temiera que un terrible monstruo fuera a salir para devorarla. Cuando vio que solo era él, se cubrió la cara con las manos y siguió llorando.

Alfred se acercó a ellas y pidió con un gesto que Clarice e Irma se apartaran para poder acuclillarse frente a Wendy. Cogió sus manos con suavidad y se las apartó del rostro para hacer que le mirara.

—Tranquila, Wendy… No pasa nada… Todo está bien… —susurró como si estuviera hablando con una niña pequeña que se hubiera despertado en mitad de la noche—. Estamos contigo y no va a pasarte nada.

—Pero ella, ella… —dijo Wendy entre hipidos.

—Tranquilízate y dime qué has visto para que pueda ayudarte.

—La reina. —Pudo decir la chica al fin.

—¿Qué le pasa a la reina? —preguntó poniéndose de inmediato en alerta—. ¿Está en peligro?

—No, es ella… —Wendy paseó su mirada entre todos los presentes como si buscara a alguien que la apoyara y le hiciera pensar que no estaba loca—. ¿Es que ninguno lo habéis notado?

—¿Qué es lo que deberíamos notar? —preguntó Clarice, sentándose en el suelo a su lado y rodeando sus hombros con un brazo.

—El aura que la rodea. Es tan brillante que te ciega y parece vibrar, como si zumbara. —Se llevó las manos a las sienes y apretó—. Puedo oírla desde aquí. Nunca había escuchado un aura…

Alfred miró a sus otras dos compañeras buscando alguna explicación, pero ellas se limitaron a negar con la cabeza. Apretó con cariño las manos de Wendy y esperó hasta que la chica volvió a mirarle.

—¿Sabes qué significa un aura así?

—No. Es tan extraña… Nunca había visto algo así. —Cerró los ojos durante unos segundos y trató de respirar de forma más lenta y profunda. Cuando los abrió de nuevo, a pesar de que el miedo seguía brillando en ellos, parecía haber recuperado un poco el control—. Normalmente el aura es una especie de silueta de dos o tres pulgadas que rodea la figura de la persona, pero en este caso… Son como tentáculos enormes que cambian de forma y de tamaño a cada segundo… No sé lo que es, pero eso no es humano.

Alfred miró a Clarice y le hizo una seña con la cabeza para que le siguiera. Ambos se pusieron en pie y, dejando a Wendy al cuidado de Irma, caminaron hasta el final del pasillo. En cuanto giraron la esquina, Clarice le tomó las manos y se las apretó con fuerza mientras una sonrisa enorme se abría paso en su cara:

—¡La tenemos! ¡La tenemos!

—¿Que tenemos qué? —preguntó Alfred sin entender.

—A la culpable. La espía nazi infiltrada… ¡Es la reina! —Al ver que él no se alegraba, frunció el ceño—. ¿Qué es lo que no entiendes, Alfred?

—¿En serio te crees lo que estás diciendo? ¿Piensas que la reina de Inglaterra es una espía nazi infiltrada?

—Bueno, quizá no sea la reina. Quizá la hayan reemplazado. Ya has oído a Wendy. Dice que ni siquiera es humana.

—Quizá no lo haya sido nunca... Quizá hace muchos años algún temible demonio aliado de los nazis se infiltró en la nobleza inglesa para enamorar a nuestro futuro rey. Da igual que en aquella época Hitler fuera un donnadie, que ni siquiera se esperase que los nazis

fueran a comenzar la Segunda Guerra Mundial o que nuestro rey fuera el segundo en la línea sucesoria y nadie pensara que fuera a reinar. Ese maléfico demonio sabía lo que iba a suceder y ha esperado años y años hasta que ha llegado su gran noche…

—¿Estás siendo sarcástico? —preguntó ella molesta.

—¡Sí! Por supuesto que estoy siendo sarcástico —estalló él—. Nada de esto tiene sentido.

—¿Cómo que no? Tiene todo el sentido del mundo —le contradijo Clarice—. Esto explica que, aunque hayamos expulsado a todo el séquito de los reyes, el espía continuara dentro. Nunca sospechamos de la reina…

—Porque no se puede sospechar de la reina. ¡Es ridículo! —Alfred levantó una mano para pedirle a Clarice tiempo para explicarse—. Si la culpable es la reina, ¿por qué Wendy no ha dicho nada hasta hoy?

—Porque nunca la había visto antes —respondió ella—. En Buckingham la tuvimos custodiando la entrada, comprobando el aura de todos los que entraban y salían de palacio, pero nunca vio a la familia real. Y aquí la hemos tenido recluida en la cocina y tampoco ha podido verla.

—¡Qué afortunada casualidad!

—¿Más sarcasmo?

—Sí. ¿Cómo quieres que responda a esta locura si no es con sarcasmo?

—Podrías creernos, por ejemplo —contestó ella, cruzándose de brazos y lanzándole una mirada enfadada.

—¿Qué sugieres que haga? ¿Que entre en el comedor y le meta un tiro entre ceja y ceja a la reina de Inglaterra porque nos lo dice nuestra principal sospechosa?

—No es *nuestra* principal sospechosa —le cortó Clarice—. Es *tu* principal sospechosa. Yo ahora tengo una mucho más convincente.

—Me da igual lo convincente que te resulte. No podemos acusar a la reina de Inglaterra sin pruebas.

—Pero es muy posible que esta noche intente matar al rey…

—O puede que lo intente Wendy.

—Eres muy cabezota. ¿Lo sabías? —preguntó Clarice furiosa.

—No más que tú —la acusó él—. ¡Basta! No vamos a ponernos de acuerdo nunca. Podemos pasarnos toda la noche discutiendo sin llegar a ninguna conclusión…

—Y mientras tanto hemos dejado al rey a merced de su posible asesina…

—Está bien, está bien… ¡Déjame pensar! —Alfred cerró los ojos con fuerza y se apretó el tabique de la nariz mientras respiraba de forma profunda, en un intento de evitar que le estallara la cabeza. Cuando se relajó un poco, volvió a abrir los ojos—. Se supone que el

espía tratará de matar al rey a medianoche. Aún nos quedan un par de horas.

—¿Y qué sugieres que hagamos?

—Que entremos todos ahí y tratemos de usar ese tiempo para encontrar alguna prueba concluyente que nos permita saber quién es el asesino.

—No creo que Wendy pueda entrar ahí y comportarse como si no estuviera viendo que la reina es un monstruo…

—Pues tendrá que hacerlo. No pienso dejarla suelta por el castillo para que le prenda fuego —estalló él.

—Está bien. Trataremos de calmarla y entraremos —concedió Clarice—, pero… ¿Y si llega la medianoche y seguimos sin estar seguros de quién es el espía?

—Tendremos que estar preparados para frustrar sus planes como sea. —Alfred la miró a los ojos y, después de soltar un largo suspiro, la agarró de las manos y clavó sus ojos en los de la chica—. Escúchame con atención: vas a ser la persona más poderosa en esa habitación y es posible que seas tú quien tenga que detener al asesino. Necesito saber que harás todo lo que esté en tu mano para salvar al rey, incluso aunque eso suponga la muerte de Wendy, de Irma, de Nigel… o la mía propia. Necesito que me lo prometas.

—Te lo prometo. Incluso aunque sea mi propia vida la que esté en juego. —Ella le apretó las manos con cariño y sonrió—. Vamos a salvar al rey y a toda Inglaterra. Ahora vuelve ahí dentro y vigila a la reina. Yo me encargo de Wendy.


Clarice

Capítulo quince

Cuando Alfred entró de nuevo al comedor y cerró la puerta tras de sí, me arrodillé al lado de Wendy. La chica parecía más tranquila, aunque seguía con la cara desencajada y los ojos fijos en la puerta, como si esperase que, de un momento a otro, un enorme monstruo fuera a atravesarla para devorarnos a todas. Le tomé la mano y se la apreté para llamar su atención:

—Wendy, ¿estás mejor? —Ella se limitó a asentir, pero, al menos, dejó de vigilar la puerta para girarse hacia mí—. Me alegro porque vas a tener que ser muy fuerte y muy valiente. Tenemos que entrar ahí…

—¡No! —gritó mientras apartaba su mano como si mi contacto la quemase—. No pienso entrar ahí. No sabemos qué es esa cosa, pero es peligrosa… Es maligna…

—Gwen, cariño, escúchame. —Volví a agarrar su mano, con más fuerza esa vez—. Es a esto a lo que nos vamos a dedicar: a luchar contra cosas peligrosas y malignas, contra magos, maldiciones, demonios, espectros… ¿A qué pensabas que ibas a enfrentarte cuando te uniste a una división parapsicológica?

—Lo sé. Sé que tienes razón, pero… —Bajó la cabeza para esquivar mi mirada. Un par de gruesos lagrimones escaparon de sus ojos y fueron a estrellarse contra su delantal—. No puedo. Me encantaría ayudaros, pero no puedo. Aunque consiga entrar ahí, no voy a poder disimular. Se va a dar cuenta de que lo sé…

Se llevó ambas manos al rostro y empezó a sollozar como una niña. Tenía razón. Era imposible que Wendy consiguiera reunir el coraje suficiente para entrar en el comedor como si no pasara nada. Intenté ponerme en su piel por un momento. Yo tampoco podría comportarme como si nada sucediera si estuviera viendo a un monstruo rodeado de tentáculos oscuros, si pudiera percibir toda la maldad que, según ella, albergaba ese ser. Pero no podía dejarla ahí. Alfred había sido muy claro en sus instrucciones: Quería que Wendy también estuviera en el comedor para poder vigilarla.

Le lancé a Irma una mirada desesperada y, ante mi sorpresa, ella asintió, me apartó a un lado hasta quedar frente a Wendy y, tras tomar sus manos para obligarla a descubrir su rostro, la sujetó con suavidad por la barbilla para hacer que la mirara.

—Wendy, escúchame. Quiero que te fijes en mis ojos, que estés atenta al sonido de mi voz. A partir de este momento, con cada una de tus respiraciones, vas a ir sintiéndote más y más tranquila. —Su voz resultaba tan hipnótica que incluso yo me noté más calmada—. No hay nada que temer. Ese ser no puede hacerte daño. Vas a entrar ahí dentro y vas a comportarte como si nada malo estuviera pasando,

como si nada pudiera dañarte. No vas a tenerle miedo a nada.

Wendy asintió, se levantó del suelo con aire resuelto y se secó los regueros de lágrimas que surcaban su cara con el dorso de la mano. Después, tomó una profunda bocanada de aire y se irguió, casi como si fuera un soldado listo para desfilar.

—Estoy preparada. Puedo entrar. Nada me da miedo —dijo como un autómata.

Miré a Irma con una ceja enarcada y ella me devolvió una sonrisa para tranquilizarme. La postura de Wendy resultaba demasiado envarada, su tono de voz era monótono y artificial… Cualquiera que la conociese se daría cuenta de que no se estaba comportando de una forma natural… pero la reina no la conocía. Tendríamos que intentarlo.

Me puse detrás del carrito de comida. Wendy se colocó a mi lado e Irma abrió la puerta para permitirme el paso. Sentí como el estómago se me contraía al cruzar aquel umbral. No sé lo que esperaba encontrar al entrar en el comedor, pero desde luego, el monstruo que había imaginado no se parecía en nada a la mujer de sonrisa amable que se sentaba al fondo de la estancia. Estaba tan atenta a ella, a intentar descubrir en sus facciones o movimientos cualquier indicio de su maldad, que la voz del rey a mi espalda me sobresaltó y me hizo dar un respingo.

—Ya era hora. Pensaba que ibais a matarnos de hambre. Solemos cenar a las nueve y son más de las diez y media.

—Disculpe, majestad —dije evitando su mirada colérica—. Ya sabe que ahora mismo andamos muy escasos de personal…

—Lo sé, por supuesto que lo sé… Pero también sé que casi no queda gente en esta zona del castillo. Se trataba de preparar una cena para menos de diez personas. —El rey hizo una pausa hasta que levanté la mirada y le miré—. ¿De verdad pretende hacerme creer que eso lleva tantísimo tiempo?

—Lo lamento. No somos cocineras profesionales…

—¿Cómo? —preguntó la reina—. ¿Qué está pasando, George? Vas a tener que explicármelo todo… Nos han encerrado en esta ala del castillo, nos han separado de nuestro personal de confianza y ahora vamos a tener que comer algo preparado por aficionadas…

—Te lo explicaré todo mañana, Elisabeth —le prometió el rey—. Ahora vamos a cenar. Ya sabes lo que me molestan los retrasos.

Yo no sabía nada de protocolo y Wendy se había situado a mi lado con la postura envarada y la mirada pérdida, así que me quedé sosteniendo el carrito mientras Irma iba sirviendo la cena. Ella tampoco debía de ser ninguna experta porque, cuando terminó de poner las bandejas en el centro de la mesa para que todos pudieran servirse, la familia real se la quedó mirando con gesto confuso.

—¿Por qué no nos has servido? —preguntó la reina con expresión horrorizada—. ¿Se supone que vamos a tener que coger la comida nosotros mismos?

—¿Y qué es todo esto? —preguntó la princesa Elisabeth con cara de asco.

—*Fish and chips*, patatas rellenas y salchichas con puré de patatas —contestó Wendy con voz de autómata—. Les gustará. A todo el mundo le gusta.

La hija pequeña de los reyes se encogió de hombros y, tras ponerse en pie para llegar hasta la bandeja, se fue sirviendo un poco de todo. Pasados unos segundos, su hermana mayor la imitó. Cuando empezaron a comer, en su rostro se dibujó una sonrisa.

—Esto está muy bueno —dijo Margaret—. Mis felicitaciones a la cocinera.

Wendy no reaccionó al halago. Siguió tiesa como un palo, con la mirada fija en la pared de enfrente. Me acerqué a Irma con disimulo y la agarré del brazo para que se girara hacia el carrito de comida y fingiera que estábamos ordenando algo.

—Afloja el hechizo —le susurré—. Wendy está rarísima. Se van a dar cuenta.

—Me estás pidiendo demasiado —contestó también con un hilo de voz—. Es la primera vez que consigo prolongar la sugestión sin tener que estar manteniendo el contacto visual. Me da miedo que, si hago cualquier cosa, mis órdenes desaparezcan por completo y vuelva a ponerse histérica.

—No hagas nada entonces.

Acabé de doblar una servilleta y me volví de nuevo hacia la mesa. Mis nervios iban a más a cada segundo. Me habría gustado poder salir un momento de la habitación para gritar y expulsar esa ansiedad que amenazaba con hacerme estallar, pero sabía que era imposible. El hechizo que protegía el salón se había activado con mi entrada y ya nadie debía abandonar la estancia. Sin embargo, a cada segundo que pasaba, estaba más y más segura de que el ataque no iba a proceder del exterior. Me dolía reconocerlo, pero empezaba a estar convencida de que Alfred tenía razón. El asesino era uno de los presentes en ese comedor. Tenía que ser la reina. O quizá Wendy… No, no, la reina… Pero tampoco podía descartar a Gwen… Ni a ningún otro de mis compañeros… Dios, si esa tensión se mantenía durante demasiado tiempo, acabaría por volverme loca.

El rey y las dos princesas estaban dando buena cuenta de la cena que habíamos preparado. Parecía que, una vez superado el recelo inicial, habían comprendido que la comida popular no tenía por qué sentarles mal.

—Madre, ¿podríamos comer esto más veces? —preguntó Elisabeth

señalando la bandeja de *fish and chips*—. Está buenísimo.

—No, hija. Esto es una situación excepcional que espero que no se repita. —Me fijé en que la reina ni siquiera se había servido nada en su plato—. Esto es comida para el populacho, no para las clases superiores.

Me sorprendió el desprecio de su voz. Según me habían contado, la reina de Inglaterra siempre había sido muy cercana a su pueblo. Desde que empezó la guerra, y a pesar de la recomendación de muchos de sus consejeros de abandonar Londres e irse a otro país más seguro con las princesas, ella había insistido en quedarse en Inglaterra y sufrir lo mismo que sufría su pueblo: el hambre, el frío, los bombardeos, el miedo… De hecho, cuando Buckingham fue bombardeado, ella declaró que se alegraba porque sentía que podía mirar al *East End*[x] a la cara. Aquellas declaraciones, aquel amor a su pueblo no casaban en absoluto con el tono de desprecio con el que acababa de referirse a ellos. De hecho, esa referencia a las "clases superiores" me había sonado muy nazi.

Busqué la mirada de Alfred para advertirle de mis sospechas, pero él estaba situado detrás del rey, manteniéndose firme de forma impecable sin separar los ojos de su nuca. Estuve mirándole durante lo que me pareció una eternidad, esperando a que cruzase su mirada con la mía para hacerle una señal y avisarle de que necesitaba hablar con él, pero el tiempo fue pasando sin que él moviera un pelo. Estaba empezando a desesperarme. Me planteé que lo mejor sería cruzar la sala, agarrarle del brazo y llevármelo a una esquina para compartir mis sospechas con él, por muy poco protocolario que resultara aquello. Estaba a punto de moverme cuando la voz de la reina me sobresaltó.

—¿Podéis informarme de quién está haciendo ahora mismo el papel de mi doncella de confianza? —preguntó paseando su mirada entre nosotras tres.

—Puedo hacerlo yo, alteza —contestó Irma, improvisando una reverencia que le quedó bastante digna—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—He pensado que quiero pasar la noche en la alcoba de su majestad. Estoy muy nerviosa para dormir sola. Siempre que a ti te parezca bien, George. —El rey asintió—. Perfecto. ¿Puedes preparar mis cosas? Creo que todos estamos cansados y que lo mejor será que nos acostemos cuanto antes.

—Disculpe, majestad —intervine adelantándome un paso—. Todos nosotros vamos a pasar la noche aquí.

—No me importa dónde vaya a pasar la noche el personal de servicio —repuso confusa.

—No, no… Todos nosotros. La familia real también —insistí

tratando de imprimir firmeza a mi voz—. Nadie va a salir de esta estancia hasta que amanezca.

—Es verdad, querida… Se me olvidó comentártelo. El teniente Mitchell me lo avisó esta tarde —intervino el rey mientras le dirigía a su esposa una sonrisa de disculpa—. Es por nuestra seguridad.

—¿Qué seguridad? Estamos igual de seguros aquí que en nuestras alcobas —protestó ella—. ¿Y dónde vamos a dormir? ¿Sentados en estas sillas?

—No va a pasar nada porque una noche no duerman, majestades. —Nigel se adelantó hasta colocarse al lado de la princesa Elisabeth—. Estoy seguro de que podemos pasar una noche entretenida.

Olvidándose de todo protocolo, Nigel le lanzó a la princesa una sonrisa deslumbrante y le guiñó el ojo. Tuve que contener la risa al ver que ella se sonrojaba y que su hermana menor tampoco podía apartar la mirada de nuestro compañero. Él sacó una baraja de cartas del bolsillo interior de su chaqueta y empezó a barajarlas de forma acrobática.

—Conozco muchos trucos de cartas si eso os complace —dijo sin separar su mirada de los ojos de la princesa, que le contemplaba como hipnotizada ante el baile de una cobra. Él dejó la baraja sobre la mesa, le dio tres golpecitos y sacó la primera carta, que resultó ser el as de corazones, y se la tendió a Elisabeth, galante—. O podemos jugar una partida al bridge… O puedo hacer desaparecer casi cualquier cosa, por ejemplo, esta cucharilla…

Nigel recogió la cucharilla de postre de la princesa y empezó a hacerla girar a toda velocidad entre sus dedos. Temí que fuera a hacerla flotar, revelando así que poseía poderes especiales, pero un fuerte golpe en la mesa le interrumpió.

—¡Basta ya! —gritó la reina—. ¿Qué significa todo esto? No voy a seguir tolerando estas faltas de respeto ni voy a permitir que mis hijas se mezclen con un vulgar tahúr. George, nos retiramos a nuestras habitaciones. Me da igual lo que esta gente te haya dicho.

Alfred reaccionó por fin. Abandonó su postura envarada y, en un par de zancadas, se colocó frente a la puerta del comedor y, mirando fijamente a la reina, negó con la cabeza.

—Lo lamento, majestad, pero nadie va a abandonar esta estancia hasta que amanezca.

—George, ¿vas a permitir que este hombre me trate así? —preguntó la reina escandalizada mientras se acercaba a él para pedirle ayuda—. Tú eres el rey.

Todo sucedió tan rápido que no pudimos reaccionar. Al pasar al lado de la mesa, la reina agarró un cuchillo y, sin decir nada más, se lanzó hacia el rey buscando su pecho. Todos nos quedamos paralizados… Todos menos Wendy.

Me pareció imposible que se hubiera movido tan rápido. En un segundo estaba a mi lado, tiesa como un palo y con la mirada perdida y, al segundo siguiente, se había colocado delante del rey, justo en la trayectoria de la mortal estocada. Aquella cuchillada, que iba destinada al corazón del monarca, se le clavó en el cuello. Wendy no gritó ni trató de defenderse. Se quedó mirando a la reina durante un par de segundos, con sus enormes ojos azules aún perdidos, antes de desplomarse en el suelo.

No supe qué hacer. Todo aquello escapaba de mi control y, en aquel momento, me sentía tan confusa y perdida que ni siquiera podía moverme. A mi alrededor, todo eran gritos y carreras. Las dos princesas chillaban histéricas. Habían salido corriendo hacia la pared del fondo del comedor y se habían sentado en el suelo, donde se abrazaban desesperadas mientras miraban a su madre sin poder entender.

Irma consiguió reaccionar. Se lanzó de rodillas al lado de Wendy y, tras tirar del mantel que cubría la mesa, provocando que toda la vajilla y la cristalería se estrellasen contra el suelo con estruendo, utilizó aquella tela para taponar la herida del cuello de su amiga.

—¡Ayuda! —gritó desesperada—. Hay que llevarla a un hospital. Se está desangrando.

—Hay algo en lo que teníais razón —dijo la reina mientras recogía un nuevo cuchillo del suelo—. Nadie va a salir de aquí hasta que se haga de día. De hecho, creo que ninguno de vosotros va a salir con vida de este comedor.

—E… E… Elisabeth… ¿Qué est… estás… hac…iendo?[xi]

Me giré hacia el origen de aquella voz tan cercana a la histeria. Era el rey quien había hecho aquella pregunta. Estaba pálido como un cadáver y todo su cuerpo temblaba. Lo que más temblaba era su brazo derecho, extendido, con el que enarbolaba un revólver. Después, miré a la reina. Empezó a acercarse al rey con la mano izquierda extendida frente a ella, como si pretendiera demostrar que era inofensiva y tranquilizarle, a pesar de estar sosteniendo un cuchillo en la mano derecha.

—Tranquilo, George… No va a pasar nada malo —susurró con voz suave mientras seguía acercándose a él lentamente—. Solo intento defendernos de esta gente. Nos han separado de todas las personas de las que podíamos fiarnos y, ahora que estamos solos y a su merced, pretender acabar con todos nosotros… pero no vamos a permitírselo. ¿Verdad, cariño?

Iba a advertir al rey de que su esposa estaba armada, pero me di cuenta de que él paseaba su mirada desorbitada del cuchillo al rostro de su mujer. A pesar de sus nervios, su brazo temblaba menos. Escuché como amartillaba el revólver.

—No… no… no des un pa… paso más —ordenó el rey.

—Cariño, soy tu mujer. Tienes que confiar en mí —dijo la reina sin detenerse—. Baja el revólver. Los dos sabemos que no vas a dispararme.

—Lo… lo haré… ¡Para!

La voz del rey sonaba demasiado cercana a la histeria y su brazo había vuelto a temblar de forma incontrolable. La reina le sonrió burlona, recorrió el par de pasos que le separaban de él y, tras colocarse frente al cañón del revólver, se lo quitó de la mano.

—Muchas gracias por el arma. Eres aún más estúpido de lo que pensaba. —contestó tras soltar una risa maligna—. Sabía que no serías capaz de dispararme.

Levantó el revólver con tranquilidad y apuntó al pecho del rey mientras aquella sonrisa cruel seguía adornando su rostro. Todavía estaba pensando qué hacer para detenerla cuando escuché el sonido de una detonación… Alguien había disparado su revólver. Pero no había sido la reina, que en aquel momento yacía en el suelo del comedor con un agujero negro adornando su pecho. Me giré hacia el origen del disparo y me encontré con Alfred.

—Él no iba a dispararte, pero yo sí. —Bajó el brazo con el revólver aún humeante en su mano—. Se acabó tu juego.


Alfred

Capítulo dieciseis

Todavía no podía creerse lo que había hecho. Acababa de matar a la reina de Inglaterra… Acababa de matar a la reina de Inglaterra…

¡Acababa de matar a la reina de Inglaterra!

Contempló su cuerpo inerte, la pechera de su vestido blanco con la seda chamuscada en el lugar por el que había entrado la bala, sus ojos cerrados, su piel cetrina… Estaba muerta. Él la había asesinado delante de varios testigos, incluida la propia familia real. Y nadie iba a creerse que lo había hecho para salvar al rey, que aquella mujer en realidad era una espía nazi infiltrada… Si ni siquiera él acababa de entender cómo aquello era posible, no iba a poder conseguir que nadie más le creyera.

Su carrera militar acababa de terminarse. Seguramente, su vida también. Sería acusado de alta traición y nadie podría dar ningún argumento creíble que le librase de ser condenado y ejecutado. Su nombre pasaría a la historia como el de un magnicida, una vergüenza para su apellido y su familia…

Y, sin embargo, nunca antes en su vida se había sentido tan orgulloso de sí mismo. Sabía que acababa de frustrar un atentado contra el rey, que le había salvado de una muerte cierta y que, al evitar su asesinato, acababa de echar por tierra los planes de invasión de los nazis. Con aquel disparo, no solo había salvado a su rey, sino a toda Inglaterra. Le daba igual cómo fueran a juzgarle y a recordarle las generaciones venideras. Él sabía que acababa de actuar como un héroe.

Un lamento largo y lastimero rompió el silencio que se había adueñado de la habitación. La princesa Elisabeth soltó a su hermana pequeña, a la que había estado abrazada hasta aquel momento, y sin dejar de gritar, cruzó la estancia para arrodillarse al lado del cadáver de su madre. La agitó varias veces mientras la llamaba entre sollozos y, cuando se convenció de que no iba a responder, se tumbó sobre ella, abrazando su cuerpo y llorando desconsolada. Todos se quedaron quietos y en silencio, sin saber cómo reconfortar a la joven… y entonces el cadáver abrió los ojos.

Alfred temió estar volviéndose loco. Tenía que estar viendo mal o sufriendo alucinaciones. Seguramente toda la tensión de los últimos días le estaba pasando factura. Pero no… No lo estaba imaginando. La reina había abierto los ojos. Incluso acababa de parpadear. En su rostro amarillento volvió a dibujarse una sonrisa cruel mientras empezaba a levantar su mano, que aún empuñaba el revólver, para apuntar a la cabeza de la princesa.

Elisabeth dejó de llorar al notar el frío del cañón apoyado contra su

sien. Fue incorporándose poco a poco, como si tratara de no hacer ningún movimiento brusco, hasta acabar sentada en el suelo al lado del cuerpo de su madre. La reina también se incorporó, sin dejar de apuntar un segundo a su cabeza. La princesa se quedó mirando a su madre, boquiabierta. Parecía que no era capaz de decidirse entre la alegría por ver que no estaba muerta o la confusión.

La reina agarró a su hija por un brazo e hizo que se levantara. Después, puso el cuerpo de la princesa justo delante del suyo, usándola como escudo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó el rey—. ¿Qué… qué… qué está pa… pa… pasando?

—Basta ya de tartamudeos, George —gritó ella—. No te imaginas lo harta que he acabado de escucharte repetir y vacilar... Si vuelves a hacerlo, le plantaré un tiro en la cabeza a tu estúpida hija.

Alfred volvió a levantar su revólver para apuntar a la mujer. A pesar de que se consideraba un tirador experto, no se sentía seguro de poder acertar sin darle a la princesa. Había tantas cosas que podían fallar: que la reina esquivara, que la princesa se moviera y se interpusiera en la trayectoria de la bala… Tomó aire un par de veces para recuperar el control y parecer sereno antes de hablar:

—Señora, le ordeno que aparte su arma de la cabeza de la princesa y la deje en el suelo.

—¿Quién eres tú para darme órdenes? —preguntó la mujer burlona.

—La persona que acaba de dispararle y que no dudará en volver a hacerlo —contestó él con voz firme.

—Sí, es cierto… Me has disparado una vez y puedes volver a hacerlo. —Su sonrisa se ensanchó, mostrando que no le tenía ningún miedo—. Sin embargo, tú mismo te habrás dado cuenta de que no me has matado. No puedes hacerlo.

Alfred sintió como un escalofrío recorría su espalda. No podía entender qué era lo que estaba sucediendo, pero sabía que Wendy tenía razón en lo que les había dicho: aquella mujer no era la reina de Inglaterra. Ni siquiera era una mujer. Ni siquiera era humana. Era algún tipo de monstruo desconocido al que no sabían cómo detener.

Se forzó a enterrar todos aquellos miedos en lo más profundo de su mente. No era momento de tener dudas ni de mostrar flaquezas. Tomó aire, hinchó el pecho y elevó el mentón, orgulloso, mientras le dirigía una mirada valiente y confiada.

—Sé que mis balas no pueden matarte, pero sí te detendrán durante un rato. El suficiente para sacar de aquí al rey y a las princesas y enfrentarnos a ti de igual a igual.

—¿De igual a igual? Sois cinco contra uno… —La mujer dejó escapar una risa desquiciada—. Y aun así no tenéis nada que hacer

contra mí.

Volvió a plantearse si sería capaz de disparar a la cabeza de la mujer sin darle a la princesa. Eran más o menos de la misma altura y la figura de Elisabeth casi la cubría por entero. Iba a ser muy difícil y requeriría de toda su puntería y de unos nervios de acero. Se concentró, tomó una bocanada de aire y la retuvo en sus pulmones antes de apuntar justo por encima de la oreja de la princesa… Y, en ese preciso momento, una figura se interpuso entre ellos.

Era Irma. Se había colocado justo un paso por delante de él y le impedía disparar. Maldijo entre dientes mientras intentaba adivinar qué demonios estaba intentando hacer aquella mujer. Pensó en apartarla de un empujón para que dejara de interponerse en su trayectoria, pero, en lugar de eso, decidió darle un voto de confianza y permitir que se quedara en su sitio… mientras se movía un par de pasos a la derecha para volver a tener a la reina en el punto de mira de su revólver.

—Tira el arma —ordenó Irma.

Su voz fue tan potente y autoritaria que Alfred tuvo que hacer un gran esfuerzo de voluntad para no tirar la suya. Por suerte, no estaba en la trayectoria de su mirada, por lo que pudo resistirse. A pesar del poder que había destilado Irma, la reina no se inmutó. Siguió manteniéndole la mirada mientras se encogía de hombros.

—¿Se puede saber por qué debería obedecerte?

Alfred sintió un nuevo escalofrío. Aquello era otro indicio de que lo que tenían delante no era humano. Desde que conocían a Irma, no habían encontrado a nadie capaz de resistirse a su voluntad. Habían pensado que cualquier persona que tuviera la mala fortuna de colocarse frente a la mirada de su hipnotizadora estaba perdida… pero parecía que había seres que escapaban a su control.

Irma pareció confusa, tanto como para quedarse paralizada en lugar de retirarse y dejar de molestar. Alfred iba a ordenarle que se quitara, pero, en aquel momento, la princesa Elisabeth aparcó su miedo y reaccionó. Agarró con fuerza la mano con la que la reina la tenía encañonada, se la llevó a la boca y mordió con todas sus fuerzas. La reina gritó de dolor, pero no soltó el revólver. Intentó empujar a Elisabeth con la mano que tenía libre, pero esta se había enganchado como un perro de presa. Seguía mordiendo, cada vez con más fuerza, hasta el punto de que la sangre empezó a manar de la mano de la reina, tiñendo de color escarlata los labios de la princesa.

Alfred consiguió salir de su estupor al darse cuenta de algo. La reina no se estaba fijando en él y, en aquel momento, mientras forcejeaba para liberarse, no estaba usando a la princesa de escudo. Tenía una línea de tiro perfecta.

Volvió a tomar aire y a retenerlo dentro de sus pulmones, poniendo

su cuerpo tenso pero no rígido. Abrió las piernas para alcanzar una posición más estable y calculó la trayectoria de la bala teniendo en cuenta el retroceso del Enfield. Justo antes de disparar, todos sus miedos atacaron al unísono: Irma o la princesa podían colocarse sin querer en la trayectoria de la bala. La reina podía darse cuenta de sus intenciones y volver a usar a su hija como escudo… O podía dispararla antes de caer abatida por su tiro… Sintió como una frialdad absoluta se instalaba en su pecho. Sabía que tenía que dejar de lado todos sus miedos y actuar. Irma conocía los riesgos de formar parte de la División OpenMind… Y la princesa… Bueno, era la heredera a la Corona, pero tenían otra disponible en aquella misma habitación.

Sin dudarlo más, apretó el gatillo. Le pareció que todo sucedía a cámara lenta. Sintió el golpe del retroceso extenderse por todo su brazo, pero lo mantuvo firme para que el cañón no ascendiera y la bala siguiera su trayectoria. Escuchó la detonación y vio cómo un nuevo agujero negro se abría en la frente de la reina. Ella echó la cabeza hacia atrás, con los ojos muy abiertos, como si estuviera sorprendida, y cayó al suelo.

Alfred dio un par de pasos hacia ella. Yacía con los ojos y la boca abierta y no se movía. Ni siquiera respiraba. En el centro de su frente resaltaba aquel círculo negro con los bordes quemados, pero no era allí donde la bala había causado los mayores daños. En un par de segundos, la sangre que manaba de la parte posterior de su cabeza inundó el suelo, formando una aureola de color rojo brillante.

La princesa había soltado su presa y gritaba enloquecida, con la sangre resbalando por su mentón. El rey reaccionó por fin, la abrazó y se la llevó al fondo del comedor, al lugar donde seguía llorando su hija pequeña. Los tres se colocaron en círculo y se abrazaron, como si pretendieran ignorar todo lo que sucediera a su alrededor.

—¿Va a volver a levantarse? —preguntó Clarice.

—No podemos saberlo. —Alfred se arrodilló al lado del cuerpo y le quitó el revólver de la mano—. Por si acaso, yo apostaría a que sí y actuaría en consecuencia.

Se metió el revólver en la cinturilla del pantalón. Después se giró hacia el rey, avanzó hacia él y le dio un par de toques en el hombro para llamar su atención.

—¿Cuál es la estancia más segura de esta zona? —le preguntó.

—Según me habían dicho ustedes, este comedor —contestó el rey enojado—. ¿No se han pasado el día haciendo rituales para protegerme?

—Sí, de una amenaza externa. No esperábamos que su propia esposa intentara matarle —le cortó Clarice—. ¿Hay algún sitio que se pueda cerrar desde dentro?

—Mi dormitorio —contestó el rey tirando de sus hijas para que le

siguieran.

Recogieron del suelo a Wendy, que continuaba inconsciente. El mantel inmaculado que Irma había colocado en su cuello para taponar su herida ya estaba teñido de rojo casi por completo. Alfred se fijó en su rostro. Estaba terriblemente pálida. No quedaba rastro del rubor encendido que normalmente cubría sus mejillas ni del tono sonrosado de sus labios. Se le acababa el tiempo.

—Irma, escúchame —dijo mientras corrían siguiendo al rey hacia su habitación—. Quiero que te quedes con ellos y que intentes mantener con vida a Wendy. Nosotros vamos a ponernos en contacto con el exterior para que abran las puertas y vengan a ayudarnos.

—¿Y si esa cosa viene a por nosotros? —preguntó ella aterrada.

—No se lo vamos a permitir. Antes de llegar a vosotros, tendría que pasar por encima de nuestro cadáver.

Vio la duda en los ojos de Irma, pero no había nada más que pudiera decirle. Siguieron corriendo hacia la habitación del rey. Este ya había entrado con sus hijas y las había sentado en un sofá, donde se quedaron sollozando aterradas.

Mientras colocaban el cuerpo de Wendy sobre el colchón, Irma abrió varios armarios hasta encontrar uno lleno de ropa de cama. Sacó un puñado de sábanas y empezó a rasgarlas para fabricar vendas.

—Ha perdido ya muchísima sangre y, si no recibe ayuda médica de forma urgente, va a seguir perdiéndola. No sé cuánto tiempo le quedará… —les advirtió—. Voy a intentar detener la hemorragia, pero no puedo hacer milagros.

—Yo sí sé hacer milagros. Dadme un segundo —pidió Clarice.

Se acercó a la cama en la que reposaba Wendy y, tras lanzarle una mirada apenada, se quitó un collar que llevaba al cuello. Sin decir nada, lo posó sobre la tela sanguinolenta que taponaba la herida de Wendy hasta que quedó impregnado con su sangre. Después, se quitó la venda que rodeaba su mano, la abrió y cerró varias veces hasta que la herida se abrió de nuevo y cerró el puño, con el colgante encerrado en él, para que su propia sangre se mezclara con la de Wendy.

A pesar de que pensaba que no era el mejor momento para que Clarice volviera a abrirse la herida de la mano y que aquello de mezclar sangres no debía de ser muy higiénico, Alfred no se atrevió a decir nada. No sabía nada de brujería, ni siquiera sabía qué era lo que pretendía conseguir Clarice con todo aquello. Se acercó un poco a ella, casi como si pretendiera darle apoyo con su muda presencia, y siguió observándola en silencio.

Clarice cogió el colgante impregnado en sangre y se lo puso a su amiga. Después, besó su frente con cariño y, antes de apartarse, le susurró unas palabras en latín que Alfred no pudo entender:

—*Ego do tibi sanguinem meum.*

Cuando Clarice se apartó, Nigel ocupó su lugar al lado de la cama de Wendy. La observó con una mirada muy cercana a la adoración mientras ahogaba un sollozo. Extendió su mano para acariciar su mejilla con tanta suavidad como si temiera despertarla y le susurró un “aguanta”. Después, se giró hacia ellos con un destello de ira demencial brillando en sus ojos negros.

—Vamos a por esa hija de puta —rugió—. Va a descubrir que no debería haberse metido nunca con la División OpenMind.


Clarice

Capítulo diecisiete

Alfred, Nigel y yo salimos de la habitación. Escuchamos como alguien giraba una llave en la cerradura y, después, el arrastrar de un mueble pesado sobre el suelo. Parecía que estaban asegurando la puerta poniendo delante una cómoda o algún armario. Pensé que aquello debería ser suficiente, pero que me sentiría mucho más segura cuando consiguiéramos que aquella mujer, o lo que fuera, dejara de levantarse definitivamente.

—Vamos a por ella antes de que se escape —ordenó Alfred como si acabara de leerme el pensamiento.

—¿Y qué vamos a hacer para impedírselo? —preguntó Nigel poniéndose en movimiento para seguirle.

—No sé… Vaciarle el cargador en la cabeza si es necesario —contestó él mientras le tendía a Nigel el otro revólver—. ¿Sabes usarlo?

—Bueno, he disparado alguna vez, pero estoy seguro de que Clarice puede hacerlo mucho mejor. —Cogió el revólver de manos de Alfred e intentó pasármelo.

—Gracias, pero prefiero que te lo quedes tú —dije mientras negaba con la cabeza—. Yo puedo usar la magia para defenderme, pero tú no tienes nada.

—Muchas gracias por recordarme que soy un completo inútil —dijo él sarcástico—. Igual habría sido buena idea que me lo hubieras dicho antes de que atrancaran esa puerta para que me hubiese quedado dentro. Además, este revólver no sirve para nada. Ya hemos visto que las balas no le hacen daño.

—Respecto a eso… —Alfred se paró en medio del pasillo y puso los brazos en jarras antes de dirigirse a mí—. ¿Tienes alguna explicación? No es normal que le disparemos y le dé igual.

—Bueno, no le da igual. Al menos las balas la paralizan —contesté—. Y no sabemos si esa segunda bala en la cabeza habrá hecho efecto.

—Le metí una bala en el centro del pecho y la maté —me contradijo Alfred— y después de eso, volvió a levantarse como si no hubiera pasado nada.

—Sí, pero no sabemos si dañar su cerebro puede destruirla de forma definitiva —objeté.

—Está bien. Comprobémoslo.

Acabábamos de llegar a la puerta del comedor. Alfred abrió, miró dentro y se echó a un lado antes de hacer una teatral reverencia para permitirnos entrar. Nigel y yo nos quedamos clavados en el umbral, paralizados. Sentí que el miedo invadía todo mi cuerpo. Me pareció que mi corazón se detenía y que mi sangre se congelaba. La reina no

estaba. En el suelo, donde había yacido, solo quedaba la corona sanguinolenta que había rodeado su cráneo perforado, como una broma macabra, un recordatorio de que su cuerpo debería estar allí pero no estaba.

Alfred miró por encima de nuestros hombros y, al ver que no nos movíamos, nos empujó para pasar entre nosotros. Cruzó el comedor, se colocó al lado de la mancha de sangre y la señaló.

—No está —nos dijo como si no fuera lo bastante obvio—. ¿Puedes explicar esto?

—Sí, bueno… —Me llevé las manos a la cara y me froté los ojos como si tratara de despejarme—. Se podría decir que los seres sobrenaturales no se comportan todos de la misma forma ante las armas… No a todos se les puede matar de la misma manera.

—¿Podrías ser un poco más precisa? —preguntó él impaciente.

—La mayoría de los seres sobrenaturales no reaccionan a las armas normales. Muchos de ellos ya están muertos, por lo que no resulta fácil “matarlos de forma definitiva” —expliqué mientras caminaba para colocarme detrás de la mesa del comedor y dejar de ver aquella mancha de sangre que me estaba poniendo muy nerviosa—. Os pongo unos ejemplos: A los espectros no se les puede matar, pero se les puede espantar con hierro o sal y se les puede desterrar para siempre de este plano quemando sus huesos. Otros seres, como los hombres lobo o los vampiros solo pueden ser heridos con armas de plata, aunque para destruir a estos últimos también se les puede clavar una estaca en el corazón, cortar su cabeza y, a ser posible, llenar su boca de ajos…

—¿Estás hablando en serio? —estalló Alfred—. ¿Espectros? ¿Hombres lobo? ¿Vampiros?

—Claro que estoy hablando en serio. Formamos parte de una división ocultista. Pensaba que ya habíamos superado la discusión de si esos seres existen o no… Tú mismo te enfrentaste al espectro de Ana Bolena en la Torre de Londres.

—Sí, lo sé… Pero todo esto es demasiado.

—Creo que será mejor que dejes lo de sentirte superado por los acontecimientos para cuando hayamos conseguido salir de esta —sugirió Nigel—. ¿Cómo vamos a matar a esa cosa, Clarice?

—Ese es el problema: que no lo sé —admití mientras negaba con la cabeza—. No sé lo que es, así que no puedo saber cómo se la mata.

En aquel momento, la luz se apagó. Solté un grito ahogado y me quedé muy quieta en la oscuridad. Escuché maldecir a Nigel y los pasos firmes de Alfred moviéndose por la estancia. Yo me limité a permanecer inmóvil, con la respiración suspendida, atenta a cualquier sonido que indicase que aquella cosa intentaba acercarse a nosotros aprovechándose de la oscuridad para atacarnos.

Escuché el sonido de la cabeza de un fósforo al prenderse y, al girarme hacia allí, vi a Alfred con una cerilla en la mano. Tras acercarse a una de las cómodas del salón, en la que descansaban un par de candelabros, empezó a encender las velas.

—Supongo que podemos darle las gracias a nuestra enemiga por esta oscuridad. —Cuando hubo prendido todas las velas, le tendió un candelabro a Nigel y otro a mí—. Parece que quiere jugar al escondite.

—Esto mejora por momentos— dijo Nigel sarcástico—. No sabemos lo que es, no sabemos cómo matarla y ahora tampoco podemos verla.

—Pero sabemos dónde está —apuntó Alfred—. Esta ala del castillo no es muy grande y sabemos que no ha podido salir de aquí. Sugiero que nos separemos…

—No, no, no… Ni lo sueñes —le cortó Nigel—. No vamos a separarnos para que nos mate cómodamente uno a uno. Acabas de decir que este lugar es pequeño, así que la encontraremos enseguida sin necesidad de separarnos.

—Estoy de acuerdo con Nigel. —Me coloqué a su lado para apoyarle—. Voto por seguir todos juntos.

—Esto no es una votación. Es el ejército y yo soy el oficial al mando —repuso Alfred.

—Me da igual lo que digas —le corté—. Te vamos a seguir. Además, tú no puedes ir por ahí solo. No tienes candelabro.

Él resopló y se dirigió a la puerta mientras negaba con la cabeza y farfullaba entre dientes algo acerca de nuestra poca profesionalidad. Nigel y yo le ignoramos y comenzamos a caminar agarrados por el brazo justo un paso por detrás de él.

Salimos al pasillo, que también se encontraba sumido en la negrura. Mis ojos ya debían de haberse acostumbrado a la oscuridad porque con la tenue luz de las velas y el plateado brillo de la luna que se filtraba por los ventanales ya podía distinguir los contornos de los muebles del corredor. El pasillo parecía vacío y seguro, pero, a pesar de ello, cada sombra proyectada por las velas me sobresaltaba, cada eco levantado por nuestros pasos hacía que mi corazón se saltase un latido.

Nunca me había considerado una persona miedosa ni impresionable. Llevaba toda la vida relacionándome con el más allá, contactando con espíritus y espectros, conjurando y dominando fuerzas sobrenaturales que asustarían a cualquiera. Pero el problema al que me enfrentaba ahora no era sobrenatural. Había algo físico, algo real y tangible oculto en alguna de esas habitaciones, que pretendía matarnos. Y, aunque había algo de paranormal en su naturaleza, me encontraba tan perdida como un principiante. No saber a qué nos estábamos enfrentando me asustaba. Me aterraba.

Alfred fue abriendo las puertas que íbamos encontrando a nuestro

paso. Abría de golpe y se quedaba apuntando con su revólver a la negrura de la habitación mientras nosotros nos manteníamos detrás, sosteniendo los candelabros, intentando elevarlos para alumbrar un poco por encima de su cabeza. Nos estábamos enfrentando a aquel ser a ciegas y con un arma que no podía matarlo. Aquello estaba destinando al fracaso. Aun así, seguí adelante, en silencio, apoyándome cada vez más en el brazo de Nigel.

Hacía rato que no me encontraba bien. Sentía que las fuerzas me iban abandonando, que mis piernas cada vez pesaban más mientras que mi cabeza parecía flotar en una neblina. Pero no me quejé. No habría servido de nada más que para preocupar a mis compañeros.

Sabía perfectamente a qué se debía aquel mareo: al ritual que había improvisado para salvar la vida de Wendy. Había unido su sangre y la mía. Con aquellas palabras había fusionado nuestros destinos.

Ego do tibi sanguinem meum.

Te doy mi sangre.

Cuanta más sangre perdía Wendy, más sangre le transfería yo. Aquel ritual funcionaba como una especie de transfusión a distancia, sin necesidad de tubos ni agujas. Simplemente yo iba cediéndole mi esencia vital para conseguir mantenerla con vida… pero, si aquello seguía prolongándose durante demasiado tiempo, ambas acabaríamos muriendo.

Decidí no pensar en ello y centrarme en lo que estábamos haciendo. Fuimos recorriendo todas las habitaciones del pasillo. Revisamos las habitaciones de la familia real, nuestros dormitorios, la biblioteca, un par de despachos, un pequeño salón de té… Yo habría preferido no tener que cruzar sus puertas, pero Alfred había decidido ser lo más minucioso posible. Se adentraba en cada una de las habitaciones, apartaba los espesos cortinajes tras lo que podría esconderse cualquier cosa, miraba debajo de las camas, abría todas las puertas de los armarios… Yo sentía que a cada segundo el corazón se me encogía. Temía que, en cualquier momento, la reina aparecería, con la cabeza destrozada por aquel disparo, con jirones de cerebro a la vista mezclados con sangre y pelo chamuscado… Ese engendro se lanzaría a por Alfred, pero ya no sería del todo humano. Sus dedos se habrían convertido en unas garras retorcidas de largas uñas negras. En su boca, mucho más grande de lo normal, resaltaría el brillo de unos colmillos afilados…

Traté de tranquilizarme. Estaba dejando que mi imaginación se desbocase. Era cierto que estábamos luchando contra un ser desconocido, pero, al menos de momento, lo único en lo que se diferenciaba de un ser humano era en su invulnerabilidad a las balas. No había garras ni colmillos y esperaba que siguiera siendo así.

Ya solo nos quedaba revisar tres habitaciones en aquel pasillo que se me estaba haciendo eterno. Me sentía cada vez más débil. Mis piernas parecían rígidas, el candelabro que llevaba en la mano pesaba muchísimo y empezaba a faltarme el aire. Noté que el paisaje se nublaba y tropecé. Por suerte, Nigel estaba atento y me sujetó con fuerza para evitar que cayera.

—¿Estás bien, Clarice? —preguntó preocupado.

La verdad era que no me sentía bien en absoluto. Además de la debilidad, notaba el pulso acelerado y cada vez me costaba más respirar, como si, en lugar de estar recorriendo a paso lento aquel oscuro pasillo, estuviera tratando de alcanzar la cima de una montaña a la carrera. Además, mi cuerpo se había cubierto de una película de sudor frío y húmedo que me hacía tiritar. Sin embargo, en lugar de decir todo eso, me limité a asentir y a fingir una sonrisa.

—Sí, estoy bien. He debido de tropezarme en la oscuridad. —Decidí cambiar de tema para que no se preocuparan por mí—. Ya solo nos quedan esas puertas, ¿verdad?

—Sí —contestó Alfred sin detener su andar resuelto—. ¿Alguien sabe qué hay ahí?

—Una despensa, un almacén de carbón y leña y la cocina —dije señalando cada puerta.

A pesar de que él nunca había estado en aquellas estancias, Alfred pareció leerme el pensamiento y se dirigió hacia la puerta de la cocina con un par de decididas zancadas. Tanto la despensa como la leñera estaban muy bien surtidas, tan repletas de cosas como para que no hubiera sitio para esconderse en ellas. La reina, si no tenía la capacidad de desvanecerse en el aire, tenía que estar en la cocina.

Alfred se puso el dedo índice delante de los labios para pedirnos silencio y le indicó a Nigel que se pusiera a su lado, frente a la puerta cerrada. Yo me coloqué justo detrás. Me habría gustado decir que estaba preparada para cualquier cosa, que me sentía fuerte y concentrada, lista para lanzar cualquier hechizo que nos hiciera falta, pero la realidad era que tenía la vista nublada y que mis piernas amenazaban con dejar de sostenerme. Aun así, cuando Alfred se giró hacia mí y me preguntó con la mirada si estaba preparada, asentí resuelta.

Él empujó la puerta con fuerza y los dos se colaron en la cocina. Entré justo tras ellos y la vi, al final de la estancia, de espaldas a nosotros. A la débil luz de las velas, la sangre que seguía manando de su cabeza abierta brillaba. Era de un rojo tan oscuro que parecía casi negro. Entre los cuajarones de sangre se distinguían zonas blancas y grises… Esquirlas de cráneo o quizá incluso trozos de cerebro… No quise fijarme mucho. Aquello era justo lo que necesitaba para acabar de desmayarme. Sin que nadie se diera cuenta, me moví un paso a la

izquierda hacia una mesa y me apoyé en ella para no caerme.

—Ríndete —ordenó Alfred mientras amartillaba su revólver—. No tienes escapatoria.

Escuchamos una risa que iba subiendo más y más de volumen. Los hombros de la mujer empezaron sacudiéndose un poco, pero el temblor de su cuerpo también fue incrementándose con su risa. Sentí que el miedo abría un agujero en mi estómago mientras mi mente repetía una y otra vez que era imposible que aquella mujer siguiera viva.

—¿Qué eres? —le pregunté con un tono de voz que rayaba la histeria—. ¿Qué demonios eres?

La mujer dejó de reírse. Vi que llevaba las manos hacia una esquina, pero, al estar de espaldas e iluminada solo por la tenue luz de las velas, no pude distinguir qué hacía. Se giró despacio hacia nosotros, con la mano derecha cerrada en un puño. Me miró a los ojos y me lanzó una sonrisa burlona.

—No va a servir de nada que os diga lo que soy. Estoy segura de que nunca antes habéis conocido a alguien como yo. —Volvió a soltar una risa desquiciada—. Debería bastaros con saber que soy el ser que os va matar.

—Tómalo entonces como la última voluntad de una condenada —contesté luchando para que mi voz no temblara—. Me gustaría saber qué es lo que va a acabar con nosotros.

La mujer volvió a reírse. Noté que el brazo de Alfred temblaba de forma ostensible. Supuse que estaba pensando que, aunque sus balas no pudieran matar a aquel ser, lo paralizarían durante unos segundos. En aquel momento, a mí también me apetecía pegarle otro tiro y que dejara de reírse de nosotros. Habría dado cualquier cosa para que dejara de mirarnos con aquella superioridad. Me hacía sentir que era ella la que tenía la situación bajo control a pesar de tener un arma apuntándola. Sin embargo, alargué un brazo y toqué a Alfred para llamar su atención. Cuando me miró, negué con la cabeza.

Él enarcó una ceja, confuso, pero asintió. Confiaba en mí, en mis conocimientos arcanos, en toda mi experiencia con el mundo sobrenatural… Me sentí muy culpable y muy inútil. No sabía qué se podía hacer contra aquella cosa. Mi única esperanza era que, cegada por su prepotencia, nos confesara qué era y que eso me iluminara para adivinar cómo hacerle daño.

—Está bien. Te concederé ese último deseo. —La mujer me miró sonriente y pasó la punta de la lengua por su labio inferior, como si estuviera relamiéndose al imaginar mi sabor—. Se me han dado muchos nombres a lo largo de los siglos: soy un *Doppelgänger*, un cambiaformas, un cambiante, un metamórfico, un mimetista, un trasmutador… ¿Alguno de esos nombres te dice algo?

Había escuchado hablar de aquellos seres, pero lo único que recordaba eran retazos de antiguas leyendas: mitos europeos que hablaban de hombres que se convertían en lobo con la luna llena o de vampiros con la capacidad de transformarse en ratas o murciélagos. Sabía que también había historias sobre gente con esas capacidades en América: antiguos y poderosos chamanes que podían convertirse durante unas horas en su animal totémico… Nada de aquello me servía. Estaba segura de que no encontraría ni una sola leyenda que explicara como un espía nazi había sido capaz de convertirse en la reina de Inglaterra… Y, lo que era peor, por mucho que tratara de concentrarme, no conseguía recordar nada acerca de cómo se mataba a aquellos seres. Sin poder evitarlo, negué con la cabeza.

—Lo que suponía. Solo sois aficionados luchando contra algo que os queda inmensamente grande. No podéis imaginar el poder que atesoramos. —La mujer dio un paso hacia mí y sonrió con crueldad—. Cuando liberemos ese poder, nadie podrá detener nuestro avance. El triunfo del Tercer Reich será absoluto y el mundo entero se arrodillará ante nosotros.

Aquellas palabras, en lugar de asustarme, consiguieron liberar un poco mi mente del miedo que me atenazaba. Necesitaba saber más cosas de aquel ser, hacerle hablar con la esperanza de que acabara revelando qué podía hacerle daño.

—¿Y la reina? —pregunté—. ¿Cómo te has convertido en ella? ¿La has matado?

—Te lo explicaré antes de matarte a ti: soy capaz de transformarme en cualquier persona o animal bebiendo unas gotas de su sangre cada anochecer. Puedo tomar su aspecto, su voz, su manera de moverse, su personalidad, incluso muchos de sus recuerdos… Puedo convertirme en una copia perfecta del ser que quiero imitar… —La mujer abrió el puño que había mantenido cerrado hasta el momento y extendió la palma para mostrarnos lo que había tenido guardado—… o adoptar solo algunas de sus características.

Me adelanté un paso para observar su palma. Sobre su mano caminaba una asquerosa araña de rincón de patas largas. Supuse que sería la habitante de la espesa telaraña que había visto aquella tarde en una esquina de la cocina y, de inmediato, supe que tendría que haber matado a su ocupante y que iba a arrepentirme de no haberlo hecho.

La mujer agarró a la araña por una de sus largas patas, echó la cabeza hacia atrás y se la metió en la boca. Sentí que mi estómago empezaba a girar a toda velocidad y tuve que hacer un enorme esfuerzo para no vomitar.

Algo en mi interior me gritaba que debía huir, que estaba a punto de suceder algo muy malo, pero me sentía paralizada, fascinada, como

un conejo delante de los ojos de una serpiente. La reina cayó al suelo, agarrándose el vientre con un gesto de agónico dolor en el rostro. Lanzó un grito tan alto y agudo que hizo vibrar los cristales y empezó a retorcerse en el suelo y a patalear mientras a su alrededor se formaba una extraña niebla negra de consistencia viscosa.

—Vámonos de aquí —susurró Nigel con un hilo de voz.

Ni Alfred ni yo nos movimos ni dijimos nada. Seguíamos mirando fascinados los golpes y contorsiones del cuerpo de aquella mujer sobre las baldosas de la cocina. Se movía muy rápido y de una forma extraña, como si tuviera más articulaciones de las normales y estas pudieran girar en cualquier dirección… Y entonces me di cuenta de algo… A pesar de la débil luz de la estancia y de que aquella niebla espesa y oscura impedía verlo con claridad, me pareció que aquella mujer tenía más de dos piernas… Cuatro… Quizá seis… Quizá ocho… Había algo más que me resultaba chocante en su figura. Su abdomen había ido creciendo y creciendo hasta convertirse en un enorme bulto negro de color brillante…

—Tenemos que salir de aquí —insistió Nigel.

Tenía toda la razón. Sabía que teníamos que huir, que nos encontrábamos en peligro mortal… y, sin embargo, era incapaz de mover un solo músculo. Incluso mis pulmones y mi corazón se detuvieron cuando aquel ser dejó de agitarse como si estuviera poseído y empezó a erguirse sobre sus ocho largas patas hasta mostrarnos su nueva forma: mitad mujer, mitad araña. Un monstruo oscuro y terrible cuya cabeza rozaba el techo. Cuando se inclinó sobre nosotros, sentí que el terror más absoluto me invadía por completo.

Lo único que pude hacer fue gritar y gritar.


Alfred

Capítulo dieciocho

—¡Vámonos de aquí! —gritó Nigel de nuevo.

Sin esperar respuesta, agarró la mano de Clarice y tiró de ella para escapar de la cocina. Aquello sacó a Alfred de su estupor. Les siguió y cruzó a toda prisa la puerta que les separaba del pasillo. Intentó convencerse a sí mismo de que era una puerta normal, preparada para que pasaran los seres humanos. Aquel monstruo era demasiado grande para cruzarla. Estaba atrapado y ya no podría cogerles.

Miró hacia atrás para descubrir lo equivocado que estaba. La reina se había asomado, agarrándose a las jambas de la puerta con sus brazos humanos antes de empezar a pasar sus largas patas negras. Después, tiró con fuerza y consiguió desatascar su enorme y abultado abdomen. Y entonces, empezó a correr hacia ellos.

Alfred se quedó plantado en medio del oscuro pasillo. En algún momento, habían abandonado los candelabros y ya solo les iluminaba el leve resplandor azulado de la luna que se colaba por los amplios ventanales de la galería. Se planteó que, aunque agradecía no ver a la criatura en detalle, aquello les ponía en desventaja. No sabía por qué, pero estaba seguro de que los ojos de aquel depredador estaban perfectamente preparados para capturar a sus presas en la oscuridad.

Se giró para contemplar a Nigel y Clarice, que le sacaban unos cuantos pasos. Vio sus expresiones aterradas al mirar hacia atrás y el modo en el que trastabillaban en su alocada carrera y se dio cuenta de que no eran lo bastante rápidos para escapar de aquella cosa… Además, en realidad no había escapatoria posible. Por mucho que corrieran, solo conseguirían llegar hasta el otro extremo del pasillo, donde les esperaba otra puerta imposible de abrir.

Tomó aire y se giró hacia el monstruo. En un primer momento, no lo vio y pensó que estaba volviéndose loco. Era imposible que aquella cosa hubiera desaparecido o que se hubiera escondido. Era enorme, desproporcionada. Algo así no se podía esconder.

Escuchó un chapoteo sobre el suelo, apenas un paso por delante de él. Algo líquido había caído desde el techo, algo verduzco y corrosivo que estaba devorando la alfombra. Levantó la vista y se encontró a la araña colgando sobre su cabeza, con la boca abierta. Pudo ver que sus ojos habían cambiado. Eran facetados, como los de los insectos. Cuando el monstruo abrió la boca para gritar, mostró unos colmillos blanquecinos de los que rezumaba veneno.

La impresión fue tan fuerte que Alfred reculó y tropezó con un pliegue de la alfombra. Cayó hacia atrás y se quedó tumbado en el suelo, confuso y aturdido mientras aquel ser empezaba a descender hacia él colgado de un grueso hilo grisáceo. Se vio reflejado en cada

una de las facetas de aquellos ojos monstruosos. Asustado. Desvalido. Perdido…

No. No iba a morir así, entre las fauces de aquella cosa. Se tumbó en el suelo, extendió el brazo derecho, en el que aún llevaba aferrado su revólver, y apuntó al grueso abdomen de la criatura. A pesar de la postura forzada y del retroceso del arma, aquel blanco era tan grande y estaba tan cerca que no podía fallar. Tomó aire, lo retuvo y disparó…

La bala rebotó contra su abdomen sin hacerle el menor daño. A Alfred le vinieron a la memoria algunos recuerdos de sus tediosas clases de biología en el Winchester College, el internado en el que pasó su adolescencia. Recordó que el aburrido profesor Eaton les había contado que los insectos tenían el esqueleto por fuera, lo que los hacía mucho más resistentes, pero no podía recordar si aquello se aplicaba también a las arañas…

No era momento de ponerse a repasar conceptos de biología. El monstruo había continuado descendiendo hacia él. Lo tenía casi encima. Volvió a abrir su enorme boca de colmillos blanquecinos, pero, al contrario de lo que temió Alfred, no la usó para atacarle ni lanzarle veneno. Tan solo se rio. Había algo terriblemente desagradable en el hecho de escuchar una risa humana surgiendo de aquella cosa, algo tan discordante en aquella mezcla entre lo humano y lo monstruoso que hacía que el cerebro se negara a procesarlo, que no pudiera pensar con claridad…

Por suerte, su cuerpo reaccionó por instinto. El monstruo había levantado una de sus largas y delgadas patas de color negro metálico y la había lanzado hacia él. Aquella pata que iba estrechándose hasta acabar en una afilada punta parecía tan letal como una espada… y debía serlo. Alfred rodó sobre sí mismo para esquivar el ataque y la pata del monstruo se clavó en el suelo, atravesando la alfombra, destrozando la madera y levantando una lluvia de astillas.

El monstruo no se rindió. Lanzó hacia Alfred otra de sus patas y este volvió a esquivarla. Al quedar tumbado de espaldas sobre el suelo, aprovechó para volver a disparar. Tenía a la araña justo encima y era imposible fallar el blanco, pero su tiro volvió a estrellarse contra aquel abdomen blindado sin causar el menor daño.

De repente, escuchó el estruendo de otros disparos que no procedían de su revólver. Miró hacia atrás y vio a Nigel, de pie en medio del pasillo. Se había colocado con las piernas abiertas y sujetaba el revólver con las dos manos mientras disparaba una y otra vez y otra... Aquella postura delataba que no tenía mucha experiencia en el manejo de armas de fuego, pero Alfred pensó que al menos debía agradecer que estuviera apuntando lo bastante alto como para no darle.

La araña ascendió hacia el techo utilizando aquel grueso hilo por el que se había descolgado para escapar de los disparos. A pesar de la poca puntería de Nigel, existía la posibilidad de que alguno de los tiros diese en una parte blanda por casualidad. Pero entonces el sonido de los disparos cesó y solo se escuchó el clic del percutor contra un tambor vacío. Ya no le quedaban balas.

Alfred miró hacia el techo. El monstruo estaba ahí, colgado boca abajo, inmóvil. Parecía indeciso entre seguir atacándole a él o ir a por Nigel, que continuaba en medio del pasillo aferrando el revólver y presionando el gatillo inútilmente una y otra vez. Él estaba más cerca, pero Nigel parecía una presa más fácil. Y justo detrás estaba Clarice, que también parecía paralizada. Si él fuera la araña, tendría muy claro con quién acabar primero.

Se levantó de un salto y empezó a correr hacia sus amigos mientras agitaba los brazos, en un intento de sacarles de su estupor y hacer que se movieran y de atraer de nuevo la atención del monstruo sobre él. No consiguió lo primero, pero sí lo segundo. Notó un fuerte impacto en la espalda y se vio rodeado por unas gruesas y pegajosas hebras grises. En cuestión de un par de segundos, aquella sustancia viscosa rodeó su tronco y sus brazos, atrapándole por completo. Aun así, intentó seguir corriendo, pero se sintió arrastrado hacia atrás por aquellas espesas cuerdas. Giró un momento la cabeza y contempló aterrado como iba acercándose irremediablemente hacia las fauces abiertas de la araña. Su mirada quedó atrapada en aquellos enormes colmillos que parecían brillar con luz propia en la penumbra del corredor. Intentó gritar pidiendo ayuda, pero el miedo le había atenazado la garganta y de su boca solo surgió un gemido ahogado.

Supo que había llegado el fin, que aquel ser le había vencido y que no había nada que pudiera hacer para evitar la muerte. Tan solo pudo rezar para que no doliera.


Clarice

Capítulo diecinueve

Reaccioné de pronto, como quien se libera de un hechizo. Ver a Alfred en peligro mortal obró el milagro de sacarme de la parálisis y devolverme la capacidad de pensar y moverme. Sin dudarlo un segundo, aparté a Nigel, que seguía plantado en medio del pasillo aferrado a un revólver sin balas y corrí hacia Alfred. Me arrojé a su lado y empecé a rasgar aquellos gruesos hilos que cubrían su cuerpo.

Pronto me di cuenta de que aquello no iba a ser suficiente. Los hilos eran mucho más flexibles y resistentes de lo que yo había supuesto y el monstruo seguía tirando de ellos para atraer a Alfred hacia sus fauces. Le abracé y tiré de él, pero tampoco conseguí nada. Aquel ser era mucho más fuerte que yo y nos arrastraba a los dos sin que pudiera evitarlo.

Levanté la cabeza hasta encontrarme con el rostro de aquella monstruosidad, en el que seguían percibiéndose las facciones desfiguradas de la reina a pesar de los ojos facetados y la boca de la que sobresalían aquellos dos enormes colmillos. Me fijé en aquellos ojos brillantes y anclé mi mirada a ellos. Tomé aire, me concentré y pronuncié mi maldición.

—*Volo te dolor.*

El monstruo dejó de tirar. Lanzó un chillido agudo que hizo que me rechinaran los dientes y que me provocó un deseo casi incontrolable de soltar a Alfred para poder cubrirme los oídos. Pude resistir y aproveché que aquel engendro se había retirado a una esquina a retorcerse de dolor para volver a tirar de él. Nigel apareció a nuestro lado, se arrodilló y rebuscó en su bota hasta sacar una navaja. La abrió y empezó a cortar a toda prisa las hebras que rodeaban el cuerpo de Alfred.

—Ve a por la araña —me dijo Nigel—. Hazle más daño.

—No puedo hacerle más daño —contesté desesperada—. No sé qué funciona con ese bicho.

—Te ha dicho lo que es. ¿No sabes nada sobre esos seres?

—No. Lo siento —contesté avergonzada antes de esquivar su mirada.

Nigel dejó de cortar las ataduras de Alfred por un segundo y me agarró por los hombros para sacudirme. Cuando le miré a los ojos, él negó con la cabeza.

—No te rindas. —Su voz fue casi un gruñido desesperado—. Piensa. ¿Qué mata a los metamórficos?

Iba a volver a contestarle que no lo sabía, pero, de repente, un leve destello de luz se encendió en mi cerebro. Solo tenía que pensar en las antiguas leyendas que conocía sobre aquellos seres. Los hombres lobo

eran metamórficos... Los vampiros eran metamórficos… Y a los dos se les hacía daño con plata.

Iba a compartir mis pensamientos con Nigel cuando un nuevo grito de la criatura llamó mi atención. Ya no era un grito de dolor, sino de rabia. Parecía que el efecto de mi maldición ya había pasado o que se había acostumbrado al dolor y quería venganza. Se dejó caer desde la esquina en la que se había refugiado hasta el suelo y se irguió sobre sus ocho patas, ocho cuchillas letales que empezaron a avanzar destrozando las maderas del suelo a su paso. Caminaba lentamente, como si supiera que no podíamos escapar y estuviera disfrutando de ver sufrir a sus presas.

Miré a Nigel, que continuaba luchando por cortar las ataduras de Alfred, mientras este se retorcía dentro de aquella red viscosa tratando de escapar. Me di cuenta de que no iba a dar tiempo y que, aunque lo tuviéramos, solo nos quedaban unos pasos para llegar hasta la otra puerta del pasillo, que también encontraríamos cerrada. Teníamos que enfrentarnos a ella… Y tenía que funcionar.

Me levanté del suelo y empecé a mirar a uno y otro lado, buscando entre la recargada decoración del pasillo algo que pudiera servirme. Nigel me miró enfadado mientras seguía cortando hebra tras hebra.

—¿Qué haces? Ayúdame a liberar a Alfred.

—¡Plata! ¡Necesito plata! —grité—. Creo que puede hacerle daño.

Un siseo furioso del monstruo fue la confirmación que necesitaba. Dejó de caminar con paso lento y saltó hacia mí. Me vi arrojada al suelo, atrapada bajo su cuerpo. La idea de tocar a aquel engendro me producía una repugnancia extrema, pero tenía que defenderme, así que estiré los brazos y conseguí asir los suyos, aquellos brazos que seguían siendo humanos. Empujé con todas mis fuerzas para mantenerla alejada de mí, para que no pudiera llegar a mi cuello y clavar en él aquellos inmensos colmillos impregnados de veneno. Aquel monstruo sonrió ante mis patéticos intentos de resistir y dejó de sostenerse sobre sus afiladas patas para que el peso de su enorme abdomen cayera sobre mí y me aplastara.

Grité y pataleé, me resistí hasta agotar mis ya menguadas fuerzas, pero fue inútil. El aire me faltaba, la vista se me nublaba… Aun en aquel momento, mantuve la esperanza. Mis amigos harían algo. No me dejarían morir así. Conseguí retorcerme bajo el abdomen de la araña y echar la cabeza hacia atrás para ver qué estaban haciendo y lo que vi me confundió.

Alfred había conseguido liberar uno de sus brazos y, con la navaja de Nigel en la mano, seguía cortando sus ataduras. Y Nigel… No supe interpretar qué demonios estaba haciendo. Seguía arrodillado sobre una sola pierna, con uno de sus brazos extendido hacia delante con la palma hacia arriba. A un par de pulgadas sobre su mano, algo

metálico giraba a toda velocidad.

Nigel observaba el giro de aquel objeto, tan absorto como si estuviera hipnotizado por su movimiento. Y, de repente, elevó la cabeza hasta fijarla en la araña, levantó el brazo hasta colocarlo frente a sus labios y sopló…

El objeto metálico rasgó el aire, silbando como una saeta, directo hacia uno de los ojos facetados de la reina. Cuando se clavó en él, me quedé mirándolo confundida… Era una cucharilla, una de las cucharillas de plata de la cubertería real.

El monstruo se levantó, liberándome de su peso, y empezó a convulsionar y a golpearse contra las paredes del corredor. Aquella niebla negra y espesa que habíamos visto en su transformación anterior volvió a hacer acto de presencia, rodeando su figura que, segundo a segundo, iba haciéndose más y más pequeña.

Alfred y Nigel habían corrido a mi lado para ayudarme a incorporarme. Nos quedamos los tres quietos, abrazados, viendo como aquella cosa iba recuperando poco a poco su apariencia humana. Cuando la niebla desapareció y el monstruo dejó de moverse, nos acercamos. Ya no era una araña, pero tampoco era la reina de Inglaterra. Era una mujer normal de mediana edad, de rostro anodino y cabello canoso, alguien que habría pasado desapercibido en cualquier parte, alguien de quien nadie habría sospechado que ocultaba un poder así.

—¿Estás bien? —me preguntó Alfred.

—Sí, no te preocupes —mentí—. Tenemos que encontrar a la reina.

—Estará muerta —intervino Nigel. Ante nuestras miradas de enfado, se limitó a encogerse de hombros—. Lo siento mucho por ella. También era mi reina, pero esta cosa se la habrá comido hace días.

—No. Tiene que estar viva.

Me apoyé en la pared para empezar a andar a pesar de que cada vez me sentía más débil. Recordé que el hechizo que había pronunciado para salvar a Wendy seguía activo, haciéndome perder más y más sangre a cada minuto.

—Alfred, por favor, sal a alguna de las terrazas y avisa a los soldados de fuera. Tienen que entrar ya y traer ayuda médica para Wendy —dije sin parar de avanzar.

—No. Yo quiero ir contigo. —Alfred se colocó a mi lado y pasó su brazo por mi cintura para ayudarme a caminar—. Nigel, ve tú.

—A mí no me van a hacer caso. No soy el oficial al mando —se quejó el chico.

—Diles “Gripp sigue vivo” y sabrán que vas de mi parte —respondió Alfred.

—¿Y qué significa eso? ¿Quién es Gripp?

—Es la contraseña para indicar que todo ha acabado. Gripp es el

nombre del último cuervo.

Cuando Nigel salió corriendo hacia una de las habitaciones con terraza al exterior, Alfred se giró hacia mí. No pude evitar sonreírle con lágrimas en los ojos.

—El nombre del cuervo que hemos salvado —susurré emocionada—. Lo hemos conseguido.

A pesar de la oscuridad, pude ver en sus ojos que él también estaba emocionado. Apretó un poco más el agarre en mi cintura mientras me sonreía. Incluso se inclinó un poco hacia delante, hasta que sus labios quedaron a apenas una pulgada de los míos. Temí que fuera a besarme. Deseé que lo hiciera… pero se recompuso y miró hacia el frente.

—¿A dónde vamos? —preguntó—. ¿No deberías descansar y esperar al médico?

—Vamos a la habitación de la reina. Tiene que estar ahí.

—¿Y por qué crees eso?

—Porque ese monstruo la necesitaba viva para poder seguir transformándose en ella. Nos ha dicho que para convertirse en cualquier persona o animal tenía que beber unas gotas de su sangre cada anochecer —contesté antes de volver a ponerme en marcha—. Te recuerdo, además, que las únicas habitaciones que no hemos registrado han sido las de la familia real. Y te recuerdo también una frase que me dijiste cuando abandonamos Buckingham para venir a Windsor —Alfred enarcó una ceja, confuso—. Dijiste que los baúles de la reina eran tan grandes que en ellos podría viajar una persona cómodamente. Vamos a comprobarlo.

Él asintió y me ayudó a seguir avanzando. Me sentía cada vez más débil. Mi pulso estaba acelerado y me resultaba difícil respirar. Además, cada vez hacía más frío. Lo único que me apetecía en aquel momento era refugiarme en los brazos de Alfred y dormir, pero sabía que no podía hacerlo, que, si cerraba los ojos, jamás volvería a abrirlos.

Llegamos a la puerta de los aposentos de la reina. Alfred me ayudó a entrar y me llevó hasta la cama. Me dejó sentada allí. Tuve que agarrarme a uno de los postes del dosel para no dejarme caer sobre aquel mullido colchón que parecía llamarme. Me habría gustado ayudar en el registro, pero sabía que estaba al límite de mis fuerzas. Tuve que conformarme con sonreír cuando un grito de triunfo de Alfred me confirmó lo que ya sabía.

—¡Está aquí, Clarice! —dijo asomado al enorme baúl que ocupaba los pies de la cama—. Está dormida o drogada, pero está viva.

En aquel momento, escuchamos un fuerte golpe proveniente del pasillo. Nigel apareció a la carrera, con una enorme sonrisa adornando su cara.

—Ya vienen —anunció—. Están abriendo las puertas y traen un equipo médico.

Alfred se acercó a mí y se sentó a mi lado. Cambié el apoyo del dosel por el de sus brazos y me derrumbé en ellos para dejarme arropar por la inconsciencia. Sabía que ya estábamos salvados. Nosotros, el rey, Inglaterra y el último cuervo…

Lo habíamos logrado.

Bletchley park (buckinghamshire), Agosto de 1943


Alfred

Capítulo uno

Nigel no se dejó ayudar, por mucho que Alfred insistió en ello. Recorrió todo el camino desde el edificio principal de Bletchley Park hasta la orilla del lago llevando a Wendy en brazos sin pronunciar un solo quejido. Aquel día, el sol lucía radiante en un cielo sin nubes y hacía mucho calor, pero él caminó firme hasta dejar a la chica sentada en un banco. Ella le dedicó una dulce sonrisa que hizo que él se hinchara de orgullo, como si todo su esfuerzo se hubiera visto recompensado solo con eso.

—No hacía falta que me trajeras en brazos, Nigel —dijo ella, con un ligero rubor tiñendo sus mejillas—. Creo que habría podido venir andando. Clarice ha dicho que vendrá ella sola y también perdió mucha sangre.

—Sí, pero a ella no la apuñalaron —rebatió él—. Tú aún tienes los puntos y tienes que reposar.

—La herida está en el cuello, Nigel —se burló Alfred—. No va a abrirse porque camine un poco.

Él le lanzó una mirada indignada, pero en lugar de seguir discutiendo, optó por sentarse al lado de la chica y tomarla de la mano.

—Aún no me puedo creer que te interpusieras en el camino de ese cuchillo. ¿Es que no tuviste miedo? ¿Y cómo pudiste moverte tan rápido? —le preguntó con un matiz de adoración tiñendo cada una de sus palabras.

—Bueno, lo de la falta de miedo no fue mérito mío —contestó ella soltando una risita—. Irma me había ordenado no sentir temor y la orden seguía haciendo efecto. Y sobre lo de reaccionar tan rápido… Vi cambiar su aura. Se volvió roja y supe que iba a atacar.

—Sea como sea, salvaste al rey de Inglaterra. Nos salvaste a todos —le dijo él, apretando su mano con cariño.

—Bueno, todos colaboramos un poco.

Alfred se giró hacia el origen de esa voz. Era Clarice, que se acercaba a ellos llevando una carpeta en las manos. Se sorprendió de su aspecto. Llevaba unos vaqueros ajustados y una camiseta de rayas y se había recogido el largo cabello negro en una alta cola de caballo. Nunca había visto a una dama vestir de aquella manera… Pero ella no era una dama. Era una mujer, una auténtica mujer que le volvía loco en tantos y tantos sentidos…

Clarice se acercó a él y miró la carne que se doraba en la barbacoa. Negó con la cabeza antes de agarrar un hierro y esparcir los carbones encendidos.

—El fuego está demasiado alto —le riñó—. Se te va a quemar.

—Es que no entiendo por qué tengo que encargarme de la barbacoa —se quejó él—. No he hecho esto en mi vida.

Ella sonrió burlona y se acercó a él para susurrar sin que ninguno de los otros la oyera.

—Perdiste la apuesta, Alfred. Ninguno de ellos estaba implicado en la conspiración contra el rey.

—No pensé que ibas a cobrártela…

—Por supuesto que voy a cobrarla. Debes aprender la lección y confiar en tus compañeros.

—Está bien… Pero sigo sin ver por qué eso me obliga a hacer de cocinero.

—Porque durante una semana, que acordamos que empezaba hoy, soy la jefa de la División OpenMind —explicó—. Mi primera orden es que hoy es 4 de julio…

—Es 23 de agosto… —protestó él.

—He dicho que es 4 de julio, soldado —le cortó ella—. Me fastidiaste mi 4 de julio trayéndome aquí y pienso cobrármelo. ¿Ha quedado claro?

—Cristalino, señora.

—Perfecto, pues hoy vamos a celebrar con una barbacoa y tú eres el encargado de hacerla. ¿Alguna duda?

—Sí. ¿Puedo desertar? Esta semana se me va a hacer larguísima.

—No. La pena por deserción es la muerte. Y por quemar la carne también —dijo antes de soltar una risa—. Da la vuelta a eso y ven a reunirte con nosotros. —Agitó la carpeta que llevaba en la mano—. Tengo noticias.

Él la obedeció y, después de dar la vuelta a la carne, se dirigió hacia el lugar en el que estaba el resto del grupo. Wendy y Nigel continuaban ocupando el banco e Irma y Clarice habían extendido una manta de cuadros sobre el césped y se habían sentado. Él se limitó a quedarse de pie al lado, con las manos a la espalda, en posición de descanso.

—Alfred, por favor, sácate el palo del culo y siéntate con nosotras.

Los demás intentaron, sin mucho éxito, disimular la risa. Él resopló y, sin protestar, se sentó en el suelo, aunque no consiguió la postura cómoda y despreocupada de sus dos compañeras. Cuando estuvo sentado, Clarice abrió la carpeta que llevaba en las manos y esparció su contenido sobre la manta.

—Como ya sabréis, Alfred les encargó a nuestros compañeros cerebritos una investigación a fondo sobre los metamórficos —empezó a explicar.

—En efecto, así es —le interrumpió él—. Estuve conversando con nuestros más brillantes colaboradores de la King’s Collegue para que emprendieran una investigación interdisciplinar. A través del estudio

de antiguas leyendas de las más variopintas culturas, confiábamos en hallar respuesta a varias cuestiones que seguían inquietándonos…

—¿Podrías hablar en cristiano, por favor? —pidió ella.

Él esbozó una sonrisa burlona. Estaba hablando a propósito de la forma más rebuscada posible, en venganza por su burdo comentario anterior acerca de su postura.

—¿Es que acaso no me entiendes? —preguntó con tono sarcástico—. No pensaba que la educación americana fuera tan pobre.

—¿Quieres pasarte toda la semana pelando patatas? —le amenazó ella.

Alfred se rio y, después de negar con la cabeza, se giró hacia el lago para contemplar el aterrizaje de unas garzas, fingiendo que lo que ella estaba contando no le interesaba.

—Os traduciré lo que ha dicho Alfred —continuó ella, molesta—. Estábamos preocupados porque la princesa Elisabeth mordió al metamórfico y tragó algo de su sangre y no sabíamos si eso podría matarla o hacer que se convirtiera en monstruo…

—¿Y qué han dicho? —preguntó Irma, preocupada—. Esa chica es la futura reina de Inglaterra…

—Tengo buenas noticias —contestó Clarice, sonriendo—. Después de estudiar todas las leyendas sobre esos seres que han encontrado, nuestros compañeros han llegado a la conclusión de que la sangre de metamórfico es inofensiva. Lo único raro que han podido encontrar es la creencia de que beber sangre de metamórfico alarga mucho la vida. Se cuenta que algunos poderosos hechiceros del pasado se dedicaban a capturar a estas criaturas para aumentar su longevidad.

—Es decir, que lo único que puede pasarle a la heredera es que su reinado vaya a durar mucho, mucho tiempo —resumió Nigel—. Habrá que brindar por ello.

Se levantó del banco, rebuscó en la cesta de picnic que habían traído y fue sacando botellines de cerveza y repartiéndolos entre todos.

—Larga vida a la futura reina —dijo Clarice mientras chocaban los botellines.

—Que su reinado sea próspero y se alargue incluso hasta el siglo que viene… O incluso más[xii] —añadió Alfred—. ¿Hay algo más en tu carpeta?

Clarice sonrió y sacó una fotografía. La colocó en el centro de la manta para que todos pudieran verla. En ella, Churchill posaba con un puro en una mano y el otro codo apoyado en la rama baja de un árbol. A su lado se podía ver un enorme cuervo.

—Nos acaba de llegar esta foto desde la Torre de Londres —explicó ella—. Os leo el mensaje que la acompaña: “Muchas gracias de mi parte y de la de todo el pueblo británico por haber salvado al último

cuervo. Gripp también os da las gracias. Este triunfo supone la confirmación de que vuestro equipo funciona y que será de gran utilidad en estos tiempos oscuros. Mi enhorabuena para toda la División OpenMind”.

Cuando terminó de leer, Clarice volvió a dejar la foto sobre la manta para que todos pudieran verla. Alfred se quedó en silencio un segundo, contemplando la sonrisa satisfecha del rostro de Churchill y el brillo de los ojos del cuervo, que, de alguna extraña manera, también parecía feliz y agradecido. Hinchó su pecho con orgullo, se puso en pie y les hizo una seña a los demás para que le imitaran. Todos se levantaron y formaron un círculo. Alfred extendió su brazo, con el botellín en la mano y esperó hasta que todos lo chocaron.

—Quiero pedir disculpas por haber dudado de vosotros en algunas ocasiones, por no confiar en vuestras capacidades, por sospechar incluso de alguno de vosotros. —Le lanzó a Clarice una sonrisa cómplice y ella le devolvió un guiño—. Es un error por el que estoy pagando…

—Y más que vas a pagar —le interrumpió ella entre risas.

—Sea como sea, es un error que no voy a volver a cometer. Todos y cada uno de vosotros me habéis demostrado vuestro compromiso, vuestra fidelidad y vuestra valía… Incluso Nigel ha demostrado que saber mover cucharillas puede ser un gran poder.

—Sí. ¿Quién iba a decir que sería yo con mi birria de poder el que acabaría con el espía nazi? —preguntó el chico, sonrojándose.

—Por no hablar de lo oportuno que resultó que hubieras robado una de las cucharillas de plata de la cubertería de los reyes —intervino Irma, sarcástica.

—¡No la robé! La cogí prestada para hacerle un truco a la princesa Elisabeth y justo en aquel momento la reina se volvió loca y, sin darme cuenta, me la metí en el bolsillo…

Todos estallaron en carcajadas al ver lo rojo que se había puesto. Nigel los miró con gesto ofendido, pero Alfred se acercó a él y le pasó un brazo por los hombros.

—No te preocupes. —Volvió a chocar su botellín con el del chico—. Estás totalmente perdonado… pero intenta no volver a robarle a la familia real.

—Que yo no estaba robando… —insistió él, ofendido.

Alfred se separó del grupo para ir a cuidar de la barbacoa. No quería arriesgarse a la ira de Clarice si acababa quemando la comida. Tras comprobar que todo estaba bien, se llevó el botellín de cerveza a los labios y contempló a sus compañeros, que seguían riéndose y bromeando. Una enorme sonrisa iluminó su rostro. No podía sentirse más orgullosos de ellos.

Un soldado, una bruja, una vidente, una hipnotizadora y un

ilusionista.

Eran mucho más que eso: Eran la división que iba a derrotar a la Ahnenerbe y que iba a ayudar a ganar la guerra.

Eran la División OpenMind.

Gemma Herrero Virto

Portugalete, 8 de julio de 2022

AGRADECIMIENTOS

Y hasta aquí hemos llegado con esta nueva historia y ha llegado la hora de dar las gracias. Lo primero que quiero agradecer es el inmenso apoyo que he recibido desde que la primera parte de esta historia vio la luz. Habéis estado a mi lado en todo momento, diciéndome cuánto os estaba gustando La historia de Clarice y esperando como locos a que estuviera disponible su segunda aventura. Eso da fuerzas y ánimos para escribir y para tratar de ofreceros la mejor historia posible. Espero haberlo conseguido y que os haya gustado.

Lo siguiente que quiero decir es que, aunque la historia de la salvación del último cuervo acaba aquí, os habréis dado cuenta de que quedan muchos hilos por cerrar… Después de todo, ni la Ahnenerbe ha sido derrotada ni la Segunda Guerra Mundial ha terminado. Esto solo puede significar que **a la División OpenMind le quedan muchas batallas que librar** y que estáis invitados a acompañarles. **Habrá más libros sobre ellos en los próximos meses**. Si no queréis perderos nada, ya sabéis. Podéis seguirme en Facebook, Twitter o Instagram o apuntaros a mi lista de correo.

Bueno, que me enrollo y esto es una página de agradecimientos, así que voy a centrarme:

Quiero dar las gracias a Laura por haberme ayudado a detectar todos esos pequeños fallos que se me escapan. Eres un cielo y nunca te estaré lo bastante agradecida.

A Lidia por haber diseñado el logo de la División OpenMind a pesar de no tener tiempo ni de respirar últimamente. Muchísimas gracias, cuqui!!!

A Mónica Gallart por el diseño de portada. Siempre haces un trabajo perfecto para vestir mis historias de gala.

A toda la gente que me rodea, me apoya, me saca una sonrisa, me da fuerzas cuando me encuentro mal… Ya sabéis quiénes sois:

- Jessi, la mejor hermana que se puede tener.
- Ager, Mary y Lidia, los miembros del Akelarre.
- Elena y Ainara, mis supernenas.
- A todos los que me conceden el gran honor de poder llamarles amigos: Corina, Jorge, Jon, Ángel y Juanmi.
- Iván, mi chico de los ojos mágicos y la sonrisa eterna…
- Y todos los que me leéis, me seguís en redes y estáis a mi lado día a día.

Algo debo haber hecho muy bien para tener alrededor a tanta gente maravillosa.

Me despido ya hasta el próximo libro. Leed mucho y sed felices.

Un besazo enorme,

Gemma

MEDIOS DE CONTACTO

Si queréis poneros en contacto conmigo, podéis hacerlo a través de:

- Facebook: https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2
- Twitter: @Idaean
- Instagram: gemma_herrero_virto
- Página web: www.gemmaherrerovirto.es (Si te suscribes a mi página web, puedes llevarte un libro de regalo, a elegir entre *¿Tú me ves? I: La maldición de la casa Cavendish y La red de Caronte*. No lo pienses más y únete).

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

Terror/fantasía urbana: Saga ¿Tú me ves?



¿Te imaginas que pudieras regresar a los años 80 y recorrer Nueva Inglaterra en una caravana? Libertad, buena música, aventuras, paisajes increíbles…

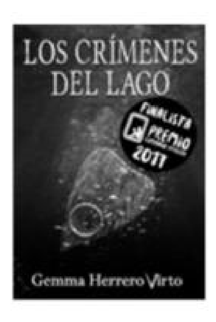
¿Te imaginas que, además, te ganaras la vida resolviendo casos paranormales y enfrentándote a fantasmas, demonios y casas encantadas?

Al y Eli te invitan a acompañarles en ese viaje. Date prisa, que ya salen.

TÍTULOS DE LA SAGA:

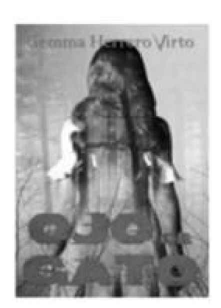
- La maldición de la casa Cavendish
- Carpe diem
- El susurro de los condenados
- El regreso de Sarah Ellen
- Roanoke
- Croatoan

Thriller paranormal



NOVELA FINALISTA DEL PREMIO LITERARIO AMAZON 2017

Asesinatos, apariciones, sesiones de ouija, un amor perdido, un pueblo maldito por una historia que ya nadie recuerda… Sumérgete en Los crímenes del lago, un thriller sobrenatural que te robará el sueño y detendrá tu respiración.



NOVELA FINALISTA DEL PREMIO UNIVERSITARIO DE NOVELA ANAGMA 2011

Bosques tenebrosos, fenómenos paranormales, una ola de crímenes que sacude un pequeño pueblo, un espíritu en busca de justicia y una piedra capaz de conectarte con el otro lado. ¿Te atreves a adentrarte en Erkiaga?



Aventuras, explosiones, persecuciones en coche, tiroteos, malos muy malos, una chica guapa a la que salvar… y gatos que hablan. ¿Buscas una historia diferente? Zhilan es la novela que estabas esperando.

Fantasía: Trilogía viajes a eilean



Una historia de magia y brujería, mundos paralelos, aventuras, romance... Sumérgete con Luna en un mundo de dragones e hipogrifos, elfos y dríadas, poderosos magos y peligrosos hechiceros. ¿Te atreves a acompañarla en su viaje a Eilean?

TÍTULOS DE LA TRILOGÍA:

- Iniciación
- Arcanos
- La ley de lo triple

Fantasía: Trilogía de Kayne



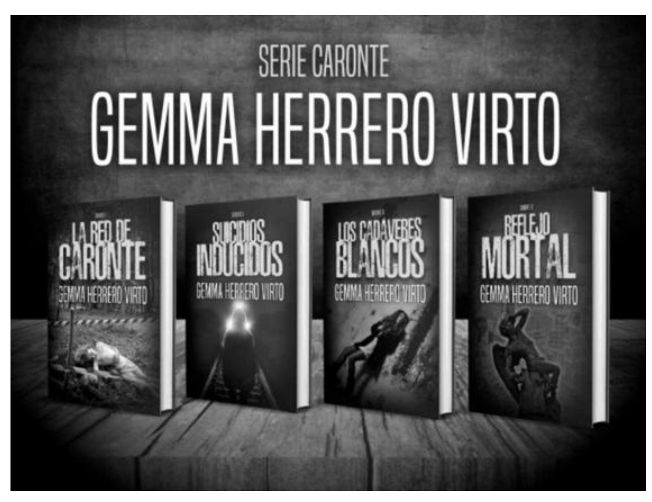
¿Recuerdas esas historias de espada y brujería, de valientes caballeros y hermosas princesas, de sabios magos y terribles monstruos? ¿Recuerdas las batallas a espada, los asedios a castillos, los bosques misteriosos en los que se ocultaban criaturas de leyenda? ¿Recuerdas haber leído sobre ello bajo las mantas, con la ayuda de una linterna, temiendo que tus padres te pillaran y que te hicieran dejar de leer?

Nunca es tarde para recuperar algo que nos hacía tan felices. Vuelve a sentir la aventura con la Trilogía de Kayne:

TÍTULOS DE LA TRILOGÍA:

- La muerte del heredero
- La profecía del traidor
- PRÓXIMAMENTE EN AMAZON EL TERCER TÍTULO DE LA TRILOGÍA.

- **Novela policíaca: Serie Caronte**



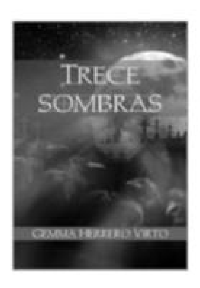
Persigue asesinos en serie, investiga pistas, elabora perfiles, interroga sospechosos… ¿Serás capaz de descubrir los misterios que encierran estas novelas?

No lo pienses más y únete al equipo de investigación.

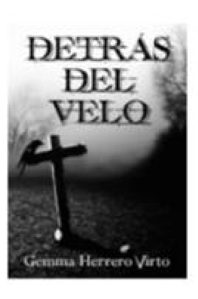
TÍTULOS DE LA SERIE:

- La red de Caronte
- Suicidios inducidos
- Los cadáveres blancos
- Reflejo mortal

Relatos

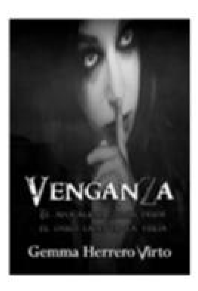


Trece sombras son trece relatos breves sobre personas que se sienten solas en situaciones extremas que les resultan demasiado grandes, al igual que sucede con la sombra que proyecta un objeto colocado frente a una vela.



Este libro no es un libro cualquiera. Reúne una serie de relatos, cada uno de los cuales es una puerta hacia ese otro mundo: fantasmas vengativos, espíritus que no encuentran descanso, oscuros y crueles demonios, monstruos que acechan en sueños... ¿Quieres descubrir qué es lo que se oculta detrás del velo?

Novela postapocalíptica



¿Has imaginado alguna vez que los zombis puedan pensar, sentir, soñar... o querer venganza? ¿Quieres saber cómo se vive el apocalipsis desde el bando de los malditos?

TOP SECRET



CLASSIFIED

[i] Aviación alemana.

[ii] Se refiere al Motín del Té de Boston, en el que un grupo de colonos tiraron al mar el cargamento de té de tres barcos británicos en protesta contra Gran Bretaña. Este acto se considera el precedente de la Guerra de Independencia.

[iii] La Gran Guerra es la forma con la que se conocía la Primera Guerra Mundial. Fue una de las guerras más destructivas de la historia moderna. En ella murieron diez millones de soldados, número que superaba ampliamente la suma de los muertos militares de todas las guerras de los cien años anteriores.

[iv] Sí, es la misma Elisabeth que acabó convirtiéndose en reina de Inglaterra y que continúa reinando a día de hoy. Ya sé que parece que ha pasado una eternidad, pero la buena mujer ahí sigue.

[v] En francés “Ya hemos estudiado francés con otras institutrices”.

[vi] Crawfie es el apodo cariñoso con el que las princesas Elisabeth y Margaret se referían a su institutriz Margaret Crawford, que cuidó de ellas desde la niñez.

[vii] En contra de lo que pensaba Alfred, Margaret Crawford acabó traicionando a la familia real británica, ya que vendió todos sus secretos a una revista americana por 85.000 dólares, pero esa es otra historia…

[viii] Daga ceremonial utilizada en los rituales.

[ix] Plato de pescado rebozado con patatas fritas condimentadas con sal y vinagre muy típico del Reino Unido. Empezó a popularizarse entre la clase obrera en la segunda mitad del siglo XIX.

[x] Barrio obrero de Londres que fue bombardeado durante 57 noches consecutivas durante los bombardeos alemanes de 1940.

[xi] El rey George VI padecía de tartamudez. Consiguió superarla gracias al tratamiento con un logopeda llamado Lionel Logue, tras el cual pudo comenzar a dar discursos sin tartamudear y hablar solo con ligeras vacilaciones. Hay una película titulada El discurso del rey que trata sobre este hecho.

[xii] Bueno, pues aquí tenéis la explicación. Es muy posible que con Jordi Hurtado sucediera algo similar ;-)